

A woman with curly brown hair, wearing a white dress with a blue sash and a pearl necklace, stands in a field of purple flowers. The background is a soft, out-of-focus white curtain.

P LA
ROMESA
DE UN
A MOR

ANNE MARIE WARREN

P LA
ROMESA
DE UN
AMOR

ANNE MARIE WARREN

 *Grupo
Romance*
EDITORIAL

1º Edición Octubre 2019

©Anne Marie Warren

LA PROMESA DE UN AMOR

©2019 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

© Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Para más información acerca del autor y de sus obras, visita:

<https://annemariewarren.blogspot.com/>

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

*Para mi hermana Mary.
Por ser mi compañera, mi amiga y mi confidente.
Este libro es para ti, en recuerdo de las innumerables
noches que pasamos en vela hablando y riendo juntas.*



ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA](#)

[PRÓXIMAMENTE](#)

Club 5 Estrellas

[NOTAS](#)

CAPÍTULO 1

“Si no recuerdas la más ligera locura en la que el amor te hizo caer, entonces no has amado”.

William Shakespeare



Lincolnshire, Inglaterra.

Primavera de 1817.

Asomada a la ventana de su recámara, Amy contemplaba cómo los primeros rayos de sol aparecían por la colina. Sabía que el momento de la verdad se acercaba de manera inevitable, provocándole un desasosiego que le oprimía el pecho y no le dejaba descansar.

Con las manos sudorosas, el cuerpo tembloroso y un insomnio que apenas le había permitido dormir durante la noche, no podía dejar de pensar en cómo su vida estaba a punto de cambiar.

«Dios mío, qué va a ser de mí.» Se repetía una y otra vez mientras intentaba buscar la mejor manera de enfrentarse a lo que le esperaba.

Llevándose las manos al vientre recordó el rostro del hombre que amaba y cómo se había entregado a él movida por el amor que le profesaba. Le conocía desde que tenía uso de razón al ser el hijo de sus vecinos, los condes de Rolswell, siendo frecuente desde su infancia que pasaran tiempo juntos, ya fuera cabalgando, paseando o simplemente jugando al ajedrez.

El motivo de que a nadie le extrañara su amistad era que durante generaciones ambas familias habían favorecido las buenas relaciones, y que Amy era una chiquilla que seguía a todas partes al joven Ashley, nueve años mayor que ella.

Solo la partida de Ashley para realizar sus estudios en Eton y su posterior viaje por Europa los mantuvieron separados, pero el regreso de este, hacía ya casi un año, había hecho que volvieran a ser inseparables. Aunque esta vez procuraban verse a escondidas por petición de Ashley y porque sus juegos de juventud habían cambiado por otros menos apropiados.

Su amor había sido una constante en su vida, ya que no recordaba un solo instante en que no lo amara. Incluso cuando tuvo que esperar su regreso durante años, temiendo que él la olvidara al conocer a otra mujer, o que decidiera quedarse en Londres motivado por las distracciones que ofrecía la capital a un soltero.

Respecto a Ashley, estaba convencida de que él también la amaba, no solo porque se lo había confesado en más de una ocasión estando entre sus brazos, sino porque algo en su interior así se lo aseguraba. Lo supo cuando él regresó y volvió a recibirla como si nunca se hubiera marchado, y por cómo comenzó a mirarla de forma diferente, como reconociendo los cambios que habían acontecido en su cuerpo durante su ausencia.

De no ser así, jamás se habría entregado a él en cuerpo y alma, pues aunque lo amaba con desesperación, no era tan estúpida como para perder su virginidad por una simple aventura, aunque fuera con el hombre al que amaba en secreto desde que era una niña.

—Todo se solucionará —pronunció en voz alta para darse confianza, pues desde que hacía varias semanas había sentido la necesidad de vomitar cada mañana, su inseguridad se había vuelto más profunda.

Si bien al principio no le había dado mucha importancia a su malestar matutino, fue cuando advirtió su falta de menstruación cuando se percató de la verdad de su estado. Estaba embarazada y debía enfrentarse a las consecuencias.

Suspirando intentó serenarse ante el terror que sentía cada vez que pensaba en ello, puesto que estaba convencida de que su recta y aristócrata familia jamás se lo perdonaría.

Estaba absolutamente segura de ello, como sabía que tratarían de tapar el escándalo de alguna manera. Eso era precisamente lo que más le aterraba, pues les conocía muy bien y sabía que no tendrían en cuenta sus deseos o el bienestar de su futuro hijo.

Pensar en su hijo hizo que el corazón se le detuviera pues, aunque apenas tenía unas semanas de vida y no lo había sentido en su interior, ya había logrado ganarse su cariño. Saber que dentro de ella se estaba gestando el hijo de Ashley era su única alegría, como también era el único motivo que la mantenía cuerda ante el caos que le esperaba.

El sonido de unos pasos acercándose a la recámara hizo que volviera a la realidad y se tensara, pues aunque sabía que solo podía ser su doncella personal, todavía no se sentía preparada para enfrentarse a nadie.

Aun así debía asumir que el mundo no se detendría por ella y que tarde o temprano el momento de revelar su secreto llegaría por mucho que quisiera evitarlo.

—Buenos días, milady. Veo que ya estáis levantada —empezó a hablarle Megan nada más entrar.

—Buenos días, Megan. Lo cierto es que apenas he podido dormir —le respondió mientras se alejaba de la ventana y se acercaba al tocador para sentarse frente a él.

—¿No os encontráis bien? Si lo deseáis puedo dejaros dormir un par de horas más —la preocupación de su doncella le conmovió, pues estaba segura de que sería de las pocas personas en todo Hertford Hall que mostraría interés por ella.

—No será necesario. Estoy convencida de que esta noche recuperaré las horas de sueño.

Recelosa Megan se le acercó con el ceño fruncido, mientras Amy, ya sentada ante su tocador, esperaba a que comenzara cuanto antes con su tarea de peinarla.

Amy sabía que Megan era una muchacha de buen corazón que le sería leal en caso de que supiera de su embarazo, pero también

estaba convencida de que su deber la obligaría a contárselo a su madre. Era ese el motivo por el cual no quería que se enterara, pues no quería que tuviera que decidir entre callarse, y posiblemente perder su empleo, o contar su secreto y serle desleal.

Pero la suerte parecía que esa mañana no quería acompañarla, pues Megan no quiso dejar el tema a un lado y comenzó a hablar de nuevo.

—La verdad es que no tenéis buena cara desde hace unos días. ¿No queréis que llame al médico para asegurarnos de que no os pasa nada?

—¡No! —Soltó horrorizada Amy, paralizando a la doncella ante su reacción—. Lo siento Megan, no quería asustarte, pero no creo que sea necesario molestar al doctor Kendrick cuando solo es falta de sueño.

—Como deseéis, milady —fue su única respuesta, dejando que el silencio las envolviera como un velo asfixiante, mientras Megan continuaba con el trabajo de cepillar el cabello y callaba al respetar la decisión.

Por desgracia, Amy se sentía demasiado abatida y temerosa para soportar la tensión que se estaba acumulando entre ellas y, sin que pudiera evitarlo, una lágrima se escapó de entre sus ojos para comenzar a rodar por su mejilla.

Saber que había defraudado a su familia al quedarse embarazada era una losa demasiado pesada, pero más desesperación le daba estar convencida de que su vida cambiaría para siempre a sus diecisiete años. Necesitaba desahogarse para tratar de aflojar el nudo que le oprimía y por ello comenzó a hablar buscando un consuelo que ansiaba.

—Megan, yo... —no supo cómo continuar, pues las palabras parecían estancarse en su garganta.

Pero a Megan no le hizo falta una explicación para saber qué ocurría, ya que como doncella personal su obligación era atenderla y estar pendiente de cuanto necesitara, por lo que estaba al corriente de qué era exactamente lo que le sucedía.

—Espere un momento —le dijo antes de dirigirse hacia la puerta y, tras abrirla para asegurarse de que no había nadie cerca, la volvió

a cerrar para después acercarse de nuevo a ella—. Creo saber qué es lo que tanto le asusta.

Sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, Amy se giró en su asiento para mirarla a la cara, pero no fue hasta que Megan se agachó para contemplarla con pesar en su rostro cuando comprendió que estaba al tanto de todo.

—Hace días que sospecho que podría estar embarazada. Como sabe, me ocupo de tener los paños preparados y sabía del retraso.

—Entiendo —afirmó, mientras se decía que había sido una estúpida al no haberlo pensado—. Sé que tu obligación es decírselo a mi madre, pero te suplico que me des unos días.

Megan la observó en silencio durante unos segundos que a Amy le parecieron eternos, hasta que por fin le respondió:

—Sé que teme enfrentarse a su madre, pero debe prometerme que solo serán un par de días.

Nada más escucharla, Amy sintió el deseo de abrazarla, pero su correcta educación como la hija menor del conde de Barness se lo impedía. Aun así le regaló una sonrisa y un suspiro al saber que por unos días estaría cubierta.

—Te lo prometo Megan, hoy mismo voy a hablar con él y seguro que en breve se lo contaremos a nuestras familias.

—Estoy convencida de ello, milady. Usted es una muchacha bonita y de buena familia. Estoy segura de que el caballero no dudará en pedirle su mano al conde.

A Amy le habría gustado asentir ante la convicción de Megan, ya que no estaba tan convencida de que todo se resolviera de una manera tan clara.

—Eso pienso también —le contestó callando sus dudas—. El problema...

—Es su madre y su hermana —terminó de decirlo en voz alta Megan.

Amy solo tuvo que asentir ya que sobraban las palabras, al ser conocido por todos que la condesa de Barness era una mujer estricta y controladora, del mismo modo que se sabía que su hija mayor, Rosemary, era una déspota engreída.

Desde siempre ambas mujeres habían hecho todo lo posible por hacerle sentirse inferior, al recordarle en cada ocasión que se les presentaba su falta de elegancia, perfección y atractivo.

Todo ello había comenzado en su niñez, cuando la condesa se había percatado de que su segunda hija sería una muchacha de facciones poco llamativas. Un estigma que la marcaba como no deseable, al alejarse de los cánones de belleza que todo Barnes debía ostentar.

Y es que Amy poseía unos ojos marrones que sobresalían solo por su viveza, así como un cabello de color castaño de naturaleza rebelde que le costaba mantener bien peinado, y una nariz pequeña y chata que hacía juego con sus labios finos y nada seductores. Pero lo peor de todo era su boca, que tenía el tic de curvarse ligeramente hacia la izquierda cada vez que sonreía, lo cual, según le aseguraba su hermana, le hacía quedar como una estúpida pueblerina.

Todo ello era algo que no podía evitar, como tampoco podía remediar el preferir mil veces la libertad de la vida rural, donde podía montar a caballo por los páramos y conversar y disfrutar de la sencillez de las gentes que le rodeaban, en vez acudir a los salones de té, las tiendas de moda y esas tediosas veladas donde el protocolo dictaba hasta lo que tenías que pensar.

Amy sabía que jamás podría encajar entre la alta sociedad, no solo porque no se sentía parte de ella, sino porque desde siempre supo que jamás podría igualar en gracia y sofisticación a su hermana.

Rosemary era considerada la beldad más exquisita de toda la comarca, no solo por su porte esbelto y agraciado o por sus facciones perfectas, sino porque todo en ella emanaba una delicadeza que hacía suspirar a cuantos la miraban. Aunque ninguno de sus admiradores conocía la negrura de su corazón y cómo le gustaba hacer que la gente de su alrededor se sintiera insignificante.

Saber que ahora tendría que soportar sus reproches la estaba consumiendo, como también temía la reacción de su padre. Lord Frederick Barnes era un ser estricto que se tomaba muy en serio el

honor de su familia y que sin duda castigaría severamente a Amy, ya que le pesaban más las habladurías que el bienestar de su hija pequeña.

Había centrado toda su vida en aparentar ser el típico aristócrata más versado en banalidades que en el mantenimiento de sus tierras, del mismo modo que no mostraba ningún reparo en despreciar a todo aquel que por sus venas no llevara sangre noble.

La única ventaja con que contaba para asegurarse el perdón de su padre era que su futuro marido era el hijo de los condes de Rolswell, por lo que la posibilidad de unir ambas familias en un matrimonio sería una ventaja a tener en cuenta.

Esta era la única esperanza a la que podía aferrarse y por esa razón había centrado todas sus expectativas en contarle a Ashley su problema. Estaba convencida de que solo si se enfrentaban juntos a su padre tendrían una oportunidad, pues de lo contrario él no tendría ningún reparo en repudiarla, de modo que la idea de presentarse sola era lo que más le asustaba.

—Ojalá nada de esto hubiera pasado —se dijo después de haberse dejado llevar por su pensamiento.

—No será la primera lady que se casa en estado, como tampoco será la última. Piense que tiene diecisiete años y por lo tanto puede contraer matrimonio perfectamente.

—Lo sé, Megan. Y te puedo asegurar que amo al hombre que me ha seducido, pero habría preferido que las cosas hubieran sucedido de otra manera.

Encogiéndose de hombros, Megan se giró y comenzó a caminar alejándose de ella, indicándole sin palabras que ya nada se podía hacer al respecto. Con paso decidido se dirigió al armario para sacarle el vestido que se pondría esa mañana, como llevaba haciendo desde que había sido asignada como su doncella.

—¿Va a salir a montar como cada domingo? —al volverse y ver el sonrojo de Amy supo que ese día haría algo más que cabalgar, pero como buena sirvienta no quiso meterse en sus asuntos privados y permaneció a la espera de su respuesta.

—Así es.

Amy no pudo evitar acalorarse al recordar que cada domingo, desde hacía unos meses, Ashley y ella se reunían en la vieja casa del guardabosques. Había sido en uno de esos encuentros donde abundaban los besos y las palabras tiernas cuando todo sucedió, pues en un arrebato se dejaron llevar por la pasión y acabaron entregándose.

Una única vez en la que había perdido la virginidad al haber cedido ante las atenciones de Ashley y en la que, sin sospechar las consecuencias, había cometido un acto que le marcaría durante el resto de su vida.

—Hoy voy a verle y a contárselo —le confesó ante la necesidad de repetirse de nuevo que debía solucionar el problema cuanto antes.

El silencio de la doncella hizo que se intranquilizara y necesitara seguir hablando.

—Estoy convencida de que él se alegrará y todo acabará bien.

—Así será, milady —le aseguró Megan, aunque ninguna de las dos se mostraba muy segura de que así sucediera.

Volviéndose hacia el espejo de su tocador Amy se quedó por unos instantes contemplándose, deseando poder dejar atrás toda una vida de vacilaciones para poder enfrentarse a su destino con decisión.

Pero por desgracia llevaba grabado a fuego en su alma cada insulto, menosprecio y discriminación que había sufrido durante años, convirtiendo su carácter en algo frágil y maleable que la volvía insegura.

Por primera vez en su vida anheló tener la determinación de su hermana, pues si bien nunca había deseado su belleza o su elegancia, debía reconocer que siempre había anhelado poseer su fortaleza y determinación.

Suspirando se armó de valor para levantarse de su asiento y, decidida a enfrentarse a lo que le aguardaba, se puso su vestido de montar de fino terciopelo negro.

Sabía que durante los días venideros nada sería sencillo, pero tenía la esperanza de que al estar junto a Ashley todo le resultaría más llevadero.

«Ojalá todo acabe bien.»

Comenzó a repetirse una y otra vez como si así pudiera lograr que sucediera.

«Ojalá Ashley permanezca a mi lado.»

Fue su último pensamiento antes de salir de su cuarto rumbo a su cita con el destino.

CAPÍTULO 2



Resguardada por los majestuosos árboles que rodeaban la antigua cabaña del guardabosque, Amy caminaba de un lado para otro deseosa de que su cita secreta llegara cuanto antes. Necesitaba descubrir en los ojos de Ashley si en ellos había ese amor que él siempre le había asegurado, ya que ansiaba desesperadamente creer que la quería.

Temblando se percató de que de nuevo volvía a desconfiar de Ashley y, reprochándose su inseguridad, se juró que nunca más lo haría. Al fin y al cabo él le había demostrado en más de una ocasión la profundidad de sus sentimientos, por lo que no era justo que ella se dejara llevar por sus vacilaciones y dudara de su amor.

Reconocía que Ashley no se merecía algo así, más aún cuando en sus encuentros le había abierto un mundo nuevo que desconocía. Un mundo donde las palabras dulces y las caricias tiernas habían logrado que se volviera una mujer más conforme con su cuerpo y su feminidad.

Quizá esa felicidad que experimentaba cuando estaba con él se debía a que le había amado desde siempre, pero no había sido hasta su primer beso cuando había notado cómo ese amor se hacía más profundo, llegando a apoderarse de su pensamiento, su corazón y sus cinco sentidos.

Y es que desde que él había regresado, su vida había cambiado por completo y por fin tenía a alguien que la escuchaba y se preocupaba por ella.

Aún recordaba cómo el día en que se entregó a él le había buscado desconsolada, pues su hermana la había vuelto a insultar

asegurándole que siempre sería vulgar y poco femenina. Solo en los brazos de Ashley pudo serenarse, mientras este le aseguraba que en sus muchos viajes jamás había encontrado una muchacha más bonita y de corazón más tierno.

A pesar de los meses transcurridos desde ese día, aún sentía el escozor de las lágrimas y cómo Ashley la consoló, convirtiéndose desde aquel día en su universo, pues era el único que le hacía sentirse feliz y segura de sí misma.

Por eso se pasaba los días contando las horas que faltaban para verle y cada domingo volvía a esa destartalada cabaña del guarda para dejarse llevar entre sus brazos.

El sonido de los cascos de un caballo hizo que Amy alzara la vista esperanzada y se encontrara con la imagen de Ashley cabalgando hacia ella con la gracia de un jinete experimentado. Sin poder apartar la mirada, solo pudo quedarse ahí parada, mientras le observaba atravesar la pradera para acudir a su encuentro.

Con su cabello rubio despeinado por el viento, su cara varonil y su porte atlético, Ashley parecía más un dios griego que el refinado conde de Rolswell. A sus veinticinco años, lord Ashley Davison III era considerado el mejor partido en millas, no solo porque su familia era una de las más antiguas y distinguidas del vecindario, sino porque poseía una belleza y una distinción que quitaban el aliento.

Amy estaba al corriente de que tanto las matronas como sus hijas competían por llamar su atención, por lo que se sentía doblemente agradecida de que Ashley se hubiera fijado en ella.

Deseosa de estar con él, salió a su encuentro sin perderlo de vista, sintiendo cómo sus piernas le flaqueaban cuando Ashley le dedicó una de sus espectaculares sonrisas. Solo cuando hubo bajado de su montura y la hubo estrechado en sus brazos, Amy dejó de temblar al haberse desvanecido todos sus miedos como si los hubiera barrido el viento.

—Lamento llegar tarde, pequeña, pero unos asuntos importantes me han entretenido.

Olvidándose del decoro, Amy apenas escuchó sus palabras y se perdió entre sus brazos aferrándose con fuerza, consiguiendo que este soltara una carcajada y la acercara más a su cuerpo.

—Veo que me has echado mucho de menos —le dijo con tono irónico, justo antes de apoderarse de su boca con un beso posesivo.

Completamente rendida ante su encanto, Amy no opuso resistencia y sin ningún pudor abrió su boca para dejarle paso, como había hecho en muchas otras ocasiones. Durante unos segundos olvidó que ese comportamiento era inaceptable en una dama respetable, pero la necesidad que experimentaba de sentirse amada y valorada era mucho más intensa que su recato.

—Ashley, por un momento he temido que no vinieras —le confesó Amy cuando sus bocas se separaron, sin importarle que supiera cuánto dependía de él para sentirse feliz o lo vulnerable que era.

—Tontita. Sabes que por nada del mundo me perdería uno de nuestros encuentros —señaló sonriendo mientras le cogía la barbilla para encontrarse con sus ojos.

—Lo sé, pero hoy necesito tanto sentirme segura entre tus brazos que cada minuto se me ha hecho eterno.

Sin querer desperdiciar ni un segundo, Ashley no quiso profundizar en ese tema ni malgastar el poco tiempo de que disponían escuchando una vez más sus inseguridades. Sabía que Amy se sentía infeliz con su vida y despreciada por su familia, pero había sobrepasado su límite de escuchar más quejas.

Presuroso por comenzar con sus besos, la cogió de la mano para así tirar de ella hacia el interior de la cabaña y ambos ponerse a cubierto. Debía tener cuidado para que ningún desconocido que anduviera cerca pudiera verlos, pues había demasiado en juego como para arriesgarse.

Pero fue una vez ya dentro de su refugio cuando se percató de que algo grave sucedía, pues la expresión de Amy seguía seria y asustada. Un escalofrío le recorrió el cuerpo pillándole desprevenido, ya que algo le decía que, en esta ocasión, su desasosiego no se debía a alguna de sus frecuentes disputas con su familia.

Decidido a que no le amargara ese momento que tenían para estar juntos, se dispuso a besarla para así hacer que se olvidara de ello, pero Amy retrocedió un paso sorprendiéndole aún más.

Ella sabía que no podía posponer por más tiempo la noticia de su embarazo, pero por más que lo intentaba no encontraba las palabras apropiadas para decírselo.

Con el cuerpo temblando se reprochó estar tan nerviosa y, sin poder mirarle a los ojos por temor a ver en ellos desaprobación, respiró profundamente y comenzó a hablar antes de volver a perder la poca seguridad que aún albergaba.

—Tenemos que hablar.

Con esas simples palabras, el lívido de Ashley se apagó por completo y apareció una vocecita en su cabeza que le repetía que algo grave debía de haber ocurrido.

—¿No puede esperar para más tarde? —le preguntó para ganar un poco de tiempo, ya que deseaba estar con ella.

—No. Me temo que no —le respondió mientras se apretaba con fuerza las manos.

Suspirando Ashley retrocedió unos pasos y echó de menos una copa bien cargada de buen brandy, a la vez que se preguntaba qué podría haber sucedido para que se mostrara tan perturbada y, tras fijarse bien en ella, verla tan asustada.

Y entonces, una idea espantosa le vino a la cabeza, pues tuvo el convencimiento de que le diría que los habían descubierto. Una noticia que llevaba temiendo desde hacía unas semanas, cuando había escuchado unos pasos cerca de la cabaña mientras trataba de seducirla.

—Entonces dilo cuanto antes para que así podamos dejarlo a un lado —señaló sin querer demostrar que podía saber en qué consistía su noticia.

Inquieta, apretó con fuerza los puños y, tratando de controlar su nerviosismo, se aclaró la garganta seca para después decirle sin más:

—Estoy embarazada.

El silencio frío que se extendió por la destartalada habitación la pilló por sorpresa, ya que no se había imaginado que Ashley reaccionara quedándose rígido y mirándola fijamente, como si le costara creer que lo que acababa de escuchar fuera cierto.

Tras unos segundos de agónica espera, Amy sintió cómo las lágrimas empezaban a derramarse por su mejilla y necesitó más que nunca que él se compusiera para abrazarla y decirle que todo se arreglaría.

Pero Ashley estaba muy lejos de sentirse calmado ante lo que acababa de escuchar, pues aunque solo la había poseído una única vez, no podía negar que existía la posibilidad de que hubieran engendrado un hijo.

Maldiciendo su mala suerte bajó la mirada hasta el vientre plano de Amy, dándose cuenta por primera vez de que ante él tenía a una frágil mujer que apenas había dejado de ser niña.

Se lo decían sus inseguridades y sobre todo esa mirada mitad asustada y mitad esperanzada, que lo contemplaba como si él fuera capaz de cualquier heroicidad.

Resignado solo pudo quedar en silencio pensando qué sería de ellos desde ese mismo instante. Por su cabeza pasaban imágenes de la vida que él había deseado vivir, y en cambio, la que le esperaba ahora era como esposo de una muchacha inestable y padre de un bebé no deseado.

Mientras tanto, Amy permanecía quieta en su sitio bastante sorprendida por su mudez, comenzando a temer que se marchara en cualquier momento dejándola sola con su hijo.

Temerosa de que esto sucediera, avanzó unos pasos para acercarse más a él, que aún permanecía abstraído en sus propios pensamientos, como si así le obligara a regresar al presente y a contarle qué intenciones tenía con respecto a ellos.

—Ashley, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó, pues no podía soportar más la espera.

Había albergado la esperanza de que se hubiera alegrado con la noticia, para después abrazarla con fuerza mientras le aseguraba que juntos lo solucionarían todo. Pero en vez de eso, se había quedado observándola petrificado, consiguiendo que empezara a temerse lo peor.

Sin saber qué hacer, ya que jamás en su corta vida se había enfrentado a algo así, simplemente permaneció callada a la espera de que él asimilara lo que acababa de decirle y reaccionara.

Recapacitando sobre todo ello, se percató de que su forma de actuar era comprensible, ya que él no se esperaba una noticia semejante y ella se lo había dicho de golpe. Lo sabía porque a ella le había costado también asimilarlo, por lo que ahora no podía reprocharle que él hiciera lo mismo.

Aun así una voz en su interior le repetía sin descanso que algo no estaba bien, y no fue hasta que él comenzó a caminar pensativo de un lado a otro del pequeño cuarto, cuando pudo volver a respirar sin sentir una opresión en el pecho.

—¿Estás segura de ello? —fue lo primero que le dijo cuando unos minutos después se detuvo ante ella.

—Sí —fue lo único que pudo contestarle.

—Pero quizá te has equivocado, tal vez sea solo un retraso.

Resultaba más que evidente la esperanza que tenía de que esto fuera cierto, pero por desgracia Amy estaba bastante segura de su embarazo.

—Mi doncella también me lo ha asegurado.

—¡Por Dios, Amy! ¿Se lo has contado a tu doncella? —prorrumpió enfadado, deteniéndose de nuevo.

Sin poder remediarlo Amy dio un respingo asustada, pues no esperaba que él levantara la voz. Conteniéndose para no echarse a llorar y para demostrarle que ya no era una niña, se irguió todo lo que pudo y, sin bajar la mirada, por primera vez en su vida se enfrentó cara a cara con otra persona.

—En realidad no ha hecho falta —continuó diciendo ruborizada —: Ella se ocupa de mis asuntos de mujer y no he podido ocultárselo.

—Pero nadie más lo sabe, ¿no es así? —insistió él, con un tono de voz más calmado.

Con la sensación de opresión instalada de nuevo en su pecho, Amy no fue capaz más que de asentir, pues le faltaba el aire necesario para que las palabras surgieran de su boca.

—Por el momento tenemos que mantenerlo en secreto, ¿crees que tu doncella no se lo contará a tu madre?

Con la mirada de él clavada en la suya esperando una respuesta, Amy solo pudo disimular su malestar y contestarle,

tratando de aparentar una tranquilidad que en realidad no sentía.

—Le he pedido que me dé unos días y me lo ha concedido.

—Perfecto. Es cuanto necesito para arreglarlo todo.

Tras escuchar sus palabras su esperanza regresó, al comprender que había estado tan abstraído y serio, no porque estuviera enfadado o demasiado sorprendido para reaccionar, sino porque estaba pensando en la forma de arreglarlo todo.

—Entonces, ¿crees que se podrá solucionar? —le preguntó esperanzada.

—Claro que sí. Tú déjalo en mis manos.

Por primera vez Amy pudo suspirar aliviada, al saber que él buscaría la manera de poder estar juntos y formar una familia. Se dijo que incluso el embarazo no tenía por qué salir a la luz, ya que si se casaban enseguida podrían decir que el niño había sido prematuro.

Al pertenecer ambos a familias respetables nadie pondría en duda esta versión, acabando esta pesadilla de una manera que seguro que ambos deseaban.

Tras dedicarle una de sus sonrisas por fin pudo hablar sin temor:

—Menos mal, estaba muy asustada por lo que podría sucedernos.

—No tienes porqué sentirte así, pequeña. A veces estas cosas pasan entre un hombre y una mujer, pero no tienes de qué preocuparte. Y ahora deja que te abrace para que puedas olvidarlo todo.

Más calmada se acercó a él para buscar el calor de su abrazo, sabiendo que solo de esa manera lograría apartar todas las dudas y miedos. Pero no tardó mucho en percibir que algo había cambiado en él, pues notó cómo a pesar de estar abrazados Ashley se encontraba distante.

Aun así necesitaba demasiado de su cercanía como para reprochárselo, ya que por nada del mundo quería hacer o decir algo que volviera a hacerle enfadar. Sabía que estaba comportándose como una niña tonta y asustadiza que se niega a enfrentarse a la realidad, pero en ese momento, después de haber pasado por una auténtica pesadilla, lo único que pedía era un poco de paz.

Por desgracia su momento de sosiego duró poco, ya que tras haber transcurrido tan solo unos minutos Ashley la separó de su abrazo sin muchos miramientos y le dijo mostrándole una sonrisa que no le alcanzó a los ojos, a pesar de que pretendía tranquilizarla:

—Ahora, si me disculpas, será mejor que me marche.

—Pero, ¿tienes que irte tan pronto? —le preguntó tratando de que no sonara a reproche.

Como contestación Ashley le besó la nariz, como se hace con una hermana y no con la mujer que va a dar a luz a un hijo propio.

Luego, simplemente le sonrió y, tras colocarse bien la casaca^[1], acabó diciéndole:

—Por si lo has olvidado, dentro de dos días ceno en Hertford Hall acompañado de mi familia y quisiera tener todo este asunto solucionado antes de que sea demasiado tarde.

A Amy no le gustó que llamase a su futuro hijo “este asunto”, pero como no quería que él se molestara con ella optó por callarse. Sabía que se encontraba en una situación precaria que solo juntos solucionarían, ya que si por algún motivo él decidiera repudiarla no podría hacer nada para evitarlo.

Si esto sucediese no tendría ninguna posibilidad de salir con la cabeza alta, ya que tanto su familia como toda la sociedad la culparía a ella de haber caído en desgracia. Ser madre soltera significaba no solo la muerte social, sino vivir el resto de la vida recluida en alguna pequeña propiedad, sin ningún futuro y con un hijo que debería portar la cruz de ser bastardo durante el resto de su vida.

Notando cómo la serenidad que le había aportado se le escapaba de entre los dedos, intentó no pensar en ello y confiar en Ashley, a pesar de que en ese momento estuviera marchándose y dejándola sola cuando más le necesitaba.

—Está bien Ashley, solúcnalo todo cuanto antes para que podamos anunciar la boda dentro de dos días.

El ceño fruncido que él puso al escucharla tampoco le agradó y empezó a preguntarse qué estaría pasando por la cabeza de Ashley en ese momento. Pero cuando él asintió, como si de esa manera

confirmara que así sucedería, Amy pudo soltar el aire que hasta hacía unos instantes ni siquiera sabía que retenía.

Aun así, no pudo evitar sentir desasosiego al ver cómo él se marchaba sin despedirse con un beso, como solía hacer al finalizar cada uno de sus encuentros, y sin haber mencionado una sola palabra sobre sus planes para así tranquilizarla.

Recordó no sin cierta resignación que, a pesar de su corta experiencia con los hombres, estos solían ignorar a las mujeres en las cuestiones más serias. Era algo frecuente en su padre, y por lo visto también en Ashley, ya que entendían que las mujeres eran demasiado simples como para ponerlas al corriente de sus asuntos.

Sintiéndose mitad desamparada y mitad enfadada al no haber contado con ella, solo pudo observar cómo salía de la cabaña, para después escuchar cómo su caballo se alejaba al galope.

Un escalofrío comenzó a recorrer todo su cuerpo, no solo a causa de la temperatura que parecía que había bajado en esa mañana de primavera, sino porque un frío procedente de su interior se estaba apoderando de ella.

Quería creer en él, en que todo se solucionaría y serían felices juntos, pero por mucho que lo intentaba no podía olvidar su frialdad y cómo la había dejado sola en cuanto tuvo la oportunidad.

A pesar de su malestar una ligera sonrisa acudió a sus labios al recordar que ya jamás estaría sola, pues desde hacía pocas semanas llevaba en su interior a su hijo. Poniéndose las manos en el vientre decidió darle un voto de confianza a Ashley, convencida como estaba de que en cuando recapacitara se daría cuenta de lo maravilloso que sería ser padre.

Lo sabía porque ella misma había comenzado a amar a su pequeño, a pesar de los problemas que le ocasionaría su precipitado nacimiento. También se recordó a sí misma que debía entender que para un hombre todo el asunto del embarazo era diferente, al no poder experimentar la maravillosa sensación de llevar una vida dentro.

Algo más tranquila, se encaminó hacia la puerta parándose durante unos segundos al sol y notando cómo los rayos le

calentaban y apartaban de ella el frío que había tratado de consumirla.

Alzando la cara al cielo suspiró y percibió cómo el calor ahuyentaba los temores y le hacía albergar una sensación parecida a la esperanza. Notándose más reconfortada se repitió que debía confiar en el amor de Ashley, a pesar de su frialdad y de su partida precipitada.

Se dijo que solo debía esperar dos días para alcanzar el sueño de ser la esposa de Ashley, ya que un cielo tan maravilloso como el que tenía ante ella no podía ser señal de nada malo.

Con ese pensamiento se encaminó hacia su montura para regresar a Hertford Hall, sin percibir cómo unas nubes oscuras se aproximaban por el norte.

Tal vez dentro de dos días se hicieran realidad sus deseos, o tal vez dentro de dos días sus más oscuras pesadillas le darían alcance.

CAPÍTULO 3



Armándose de valor Amy comenzó a bajar la escalera de mármol de Hertford Hall, sabiendo que esa noche la recordaría durante el resto de su vida.

Aunque había tenido dos días para prepararse, no había logrado contener sus nervios, pues albergaba la certeza de que esa noche en que ambas familias cenaban juntas, Ashley aprovecharía para comunicar su enlace y posiblemente su embarazo.

Debía reconocer que su actitud era de total cobardía, pero cada vez que se imaginaba frente a sus padres y hermana, así como junto a los padres de Ashley, se apoderaba de ella un escalofrío que conseguía que deseara esconderse bajo las sábanas.

Solo cuando recordó que a sus diecisiete años ya no era ninguna niña, encontró el coraje necesario para continuar, al ser consciente de que había llegado el momento de enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

Tratando de controlar su nerviosismo, continuó su descenso por la gran escalinata, intentando convencerse a sí misma de que no estaba asustada.

Sabía que con su retraso solo había conseguido ser la última en presentarse, por lo que su aparición llamaría la atención de todos los presentes aunque fuera durante unos segundos. Una acción que sin duda le reprocharía su hermana Rosemary, a quien le gustaba ser la última en bajar las escaleras para acaparar todo el protagonismo.

Esa noche sin embargo sería ella a la que todos esperaban y estaba convencida de que, tras acabar la velada, tendría que aguantar algunos de sus insultos. Sin embargo, en ese momento la rabieta de su hermana era lo que menos le importaba, ya que al acabar la velada sería la prometida de Ashley y ningún desprecio de Rosemary lograría mitigar su felicidad.

Ante la idea de convertirse en la prometida de Ashley, Amy sonrió, aunque tuvo que reprocharse haber sido una tonta al haber temido enfrentarse a los presentes, cuando Ashley estaría entre ellos para protegerla.

Ya a escasos pasos de las puertas del gran salón, Amy escuchó las voces de los asistentes a la cena y pudo distinguir claramente las risas de su madre Rebeca y de la madre de Ashley.

Agradecida porque su madre no se hubiera percatado de su retraso se irguió, adoptando la pose que toda dama elegante debe llevar, y continuó paso a paso hasta colocarse entre las dos inmensas puertas abiertas que daban acceso a la estancia.

Lo que vio ante ella le sorprendió, pues daba la sensación de que no habían advertido su tardanza, ya que nadie miró en su dirección a pesar de encontrarse a escasos metros. Divididos en tres grupos todos conversaban con una copa de champán en la mano, pero lo que le molestó especialmente fue que Ashley estuviera hablando con Rosemary tan absorto que ni siquiera se había percatado de su llegada.

Sintiéndose una vez más como una extraña entre su familia, se adentró con paso decidido, deseando acercarse cuanto antes a la pareja. Había algo en la actitud de ellos que no le gustaba, quizá porque juntos parecían perfectos el uno para el otro.

Pero no solo eran celos lo que percibió al verlos, sino que además le hacían sentirse inferior al parecer ellos una obra digna del mismísimo Tiziano^[2], mientras que ella a su lado solo sería considerada un simple complemento al que nadie prestaría atención.

Intentando apartar de su cabeza este pensamiento, continuó andando dispuesta a que nada estropeará su noche, aunque no pudo evitar enfadarse consigo misma por haberse dejado llevar por

sus inseguridades. Resignada al no poder competir con la belleza de su hermana, sintió cómo el enfado iba creciendo en su interior, no solo porque siempre se dejaba llevar por los prejuicios, sino porque nadie se molestaba ni siquiera en saludarla.

Estaba llegando a un grado de enojo tal que en ese instante dejó de importarle si se ponía en evidencia delante de sus futuros suegros, así como del pastor de la parroquia anglicana a la que pertenecían y al que su madre había invitado como comodín para que ninguna dama estuviera sin compañía.

Tampoco le importaba que esa noche Ashley estuviera realmente espléndido con su traje de gala, o que Rosemary le sonriera como si fuera una gata en celo, algo que solía hacer cuando andaba cerca un noble con un título adecuado y riquezas en abundancia.

Pero solo había avanzado un metro escaso cuando su madre la detuvo al cogerla con fuerza del brazo, con el firme propósito de que se detuviera y de asegurarse de que la escuchara.

—No te atrevas a molestarlos. Tienes la estúpida manía de importunar solo con tu presencia.

Extrañada ante la petición de su madre Amy la miró a la cara, como si buscara la confirmación de que le había escuchado correctamente. Hacía años que apenas prestaba atención a los insultos que le dedicaba a la más mínima ocasión. Estaba cansada de oírlos y de justificarla cuando en realidad ella no era culpable de su apariencia o de su forma de ser.

Pero esta vez había algo diferente en su madre. Cuando pudo ver el frío glacial que emanaba de sus ojos, así como el rictus de su boca, que apretaba con fuerza, supo que había algo más en su petición. No tuvo que pensar mucho de qué podría tratarse, pues cuando volvió a mirar hacia la pareja, vio cómo su hermana le tocaba sutilmente el brazo a Ashley mientras le dedicaba una de sus más deslumbrantes sonrisas.

Nada más verlo notó una punzada en el estómago al darse cuenta de las intenciones de su madre, ya que era más que evidente que pretendía emparejar a su primogénita con el primogénito de los Rolswell.

Como si fuera una especie de letanía entendió por fin a qué se debía esa cena con sus vecinos, quedando aún más claro cuando sin más su madre se giró dándole la espalda, para volver a centrar su atención en elogiar a lady Rolswell, que en ese momento conversaba con el párroco.

Plantada en medio del gran salón como si fuera una visita no deseada Amy quiso enfrentarse a su madre. Deseaba con todas sus fuerzas poder mirarle a la cara para gritarle que Ashley era suyo y ni ella ni nadie podrían impedir que acabaran juntos, pero sabía que jamás podría hacer algo semejante.

Se lo impedían no solo el respeto que le debía a la mujer que le había dado la vida, sino también su gran corazón y su educación, que así se lo indicaban.

Sintiéndose sola, a pesar de estar rodeada de la gente que supuestamente más la quería, solo pudo cerrar sus manos para convertirlas en puños y apretarlos con fuerza hasta que sus nudillos se volvieron blancos y las uñas se le clavaron en las palmas.

Suspirando para tratar de serenarse, se giró dispuesta a no hacerle caso, ya que por nada del mundo permitiría que nadie ni nada le estropeara esta noche. Había soñado en infinidad de ocasiones con ese momento en que Ashley pediría su mano delante de todos y no estaba dispuesta a que le arruinaran esa ocasión tan especial.

Queriendo dejar atrás este asunto que tanto le molestaba, alzó la cabeza para encontrarse con la mirada de Ashley, que la observaba con una sonrisa en los labios. Con el corazón latiéndole a mil por hora Amy solo pudo devolverle la sonrisa y, tras ver cómo le hacía señas para que se le acercara, todo lo demás dejó de tener importancia.

Perdida en el deseo de estar junto a él olvidó la advertencia de su madre, como tampoco prestó atención a la mirada cargada de censura de Rosemary. En ese instante en el gran salón para ella solo estaba Ashley y, como no soportaba estar por más tiempo separada de su compañía, comenzó a caminar hasta colocarse frente a él.

—Está preciosa, milady.

Encantada con su cumplido solo pudo agrandar la sonrisa, mientras escuchaba cómo de la boca de Rosemary salía un bufido muy poco apropiado para una dama.

—Llegas tarde —le reprochó su hermana con un tono de voz cortante.

Sin dar muestras de haberla escuchado Amy continuó mirando a Ashley, mientras este se inclinaba para cogerle de la mano y besársela como todo un caballero.

Se sentía como una princesa en medio de un cuento de hadas y hubiera podido jurar que en ese instante estaba flotando. Contestando al cumplido de Ashley le dijo con las mejillas ligeramente coloradas:

—Gracias. Usted también está muy guapo.

Nada más oírla Rosemary se propuso dejarla en evidencia, por lo que la golpeó en el brazo con su abanico mientras le reprochaba:

—Eso jamás se le dice a un hombre.

—Déjala. Lady Amy Clarence puede hacerlo.

Al escucharle decir su nombre completo sonrió, pues era el único que la llamaba así en público desde hacía años. Estando una mañana en la cabaña le había contado que era su forma de decirle que la amaba sin que nadie se percatara, por lo que Amy solo se fijó en su significado.

Encantada con seguirle el juego se dispuso a contestarle, con el propósito de dejarle claro a su hermana que entre ambos había algo que ella jamás tendría. Pero justo en ese instante el mayordomo interrumpió en el salón con andares pomposos, como si fuera un auténtico placer dirigirse a la señora de Hertford Hall.

Una actitud que se había ganado la simpatía de lady Barness al hacerla sentir importante, y por ello el mayordomo contaba con carta blanca a la hora de aseverar al servicio, un placer del que sin duda disfrutaba siempre que podía y ante el que todos debían callar si querían conservar el trabajo.

Como si se tratara de un secreto de estado el mayordomo le dirigió unas discretas palabras a su madre para, segundos después, ésta asentir con la cabeza y anunciar con solemnidad:

—Me informan de que podemos ir entrando en la sala donde se servirá la cena.

El asentimiento de los invitados le indicó que tendría que esperar otra oportunidad para dejarle claro a su hermana que ya no era una niña a la que podía manejar y desacreditar a su antojo, y suspirando observó cómo su padre le ofrecía galantemente el brazo a lady Rolswell, del mismo modo que el conde le ofrecía su brazo a la anfitriona.

Viendo que las parejas se estaban formando, y que el párroco la miraba con el propósito de que fuera su compañera de cena, se apresuró a mirar a Ashley.

Pero al parecer ese día la suerte no estaba de su parte, ya que en ese justo momento escuchó cómo Rosemary le decía con una voz tan dulce que incluso resultaba empalagosa:

—Lord Ashley, espero que no le moleste que mi madre nos haya puesto juntos en la mesa.

—Para nada, milady, será todo un placer acompañarla.

Asombrada por el descaro y la familiaridad de su hermana, Amy observó cómo esta se le acercaba para aferrarse a su brazo, temiendo que esa noche Rosemary haría todo lo posible para estropearle la velada. Lo único que Amy desconocía era si lo estaba haciendo a propósito o si era fruto de la casualidad que no dejara de interponerse entre Ashley y ella; o lo que era peor, que todo ello fuera un ardid de su madre.

Enfadada con Rosemary pudo ver cómo su sonrisa se volvía maliciosa al pasar por su lado, obteniendo así la respuesta de que esa noche haría todo lo posible para dejarla en evidencia.

Sin poder reprocharle nada a Ashley, pues no habría sido apropiado para un caballero denegar el ofrecimiento de una dama, los vio encaminarse con paso distinguido siguiendo a la comitiva que ya había comenzado a dirigirse a la otra estancia.

Deseando perder la compostura para apartar de un empujón a su hermana, se sobresaltó cuando el serio párroco llamado señor Anderson se colocó ante ella, con una mirada tan fría y un rictus tan severo, que daba la sensación de que estuviera ofreciendo el brazo a una babosa en vez de a una muchacha.

A Amy no le extrañó esta actitud, pues de sobra sabía que el señor Anderson no tenía nada en su contra, sino que simplemente consideraba a todas las mujeres unos seres impíos, puestos en el mundo para amargar la existencia de los hombres con sus artimañas de seducción.

Por ese motivo el párroco de férreas convicciones anglicanas permanecía soltero, pues a pesar de que se le permitía contraer matrimonio si así lo deseaba, no había encontrado a una mujer que no estuviera marcada por el pecado de Eva. Un pequeño inconveniente que el señor Anderson remarcaba cuando estaba cerca de una fémína, pero que milagrosamente olvidaba cuando se encontraba frente a una dama que podía ser generosa con sus donativos.

Sabiendo que la cena sería sumamente tediosa a Amy solo le quedó asentir, siendo los últimos en presentarse en el espléndido comedor que relucía con su infinidad de velas, tapices, flores y dorados.

Fue entonces el turno de su madre de acomodar a los presentes, y como cabía de esperar colocó a Ashley al lado de Rosemary en el otro extremo de la mesa, por lo que le resultaría imposible mantener una conversación con él durante la cena.

Sintiéndose decaída ante el tedio que le esperaba, solo le quedó el consuelo de pensar que su hermana podría tenerlo durante la cena, pero ella lo tendría durante el resto de su vida. Un pensamiento que la hizo sonreír, ganándose con ello el reproche de su acompañante, el señor Anderson, el cual insistió en recordarle las virtudes de una doncella según los salmos mientras sorbía con veneración la sopa de langosta.

Aburrida solo le quedó permanecer en silencio al mismo tiempo que el señor Anderson recitaba palabra por palabra su discurso, sin que nadie le prestara atención. De vez en cuando contemplaba cómo todos menos ellos sonreían encantados, en una cena que transcurría con su madre riendo cada broma del conde de Rolswell, mientras su padre se encargaba de agasajar a lady Rolswell.

Cansada de observar ese espectáculo se fijó en que Rosemary también se esforzaba por mantener ocupado a Ashley, pues en

ningún momento permitió que este alzara la cabeza para dirigirle algún comentario. Lo único con lo que tuvo que conformarse fue con alguna mirada perdida, acompañada de esquivas sonrisas que le sabían a poco.

Y así, con alguna frase esporádica para contestar a alguno de los Rolswell, los discursos del señor Anderson, que no paraba ni para masticar, y más de una docena de miradas de censura de su madre para que mantuviera la postura erguida, fue transcurriendo la cena de ocho platos entre los que destacó la exquisita perdiz, la trucha especialmente preparada para lord Rolswell, el solomillo en salsa de frambuesa que era el plato favorito de Rosemary, y el salmón con salsa de puerros que nunca faltaba en las cenas de gala al ser la especialidad del chef.

Plato tras plato a Amy solo le quedó el consuelo de saber que en algún momento la cena terminaría, por muy eterna que se le estuviera haciendo. Por eso cuando desde la cabecera de la mesa su padre se levantó con una copa de champán en la mano, Amy no supo si alegrarse porque pronto se retirarían para los postres o si sorprenderse por su comportamiento.

—Les ruego que me presten atención —comenzó a hablar, consiguiendo que todos se giraran en silencio para escucharle—. Aunque sé que para la mayoría de los presentes no es ninguna sorpresa el motivo de esta velada, me gustaría anunciar formalmente un enlace que sin duda todos estábamos esperando.

Al escucharle Amy creyó que el corazón se le escapaba del pecho, pues jamás hubiera imaginado que Ashley pidiera su mano sin contarle nada, y mucho menos que su madre o su hermana no se hubieran enterado de algo semejante.

Emocionada solo pudo mirar a Ashley para compartir con él este momento tan especial, sorprendiéndole que este estuviera con el rostro serio observando a su padre mientras hablaba.

Fue entonces cuando sintió en su pecho que algo estaba mal, confirmando esta sospecha cuando escuchó el final del brindis de su padre.

—Tengo el honor de anunciar el enlace matrimonial de lord Ashley Davison III, con mi hija lady Rosemary Barness.

La impresión que recibió Amy al escuchar la noticia fue tan fuerte, que sintió cómo el pecho se le oprimía dejándola sin aire. Notando un leve mareo se dijo a sí misma que debía estar equivocada, pero cuando todos alzaron las copas repitiendo los nombres no le quedó ninguna duda de que Ashley jamás sería suyo.

Con la idea de que todo había sido un error y su padre había dicho el nombre de la hija equivocada, Amy estuvo a punto de levantarse del asiento para informarles de que la noticia era incorrecta. Pero algo en su interior le dijo que quizá no fuera así y, necesitando confirmar que nada de lo que acababa de escuchar era cierto, miró a Ashley esperando que este también estuviera tan sorprendido como ella.

Sin embargo, para su desconsuelo se encontró con la imagen de Ashley sonriendo feliz a su hermana, la cual se mostraba encantada al haber cazado a uno de los solteros más cotizados de Inglaterra.

Sintiendo cómo el corazón se le rompía en mil pedazos estuvo a punto de gritarle para pedirle una explicación, sin importarle que quedase en evidencia delante de todos. Pero un ligero mareo consiguió que permaneciera sentada en su asiento, intentando de forma desesperada que el aire regresara a sus pulmones y las lágrimas no delataran su dolor.

Una y otra vez intentaba encontrarle sentido a lo que estaba sucediendo, pues era la primera vez que tenía noticias de que su hermana estaba siendo cortejada por Ashley. Se dio cuenta de que todo debió de haberse llevado de forma confidencial, e incluso lo más posible es que Ashley lo hubiera urdido todo cuando había acudido a su encuentro secreto y ella le había dicho que estaba embarazada.

Se preguntó qué más cosas le habría estado ocultando, llegando incluso a cuestionarse si de verdad alguna vez la había amado o si todo había sido fruto de un engaño. Sintiendo que era demasiado doloroso pensar en ello solo pudo tratar de serenarse, pues necesitaba con desesperación hablar con Ashley.

Debía responder a las preguntas que empezaban a acumularse en su cabeza, siendo las más importantes si de verdad la quería,

desde cuándo sabía de su compromiso con su hermana y, lo más significativo, qué iba a ser de ella y de su hijo.

Llevando su mano al vientre recordó que ahora su pequeño sería considerado un bastardo al no tener padre y, con el cuerpo aún temblando por el impacto de la noticia, se levantó despacio y sintió la necesidad de salir de ese cuarto enseguida.

Estaba tan sumida en su pena y su bochorno que no era consciente de las felicitaciones que recibía la pareja por parte de todos, ni de cómo él se negaba a mirar en su dirección para evitar enfrentarse a sus reproches.

Ashley sabía que pronto tendría que darle una explicación de lo que estaba sucediendo, como también sabía que debía buscar una salida a la difícil situación de su hijo bastardo.

Por eso cuando vio cómo Amy se levantaba temblorosa no fue a su encuentro, ni tampoco se excusó para ir tras ella cuando la vio salir por uno de los grandes ventanales que conducían a los jardines de la casa.

Sabía que para no levantar sospechas debía permanecer junto a Rosemary, esperando quedar libre para ir en su búsqueda y poder resolver sus problemas.

Y así, entre brindis y sonrisas de satisfacción, el señor Anderson junto a los Rolswell y los Barness se quedaron brindando, sin percatarse ni extrañarse de que Amy se marchara abatida y sola, como si no formara parte de la familia.

Algo que por desgracia solía ocurrir con demasiada frecuencia y por eso ya a nadie le sorprendía.

CAPÍTULO 4



Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

Con ese único pensamiento Amy atravesó las puertas abiertas de los grandes ventanales, al no poder soportar ni por un solo segundo más los brindis de felicitaciones a los novios, las risas de los presentes y la sensación de haber sido engañada.

Sin importarle lo que pudieran pensar de ella se adentró en los jardines, deseando dejar atrás el dolor punzante que sentía en su pecho a causa de su desengaño, pero sobre todo, anhelando borrar la sensación de haber estado viviendo una mentira entre sus brazos.

Solo cuando se encontró entre las sombras se dejó llevar por su pena y comenzó a llorar, mientras notaba cómo el corazón se le desgarraba cada vez que recordaba el momento en que su padre anunciaba el enlace. Rememorar ese instante le hacía un daño atroz, pero una parte de ella quería asegurarse de que no olvidara jamás cómo Ashley se había negado a mirarla a la cara en ese momento, prueba inequívoca de que se sentía culpable.

Sabía que tarde o temprano debería enfrentarse a él, ya que le debía una explicación sobre su relación con Rosemary, como también sabía que a partir de ahora se encontraría sola para enfrentarse a su familia y al mundo entero.

Pero pese a todo, una pequeña parte de ella seguía creyendo en Ashley e intentaba buscar una justificación que lo aclarara todo. Tal vez sus padres de alguna manera le habían obligado a aceptar ese matrimonio, y quizá esa misma noche tenía pensado fugarse con ella para casarse en secreto en Gretna Greene^[3].

Sintiéndose sin fuerzas se dejó caer en un banco de piedra, mientras deseaba ser más fuerte para poder soportar lo que se le avecinaba y más inteligente para descubrir si todo había sido un engaño.

Estaba tan sumida en su pesar que no percibió el paso del tiempo, como tampoco se percató de la presencia de Ashley cuando se le acercó, quizá porque este se le había aproximado moviéndose con cuidado entre las sombras.

—Amy, cariño, por fin te encuentro. Me has dado un susto de muerte —le dijo con preocupación en su voz, aunque solo consiguió su silencio.

Y es que Amy en ese momento no estaba segura de estar preparada para verle, pues aunque ansiaba una explicación de sus propios labios, también era cierto que le costaba estar a su lado sin sentir dolor.

—Sé que debes de estar confusa por lo que está sucediendo, pero puedo explicártelo todo —siguió hablando, quizá para intentar que ella le diera una oportunidad de ser escuchado o tal vez porque no le gustaba verla en ese estado.

Fuera como fuese Amy se armó de valor y, deseosa de acabar cuanto antes con la pesadilla que estaba viviendo, alzó la mirada para contemplar esos espléndidos ojos verdes que tanto amaba y preguntarle en apenas un susurro:

—¿Es cierto tu compromiso con mi hermana?

—Así es, pequeña. Pero no tienes de qué preocuparte, el que me case con Rosemary no va a cambiar nada entre nosotros.

Extrañada frunció el ceño, al no entender cómo podría creer que eso fuera posible. Incluso ella, a pesar de su corta edad y de su amor que la cegaba, sabía que era impropio mantener su relación cuando estaba prometido con otra. Esa posibilidad era del todo inaceptable, a menos que él creyera que seguirían manteniendo sus encuentros secretos.

Sintiéndose cada vez más defraudada y enojada, le contestó con un tono de voz menos lastimero y más desafiante.

—¿Cómo puedes decir eso? Que seas mi cuñado lo cambiará todo.

—No lo entiendes: mi boda con tu hermana es por compromiso, por eso no creo que importe que nosotros nos sigamos viendo —le respondió sin ninguna muestra de remordimientos.

Irritada ante esa atrocidad, Amy se levantó de golpe sorprendiendo a Ashley, que no la había visto antes en una actitud que no fuera sumisa, pero sobre todo lo que le dejó asombrado fue que le gritara a la cara sin ningún reparo.

—¿Que no crees que importe? ¿En serio me estás pidiendo que sea tu amante cuando te vas a casar con mi hermana? —asqueada con ese hombre que en nada se parecía a su enamorado, le siguió preguntando, ahora en voz baja—: ¿Y qué va a ser de nuestro hijo?

Sin gustarle su actitud, pues creía que, como solía hacer ella, obedecería sus deseos sin oponer resistencia, Ashley abandonó su pose seductora y amable para mostrarse tal y como de verdad era.

En solo unos segundos se transformó ante el desconcierto de Amy, apareciendo un individuo arrogante más parecido a un noble malcriado que a un hombre enamorado. Erguido ante ella alzó una ceja para mirarla como si ella fuera una especie de insecto que se había cruzado en su camino, dejándole claro que entre sus brazos solo había sido una estúpida marioneta.

Después, sin mostrar ninguna duda o arrepentimiento, y sin importarle si con sus palabras la hería, le indicó:

—Desde luego, tu embarazo es un inconveniente, pero ya lo he hablado con una comadrona y tiene a la pareja perfecta para que se lo quede. Tú solo debes inventar una excusa para pasar los meses de embarazo en algún lugar aislado para que nadie te vea y, tras el parto, regresas como si nada.

—¿Quieres que dé a mi hijo? —le preguntó incrédula, pues le costaba comprender lo que acababa de escuchar de sus labios.

—Creía que preferirías esa opción a que abortaras, pero si así lo prefieres por mí no hay ningún problema.

—¡No! ¡Jamás daré a mi hijo y mucho menos lo mataré! ¿Pero qué clase de hombre eres para pedirme algo así? —le volvió a gritar, aunque esta vez llevada por el horror de lo que acababa de escuchar.

—No hay otra solución, tienes que deshacerte de él de alguna manera. Estarás de acuerdo conmigo en que no es bueno para ninguna de las dos familias que se forme un escándalo con la boda tan cerca —soltó perdiendo la paciencia, pues si algo no toleraba era que le llevaran la contraria y mucho menos si era una mujer.

—¿Acaso te preocupa más la boda? ¡Es tu hijo! —siguió gritándole.

—¡Basta!, ¿quieres dejar de comportarte como una niña y pensar con la cabeza? Mi compromiso con tu hermana es inamovible y no voy a renunciar a Hertford Hall por un error.

Asqueada ante ese hombre tan frío al que no reconocía, Amy perdió la compostura y le abofeteó con todas sus ganas, consiguiendo que él volviera la cara por la fuerza del impacto.

En realidad, Amy no sabía qué se había apoderado de ella para haberse dejado llevar por ese impulso, pero a pesar del miedo que sintió, cuando él volvió a mirarla con sus ojos cargados de odio, no pudo evitar sentirse satisfecha.

Por primera vez en su vida se había enfrentado a alguien y, aunque solo había durado un segundo, nunca podría olvidar la inmensa satisfacción que sintió al ver su mejilla enrojecida.

Pero cuando se percató de los ojos coléricos con los que la contemplaba, solo le quedó retroceder asustada, hasta que la cogió con fuerza del brazo que le había alzado para impedir que siguiera retrocediendo. Luego, acercándola a él de un tirón, le dijo con una voz tan pausada y tan fría que consiguió helarle la sangre:

—Voy a dejarte pasar este golpe porque comprendo que estás alterada. Pero si vuelves a hacerlo, te juro por lo más sagrado que te lo devolveré sin importarme las consecuencias.

Mirándole fijamente advirtió lo equivocada que había estado con él, al haberse cegado por un estúpido enamoramiento infantil. De hecho, ni siquiera había reparado en la clase de mujeriego egocéntrico que era, pues estaba convencida de que la había utilizado para su propio placer, como también comprendía que pretendía continuar utilizándola como amante.

Ahora que de verdad le conocía estaba convencida de que en ningún momento había pensado en el bienestar de ella o de su hijo,

y mucho menos en formar una familia los tres juntos. Enojada ante su ceguera lamentó haberle entregado su amor y su virginidad, pues sin duda no se merecía ese honor.

Buscando dañarle de la misma manera en que él la había dañado, Amy tiró fuerte del brazo que él le aprisionaba para soltarse y, dando un paso atrás para alejarse de él, le miró con asco para después decirle directamente a los ojos:

—Y pensar que te lo he entregado todo. ¡Qué engañada he estado contigo!

—Por lo que yo recuerdo, querida, no me costó mucho convencerte para que te entregaras. Así que ahora no vayas de santa acusándome de ser un sinvergüenza sin alma, cuando lo único que no quiero es que un mocoso me arruine la vida.

—Si fueras un hombre de verdad te casarías con la mujer a la que has seducido y le darías tu apellido al niño.

—¿Y perderlo todo? ¿Porqué? ¿Por un hijo que a saber si es mío y por una mujer que solo es una segundona?

Nada más oírle deseó volver a golpearle con todas sus fuerzas, para así devolverle cada golpe que le estaba destrozando el corazón al que ya apenas sentía latiendo en su pecho.

Pero el orgullo dañado de Ashley le exigía que siguiera insultándola con la intención de destrozarla por haberle rechazado y despreciado.

—¿De verdad pensaste que si pudiera escoger me quedaría contigo y tu miserable dote en vez de con tu hermana? ¡Por Dios, niña! Eres tan ingenua que incluso das pena.

Intentando que el dolor que sentía no se viera reflejado en su rostro se irguió como segundos antes lo había hecho Ashley, para demostrar que no estaba dispuesta a dejarse pisotear por ese hombre.

Decidida lo miró con toda la arrogancia que pudo reunir y, sacando las fuerzas necesarias de la indignación que cada vez era más fuerte que su pena, le dijo consiguiendo que la voz no le temblara:

—¿Sabes qué? Tienes razón, eres perfecto para mi hermana ya que los dos sois igual de mezquinos y manipuladores. Te deseo que

seas muy feliz con ella, porque vas a necesitar toda la suerte del mundo.

—¿Y crees que contigo hubiera sido feliz? —le dijo mostrándose divertido con el único propósito de provocarla.

—Yo por lo menos te habría querido —y mirándole con asco de arriba a abajo continuó diciéndole—: Aunque sabiendo ahora cómo eres en realidad, te mereces a alguien que te amargue la vida, y puedes estar seguro de que Rosemary es una experta en hacer infeliz a cuantos la rodean.

Las carcajadas que sonaron por parte de Ashley no consiguieron engañar a ninguno de los dos, pues era demasiado evidente que eran forzadas. A pesar de todo, él siguió con su ataque y, viendo que ella se volvía para marcharse, se apresuró a asegurarle:

—Suenas patética con tu arranque de celos. Además, ¿qué vas a hacer sin mí? ¿Crees que con tu aspecto vulgar y con un bastardo alguien se va a fijar en ti? No vas a tardar ni dos días en buscarme.

Aunque Amy había tratado de alejarse de él al no poder soportar por más tiempo el cruce de acusaciones e insultos, no pudo evitar girarse para contestarle con toda la frialdad que pudo reunir:

—No necesito a ningún hombre, y menos a ti, para salir adelante. Y en cuanto a regresar a tu lado, puedes estar seguro de que nunca lo haré.

Dedicándole una última mirada al que había sido, y por desgracia aún lo era, el amor de su vida, se despidió en silencio de él para comenzar a caminar hacia el interior de la mansión, donde sabía que no le esperaba nada.

—Al final, ¿qué vas a hacer con el mocoso? —le escuchó preguntarle mientras se alejaba, notándose en su voz la preocupación. Aunque era más que evidente que lo que de verdad temía no era lo que iba a ser de ella y el niño, sino si iba a montar un escándalo.

Demasiado cansada para continuar con la discusión se volvió permaneciendo en su sitio con pose regia y, tras mirarle con la barbilla bien alzada, afirmó convencida:

—Lo que mi hijo y yo hagamos a partir de ahora es solo asunto nuestro. Pero ten una cosa clara, no quiero volver a verte en toda mi

vida.

Sin nada más que decirle se giró dejándole solo entre las sombras, mientras la llamaba enfadado al no haber conseguido de ella lo que quería.

Por suerte para Amy él no se atrevió a ir tras ella para exigirle que la obedeciera lanzándole amenazas, como que le robaría al niño o negar ante todos que el hijo era suyo para dejarla en evidencia.

Fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que nunca más volvería a estar a su lado, por mucho que su ausencia le doliera. Pero no podría perdonarle su engaño y sobre todo su falta de sentimientos hacia ella y su hijo.

Sabiendo que esa noche habían muerto todos sus sueños de chiquilla, se propuso no mirar nunca más hacia atrás, pues ahora tenía un duro camino por delante donde solo podía permitirse pensar en el bien de su pequeño.

Cansada, lastimada y sabiendo que debía buscar una solución cuanto antes a su problema, entró por una de las salas vacías para encaminarse al hall. Se sentía demasiado cansada como para dar explicaciones, pero sobre todo lo que menos quería era encontrarse con alguien de su familia y tener que soportar sus reproches por haber desaparecido.

Pero estaba escrito que esa noche solo le traería tristeza, ya que cuando se disponía a subir por las mismas escaleras de mármol que unas horas antes le habrían conducido ante su amor, ahora se quedó clavada en el sitio al escuchar la gélida voz de su hermana.

—¿Cómo te atreves a ponernos en evidencia en mi gran noche?
¿Es que no tienes decencia?

Sabiendo que no podría escaparse de ella sin más, pues estaba convencida de que la seguiría hasta el mismísimo infierno si con ello la dañaba, se giró despacio para enfrentarse a ella, aunque antes se aseguró de borrar toda muestra de dolor de su rostro.

—No sé a qué te refieres —consiguió decirle, aunque perdió parte de su alma al tener que tragarse todo lo que estaba sintiendo y le estaba consumiendo a cada segundo que pasaba.

—¿Acaso crees que soy estúpida?

Tras escucharla se fijó mejor en su cara y, al ver la ira que esta mostraba, se percató de que lo más probable es que hubiera escuchado la conversación de ambos en el jardín.

En otras circunstancias Amy estaba segura de que habría temido su reacción al saber sobre su relación secreta con Ashley y su embarazo, pero se sentía tan agotada tanto mental como físicamente que ya no le importaba lo que pudiera decirle.

Por ello, y sin saber de dónde había sacado las fuerzas necesarias para hacerlo, la apartó de un empujón mientras le decía con voz fría:

—Si me disculpas, Rosemary, estoy demasiado cansada para tus juegucitos.

Pero Rosemary no tardó en reponerse para atacarla de nuevo, a pesar de sentirse algo confundida por su reacción ya que no se había enfrentado nunca a ella.

—Siempre supe que eras vulgar, pero entregarte al prometido de tu hermana.... ¿tan desesperada estabas por un hombre? Porque, si es así, te habría venido mejor fornicar con el mozo de cuadra..., a menos que pensaras que conseguirías a Ashley convirtiéndote en su prostituta.

Se sentía tan cansada, defraudada y dolida en ese momento que las palabras de Rosemary apenas la dañaron y, tomando aire para darse fuerza y así poder acabar cuanto antes con esta horrible noche, se giró para mirarla a la cara y así hablarle sin tapujos.

—Me da absolutamente igual lo que pienses. Y ahora, si me disculpas, déjame en paz.

Pero cuando se disponía a alejarse, Rosemary la detuvo colocándose delante de ella e impidiendo así que se marchara antes de que la escuchara.

—Si crees que vas a quitármelo estás muy equivocada, nuestro compromiso ya es oficial y tus artimañas no van a evitarlo. ¿O de verdad creías que un hombre como él se conformaría con un patito feo cuando puede tener a un cisne?

Amy quería gritarle que todo lo había hecho por amor y no para quitárselo, ya que ni siquiera sabía que ambos estaban prometidos, pero decidió callarse pues estaba convencida de que en realidad no

serviría para nada. Rosemary ya se había formado su opinión sobre todo este asunto y por mucho que le insistiera solo lograría más insultos por su parte.

Con unas ganas enormes de retirarse a su recámara continuó su camino, por lo que comenzó a subir las escaleras al no sentirse con las fuerzas necesarias para soportar otro ataque verbal.

Pero Rosemary estaba demasiado furiosa tras haber escuchado la discusión de ambos en el jardín, por lo que no estaba dispuesta a dejarla marchar sin hacerle pagar por su humillación. No le importaba haber descubierto que Ashley era un hombre sin corazón capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quería, como tampoco le afectaba conocer que su matrimonio era tan solo de conveniencia.

Hacía mucho que sabía que, aunque era la primogénita, nunca podría heredar la propiedad de Hertford Hall al ser mujer, aunque sí podía quedarse con toda la fortuna al no estar sujeta al mayorazgo^[4], un aliciente que le daba el control de la propiedad y de su futuro marido, y que Ashley solo sabría después de su matrimonio.

Pero en ese instante en lo único que pensaba era en desquitarse con Amy hasta verla destrozada, pues era una mujer egocéntrica y resentida que solo pensaba en sí misma. Además, también le convenía más culpar a su hermana de lo sucedido en vez de al verdadero culpable, por lo que no dudó en volver a atacarla con sus palabras, más aún al ver su desplante y haberle dado la espalda.

—Ashley nunca te quiso, solo te utilizó porque te vio débil.

Para su desconcierto Amy no sucumbió a su juego y continuó alejándose, como si no la hubiera escuchado. Algo que no era del todo cierto, pues aunque solo deseaba dejar atrás el pasado, debía reconocer que ella también había llegado a esa conclusión, y saberlo la dañaba con la misma dureza que una puñalada.

Aun así, no estaba dispuesta a que su hermana viera su dolor, pues percibió cómo algo dentro de ella había cambiado esa noche. No estaba segura de qué podría tratarse, pero saber que ahora tenía que pensar no solo en ella sino en su hijo, le daba el coraje necesario para no dejarse pisotear nunca más por otra persona.

Por ello, y a pesar de sentirse físicamente débil, se irguió, descubriendo que podía ser más fuerte de lo que se había imaginado, y se juró que desde ese mismo instante se esforzaría en ser una mujer más valiente, decidida y lista.

Mientras, Rosemary la contemplaba subir las escaleras con una actitud que le sorprendió, ya que había creído que el desplante de Ashley la destruiría, como también había estado segura de que sus palabras la dañarían como lo habían estado haciendo durante años.

De hecho, era por ese amor que Amy le profesaba en secreto a Ashley por lo que ella le había aceptado por esposo, pues de lo contrario habría preferido escoger a otro pretendiente menos mezquino. Pero cuando hacía unas semanas había descubierto su romance al verlos escondidos en la casa del guarda, no había dudado en escogerlo para quitárselo.

Por eso ahora, al verla tan entera cuando debería estar consumida por el dolor, se sintió defraudada, y no quiso parar hasta estar convencida de que la había quebrado.

—Pienso contarle sobre tu embarazo a padre.

Pero tras esperar unos segundos y ver cómo seguía sin responderle, comprendió que tendría que insistir para lograr su propósito.

—Él te repudiará y te quedarás sin nada.

Suspirando Amy supo que lo haría, de la misma manera que supo que esa noche sería su última oportunidad para demostrarle que no estaba dispuesta a que volviera a dañarla.

Por eso, girándose desde lo alto de la escalera, la miró con unos ojos cargados de dolor, pero también de resentimiento por esa hermana que nunca le había demostrado una pizca de amor.

—No sé qué te he hecho para que me odies tanto, pero puedes estar convencida de que algún día tu maldad se volverá contra ti.

Y sin más continuó en silencio, mientras su hermana perpleja y colérica la miraba alejarse con los puños bien apretados y jurándose que haría todo lo necesario para hacerle la vida imposible.

Ajena a todo ello Amy llegó al refugio de su cuarto, escapando por primera vez del ataque de su hermana sin derramar una lágrima, hasta que por fin entró en su habitación y pudo cerrar la puerta con

llave. Solo entonces se dejó llevar por la pena, y tirándose sobre la cama se abandonó a la rabia, a la frustración y al odio que el encuentro con Ashley le había provocado.

Saber que el hombre al que había amado por encima de su propia vida le había engañado era demasiado doloroso, como también lo era saber que a partir de ese momento se encontraba sola con su embarazo.

Solo cuando pensó en su futuro hijo consiguió calmar sus lágrimas y, tras jurarse que no permitiría que nadie lo dañara o lo alejara de su lado, se propuso urdir un plan para luchar por los dos.

Durante un par de horas pensó en sus posibilidades, sabiendo que el tiempo estaba en su contra, segura de que Rosemary no tardaría en contarles a sus padres sobre su embarazo.

Dándose cuenta de todo lo que se jugaba decidió que solo le quedaba una salida y, con el nuevo día a punto de comenzar, se levantó de su lecho dispuesta a tomar las riendas de su futuro y a no volver a llorar nunca más.

CAPÍTULO 5

“Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de que te amo”.

William Shakespeare.



Derbyshire, Inglaterra.

5 años después.

Baslow era sin lugar a dudas un pueblecito encantador.

Así se lo había parecido a Amy desde su llegada, hacía ya cinco años, cuando se instaló en una casa en las afueras siendo la señora Ashton. Aún podía recordar su primera impresión cuando vio los verdes campos extenderse ante sus ojos, mientras cruzaba el antiguo puente a las afueras del pueblo que conducía a Rose's House.

Como su nombre indicaba, su casa estaba rodeada de bellísimos jardines plagados de rosales de cientos de colores. Desde su llegada había conseguido agrandarlo con la ayuda de su jardinero y cochero Sean Miller, hasta convertirlo en un lugar al que consideraba su hogar y del que se sentía orgullosa.

Pero no todo había sido tan sencillo y placentero en Baslow, aunque debía reconocer que desde el principio sus gentes habían sido muy amables con ella. Y es que la sucesión de acontecimientos que se produjeron desde su llegada había hecho que su vida cambiara drásticamente, empezando por su nueva faceta de madre, así como de administradora de una pequeña casa con unos pocos criados.

Aunque lo más sorprendente de estos cambios fue que consiguiera convertirse en un miembro destacado de la pequeña sociedad rural, a pesar de ser una viuda joven. Quizá ese reconocimiento se debió a su duro trabajo para formar parte de la comunidad, o tal vez al ser conocida por su generosidad y simpatía, ya que con ello había logrado ganarse los corazones de todos.

Pero sin lugar a dudas lo que más le alegró fue haber encontrado un par de amigas que le recordaban que aún era joven, ya que en ocasiones el peso de todo lo vivido le hacía sentirse igual de vieja que una anciana.

Su amistad con las señoritas Emily Steel y Ruth Powell había surgido de forma espontánea, tras conocerse en la casa de la señora Sherman. Como esposa del alcalde, la anfitriona había organizado un té para darle la bienvenida al pueblo y, nada más comprobar que estaba embarazada y profundamente melancólica, había tomado la decisión de cuidarla.

Desde entonces Amy se había ganado un lugar entre las matronas del pueblo, pero sobre todo había conseguido la amistad incondicional de las dos muchachas. Entre ambas la habían tomado como una hermana mayor a la que acudir en busca de consejo, sin importar que las tres tuvieran edades similares o que sus formas de ser fueran tan distintas.

Su repentina acogida la había pillado tan de sorpresa que en más de una ocasión se había cuestionado el motivo, llegando a la conclusión de que tal vez sus duras vivencias habían dejado una huella en su mirada que la mostraba vulnerable. Quizá por ello toda la comunidad del pequeño pueblo de Baslow la había acogido como un miembro destacado, ofreciéndole un hogar donde poder olvidar y empezar de nuevo.

Amy sabía que debía agradecer su posición tan ventajosa, la cual le ofrecía una respetabilidad y seguridad que eran bienvenidas. El problema era que había llegado al pueblo mostrándose como viuda, y si alguna vez salía a la luz su tórrido pasado podría perderlo todo.

Pero los años habían transcurrido sin que esto ocurriera y poco a poco empezó a sentirse a salvo. La muchacha asustada había dado

paso a una mujer mucho más dura, que se negaba a abrir su corazón al amor y a las nuevas oportunidades.

Como cada martes se encontraba paseando por el camino de tierra que conducía a su hogar, mientras observaba cómo la brisa movía las briznas verdes de hierba. Una señal inequívoca de un nuevo cambio, al anunciar con su agradable calor y su vaivén sosegado que la primavera se estaba acercando.

Estaba tan ensimismada en contemplar la espléndida extensión de terreno que tenía ante ella, plagado del sonido de los insectos y de los pájaros, así como del resurgir de los colores gracias a las flores silvestres que tímidamente resurgían de la tierra, que apenas prestó atención a su amiga Emily hasta que esta exclamó ilusionada:

—¿No te emociona que esté a punto de empezar la primavera? Yo estoy deseando pasear bajo las estrellas del brazo de mi apuesto señor Mayer.

—No sabía que el señor Mayer te hubiera invitado a algo tan osado.

—Ojalá —le dijo suspirando—. Por desgracia él solo tiene ojos para sus alumnos, sus cuentas, sus libros y sus garabatos.

Amy no pudo evitar sonreír ante la resignación con que fueron dichas esas palabras, pues la pobre señorita Steel llevaba un par de años detrás del esquivo maestro del pueblo sin que este le prestara atención.

Un hecho que nadie comprendía, pues si bien la muchacha era considerada algo impulsiva y con tendencia a decir lo primero que pensaba sin medir las consecuencias, también era cierto que poseía una frescura innata que hacía desear estar en su compañía.

Su rostro ovalado, su cabello rubio, su complexión menudita y su baja estatura la convertían en una mujer de considerable hermosura a la que no le faltaban admiradores, sobre todo si se tenía en cuenta su buena posición social.

El problema era que desde la aparición del nuevo maestro Emily se había encaprichado con él, llegando a un acoso del que el pobre hombre apenas tenía escapatoria.

Con su alta estatura, su cabello moreno y su complexión delgada, era justo la antítesis de Emily, por lo que resultaba extraño que una muchacha como ella se hubiera fijado en él.

Pero sin duda en lo que menos se parecían era en su forma de ser, pues si bien Emily era extremadamente extrovertida, el señor Andrew Mayer era definitivamente todo lo contrario. Con un temperamento serio, una rectitud sin tacha y una devoción por su trabajo que le abstraía hasta volverle despistado, sobre todo cuando tenía un libro cerca, era lo opuesto que cualquiera hubiera creído que buscaba una joven como Emily.

Tal vez fuera su mala costumbre de abstraerse de todo a su alrededor por lo que el señor Mayer no prestaba atención a las continuas insinuaciones de Emily, o tal vez no la consideraba como una posible candidata como esposa al no tener nada en común, excepto los ojos, ya que ambos compartían su mismo color miel.

Resignada Emily solía esperarle a la salida de las clases para preguntarle qué tal le había ido el día, y como venía siendo costumbre, él solo le contestaba con un escueto «bien» sin invitarla a acompañarla a su casa. Una tragedia que se venía repitiendo en lo que llevaban de curso y que empezaba a desesperar a Emily.

Era por ese motivo que Emily solía acompañar a Amy cuando regresaba del mercado cada martes, ya que ambas coincidían unos metros hasta que Emily tenía que coger el desvío de la escuela. Era en esos minutos cuando ambas conversaban y cuando Emily solía desahogarse con ella.

A Amy le dolía ver cómo su amiga era ignorada, pero por experiencia sabía que era mejor así a que el señor Mayer le diera falsas esperanzas y además terminara rompiéndole el corazón tras aprovecharse de su inocencia. Algo que ella había aprendido por las malas y por ese motivo desconfiaba de los hombres.

A pesar de todo, sabía que la juventud de Emily y su anhelo por saber lo que era ser amada le hacían perseguir al señor Mayer, por lo que solo pudo animarla para que no deseperara.

—Quizá algún día se atreva y te pida dar un paseo o te acompañe a casa —le insinuó, aunque reconocía que era tan poco probable como coger una estrella con las manos.

—Tal vez. Aunque me temo que si tengo que seguir esperándole seré tan vieja que ya apenas podré andar.

Ambas sonrieron ante su comentario, aunque resultaba más que evidente que sus palabras escondían cierto grado de frustración. Amy sabía que la atracción que había sentido Emily en un principio había crecido hasta hacerse más fuerte, por lo que era lógico que cada vez se le hiciera más duro su falta de interés.

—La verdad es que no sé qué más hacer. Ya solo me queda presentarme desnuda y a caballo delante de la escuela como si fuera lady Godiva^[5].

—No creo que sea una buena idea —le contestó Amy sonriendo—. Además, piensa en lo que dirían las madres de sus alumnos.

Suspirando Emily se colocó su coqueto sombrero adornado con flores y un lazo rosa, con el que pretendía encandilar al esquivo señor Mayer.

—En fin, te dejo. —Le comentó resignada al llegar a la bifurcación que separaba sus caminos—. Voy a ver si me tropiezo casualmente con él y me dedica alguna otra palabra que no sea «bien».

—No sé cómo no sospecha todavía que cada día te encuentre a la misma hora y en el mismo lugar.

—El pobre es un poco despistado —le aseguró quitándole importancia, pero sobre todo deseando que hoy todo fuera diferente entre ellos—. Además, si no quiere verme solo tiene que coger otro camino para ir a su casa.

La mirada maliciosa de Emily consiguió que Amy riera con ganas, ya que sus ojos de color ámbar eran tan expresivos que no cabía ninguna duda de que tras sus palabras escondía un reto.

—Teniendo en cuenta que solo hay un camino que comunique la escuela con su casa, creo que no te será difícil encontrarte por casualidad con el señor Mayer —le aseguró Amy, mientras contemplaba cómo, tras escucharla, la sonrisa pícaro de Emily se ensanchaba.

—Por eso es un sitio perfecto para una emboscada.

Su respuesta consiguió que ambas rieran con ganas, pues quedaba bastante claro que el pobre señor Mayer no tenía nada que

hacer para librarse un día más de su encuentro.

—Espero que esta vez tengas suerte y te dedique más de una palabra.

—Ojalá. Pero creo que tendré que conformarme con un escueto saludo.

Y sin más Emily se alejó esperanzada ante la idea de volver a ver al pobre maestro, y con la ilusión de que tal vez en esta ocasión el señor Mayer le prestara más atención.

Mientras tanto Amy prosiguió su camino con una sonrisa en los labios, pensando en la extraña pareja que hacían su amiga y el maestro. Resultaba curioso cómo una muchacha alegre, alocada y parlanchina se había fijado en un hombre que era justamente lo contrario, del mismo modo que no llegaba a entender cómo el señor Mayer no había caído rendido ante los encantos, la juventud y la belleza de Emily.

Estaba tan absorta en sus cavilaciones que no advirtió cómo se le aproximaba un caballo a galope, dándose cuenta de ello cuando este apenas estaba a escasos metros de distancia. Por suerte para ella desde que era una niña le habían encantado estos bellos animales, por lo que no los temía y por consiguiente pudo apartarse a un lado del camino antes de que este tuviera que maniobrar para esquivarla.

Parada sobre la hierba agarró con fuerza la cesta de mimbre donde llevaba sus compras, como si con ello hubiera puesto una barrera entre el desconocido que se le acercaba y ella.

Esperando a que el jinete la adelantara pensó en lo extraño que resultaba que alguien se adentrara por ese camino, ya que este solo conducía a su casa y a la gran mansión que llevaba tiempo abandonada y recibía el nombre de Covington Park.

Un pequeño temor que creía ya olvidado comenzó a filtrarse en su cabeza, consiguiendo que las manos le sudaran y aferrara con más fuerza la cesta que sujetaba. Solo entonces recordó que había escuchado en el pueblo que se había visto movimiento en la peculiar mansión, pero no había prestado atención al haber creído que solo se trataba de algún criado que iba a ventilar la casa para

que no cogiera humedad o a arreglar los desperfectos que el abandono podía haber producido en la propiedad.

Sin embargo, ahora que veía cómo un jinete se le aproximaba, resultaba obvio que los rumores habían sido ciertos, ya que era la primera vez en los cinco años que llevaba viviendo en ese lugar que se cruzaba por el camino con alguien que no fuera un conocido del pueblo.

Si ya se encontraba confundida ante la aparición del jinete y su montura, más le sorprendió percatarse de que se trataba de algún caballero y no de un sirviente. Resultaba más que evidente con solo mirarle, pues la bravura del caballo, la calidad y el corte de la ropa, así como la elegancia regia del hombre, dejaban claro que su procedencia podía ser noble o de gente adinerada.

Curiosa ante la aparición del caballero se preguntó quién podría ser, pues si, como creía, se dirigía a Covington Park, se convertiría en su vecino más cercano al colindar prácticamente sus propiedades, algo que la puso aún más nerviosa.

Pero lo que más le perturbó fue comprobar cómo el caballero se le quedaba mirando mientras la adelantaba, pues daba la sensación de que él también se había sorprendido al habérsela encontrado.

Si no hubiera sido por lo nerviosa que se encontraba le habría parecido cómica la situación, pues cualquiera habría pensado al observarle que el pobre hombre se había quedado absorto al encontrarse con una ninfa del bosque.

Debía reconocer que su ego se había ensanchado ante su embeleso, pues hacía tiempo que no recibía las atenciones de los caballeros. Sobre todo porque en sus primeros dos años de estancia en Baslow había dejado muy claro a cualquier pretendiente que no tenía intenciones de volver a casarse.

Pero su sorpresa fue en aumento cuando el desconocido paró su montura y la hizo girar, para después acercarse despacio a ella como si temiera que con su presencia pudiera desvanecerse.

Asombrada Amy solo pudo quedarse ahí parada sujetando con fuerza la cesta de mimbre, mientras observaba cómo este se le acercaba y, tras bajarse del caballo, se colocaba a su lado y se

quitaba el sombrero como si tuviera la firme determinación de presentarse.

—Señora. Espero no incomodarla con mi presencia, pero me temo que necesito de su ayuda.

Sorprendida ante sus palabras se quedó quieta y en silencio, al haber creído que lo primero que escucharía de él sería su nombre. Pero lo cierto es que las intenciones del caballero implicaban más que una simple presentación.

—Como debe de imaginar soy nuevo por esta zona y no estoy seguro de saber dónde me encuentro.

Por la forma de mirarla algo le dijo a Amy que no le estaba diciendo toda la verdad y, sintiéndose rebelde, le respondió con un brillo pícaro en su mirada para indicarle que no se había creído su excusa.

—Está en Derbyshire, Inglaterra.

Pero más que achantarse por su respuesta, este quedó encantado y, sintiéndose más atrevido, continuó con su juego.

—Le agradezco mucho la información, aunque hace unas millas que venía sospechándolo.

Ante tal respuesta ninguno de los dos pudo evitar reírse, consiguiendo que ella se relajara al no ver nada en él que le resultara peligroso.

—Entonces no está tan perdido como creía —le dijo mientras observaba el ancho de sus hombros y la robustez de su porte, siendo evidente que ningún noble tendría una apariencia tan fuerte y musculosa.

—Afortunadamente, de lo contrario estaría en serias dificultades.

Durante unos segundos los dos permanecieron en silencio. Por un lado, ella se encontraba perdida en la forma de su rostro cuadrado, en su tez algo morena y en la belleza de sus ojos verdes, mientras que él la contemplaba sin querer perderse ningún detalle de las pequeñas pecas que coloreaban su cara.

—Si no es una molestia, ¿podría saber más concretamente dónde me encuentro? —le preguntó, después de percatarse de lo indecoroso que resultaba contemplarla tan fijamente, aunque algo dentro de él le impulsaba a no apartar su mirada.

—En Baslow —le respondió, volviendo a ponerse nerviosa al verse observada tan minuciosamente—. Más concretamente en las afueras.

—Entonces voy bien encaminado hacia Covington Park —afirmó risueño, mientras ponía toda su fuerza de voluntad en apartar su vista de sus profundos ojos y así poder contemplar los campos que les rodeaban.

—¿Va usted a Covington Park? —inquirió extrañada, pues había pensado que era un caballero que verdaderamente se había extraviado. Sin embargo, ahora no podía dejar de preguntarse qué podría estar haciendo en una mansión abandonada en medio de la nada.

—Así es, y puedo garantizarle que me alegra saber que estoy cerca —afirmó él sin percibir el cambio en ella.

Solo cuando volvió a mirarla se percató de que ahora le observaba recelosa y, tras pensar qué podría haber producido ese cambio en ella, reparó en un detalle que había pasado por alto y que resultaba imperdonable.

—Debe disculpar mi falta de educación. Llevo hablando con usted un buen rato y ni siquiera me he presentado.

Sonrojándose al advertir por primera vez lo inapropiado de su comportamiento, ya que no era decoroso hablar con un extraño, más aún si estaban a solas en medio de la nada y habían compartido risas y miradas coquetas, solo le quedó permanecer callada y rezar para que nadie del pueblo se enterara de su indiscreción.

De sobra sabía lo que una mala imagen podía ocasionar en una dama y cómo una vez perdida su reputación era prácticamente imposible volver a recuperarla.

—Me llamo Richard Jones, aunque mi familia y amigos me suelen llamar Rick —le dijo acompañando su presentación con una reverencia y quedando a la espera de que ella también se presentara.

Sorprendida por la situación, pues era evidente que él no se había dado cuenta de lo indecoroso de su encuentro, solo le quedó mirar por encima del hombro por si alguien les estaba observando.

Por suerte se encontraban en un camino que solían frecuentar muy pocas personas al conducir solo a su casa y a Covington Park, pero no podía arriesgarse a ser la protagonista de toda clase de habladurías.

Sin embargo, también sabía que no podía hacerle un desplante al que podría ser por un tiempo su nuevo vecino, por lo que, dividida entre qué era lo correcto hacer y sus ganas de averiguar de quién se trataba y qué hacía en ese lugar, finalmente su curiosidad le hizo olvidarse de las restricciones sociales.

—Yo soy la señora Ashton —y, sin poder resistirse por más tiempo, le preguntó—. Perdona mi atrevimiento, pero ¿de verdad va a Covington Park?

—¿Por qué le extraña tanto?

—Quizá porque lleva cerca de una década deshabitada.

—Pues ha dejado de estarlo, ya que voy a instalarme allí durante los meses de verano —le contestó manteniendo aún la sonrisa, pero causando más desconcierto en Amy conforme contestaba a sus preguntas.

—¿Lo ha alquilado? —le siguió interrogando, mientras sin darse cuenta se le acercaba unos pasos como si temiera que alguien les escuchara.

—Así es —extrañado ante su comportamiento no pudo evitar decirle—: Por su reacción estoy temiendo lo que vaya a encontrarme.

—¡Oh! No tiene porqué hacerlo, Covington Park es realmente maravilloso. El problema es que es demasiado grande para un solo inquilino.

Percibiendo por fin el propósito de ella, a Rick solo le quedó reírse dejándola aún más perpleja.

—¿Está tratando de sonsacarme información?

—Por favor, le ruego que no piense eso de mí... Solo pretendía informarle de que la propiedad es una mansión demasiado grande para una sola persona —le pidió avergonzada.

—Entonces espero tener buenos vecinos a los que poder invitar y que me hagan compañía.

Tras escucharle su sonrojo aumentó, sobre todo cuando por fin se percató de lo mucho que se le había acercado y de cómo le sonreía, por lo que inmediatamente retrocedió unos pasos y apartó su mirada.

Divertido al observar cómo luchaba por mantener las formas, cuando en realidad quería sonsacarle toda la información que pudiera, decidió quedarse callado y a la espera de su siguiente movimiento.

Debía reconocer que en ese juego él tenía ventaja, pues por las indicaciones que le habían dado en el pueblo, sabía que por los alrededores solo había una casa que colindaba con la suya y en donde vivía una viuda con su hijo.

—En realidad, soy su vecina más cercana.

—¿En serio?! —trató de fingir sorpresa, aunque en realidad desde el principio había sospechado quién era.

De hecho, había sabido que era su vecina nada más verla aparecer por el camino y por ese motivo había decidido pararse. Le habían contado que se trataba de una mujer joven y hermosa, pero al verla se había quedado maravillado y no tuvo más remedio que detenerse a conocerla.

—Así es. De hecho, solo nos separa una colina y un pequeño prado.

—Me alegra saberlo, así podré volver a verla por los alrededores.

—Es posible.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio, como si supieran que debían poner fin a ese encuentro, pero ninguno se decidiera a hacerlo. Solo cuando una brisa fresca movió tímidamente los cabellos de ella Rick se dio cuenta de que había permanecido absorto observándola y, antes de conseguir ponerse en evidencia, suspiró resignado y optó por marcharse.

—No quiero importunarla por más tiempo. Estoy convencido de que tiene cosas más interesantes que hacer que conversar con su nuevo y extraviado vecino.

—En realidad ha sido un placer conocerle —le aseguró volviendo la sonrisa a su rostro.

Sintiendo cómo sus piernas se negaban a alejarse, tuvo que poner toda su fuerza de voluntad en encaminarse hacia su caballo. No fue hasta que se hubo alejado unos pasos cuando se percató de lo que extrañaba el olor a lavanda que desprendían sus cabellos, por lo que tuvo que aferrarse a su montura para no volverse hacia ella.

Solo pasados unos segundos pudo montar con cierta agilidad, para después dedicarle un último saludo con la cabeza y marcharse antes de que su fuerza de voluntad se resquebrajase.

—Espere, no le he dicho qué camino debe seguir —escuchó cómo ella le decía al ver que se alejaba.

Nada más oírlo se volvió a girar para mirarla mientras le dedicaba una sonrisa pícaro. Por unos instantes había estado tan decidido a alejarse para no dejarse llevar por sus impulsos, que había olvidado que ella desconocía que no se había perdido.

En realidad, todo ello había sido una excusa para presentarse y conversar con ella, ya que al verla a un lado del camino no había podido contenerse.

—Cierto. Le pido perdón por mi despiste. Estoy tan cansado del viaje que solo he pensado en continuar.

—No tiene por qué disculparse, es comprensible que desee llegar cuanto antes para poder descansar. De hecho, tiene usted suerte, ya que solo tiene que seguir este camino y cuando vea una bifurcación torcer a la derecha.

—Muchas gracias. Le estaré profundamente agradecido por su ayuda y comprensión —le aseguró con la sonrisa aún en sus labios.

Sin más que decir Rick se marchó dejando a Amy pensativa, no solo por la sonrisa juguetona que le había dedicado, sino por la incógnita que se le planteaba sobre qué estaría haciendo un caballero con clase y recursos en un sitio tan apartado y solo, cuando lo más lógico es que prefiriera estar en Londres disfrutando de las diversiones que la ciudad ofrece.

Todo un enigma que sería la comidilla del pueblo durante semanas, ya que sin lugar a dudas la aparición del señor Jones en Baslow sería de interés comarcal, pero más aún que se hubiera instalado en Covington Park.

Solo esperaba que durante su estancia no encontrara ninguna prueba que le indicara que la vieja mansión era en realidad de su tía abuela paterna, pues no quería que nadie del pueblo supiera quién era ella en realidad.

Llevaba cinco años ocultando que era la hija del conde de Barness, motivo por el que había elegido residir en la casa adjunta a la propiedad y no en la mansión para no levantar habladurías. Por eso, ahora que por fin tenía la vida que había deseado, no quería que la presencia de ese hombre lo estropeará todo, al encontrar algo que le indicara quién era ella y lo que era peor, quién era su hijo pequeño Michael.

CAPÍTULO 6



Después de ese encuentro inesperado con el señor Richard Jones, Amy no había podido dejar de pensar en él.

Habían pasado dos semanas y desde entonces no podía evitar mirar por encima de su hombro cada vez que salía de Rose's House, o asomarse a la ventana cada vez que escuchaba el sonido de los cascos de un caballo.

Estaba tan convencida de que volvería a verlo por las cercanías que se reprochó el estar tan pendiente de un desconocido. Y es que, a pesar de saber que nunca más se volvería a implicar con un caballero, por mucho que este la hipnotizara con su mirada y la hiciera desfallecer con su sonrisa, no podía evitar preguntarse cuándo volvería a verlo.

Su encuentro le había hecho pensar en tantas cosas que jamás podría tener, que tuvo que recordarse lo feliz que era en su nueva vida. Tenía un hijo maravilloso y una casa grande y agradable que consideraba su hogar, así como unas buenas amigas y unos sirvientes a los que consideraba como parte de su familia.

Sin embargo, era cierto que por las noches la soledad se volvía una gran carga, por lo que no le había quedado más remedio que endurecerse y así dejar de ser esa otra muchacha que abría su corazón ante cualquier halago o caricia.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el señor Jones siempre estaba presente allá donde fuera, pues si bien no lo había vuelto a ver, cada miembro de la comunidad no podía dejar de comentar su llegada a Baslow, haciéndola partícipe de sus comentarios cada vez que acudía al pueblo.

Parecía que el tema de cada conversación recaía en la persona del nuevo inquilino de Covington Park, ya que era todo un acontecimiento para el tranquilo pueblo que un soltero de buena posición estuviera en las cercanías. Pero sobre todo era un tema de especial interés para las matronas y solteras del vecindario, que veían en el caballero la posibilidad de un buen matrimonio.

Era por eso imperativa la necesidad de saber cómo era el inquilino físicamente y cuánto tiempo se quedaría entre ellos, como lo era el averiguar a cuánto ascendía la cuantía de sus rentas. Con el propósito de indagar sobre estas cuestiones, las féminas de Baslow olfateaban como el mejor sabueso cualquier información que pudiera aclarar estas dudas, convirtiéndose en todo un acontecimiento cualquier ínfima confidencia.

Por desgracia, Amy no supo calcular la repercusión que tendría cada noticia sobre el señor Jones y, sin pensarlo, comentó por casualidad ante la señora Sherman que ya lo había visto. La mujer entrada en carnes y en años no dudó en compartir esa revelación, pues como esposa del alcalde creía su deber poner al corriente de cualquier rumor a todo aquel que quisiera escucharla.

Desde ese fatídico instante Amy no había dejado de recibir visitas y de ser parada en mitad de la calle, con el único propósito de que contara una y otra vez cada detalle que recordaba del caballero. Ya había perdido la cuenta de las veces que le habían preguntado por el color de su cabello o de sus ojos, pero sobre todo por sus modales y la calidad de sus prendas.

Por suerte tuvo la perspicacia de no revelar todo el contenido de la conversación que habían mantenido en el camino, ni cómo su pulso se alteró al hablar con él. De hecho, solo explicó que había alquilado Covington Park para los meses de verano y que, como buena vecina, le había indicado el camino para llegar a su propiedad.

Como era de esperar, las mujeres del pueblo no se conformaron con tan poca información del caballero y la señora Sherman no dudó en organizar un baile en honor del nuevo miembro de la comunidad. Un acontecimiento del que se vanaglorió desde que tuvo la confirmación de su asistencia, pues que un caballero tan distinguido

hubiera aceptado la invitación de su marido era todo un honor que no dejaba de repetir.

Como no podía ser de otra manera, la noticia del baile causó un gran revuelo, y cada muchacha fuera o no casadera se esmeró por buscar el vestido más favorecedor. Era tal la expectación que incluso se podía respirar en el ambiente cuando entrabas en el pueblo, como también era frecuente ver el incesante revolotear de mujeres parlotteando y corriendo de un lado a otro en busca de sedas, lazos y plumas.

Por eso ahora que la noche del baile había llegado y Amy se dirigía a la velada, se reprochaba estar tan nerviosa ante la perspectiva de volver a verlo. Era algo del todo inaceptable que un hombre, al que solo había visto una vez y durante escasos minutos, le hubiera afectado tanto, por lo que le echó la culpa a la sorpresa del encuentro y a la intimidad que se produjo entre ellos.

Quería creer que, en cuanto volviera a verle, el revoloteo de mariposas en su estómago cesaría, al darse cuenta de que tan solo se trataba de un simple caballero que, aunque era de buen ver y bien educado, no poseía más atractivos para cautivarla.

Con ese pensamiento Amy llegó a la casa de los Sherman, cuyo interior estaba deslumbrantemente iluminado por centenares de velas. Solo tuvo que traspasar la puerta de entrada para que toda su serenidad se viniera abajo, al saber que en cualquier momento volvería a tenerle ante ella.

Se preguntó cómo se comportaría cuando la viera, pues no dudaba de que para él su encuentro no había tenido la mayor importancia. Estaba convencida de ello, aunque su parte más egocéntrica quería que él también hubiera pasado estas dos semanas pensando en su encuentro.

Intentando controlar sus nervios se reprochó esta clase de pensamientos tan indecorosos, y se dijo que lo más apropiado sería que el señor Jones mantuviera las formas con ella. Más que nada porque no era aconsejable levantar habladurías en la casa de la señora Sherman, ya que era una de las mayores cotillas de la comarca.

Por suerte, al entrar en el salón que habían acondicionado para el baile, un buen número de asistentes ya se encontraban dentro, pero no había ni rastro del invitado de honor. Todo un regalo, ya que le daba tiempo a Amy a serenarse y a dejar de pensar en cuentos imposibles.

Una vez que hubo saludado a los presentes pudo disfrutar de una copa de champán, como también pudo distraerse conversando con sus conocidos, aunque, como era de suponer, cada observación estaba relacionada con el esquivo señor Jones, al que todos ansiaban conocer, por lo que se alegraba de estar en ese momento junto a su amiga Ruth Powell.

—¿Estás nerviosa? Yo lo estaría si estuviera en tu lugar. Ya sabes, al saber que vas a volver a verle —empezó a preguntarle su amiga, que si bien era bastante apocada, gracias a la amistad que tenía con Amy era capaz de hablar sin temor a tartamudear o a quedarse en blanco.

Y es que la señorita Powell poseía el lamentable talento de ser tremendamente tímida a la par que enamoradiza, por lo que se pasaba el tiempo suspirando por cualquier caballero que la mirara más de la cuenta o le dirigiera algún comentario.

Pero para su desgracia su timidez le jugaba malas pasadas y, en vez de batir pestañas, dedicarles alguna sonrisa o contestar coquetamente a sus comentarios, la señorita Powell simplemente se ponía colorada, farfullaba palabras ininteligibles e incluso en una ocasión llegó a desmayarse.

Nada más escucharla Amy le sonrió, encantada con el brillo de anticipación que mostraban sus ojos grandes y verdes. La señorita Powell tenía la apariencia de un pajarillo al ser menudita y de cabellos castaños con distintos destellos de tonalidades más claras, que la hacían única entre las muchachas del vecindario.

Su padre poseía varias tiendas de éxito que le daban un estatus destacado en la comunidad, al disponer de un bolsillo abultado gracias a sus rentables negocios. Pero el retraimiento de su hija era una losa que le impedía relacionarse con los jóvenes de su edad, acercándose cada año más a una edad que la convertiría en

solterona, algo que su padre lamentaba incluso más que su madre, pues deseaba ser abuelo.

Por su parte Amy se había propuesto atajar este defecto en Ruth, ya que no estaba dispuesta a que una muchacha tan dulce y generosa se quedara sola en el mundo. Si bien ella no deseaba tener ninguna clase de relación por lo acontecido en su pasado, debía reconocer que en Baslow había más de un joven que seguro le ofrecería la posibilidad de un hogar a su amiga, así como un corazón al que amar.

—He de reconocer que estoy un poco nerviosa, pero es más bien a causa de la expectación que el señor Jones ha ocasionado —le respondió Amy, tratando de disimular el ligero temblor en sus manos mientras sujetaba la copa de champán.

—Yo apenas he podido dormir esta noche pensando en el baile. Con eso de la llegada del señor Jones y de tener que bailar sin pisar a nadie, apenas he pegado ojo.

—Seguro que lo pasarás muy bien y muchos caballeros te pedirán un baile —afirmó risueña ante los temores de su amiga.

—El joven señor Pickmann ya me ha pedido uno. Menos mal que mi madre me hizo tomar un par de tilas antes de salir de casa para que me calmara, de lo contrario estaría temblando por culpa de los nervios.

—Ahora que lo mencionas, es cierto que esta noche te veo muy relajada —le aseguró Amy mientras la miraba con disimulo y se percataba del brillo especial que había en sus ojos.

—¿Verdad que sí? Aunque como buena amiga que eres debo confesarte un secreto —le susurró acercándose a ella para que nadie más la escuchara—. Eso es gracias a mi padre. Antes de salir de casa me ha llevado a su despacho y me ha hecho tomar un buen trago de brandy. Pero no debes decírselo a nadie, ya que me aseguró que si se enteraba mi madre los dos acabaríamos metidos en serios problemas.

Sin poder resistirse Amy rio, teniendo que hacer grandes esfuerzos para que su diversión no se transformara en una sonora carcajada. No pudo evitarlo, al imaginarse al bonachón del señor Powell ofreciéndole a escondidas una copa de licor a su única hija, a

la que mimaba en exceso y siempre estaba cediéndole caprichos que escondía a su madre.

Por suerte para ellos la buena de la señora Powell hacía tiempo que se había dado por vencida y había dejado de regañarle por malcriar a su hija. Ahora simplemente hacía como si no se enterase de nada, pues sabía que nunca podría hacer cambiar a su esposo, aunque en esta ocasión era cierto que no sabía nada del lingotazo que su hija había tomado antes de acudir al baile.

—No temas, no se lo diré a nadie —le aseguró prestando más atención a sus ojos bien abiertos, sus mejillas sonrojadas y su tonta sonrisa que parecía pegada a su cara. Suspirando se preguntó cómo no lo había advertido antes, pues solo había que mirarla durante unos instantes para notar que la tímida, educada y virtuosa señorita Powell estaba borracha.

—Gracias, sin lugar a dudas eres una buena amiga —le respondió Ruth mientras intentaba no tambalearse hacia atrás y hacia adelante, como si estuviera siguiendo el ritmo de los violines que comenzaban a sonar al fondo del salón.

Al verla en semejante estado Amy no tardó en advertir que el alcohol estaba empezando a hacerle efecto y, si no la sacaba en seguida del salón, todo Baslow acabaría sabiendo de su indisposición.

Pero justo cuando se disponía a cogerla del brazo para sacarla a los jardines, el anfitrión llegó presuroso, así como visiblemente alterado y sudoroso. El pobre hombre, con enormes patillas y frente despejada por culpa de la calvicie, no dejaba de secarse el sudor, utilizando un pañuelo blanco que había sacado de un bolsillo de su chaleco.

Era tal su agitación que durante unos instantes Amy se asustó al verlo en esas condiciones, pues no era capaz de imaginar qué podría haber ocasionado ese desasosiego en un hombre tan afable y tranquilo como el señor Sherman.

—Señora Ashton, le ruego por lo más sagrado que me ayude. Estoy desesperado y sé que solo puedo contar con usted.

Al escucharle Amy se asustó, pues pensó que se trataba de algo serio, hasta que dedujo que la buscaba para algo relacionado con la

velada. Pensando en ello se convenció de que la señora Sherman la había hecho llamar porque la necesitaba, por lo que no pudo negarse a ofrecer sus servicios, aunque su petición llegara en el peor momento posible.

—Por supuesto, señor Sherman, dígame en qué puedo ayudarle.

—No encuentro a mi esposa y mi sirviente me ha informado de que el carruaje del señor Jones acaba de parar frente a la puerta. Como comprenderá no puedo presentarme ante él sin la anfitriona, ya que sería una falta de respeto imperdonable. Por lo que se me ha ocurrido que, como ustedes ya se conocen, puede acompañarme y entretenerle hasta que aparezca la señora Sherman.

—No sé si sería apropiado que ocupara el lugar de la anfitriona, aunque fuera por unos instantes. Esta no es mi casa y podría malinterpretarse como una intromisión.

—¡Oh! Pero debe usted hacerlo. Mi esposa jamás me perdonaría si el señor Jones se sintiera desairado ante un recibimiento tan espantoso. No, señora Ashton, estoy convencido de que el señor Jones agradecerá su gesto.

Sin poder creerse su mala suerte, Amy se quedó pensativa por un instante. Debía reconocer que comprendía el dilema al que se enfrentaba su anfitrión y cómo ella podía ayudarle a entretener al invitado de honor. Pero por otra parte no podía dejar de recordarse que no deseaba implicarse más de la cuenta con ese hombre, y el hecho de salir a recibirle podría dar la falsa impresión de que estuviera deseosa de volver a verle.

Sin olvidar que debía dejar sola a su amiga Ruth, la cual no paraba de oscilar hacia atrás y hacia adelante mientras les miraba atentamente, posiblemente intentando fijar la imagen que tenía ante ella, y procuraba no perder el equilibrio para no acabar sentada en el suelo.

Al ver la vacilación en sus ojos, el señor Sherman no le dio la oportunidad de oponerse y acabó cogiéndola del brazo para tirar de ella y conducirla a la puerta de entrada. Como si temiera que se escapara, no dudó en cerrarse a sus súplicas de que la soltara, mientras se secaba el sudor de la frente y seguía tirando de ella.

Para su desesperación, Amy temía estar dando una imagen deplorable, al dar la sensación de que el alcalde la había pillado en alguna falta y se disponía a alejarla a toda prisa de su fechoría. Una estampa lamentable que le traería más de un problema, por lo que tuvo que contenerse antes de llamar más la atención y formar un escándalo.

Por suerte todos los invitados con los que se cruzó la conocían desde su llegada y, aunque se mostraban extrañados ante lo que veían, ninguno sacó conclusiones precipitadas.

Resignada solo le quedó comprobar qué sucedía con Ruth, pues se temía que al dejarla sola acabaría metiéndose en problemas. Por suerte pudo observar desde el otro rincón de la sala cómo la señorita Steel se le acercaba y, al percatarse de su estado de embriaguez, la guiaba con cuidado a un asiento. Solo entonces pudo respirar tranquila, aunque no apartó la mirada hasta que confirmó que se encontraba fuera de peligro.

Quizá por ese motivo no permaneció atenta a lo que ocurría a su alrededor y tal vez por ello no prestó toda la atención que debía a las palabras del señor Sherman.

—Sabe, señora Ashton, estoy pensando que sería una buena idea que entretuviera durante toda la noche al señor Jones. Al fin y al cabo, ambos son jóvenes y ya se conocen, por lo que su compañía sería más entretenida para el caballero que la de dos viejos anfitriones.

Pero justo cuando comenzaba a asimilar lo que el señor Sherman le pedía y se disponía a rebatir su petición, la voz de un hombre la acalló al escucharle decir:

—Una idea excelente, señor Sherman.

Fue entonces cuando algo en ella se liberó y, como si todo a su alrededor se detuviera por arte de magia, se giró despacio, encontrándose ante ella al esquivo señor Jones que le sonreía complacido.

Sin lugar a dudas se acababa de meter en un buen lío.

CAPÍTULO 7



Rick no podía creer su buena suerte.

Acababa de llegar al baile en su honor cuando se había encontrado a la señora Ashton cayendo prácticamente en sus brazos. No podía negar que estaba encantado ante su buena fortuna, ya que el único interés que tenía en acudir a esa velada era precisamente volver a encontrarse con su encantadora vecina.

Debía reconocer que en los días anteriores le había costado no ir a su encuentro, pero no quería mostrar abiertamente su interés y correr el riesgo de asustarla con sus intentos de seducirla. Si bien le interesaba conocerla, prefería ir con cautela, pues estaba convencido de que una mujer tan bella solo permanecería viuda si no estaba dispuesta a volver a enamorarse.

Un contratiempo que la volvería esquiva y desconfiada, convirtiéndola además en todo un desafío al ser más excitante llegar a conocerla.

También había escuchado las palabras del señor Sherman pidiéndole a la señora Ashton que estuviera a su lado durante la velada, consiguiendo con esa magnífica idea que el anfitrión pasara a ser una persona de su total agrado.

Ciertamente con semejante compañía la velada se volvía cada vez más interesante, sobre todo cuando ella aún no lo había visto y la sorpresa de encontrárselo de frente sería todo un regalo.

—Una idea excelente, señor Sherman —no pudo resistirse a decir, sabiendo que ella no se esperaba encontrarse ante él cuando se girara.

Pero su cara de perplejidad fue mucho más gratificante de lo que había esperado, ya que reflejaba no solo sorpresa sino una expresión de maravillado asombro.

No estaba convencido de si esos ojos ámbar se habían clavado en los suyos por pura casualidad, pero percibir cómo se le entrecortaba la respiración a la vez que su sonrojo aumentaba fue una auténtica delicia.

Debía reconocer que a su vez él también se había quedado maravillado al verla, pues si contemplarla en el camino con la apariencia de una campesina le había cautivado, al estar medio despeinada y vestida de diario, ahora que la observaba perfectamente ataviada con un espléndido vestido de gala se volvía todo un ejemplo de elegancia y belleza.

Con su piel de alabastro que destacaba bajo el color turquesa de su vestido, su peinado de moño alto que dejaba caer en cascada unos definidos tirabuzones y unos labios rosados que pedían a gritos ser besados, le daba la apariencia de una mujer capaz de conseguir que un hombre se perdiera en la locura por estar a su lado.

La verdad es que no comprendía cómo ningún caballero la había tomado como suya, al ser una dama con todos los atributos necesarios para atraer a un hombre. Aunque debía reconocer que agradecía este hecho, pues le daba la oportunidad de acercarse a ella sabiendo que estaba libre de cualquier compromiso.

Una idea que le hizo sonreír y perderse aún más en el brillo de sus ojos.

—...Bueno, tal vez prefiera antes tomar un refrigerio. Por el calor que está haciendo estos días es indudable que la primavera se presenta muy seca —la voz del señor Sherman sacó de sus cavilaciones a Rick, consiguiendo que se preguntara cuánto tiempo había permanecido mirando fijamente a la señora Ashton, sin haber prestado atención a su anfitrión ni a cuanto les rodeaba.

Dándose cuenta de que su silencio estaba incomodando al pobre señor Sherman, solo le quedó contestar, aunque no estaba muy seguro de qué decirle pues no había seguido su conversación. Pero por suerte justo cuando se disponía a hacer un comentario respecto

al tiempo, su anfitrión miró tras él y, tras esbozar una sonrisa triunfal, comentó con entusiasmo:

—¡Ah! Veo que la señora Sherman se acerca para darle la bienvenida a nuestro humilde hogar.

Nada más girarse para recibir a su anfitriona se encontró con la imagen de una mujer que se acercaba a zancadas, consiguiendo que los demás invitados se hicieran a un lado por temor a ser atropellados.

Y es que la señora Sherman además de tener una fuerte personalidad también poseía una barriga con una redondez considerable que rivalizaba en gordura con la de su flamante marido. Pero la visión de la dama acercándose a ellos no solo sorprendía por su velocidad y la movilidad de sus carnes, sino por el baile de rizos dorados que se movían sin control a ambos lados de su rostro.

Era como si de pronto los cabellos de la mujer hubieran cobrado vida y jubilosos danzaran en agradecimiento por su libertad. Aunque sin lugar a dudas lo que más le agradó a Rick fue la sonrisa que se formó en la pequeña boca de su anfitriona, la cual luchaba para no jadear mientras su abultado pecho se resistía a permanecer quieto.

—Querido señor Jones, qué honor tenerle en nuestro hogar —le saludó la afable señora Sherman cuando llegó a su lado, al mismo tiempo que le extendía las manos.

Por un instante Rick pensó que le tendía los brazos para que impidiera que cayera rendida o desmayada al suelo, pero la generosa sonrisa de su rostro le hizo desechar esa teoría. Si bien no pudo resistirse a cogérselas e inmediatamente buscar con la mirada un asiento para que descansara, la señora Sherman pareció recuperarse en cuanto él se inclinó a modo de saludo, como si con ello hubiera conseguido controlar su respiración acelerada.

—Querida, la señora Ashton me estaba ayudando a entretener a nuestro anfitrión.

Una frase que desconcertó a Rick, ya que desde su llegada solo se habían mirado mientras el señor Sherman hablaba sin que le prestaran atención.

—Es usted tan amable, señora Ashton. Siempre he dicho que una velada no puede estar completa sin la dulce señora Ashton. ¿No le parece señor Jones?

—Por supuesto —le contestó encantado, más aún cuando se percató de que la conversación estaba consiguiendo que la susodicha se sonrojara todavía más.

—Son ustedes muy amables, pero no creo que sea imprescindible.

—No estoy de acuerdo —afirmó la anfitriona de forma enérgica, para inmediatamente soltar las manos de su invitado de honor y coger en su lugar las de Amy—. ¿Cómo podríamos celebrar una velada sin nuestra vecina más estimada? Debe saber, señor Jones, que la señora Ashton es un miembro de la comunidad que siempre está dispuesta a ayudar.

—Es bueno saberlo... —solo le dejó decir, ya que la señora Sherman continuó hablando, impidiendo que él siguiera.

—No debe dudar en pedirle ayuda para dar un toque cálido a su hogar, señor Jones. Al fin y al cabo, un hombre soltero como usted no debe de tener idea sobre decoración. Porque está usted soltero, ¿verdad?

Ciertamente el huracán de palabras y confidencias había dejado a Amy y a Rick perplejos, pues en solo dos minutos había interferido en sus vidas haciendo de casamentera.

Si bien a Rick le divertía la expresión de espanto que mostró la señora Ashton al escucharla, debía reconocer que su anfitriona no era nada sutil y constituía todo un peligro para su privacidad.

Sabía que le había puesto entre la espada y la pared con su pregunta, pues, aunque sujetaba todavía con fuerza las manos de la señora Ashton, quizá para que no saliera corriendo amedrentada, su mirada curiosa se había vuelto hacia él, con el propósito de permanecer clavada en su rostro a modo de tortura hasta que no le diera una respuesta.

—He de reconocer que sigo soltero, a pesar de los deseos de mi madre.

La sonrisa felina que mostró la señora Sherman le asustó tanto, que estuvo a punto de coger el primer caballo que encontrara para

regresar a galope a Londres. Revisando sus palabras se percató de que había dicho demasiado y, si no fuera porque no sería apropiado que se golpeará la cabeza repetidamente contra la pared, lo habría hecho gustoso ante su metedura de pata.

—Una noticia espléndida, ¿no lo cree, señor Sherman?

—Espléndida, sin ninguna duda. De hecho, he pedido a la encantadora señora Ashton que acompañe a nuestro invitado durante toda la velada. Con toda seguridad su compañía agrada más al señor Jones que la nuestra.

—¡Ah! —Exclamó excitada la señora Sherman liberando por fin las manos de Amy—. ¡Qué buena idea ha tenido, señor Sherman! Realmente fantástica.

Encantado ante el entusiasmo de su esposa el señor Sherman se vino arriba y, tras colocar cada uno de sus pulgares en ambos bolsillos de su chaleco, continuó con su derroche de ideas.

—Es más, querida, ¿no crees que sería todo un privilegio que ambos nos acompañaran en el baile tras nuestro inicio inaugural?

La sonrisa de complacencia de la señora Sherman se ensanchó de tal modo que, si no fuera por el corsé y por la pesada carga en kilos que soportaba, todos habrían apostado que la anfitriona se habría puesto a dar saltos de alegría.

—¡Espléndido! —soltó visiblemente emocionada—. Señor Jones, tiene que acompañarnos con la señora Ashton.

—Para mí será un auténtico placer si soy aceptado por la dama —le respondió a la anfitriona, sin lograr entender cómo podría alegrarla tanto interferir en la vida de un desconocido. Pero a pesar de todo le agradecía su entrometimiento, pues le ofrecía la oportunidad de permanecer junto a la mujer que desde hacía días reinaba en su pensamiento.

—Será un placer —le contestó ella con una sonrisa que se notaba forzada, consiguiendo que él se preguntara si su buena educación le estaba obligando a aceptar su ofrecimiento, algo que no le agradó en absoluto.

—En ese caso, debemos ocupar nuestras posiciones lo antes posible, ya que los músicos llevan preparados un buen rato y los invitados se están empezando a impacientar —soltó el señor

Sherman, que de inmediato le ofreció el brazo a su esposa y juntos emprendieron la marcha hacia la pista de baile que se encontraba en la sala contigua.

A Rick no le gustó que ella se sintiera obligada a acompañarle, por lo que, en cuanto el matrimonio se alejó lo necesario para no ser escuchados, le dijo en la intimidad de un susurro.

—Si lo prefiere, podemos dejar el baile para otra ocasión.

Suspirando ella negó sutilmente con la cabeza, consiguiendo que aliviado soltara el aire que sin saber había estado reteniendo.

—No será necesario, señor Jones. En realidad, me complace acompañarle en su primer baile en Baslow.

Sabiendo que se estaban retrasando Rick le ofreció el brazo diestro y juntos comenzaron a caminar hacia la sala de baile.

Debía reconocer que le encantaba la sensación de sentir su mano apoyada grácilmente en su brazo, más aún al saber que no le desagradaba su compañía. Pero justo cuando se disponía a darle conversación ella le sorprendió diciendo:

—En realidad mi disgusto se debe a que no me agrada que nadie me imponga lo que debo hacer. Quizá se deba a que soy viuda desde hace algunos años y me he acostumbrado a mi independencia.

—Entiendo a qué se refiere, señora Ashton. A pesar de ser un hombre adulto también he sufrido el acoso de mis padres en ciertos temas. Sobre todo de mi madre, ya que es una mujer a la que le gusta imponer su criterio y no admite un no por respuesta.

—¿Es por eso por lo que decidió pasar una temporada en Baslow?

—Algo tiene que ver, ya que vine buscando un poco de tranquilidad, pero mi estancia en Covington Park no se debe por entero a ella —al verlo reticente se percató de lo indiscreta que había sido con su pregunta.

—Lo siento mucho, señor Jones. Acabo de reprocharles a los Sherman que sean unos entrometidos y sin embargo yo misma he caído en su misma falta.

La sonrisa de Rick consiguió calmar a Amy, pues no quería que pensara que pretendía sonsacarle cosas sobre su vida. Aun así, se

reprochó no advertir lo peligroso que podía llegar a ser hacerle preguntas, pues indudablemente eso conllevaría que él también la interrogara para saber más sobre ella, y eso era algo que no podía permitir.

—No se preocupe, su curiosidad es lógica al haber sacado yo el tema —le contestó escueto, siendo evidente que se había percatado de su incomodidad.

Por unos segundos ambos permanecieron en silencio, hasta que Rick trató de destensar el ambiente con un comentario.

—Por suerte hemos conseguido escapar de los Sherman intactos. Ya me estaba temiendo que mandaran a los sirvientes a que nos ataran para asegurarse de que permaneceríamos juntos toda la velada.

—Tenga cuidado. Podrían escucharle y llevar a cabo su idea.

Las risas de ambos no se hicieron esperar, mientras un complacido Rick la colocaba junto a la fila de mujeres que ya esperaban para comenzar a bailar la contradanza. Se sentía agradecido de que de nuevo volviera a ser la mujer que se había encontrado en medio del camino, en vez de esa otra callada y expectante que se había encontrado junto a los Sherman.

Colocándose frente a ella, en su correspondiente posición con los caballeros, no pudo evitar observarla, embebiéndose de su sonrisa y de esa mirada que parecía brillar con más fuerza con la dulce luz que procedía de las velas.

Fuera de toda duda resultaba la mujer más excitante y encantadora que había visto en años, pues había algo en ella que le atraía y le hacía desear conocerla. Era consciente de que además de su belleza le atraía su aire independiente, quizá al estar cansado de las mujeres que habían sido educadas para no pensar por sí mismas y así ser más fácil de manejar por sus padres y esposos.

Debía reconocer que la joven viuda era todo un desafío, sobre todo cuando la música comenzó y la vio moverse con una gracia difícil de superar.

Por su parte Amy se sentía feliz al poder bailar, ya que dejarse llevar por la música era uno de los pocos placeres de su antigua vida que se podía permitir.

Durante años su madre había sido estricta en su educación, por lo que la danza se había convertido en una habilidad que sus hijas debían superar con creces. Por supuesto su hermana Rosemary era siempre superior a ella, pero ahora, lejos de ellas y de sus continuas críticas, se podía dejar llevar y simplemente disfrutar del momento.

Tal vez por ese motivo no se percató de cómo el señor Jones la seguía con la mirada, pues cada vez que debían cambiar de pareja este no dejaba de observarla hasta que volvía a tenerla frente a él. Fue al finalizar uno de estos cambios cuando advirtió la intensidad con que la contemplaba, notando incluso un escalofrío de excitación cuando unieron sus manos enguantadas y giraron despacio sin dejar de mirarse a los ojos.

Parecía como si las demás parejas de la sala hubieran desaparecido y solo se encontraran ellos dos girando bajo la luz de los candelabros. El lujoso colorido de los trajes de las damas, el dorado de los adornos e incluso las flores que decoraban los grandes jarrones de las esquinas habían desaparecido, quedando solo ante ellos una mirada que les adentraba en un mundo que nunca antes habían conocido.

Ninguno de los dos supo qué había sucedido en esos instantes en los que ambos se vieron sumergidos dejándose llevar no solo por los compases de la música sino de su propio corazón. Por suerte algo les hizo regresar al presente, justo en el instante en que la música había dejado de sonar y las parejas comenzaban a abandonar la pista de baile.

Azorada al no saber si los demás invitados habían advertido la forma tan escandalosa con que se habían mirado, a Amy solo le quedó alejarse de él lo antes posible para no quedar en ridículo.

Estaba convencida de que si permanecía a su lado volvería a caer bajo su influjo, puesto que estar junto a él le hacía recordar lo maravilloso que era cuando un hombre te miraba y te hacía desear llegar hasta su corazón.

Un lujo que la asustaba pues no podía permitirse tener esas sensaciones. Por ello, cuando le ofreció el brazo y la sacó de la pista de baile, no dudó en alejarse de él alegando una pobre excusa.

—Si me permite, señor Jones, prometí a unas conocidas que las saludaría en cuanto las viera y acabo de localizar a una de ellas.

—Por supuesto, señora Ashton —no le quedó más remedio que decir y, tras una ligera inclinación de cabeza, observó con decaimiento cómo se giraba para alejarse entre la marea de invitados.

Era evidente que algo la había asustado en los últimos instantes del baile, pues mientras sus manos permanecieron unidas no percibió nada que interfiriera entre ellos.

De hecho, había notado una conexión extraña e intensa que le había unido a ella, como si de su corazón hubiera salido un lazo que los había atado. Fue asombroso descubrir cómo ante él surgían emociones en las que nunca antes había reparado, consiguiendo que se sintiera confuso a la vez que eufórico.

Resultaba extraordinario sentir en su interior cómo el mismísimo universo le gritaba al oído que no debía dejar escapar a esa mujer y cómo le hacía desear cogerla en sus brazos y estrecharla con fuerza.

Sintiendo todavía el hormigueo en sus manos se preguntó si ella también lo había experimentado, quedando convencido de ello a juzgar por la forma tan precipitada con que se había alejado.

Resuelto a no dejar pasar algo así se propuso hacer todo lo posible por volver a encontrarla, pues sería un iluso si no tenía en cuenta ese cúmulo de sensaciones que solo ella le había hecho sentir. Sabía que lo primero que tenía que hacer era vencer la reticencia que mostraba con los hombres, pues solo entonces conseguiría que lo viera por sí mismo y no como uno más entre millones.

Estaba convencido de que, si le daba la oportunidad de demostrarle quién era, ella le aceptaría, por lo que se dispuso a plantarle cara al destino y hacer todo lo posible para favorecer otro encuentro. No le importaba si para ello tenía que hacer guardia frente a su casa, del mismo modo que pretendía usar todas las artimañas que fueran necesarias, como la ayuda que podían ofrecerle los Sherman.

Estaba tan decidido a conocer todos sus secretos y robarle el corazón que no se percató de cómo las demás mujeres le observaban, esperando a que se decidiera por una de ellas para su siguiente baile.

Por suerte la sutileza de las comadronas era menos refinada y, dispuestas a que sus hijas fueran presentadas al caballero, se valieron de todos sus recursos para rodearle y no darle la oportunidad de que escapara. De ese modo, el apuesto señor Jones se vio obligado a dejar escapar por el momento a la dulce y enigmática señora Ashton, aunque se dijo que la próxima vez que la encontrara no le resultaría tan fácil a la dama volver a abandonarlo.

Por su parte Amy estaba sobresaltada y se había alejado lo más posible de él, pues hacía tiempo que no sentía la exquisita y a la vez aterradora caricia del amor.

Había sentido su boca seca mientras sus ojos permanecían fijos en él, del mismo modo que su cuerpo tembloroso se había negado a obedecerla. Solo había podido continuar con el baile movida por la inercia, ya que todos sus sentidos se habían visto eclipsados por la fuerza de sus emociones.

Se había percatado asustada de que con solo un roce de sus manos había perdido el control, consiguiendo que su corazón latiera de una forma tan alterada que apenas le había permitido oír otra cosa que no fueran sus latidos. Justo entonces el recuerdo de un amor de juventud le había venido a la memoria, advirtiéndole que años atrás había notado algo similar por Ashley y había dejado de escuchar a su sentido común.

Le había atemorizado tanto volver a sentir algo así que solo había pensado en huir y por eso ahora se encontraba apoyada en una pared a solas y a oscuras mientras se reprochaba el ser tan débil. Reconocía que su comportamiento no había sido el acertado, ya que había quedado como una cobarde que escapaba de todo aquello que le asustaba. Pero tampoco podía permitir que él viera cómo su simple presencia la alteraba tanto como para olvidar su educación y su fortaleza, pues eso le indicaría que tenía poder sobre ella y podría usarlo en su contra.

Por primera vez en mucho tiempo volvió a ser esa muchacha que embarazada y asustada había tenido que enfrentarse al mundo, y temió que el daño que le había causado el falso amor de Ashley siempre le acompañaría y le impediría volver a confiar.

—Por fin te encuentro —soltó su amiga Emily sorprendiéndola, puesto que no la había oído acercarse.

—¡Emily, por Dios! Debes acostumbrarte a no dar estos sustos —le reprochó Amy con la mano en el pecho.

—Yo no tengo la culpa de que estuvieras en las nubes —le dijo molesta, ya que bastantes complicaciones tenía en esos momentos como para andar con delicadeza—, además, tenemos un problema con Ruth.

De pronto Amy recordó que había dejado a Emily cuidando de una ebria Ruth y se reprochó por estar tan sumida en sus propios asuntos que se había olvidado de sus amigas.

—¿Qué pasa con Ruth? ¿Dónde está? —le preguntó mirando a su alrededor, como si esta estuviera escondida en algún rincón esperando una señal para salir a su encuentro.

—La he recostado en una de las recámaras y le he dicho a su madre que tiene dolor de cabeza y que bajará dentro de un rato. Pero creo que lo mejor será que la llevemos a su casa antes de que alguien la vea y sepa que está borracha.

—¿Tan mal está?

—La verdad es que no soy una experta, pero se ha pasado la mitad del tiempo cantando a pleno pulmón y la otra mitad llorando por cosas sin sentido. Así que tú me dirás.

—Sin lugar a dudas está borracha —suspiró resignada dándole la razón.

—Eso he pensado yo —le aseguró con tono irónico, recordando lo mucho que le había costado mantenerla erguida mientras la llevaba a la recámara.

De pronto Amy se dio cuenta de que tenía la excusa perfecta para abandonar la fiesta y así no tener que enfrentarse de nuevo al señor Jones, ya que podrían decirle a todo el mundo que Ruth se había puesto enferma y la había acompañado a su casa.

Conocía a la señora Powell y sabía que aceptaría gustosa que fuera ella quien acompañara a su hija, pues le encantaba cualquier reunión donde pudiera juntarse con las demás damas y enterarse de todo lo sucedido en los últimos días.

Con un plan formándose en su cabeza miró a Emily, la cual estaba mirando hacia la sala de donde procedía la música, como si fuera una sirena que la estuviera llamando a gritos.

—Vamos, Emily, llévame hasta donde está Ruth y yo la llevaré a su casa.

—¿Estás segura? —le preguntó esperanzada, por lo que a Amy no le quedaron más dudas de los deseos de su amiga de participar en el baile. Sobre todo si conseguía sacar a la pista a su esquivo maestro de escuela.

—Absolutamente. En cuanto me ayudes a meterla en el carruaje regresas para decirle a su familia que la he acompañado a su casa —le propuso convencida mientras comenzaban a caminar—. Además, ¿no pretenderás dejar sin el placer de tu compañía al señor Mayer?

—Eso si se ha percatado de mi ausencia —le contestó divertida, aunque con cierto tono de temor.

—Te aseguro, Emily, que es difícil que alguien no note tu falta, más aún cuando esta noche estás preciosa.

Las palabras de Amy parecieron complacerla a juzgar por su sonrisa, interrumpida cuando escucharon los berreos de Ruth que cantaba bastante desafinada.

—Menos mal que le he dicho que permaneciera en silencio, de lo contrario a saber qué se le habría ocurrido hacer —repuso Emily, perdiendo su sonrisa y acelerando la marcha.

Esperando que nadie estuviera lo suficientemente cerca como para que la oyeran, las dos mujeres prácticamente corrieron por el pasillo, olvidándose del recato y de que una dama jamás debe correr ni perder la compostura. Algo que las dos hicieron cuando abrieron la puerta y se encontraron con una imagen que nunca olvidarían.

La recatada, delicada y borracha señorita Powell se encontraba desparramada en una cama prácticamente deshecha, cantando a

pleno pulmón una especie de canción indescifrable sobre flores y abejas.

Su caro, selecto y ahora arrugado vestido de fiesta dejaba al descubierto buena parte de sus piernas envueltas en pololos, mientras estas no paraban de agitarse como si la pobre muchacha estuviera sufriendo una especie de espasmos, aunque lo que en realidad pretendía era seguir el ritmo dando patadas a modo de baile.

Pero su entusiasmo al cantar no solo se había quedado ahí, ya que con los brazos en alto intentaba conducir una batuta imaginaria que no paraba de agitar de un lado a otro. Su fuerza era tal que incluso la cabeza parecía una peonza que oscilaba sin control, dejando un reguero de horquillas que salían disparadas de su exquisito recogido.

Sin poder contenerse ante la imagen que presentaba, Amy comenzó a reír y, aunque se tapó la boca con la mano para disimularlo, Emily enseguida se percató de ello.

—¡Dios mío! ¡Más que cantar parece que craquea como una gallina!

Sin poder aguantar por más tiempo ambas mujeres estallaron en carcajadas, teniendo que cerrar la puerta para que no las sorprendieran frente a semejante recital sin sentido.

—Será mejor que la saquemos de aquí cuanto antes —pudo decir Amy una vez que se hubo calmado, pues al ser la mayor debía asumir la responsabilidad por más que quisiera seguir riendo.

En cuando ambas se acercaron a Ruth no perdieron el tiempo y la sacaron de la cama. En un principio su amiga las saludó y rio divertida, hasta que la levantaron e inmediatamente comenzó a marearse.

—No me encuentro bien —solo pudo decir arrastrando las palabras, cuando sintió cómo toda la habitación comenzaba a darle vueltas.

—¡Chsss! Baja la voz —le pidió Amy sujetándola con fuerza una vez que la tuvo de pie para que no la tirara al suelo.

—No iré a devolver, ¿verdad? —le preguntó asustada Emily, ya que no se fiaba de que su vestido blanco acabara siendo de más

colores.

A Amy le hubiera gustado asegurarle que no se preocupara, pero cuando miró la cara de Ruth y comprobó que empezaba a ponerse verde se temió lo peor.

—Hay que sacarla de aquí cuanto antes, el aire la espabilará e impedirá que devuelva.

Pero Emily no estaba muy convencida de que pudieran sacarla con tanta rapidez, por lo que ideó un plan alternativo. Sin dar explicaciones y para el asombro de Amy, soltó a Ruth sin previo aviso para, con paso decidido, alejarse hacia uno de los jarrones que decoraban la habitación con flores.

—¿Qué haces? Yo sola no puedo con ella —la reprendió Amy, haciendo grandes esfuerzos para no gritar y para no acabar con Ruth en el suelo.

—Estoy buscando un plan alternativo por si no somos lo suficientemente rápidas —le respondió mientras cogía las flores que decoraban el jarrón y las tiraba junto con el agua—. Esta noche pienso bailar con mi señor Mayer y no voy a presentarme ante él con el vestido empapado en vómitos.

Sin poder decir nada Amy simplemente calló, ya que bien pensado le pareció una buena idea que cogiera el jarrón por si Ruth acababa devolviendo. Si no querían ser descubiertas era de igual modo importante que no fueran dejando un rastro evidente por donde pasaban, del mismo modo que era importante que fueran rápidas y sigilosas.

Aunque debía reconocer que el plan alternativo de Emily tenía una pega, y es que no se fiaba de que, con la borrachera de Ruth y las pocas fuerzas que tenían para mantenerla erguida, el jarrón no acabara en mil pedazos en el suelo y ellas salpicadas de restos de la cena.

—¿Vamos a bailar? —les preguntó Ruth que había escuchado parte de la conversación que mantenían.

—Sí, pero ahora tienes que estar calladita —le dijo Amy, mientras cada una de ellas se colgaba uno de los brazos de Ruth sobre el hombro y comenzaban a caminar.

—Me encanta bailar. Podríamos ir al salón y bailar un vals —le respondió Ruth olvidando por el momento su mareo y que la llevaban medio a rastras.

—Voy a asomarme por la puerta y, si no veo a nadie, salimos lo más rápido posible —propuso Emily sin prestar atención a los comentarios de su amiga, mientras sostenía por debajo de uno de sus brazos el jarrón y con el otro intentaba sujetar a Ruth por la cintura para que no se cayera.

Amy simplemente asintió, rezando para que se diera prisa ya que cada vez le costaba más mantener sola a Ruth.

Ni un minuto después las tres mujeres estaban saliendo a toda prisa de la recámara, ofreciendo una imagen de lo más peculiar al llevar casi a rastras a la perfecta señorita Powell.

Por suerte consiguieron salir de la mansión de los Sherman sin ser vistas y solo hubo un pequeño incidente cuando Ruth intentó subir al carruaje y se pisó el vestido. Un problema que Emily solucionó en cuestión de segundos, al no dudar en colocar sus manos en el trasero y empujarla con fuerza para que entrara de una vez.

Solo cabía esperar que la impaciencia de Emily no le valiera un chichón en la frente de Ruth, ya que sería complicado dar una explicación de cómo se lo había hecho.

—Toma —le ofreció Emily el jarrón a Amy, cuando esta estaba ayudando a sentarse a Ruth.

—No puedo llevármelo, sería un robo —le susurró Amy como si fuera algo impensable.

—Pues yo no voy a arriesgarme a entrar por la puerta de atrás y que alguien al verme se piense lo peor. Así que, si no quieres que todos se pregunten qué hago con un jarrón bajo el brazo será mejor que te lo lleves.

—Está bien. Mañana lo devolveré junto con una nota anónima.

—¿Y qué piensas poner en ella? ¿Que lo necesitaste con urgencia? —le preguntó mitad intrigada y mitad divertida.

—Ya se me ocurrirá algo.

Y sin más ambas se despidieron dando las gracias al cielo porque Ruth se hubiera quedado dormida en el asiento, del mismo

modo que agradecieron que su cochero no hiciera preguntas y que nadie las hubiera visto.

Toda una odisea ya que la mansión estaba llena de invitados.

CAPÍTULO 8



Montado sobre su caballo y con un calor de mil demonios, no podía negar que estaba deseando llegar a Rose's House. Lo llevaba haciendo desde hacía tres días, cuando en la velada de los Sherman había bailado con la señorita Ashton. Pero sobre todo lo estaba esperando desde que se desvaneció como por arte de magia, dejándole con la sensación de haber perdido una oportunidad única para conocerla.

Recordaba perfectamente cómo la había estado esperando durante lo que le parecieron horas, pero al enterarse de que se había marchado junto a la señorita Powell, tuvo que resignarse a no volver a verla mientras una opresión desconocida se apoderaba de su pecho.

Desde entonces había estado buscando una excusa para volver a encontrarla sin parecer ansioso, y ahora, tras haber transcurrido tres días desde ese acontecimiento, llevaba en su bolsillo una carta que le ofrecía la oportunidad que tanto había buscado.

Debía reconocer que había sido una suerte que se encontrara en el pueblo a la señora Powell con su hija, pues en medio de la típica conversación de cortesía que viene después del saludo, esta le había mencionado sus intenciones de enviar un mensaje a Rose's House.

Como era de suponer Rick aprovechó la ocasión y como buen caballero y vecino se ofreció a llevársela esa misma mañana, dejando bien claro que su ofrecimiento era una consideración hacia las damas, y no su anhelo por volver a ver a la que hasta el momento ocupaba cada uno de sus pensamientos.

Por ese motivo ahora ante él se alzaba la imagen de una magnífica casa de campo de dos plantas cuya fachada estaba cubierta de rosas de múltiples colores y donde centenares de flores de todas clases rodeaban la casa y las cercanías.

Nada más verla entendió el motivo por el que esa residencia era llamada Rose's House, pues sin lugar a dudas el nombre casaba muy bien con la visión que tenía ante él.

Cuanto más se acercaba por el camino más se hacía a la idea de que ante él tenía el hogar de una mujer muy especial, pues a pesar de ser una viuda con un hijo y de vivir a las afueras del pueblo, era ciertamente el alma de todo ese valle.

Lo sabía no solo por el cariño y el respeto con el que todos hablaban de ella, sino porque ante él tenía una casa que emitía una fuerza y belleza que solo eran comparables a las que emanaban de su dueña.

Cada vez más deseoso de volver a encontrarla la buscó por los alrededores de la casa, hallándola en el jardín rodeada de rosales que le ofrecían sus flores, aunque ninguno de ellos podía compararse con la belleza de su rostro. Un atractivo que no solo provenía de su cara, sino de una mirada cálida que la hacía única y le hacía anhelar conocer más de ella.

Toda una visión que le impresionó, más aún cuando ella alzó la vista al oírle y se quedó quieta observándole.

Amy llevaba buena parte de la mañana arreglando el jardín, ya que la primavera había hecho acto de presencia en él dándole un maravilloso colorido de flores y, por desgracia, de hierbas que debían ser arrancadas. Por ese motivo había salido junto con su hijo Michael y su doncella Lucy desde bien temprano, para así poder disfrutar del sol y de una mañana de trabajo.

Conocía muy bien a su hijo y sabía lo mucho que a este le gustaba corretear por el campo, pues a sus cinco años le encantaba ir en busca de toda clase de animales, flores y plantas. Su gusto por la naturaleza era algo que compartía con su madre, por lo que no perdían la oportunidad de pasar la mañana en el exterior de la casa, ya fuera pintando, paseando, buscando mariposas, yendo al río o arreglando el jardín.

Debía reconocer que lo mejor de vivir apartada del pueblo era la libertad que esto le otorgaba, ya que no debía preocuparse de mantener las formas en todo momento. Todo un privilegio del que solía disfrutar, pues le permitía ir con un vestido sencillo y un simple recogido en el pelo.

Mirando a su alrededor comprobó que su hijo Michael seguía jugando mientras era vigilado por Lucy, pues a pesar de tener solo quince años y ser menudita, la muchacha había demostrado ser una magnífica doncella y una niñera que se desvivía por su hijo.

Aún recordaba con una sonrisa la primera vez que había llegado a Rose's House y cómo la familia de Lucy se había presentado como los guardeses y desde ese momento sus criados.

Sin la familia Miller estaba convencida de que no le habría sido tan fácil adaptarse a ese lugar, pues ellos se habían ocupado de hacer cómoda su estancia en Rose's House. La señora Miller, o Nana, como la llamaba Michael, era a su vez el ama de llaves y la cocinera, del mismo modo que su marido Sean se ocupaba de los trabajos más pesados del jardín y de la casa, así como del caballo y de ser el chófer cuando se le requería.

Con la ayuda de la familia habían transformado una rústica casa de campo en un hogar acogedor, donde no faltaba de nada gracias a la asignación de Amy. Dicha retribución procedía de un apoderado que Amy mantenía en secreto y cuya cantidad podía considerarse más que generosa si llevaba una vida sencilla. Si bien es cierto que la cuantía anual distaba mucho de asemejarse a la que podría haber conseguido si hubiera tenido un buen matrimonio.

Por suerte la falta de privilegios como tener más criados, vestidos nuevos y disponer de excentricidades no era algo que Amy echara de menos, ya que a pesar de vivir ahora con menos lujos había ganado en libertad y en más seguridad en sí misma.

Pero lo que más agradecía de todo es que ahora, gracias al matrimonio Miller, a Lucy y a su hijo Michael, había encontrado lo que era realmente una familia, del mismo modo que se sentía parte de una comunidad que la respetaba por sí misma y no por ser la hija de un conde, ya que nadie sabía de su procedencia.

—Señora, creo que viene alguien —le dijo Lucy despertándola de su ensoñación.

Curiosa por averiguar de quién se trataba Amy se volvió para observar el camino, encontrándose con la figura de un jinete que se les acercaba despacio.

—Parece el señor Jones —soltó Lucy consiguiendo que el corazón de Amy se detuviera en el acto.

Colocando la mano a modo de visera Amy intentó reconocerlo, pero le resultaba difícil al tener el sol de frente y estar él aún lejos.

—¿Estás segura? No consigo distinguirlo.

—Es el único caballero que posee una montura tan espléndida. Además, no conozco a nadie en el pueblo que cabalgue con esa elegancia.

Ante sus palabras Amy se dio cuenta de que tenía razón, pues ella tampoco conocía a ningún caballero que montara con tanta soltura dando la sensación de que jinete y caballo eran solo uno.

De pronto se percató de lo inapropiado de su apariencia, pues no había esperado recibir visitas y llevaba el delantal manchado de tierra, así como un sombrero viejo de paja y unos guantes desgastados de jardinero. Apurada por su aspecto se apresuró a quitarse el delantal, pero con los nervios se le pasó por alto que llevaba puestos los guantes y por mucho que lo intentaba no podía desabrocharse la fastidiosa prenda.

—Déjeme que le ayude, señora —le pidió Lucy dirigiéndose hacia ella seguida de Michael, que no dejaba de observar al caballo que cada vez estaba más cerca.

—Gracias, Lucy, esta cosa parece que se resiste a hacerme caso.

—Tal vez sea porque aún lleva los guantes puestos —le contestó Lucy divertida, más aún cuando se percató de cómo subían los colores a las mejillas de la señora.

—No sé cómo no me he dado cuenta —afirmó Amy azorada y diciéndose a sí misma que era una tonta por ponerse tan nerviosa.

Pero la verdad era que desde la noche del baile se notaba cada vez más ausente en sus pensamientos, pues no podía dejar de recordar al señor Jones y cómo la había mirado mientras bailaban.

Había revivido ese momento en su imaginación en más de una ocasión, pero sobre todo habían aparecido en sus sueños esos ojos profundos, cautivadores y verdes que la habían embrujado.

Sin saber cómo el señor Jones se había instalado en un rincón de su cabeza para hacerla desear cosas que ella misma se había prohibido hacía cinco años. Se había convertido en todo un desafío, pues, si bien sabía que no podía acercarse a él, algo la empujaba a desear encontrarlo de nuevo.

Un hecho que sabía que tarde o temprano tendría que suceder, pero ahora que era inminente ese nuevo encuentro no estaba segura de estar preparada. Pero si ya le ponía nerviosa su próximo encuentro al no saber qué le haría sentir, más agónico le resultaba pensar que debía darle una explicación por la manera en que había huido de su lado.

Se percató de que lo más seguro era que su visita tuviera el propósito de pedirle alguna explicación, pues como era lógico debió de sentirse confuso ante un comportamiento tan poco educado. De ser así no estaba segura de qué debía decirle, pues por nada del mundo iba a admitir ante él que se había asustado ante las sensaciones que le producía, del mismo modo que no podía contarle que había estado sacando a escondidas a su amiga borracha.

—Ya está, señora —indicó Lucy cuando le hubo quitado el delantal manchado.

—Llévate también los guantes —le dijo Amy mientras dudaba si quitarse el sombrero viejo o dejárselo.

—Déjeselo puesto, señora. Le queda muy bien e impedirá que le salgan pecas como le sucede cuando toma un poco de sol —le confesó Lucy entre divertida y expectante, al ser la primera vez que la veía tan azorada por su apariencia ante una visita.

Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo hasta que el señor Jones llegara, solo pudo asentir, aunque no pudo evitar sacudirse el vestido de rayas verdes y negras para intentar quedar más presentable.

—Está bien, Lucy, guárdalo todo y llévate también a Michael adentro.

—Pero, mamá, yo quiero ver el caballo —repuso Michael al escucharla, pues hasta entonces había estado tan absorto viendo acercarse al animal que apenas se había movido.

—Lo siento, Michael, pero no puedes presentarte ante el señor Jones con las rodillas manchadas de tierra —le dijo como excusa, pues prefería estar sola cuando tuviera a su visitante frente a ella.

Lo requería así porque no sabía con qué intenciones se presentaba el señor Jones, y tampoco quería que hubiera testigos por si la situación se volvía tensa y acababa poniéndose en evidencia.

Sin perder ni un segundo Michael comenzó a restregarse las rodillas con las manos, en un vano intento de limpiárselas para que su madre le permitiera quedarse, pero por desgracia lo único que consiguió fue que la suciedad se extendiera por toda la pierna y solo le quedara suspirar resignado.

—Vamos, jovencito, te llevaré adentro y podrás limpiarte —le dijo Lucy ofreciéndole la mano.

—¿Y podré volver luego? —le preguntó esperanzado a su madre.

Tanto Lucy como Michael se quedaron a la espera de una respuesta, mientras los cascos del caballo le indicaban a Amy que su visita estaba a escasos metros.

—Solo si quedas bien limpio y te presentas debidamente.

El niño sonrió encantado a su madre y, con la misión de limpiarse cuanto antes para salir a ver el caballo, cogió a Lucy de la mano y ambos se encaminaron al interior de la casa.

Fue entonces cuando al volverse se percató de que el señor Jones había estado contemplando la casa, pero justo cuando sus ojos le observaban, él había girado la cabeza hacia donde ella se encontraba como si la hubiera sentido. Con la respiración acelerada permaneció erguida y en silencio, a la espera de que se acercara y le presentara sus respetos.

Justo en ese instante algo en ella cambió y sintió de pronto unas ganas enormes de gritar, correr o simplemente sonreír como una ilusa. Incluso el miedo a sus reproches se había desvanecido ante la intensidad con que la miraba, teniendo que hacer grandes esfuerzos

por permanecer quieta mientras él se colocaba con su montura frente a ella.

—Señora Ashton —le saludó Rick junto con una inclinación de cabeza.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio, como si ninguno de los dos supiera qué decir o como si ninguno quisiera romper esa conexión que parecía fluir entre ellos.

Resultaba extraño cómo a pesar de ser unos perfectos desconocidos había algo que les hacía sentirse como si ya se conocieran o como si una parte de ellos perteneciera al otro.

Sin embargo, la reacción de ambos ante esta perturbadora sensación fue diferente, pues si bien él la había sentido como una atracción instantánea, la respuesta de ella no había sido tan inmediata y había necesitado de su cercanía para estremecerse.

Tal vez por eso Rick la había encontrado tan fascinante y quizá por ese motivo ahora que la tenía delante se había quedado maravillado por su aspecto desaliñado.

—Espero no importunarla con mi visita —le preguntó al ser evidente por su apariencia que no esperaba tener invitados.

—No debe preocuparse por eso, solo estaba ocupándome del jardín.

—Ya veo —le dijo él mientras se bajaba del caballo y la observaba de arriba a abajo.

Fue entonces cuando Amy deseó que se la tragara la tierra, o por lo menos que esa mañana no se le hubiera ocurrido ocuparse del jardín.

—Debe disculpar mi apariencia, no sabía que recibiría visitas —le dijo mientras sentía una enorme necesidad de sacudirse de nuevo el vestido y arreglarse el cabello.

—En realidad está usted perfecta —le aseguró él, para después, en un acto impulsivo, acercarse a ella y colocarle un mechón suelto de su cabello tras la oreja.

Rick no estaba seguro de qué le había impulsado a cometer semejante osadía, pero no se arrepentía de lo que había hecho. Solo sabía que desde que la había visto su cerebro había dejado de

funcionar y ahora parecía que su entrepierna era la que le dictaba las normas.

Lo cierto era que si por él hubiera sido la habría cogido en brazos para besarla con toda la pasión que en ese momento sentía, pero supo contenerse a tiempo y en su lugar se había conformado con cometer el descaro de colocarle el cabello.

Solo cuando se percató de que Amy había dejado de respirar se dio cuenta de lo cerca que estaba de ella y de cómo la miraba fijamente, por lo que no le quedó más remedio que alejarse unos pasos de ella antes de que se desmayara por falta de oxígeno.

—Le he traído una carta —se apresuró a decir, sintiéndose como un cobarde al apartarse de ella.

A Amy le costó volver a respirar después de haber sentido su mano rozando su rostro, del mismo modo que le costó encontrar la voz necesaria para contestarle, por lo que primero tuvo que carraspear para aclararse la garganta, quedando así como una tonta.

—No debió molestarse —consiguió decirle.

Como si fueran un par de adolescentes sus ojos volvieron a buscarse, permaneciendo con las miradas fijamente clavadas como si se tratara de un par de imanes que se atraían por fuerzas que desconocían.

—Yo... —empezó a decir él mientras se le acercaba un paso.

Quería decirle que deseaba saber todo de ella, ser su amigo, su amante y su confidente, así como asegurarle que jamás había sentido algo semejante por nadie, pero a pesar de su anhelo por abrirse a ella simplemente se quedó callado.

No estaba seguro de qué fue lo que le hizo callar, pero algo en su interior le dijo que ella no estaba preparada para escuchar su confesión.

—La carta... —comenzó a decir ella, como si con ello quisiera que él se centrara en la realidad que le había llevado hasta Rose's House, y no en el brillo que veía emanar de sus ojos.

—¿La carta?

Por unos instantes Rick no supo a qué se refería, hasta que su cabeza volvió a su pleno funcionamiento y pudo volver a pensar con

normalidad.

—Por supuesto —y sin más la buscó en el bolsillo interior de la chaqueta—. Esta mañana he ido al pueblo y me he encontrado por casualidad con la señora Powell y su hija. Ellas me han contado que tenían la intención de enviarme una nota y, como buen vecino, me he ofrecido a traérsela en persona. Espero que no le importe, al fin y al cabo me pillaba de camino de regreso a Covington Park.

—Por supuesto que no. De hecho, ha sido usted muy considerado con nosotras y por ello le estoy muy agradecida, como seguramente también lo estarán la señora Powell y la señorita Ruth —por suerte Amy se percató de que los nervios le estaban haciendo hablar demasiado, por lo que optó por callarse antes de que dijera más de la cuenta y se metiera en más problemas.

Agradecido por sus palabras Rick sacó la misiva de su resguardo y se la entregó, manteniéndola Amy entre sus manos como si fuera una valija muy valiosa.

—Espero que sean buenas noticias —solo se le ocurrió decir, sintiéndose como un estúpido al no poder decir nada sofisticado o gracioso que rompiera la tensión que se había instalado entre ellos.

—Estoy segura de ello. En realidad, estaba esperando esta nota por parte de mi amiga, pues como sabrá la noche del baile tuve que ausentarme debido a una indisposición de esta, y estaba esperando a que me confirmara que ya se encontraba mejor.

—Algo escuché esa noche —le dijo él, aunque en realidad lo que de verdad deseaba preguntarle era si ese había sido el motivo real de su precipitada partida o si solo era una excusa.

Durante esos tres días había estado pensando en qué le había podido suceder para que no volviera a la fiesta, pues si bien era cierto que los anfitriones la habían excusado alegando que había tenido que acompañar a una querida amiga que se sentía indispuesta, lo cierto es que algo le decía que había algo más.

Pero sabía que sería una descortesía preguntarle algo semejante, por lo que tuvo que conformarse con su excusa, a pesar de saber que había algo más que ella callaba.

—Mamá, ¿ya puedo salir y ver el caballo?

La voz cantarina e ilusionada de Michael les libró de un tema que era mejor dejar en el olvido, e hizo que la tensión que cada vez era más grande entre ellos se destensara un poco.

Para su sorpresa, ante Rick se encontraba un muchachito que era la viva imagen de su madre, aunque en vez de tener el cabello oscuro era de un rubio intenso.

—Señor Jones, permítame que le presente a mi hijo, Michael Ashton. Como puede ver es algo impulsivo y suele olvidar sus modales.

Al escuchar a su madre Michael agachó la cabeza, hundió los hombros y unió sus manos a la espalda, como si se estuviera preparando dócilmente para sufrir un castigo por parte de su madre.

A Rick le hizo gracia que el muchacho reaccionara de esa manera, pues por la forma dulce con que ella le miraba dudaba mucho de que fuera una madre severa.

—Es un placer conocerle, señor Ashton.

Al escucharle llamar así al niño se le escapó una sonrisa a Amy, por lo que Rick no tuvo ninguna duda de que todo se trataba de una estrategia para librarse de una regañina.

—El placer es mío, señor Jones —le correspondió con una formal reverencia, que hubiera sido más propia de un duque frente a su rey que de un niño ante un desconocido en su jardín.

—Me ha parecido escuchar que querías ver mi caballo.

—Así es, señor —aseguró Michael alzando la cabeza y olvidando su pose sumisa—. Me ha parecido que es muy grande y me gustaría tocarlo.

—¿Te gustan los caballos?

—Más que las ranas y las lagartijas.

Rick no pudo evitar soltar una carcajada ante el desparpajo del niño, que con ojos brillantes trataba de mirarle a él en vez de al caballo.

—A mí también me gustan más que las lagartijas —le soltó Rick a modo de confianza, logrando que el niño también sonriera.

Solo entonces reparó en su madre y le dedicó una mirada, encontrando que ella estaba observando a su hijo con un cariño tan intenso, que sin saber porqué le hizo sentir celos.

Sin querer profundizar en esa emoción que le despertaba volvió a centrarse en Michael, pues se había dado cuenta de que el niño sería un buen aliado para llegar hasta el corazón de su madre.

—Ven. Voy a presentarte a Ulises.

—¿Así se llama su caballo?

—Así es.

Y sin más ambos se alejaron unos pasos hasta donde el caballo se encontraba mientras Rick le contaba cosas sobre el animal.

Mientras, Amy no podía dejar de maravillarse por la espontaneidad de su hijo, pues desde siempre había poseído la virtud de ganarse la confianza de las personas sin mucho esfuerzo. Suspirando reconoció que ese aspecto de su carácter era algo que había heredado de su padre, pues además de tener el cabello rubio como él, era capaz de hacer que uno cayera rendido a sus pies si así se lo proponía.

—Mamá, ¿puede venir mañana el señor Jones para que monte a Ulises?

La pregunta de Michael la pilló por sorpresa, pues no había pensado que sería un problema que ambos se llevaran bien.

—Bueno... No sé si el señor Jones podrá acercarse mañana.

—Para mí será un placer —le contestó este mostrándole una sonrisa, y supo que entre el señor Jones y su hijo le habían montado una emboscada.

—En ese caso estaremos encantados de recibirle —afirmó, aunque en realidad se preguntaba si realmente sentía lo que decía.

—Podríamos hacer un picnic junto al río. A mi madre y a mí nos encanta ir al río a pescar y coger ranas —le aseguró el niño cada vez más ilusionado.

—¿Tu madre también coge ranas? —le preguntó a Michael alzando una ceja, aunque en realidad a quien miraba era a la cada vez más colorada señora Ashton.

—Es la mejor, es capaz de cogerlas con una sola mano.

—En ese caso no puedo perderme la caza de ranas.

Por la forma de decirlo Amy estuvo segura de que se estaba divirtiendo de lo lindo, y estuvo a punto de retarle a ver quién cogía más ranas. Por suerte el sentido común enseguida hizo acto de

presencia, y solo le dedicó una mirada altiva como retándolo a que dijera algo más.

—Lucy, el señor Jones y mamá van a acompañarme mañana a coger ranas —soltó Michael mientras corría emocionado hacia la casa, olvidando por completo sus modales.

Mientras, Rick había cogido la indirecta de que por su bienestar se mantuviera bien callado, dejándole claro que estaba ante una mujer de carácter que se tomaba muy en serio cualquier desafío. Una virtud que sin lugar a dudas la hacía más interesante.

Al no querer decir algo que la enfadara prefirió marcharse sabiendo que esa tarde había conseguido una victoria, pues había logrado una nueva cita en la que ambos volverían a estar prácticamente a solas.

Convencido de su triunfo se montó en su caballo notando el peso de su mirada, mientras hacía grandes esfuerzos para no ser impulsivo y decir algo inapropiado.

Pero justo cuando se hubo colocado el sombrero y se disponía a alejarse no pudo evitar volver a mirarla. Verla tan acalorada e indignada frente a él le hizo sentir la necesidad de abrazarla, a pesar de saber que era algo imposible. Aun así, algo dentro de él le retaba a saltarse las normas y hacer realidad sus anhelos, aunque por suerte su sentido común apareció en el instante exacto en que estuvo a punto de perder la cabeza.

Al percatarse de lo cerca que había estado de cogerla entre sus brazos decidió que había llegado el momento de marcharse, ya que si permanecía por más tiempo frente a ella acabaría haciendo una locura. Solo entonces comenzó a despedirse, aunque sintió cómo una pequeña parte de él se quedaba con ella.

—Hasta mañana, señora Ashton —y sin poder resistirse a meterse con ella continuó diciendo—: Espero averiguar si en verdad es tan buena cazando ranas como asegura su hijo.

Con los ojos como platos tras escucharle Amy se envalentonó y, en un arranque inesperado de orgullo, le contestó sin medir las palabras:

—Puede apostar por ello, señor Jones.

La carcajada de Rick no se hizo esperar y, feliz tras haberla provocado, se marchó deseando que las horas pasaran rápidas hasta su próximo encuentro.

Solo cuando le vio perderse en el horizonte Amy se percató de que había estado arrugando la nota que este le había entregado y, tras abrirla con cuidado, leyó lo siguiente:

Querida señora Ashton.

Lamento no haber podido contactar con usted antes, pero tras el baile he estado algo indispuesta.

Es por ello por lo que, al haberme recuperado de mis dolencias, tanto mi madre como yo hemos pensado en invitarla a tomar el té, pues estamos convencidas de que su compañía nos será muy grata.

*Atentamente su amiga Ruth
Powell.*

PD: Estoy deseando que venga a visitarnos por si tuviera alguna información de cómo acabó un jarrón entre mis manos.

CAPÍTULO 9



Bajo un espléndido sol de primavera la comitiva formada por Amy, Michael, Lucy y Rick se dirigió hacia el lago, mientras Amy se preguntaba qué le había llevado a aceptar esta extraña cita.

No se podía engañar pensando que había sido por culpa de su hijo, ya que, si de verdad lo hubiera querido, habría buscado una excusa para librarse del compromiso. Sin embargo, ahora se encontraba caminando del brazo de ese hombre que le hacía sentir tantas cosas que creyó olvidadas, como si no se hubiera pasado cinco años de su vida intentando dejar atrás todo aquello que tuviera que ver con los sentimientos.

Pero, pese a que algo dentro de ella le decía que su amistad con ese desconocido solo le aportaría problemas, también había otra parte que le impulsaba a buscar su compañía como si no fuera peligroso abrir de nuevo el corazón a las emociones.

Y es que no podía negar que había algo en el señor Jones que le hacía buscar su compañía y bajar la guardia. Incluso se había percatado de que estando a su lado llegaba a dudar de si había hecho lo correcto al haberse mantenido sola durante tanto tiempo, al haber dado por hecho que todos los hombres eran iguales.

Solo hacía falta observarle para advertir que era alguien completamente diferente a todos los demás que había conocido, llegando a desconcertarle al no saber que pensar de él. Lo que más le llamaba la atención era que en cada uno de sus encuentros había

descubierto algo nuevo y fascinante, y a pesar de ello seguía siendo un misterio que le atraía.

Por el momento se preguntaba cómo un hombre capaz de deslumbrar en un baile podía parecer tan cómodo en medio del campo, pues no era muy lógico que alguien acostumbrado a las comodidades de Londres pudiera desenvolverse en medio del barro y la hierba.

Pero además le llamó la atención que no le importara estar acompañado de un niño pequeño, el cual no paraba de corretear de un lado para otro sin dejar de atosigarle con sus preguntas. Una virtud que tenían muy pocos hombres y menos aún si eran jóvenes y solteros.

Dejando a un lado los interrogantes que el señor Jones le planteaba, Amy se fijó en Michael y, tras comprobar lo abrumador que podía llegar a ser, se alegró de que Lucy le conociera lo suficiente para tenerlo controlado. Incluso le extrañó el interés de la muchacha en requerir su atención con juegos, consiguiendo que se preguntara si todo ello era un complot para hacer de casamentera.

Al recaer en ello le resultó más que evidente, pues desde que esa misma mañana Nana se había enterado de la salida con el señor Jones, no había parado de recordarle lo buen partido que era y lo dichosa que sería si volviera a casarse.

De nada sirvió decirle que la idea del matrimonio estaba fuera de lugar, pues veía al señor Jones como a un simple vecino que por cortesía la había invitado. Una excusa que ni ella misma se creía, pues de lo contrario no se habría pasado buena parte de la noche pensando en él.

Suspirando se dijo que de nada servía ofuscarse por los intentos casamenteros de la señora Miller y de su hija, ya que ellas no sabían que, después de haber acabado con el corazón roto a causa de Ashley, nunca más volvería a confiar en el amor y menos aún en los hombres, por mucho que estos fueran irresistibles y la hicieran estremecerse con solo una mirada.

—¿Qué le parece este sitio? —le preguntó Rick cuando llegaron a un lugar frente al lago, el cual estaba protegido del sol por un frondoso árbol.

—Me parece perfecto —le respondió ofreciéndole una sonrisa que consiguió que él se fijara en sus labios.

Al darse cuenta de su reacción Amy se reprochó no ser más contenida, pero a su lado no podía evitar sentirse como si de nuevo tuviera diecisiete años y la vida no la hubiera golpeado.

Agachando la cabeza para que él no notara su sonrojo se alejó unos pasos, mientras pretendía aparentar una indiferencia que estaba lejos de sentir. Consternada se preguntaba cómo podría aguantar toda una velada a su lado sin hacer el ridículo, pero sobre todo sin que él notara lo confusa que le hacía sentir al tener que luchar continuamente contra sus impulsos.

Mientras tanto Rick, ajeno a todos estos pensamientos, dejó la cesta de la comida en el suelo, sin cesar de mirar a esa mujer que tanto le atraía y le confundía. Debía admitir que el halo de misterio que la rodeaba era todo un enigma que pretendía descubrir, pues era evidente que guardaba celosamente una historia que muy pocos conocían.

Por eso ahora, sabiendo que estaba ante una oportunidad única, quería que se abriera a él, aprovechando la atracción que sin duda había entre ellos como una llave que le permitiría descubrir sus secretos.

—Michael, no te alejes demasiado.

—No se preocupe, señora, no lo perderé de vista ni un segundo —le contestó en su lugar Lucy, pues Michael ya se hallaba inmerso en la búsqueda de alguna aventura.

—No sabía que los niños de tan corta edad eran tan vivaces —le comentó Rick consiguiendo que Amy se girara para mirarlo.

—La verdad es que no sé si todos son como mi hijo, pero puedo asegurarle que Michael no está mucho tiempo quieto.

—Entonces debe de haber salido a su madre.

La sonrisa de Amy no se hizo esperar, solo que esta vez ella no agachó la cabeza avergonzada, sino que lo miró risueña a la cara.

—Le aseguro que soy la mitad de impulsiva que él.

Sin más por decir, y necesitando hacer algo para no quedarse parada ante él, Amy se acercó al árbol que había frente al río y se agachó para retirar unas piedras y hojas que había sobre la fresca hierba.

—Este será un buen lugar para instalar el picnic —le aseguró ella mientras seguía con su tarea.

Por unos segundos Rick se quedó inmóvil contemplando maravillado los movimientos de Amy, pues esta se había colocado de rodillas de espaldas a él y al inclinarse hacia adelante dejaba a su entera disposición la visión de su trasero.

Hipnotizado por el delicado movimiento Rick simplemente se quedó ahí parado, teniendo que contenerse para no alargar la mano y tocar esa parte femenina que le estaba del todo prohibida.

Se preguntó qué sucedería si él se olvidara de las convencionalidades y se le acercara para tocar aquello que se le antojaba como suyo, viniéndole la visión de una señora Ashton azorada e incrédula que se volvía para ponerlo en su sitio.

Por unos instantes la perspectiva de ver enfurecida a esa fierecilla le hizo plantearse llevar a cabo ese arrebató de locura, hasta que de nuevo recuperó la cordura cuando ella continuó hablándole.

—¿No le parece? Así estaremos cerca del río por si necesitamos agua fresca.

—Será perfecto —le respondió pidiéndole al cielo que no se volviera y notara su entrepierna abultada.

Durante la siguiente hora los cuatro se sentaron a comer y a disfrutar de los manjares que Nana les había preparado, sin cesar de conversar sobre toda clase de temas y de reír por las travesuras de Michael.

Era tal la armonía que había entre todos ellos que en más de una ocasión Amy se preguntó cómo era posible esto, ya que, en vez de un desconocido, Rick parecía intuir muchas cosas de ellos y estar muy a gusto en su compañía. Un dato que además de ser extraño le asustaba, pues le indicaba que en ese hombre había algo especial que le hacía conectar con su pequeña familia y le hacía

preguntarse si había sido el destino quien lo había puesto en su camino.

Durante esa hora Amy trató de disfrutar de algo que jamás creyó posible, ya que era la primera vez en cinco años que olvidaba lo que era el engaño y los celos, y se dejaba llevar por la necesidad de sentirse atraída por un hombre.

Pero, como era de suponer, este pequeño paréntesis de felicidad no duró mucho, ya que Michael lo rompió al no reconocer la importancia de ese momento. Siendo aún un niño no supo ver que era la primera vez que su madre se abría ante un desconocido, y solo se le ocurrió salir corriendo detrás de un saltamontes cuando este se colocó a su lado.

Fue entonces cuando todo se precipitó, ya que Lucy no perdió la oportunidad de dejarles a solas, alegando que desde otro lugar más apartado vigilaría mejor al niño. Un pretexto que no engañó a nadie, ya que era más que evidente que solo pretendía darles privacidad.

—Parece que nos han dejado a solas —repuso Rick mientras Amy recogía las viandas sobrantes y Michael se reunía con Lucy para enseñarle su captura.

Al no haber obtenido respuesta Rick pensó en otro tema de conversación que la hiciera participar y, al ver cómo ella contemplaba a su hijo con una sonrisa en los labios, supo cómo conseguirlo.

—Michael parece un muchacho muy despierto para su edad.

—Así es, es de naturaleza curiosa e impetuosa. Lo que me recuerda que debo pedirle perdón en su nombre, ya que durante todo el almuerzo no ha dejado de hacerle preguntas sobre sus caballos.

—No debe disculparle por ser como es. De hecho, yo también sufro del mismo mal y me gusta saber sobre toda clase de cosas. Por ejemplo, me gustaría conocer más sobre usted.

—¿Sobre mí? —Le preguntó incrédula—. Le puedo asegurar que soy una mujer de lo más corriente, por lo que dudo que sea del interés de alguien.

—Permítame que discrepe de ello. Usted es sin duda la mujer más misteriosa que he conocido en mi vida, y créame cuando le

digo que he conocido a unas cuantas damas en Londres.

—De eso no me cabe la menor duda —respondió ella sin pensar.

—¿Me acusa de libertino? —le preguntó haciéndose el ofendido, consiguiendo que ella se sonrojara al advertir su indiscreción.

—Lo siento, no pretendía faltarle al respeto, simplemente... —calló al no querer decirle que su porte y su labia le volvían irresistible para el género femenino.

—¿Le parezco la clase de caballero capaz de seducir a una inocente mujer? —siguió provocándole al usar un tono de voz ronco y una mirada que la acaloraba.

Al no querer quedar como una simple pueblerina que se volvía gelatina cuando él se lo proponía, se irguió y sin avergonzarse afirmó:

—Así es.

Soltando una carcajada ante su arrojito, Rick deseó poder abrazarla, pues esa extraordinaria mujer que pasaba del sonrojo al atrevimiento en solo unos segundos le hacía sentirse vivo.

—Pues tiene toda la razón. Soy un hombre que no puede resistirse ante la belleza de una dama, por lo que le aconsejo que tenga cuidado conmigo.

—Lo llevo teniendo desde que le conozco —dijo sin pensar Amy, consiguiendo que volviera a soltar una carcajada y la mirara con interés renovado.

—Ciertamente es usted toda una caja de sorpresas, señora Ashton. Me pregunto qué más misterios esconde bajo esa mirada de color esmeralda.

Sintiéndose decaída suspiró, sin percatarse de que con ello dejaba al descubierto su corazón.

—Le puedo asegurar que mis secretos no son apropiados para revelarlos en una mañana de picnic.

—¿Tan oscuros son?

—¿Acaso no lo son todos los secretos? —repuso sin querer contestarle.

—Es posible, pero de verdad me gustaría llegar a conocerla.

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntarle y al instante se arrepintió de ello al contemplar cómo él la miraba.

—Porque usted me interesa.

—No puede decirme eso. Usted es un hombre que proviene de un mundo cargado de privilegios y sofisticación, mientras que yo soy solo una madre que vive cómodamente en un ambiente rural. Como comprenderá, me cuesta creer que le interese más allá de una simple aventura.

—No haga eso. No se menosprecie. Es cierto que vengo de un ambiente más distinguido y cosmopolita, pero puedo asegurarle que eso no significa que las personas que conozco en Londres sean más interesantes que usted.

Sintiendo la necesidad de acercarse, se inclinó hacia adelante para estar más cerca de ella, al querer acortar la distancia que les separaba, aunque solo fueran unos centímetros. Una vez que estuvo más próximo comenzó a notar un hormigueo en los dedos de las manos, debido al deseo incipiente que sentía por tocarla, del mismo modo que anhelaba con desesperación besarla.

Siguiendo sus impulsos, y con el aliento de sus bocas apenas rozándose, alzó una de sus manos con sumo cuidado para no asustarla, para posteriormente comenzar a bordear su barbilla con una sutil caricia cargada de deseo.

Ver cómo ella cerraba los ojos para dejarse llevar por unos segundos le dio la confianza necesaria para seguir con su seducción y, tras continuar con su toque subiendo por su mejilla, le dijo en un susurro:

—Es cierto que me atrae el misterio que encierra en sus ojos, así como la belleza de su rostro y el roce de su piel, pero usted guarda algo más en su interior que me atrae y me enloquece.

—No debería hablarme así. Usted no conoce nada de mí —le contestó sin apenas voz, pues la caricia dulce y lenta de su mano sobre su mejilla la estaba devolviendo a un mundo de erotismo que ya creía olvidado.

—Entonces cuéntemelo.

Durante unos segundos Amy permaneció callada, como si esperara que las respuestas a todas sus dudas se resolvieran sin más. Pero a pesar de que había echado de menos sentir el tacto de un hombre sobre su piel, por muy sutil que este fuera, lo cierto es

que había un vacío dentro de ella que le hacía retroceder por temor a caer más profundo en él.

Aun así, por unos segundos se había dejado llevar por el calor de otro ser humano, mientras no paraba de preguntarse si de verdad podría confiarle sus secretos. Fue entonces cuando advirtió que le faltaba valor para plantarle cara a su pasado, al no sentirse preparada para hablarle sobre su vergonzoso embarazo y sobre esa otra vida que había dejado atrás para poder tener un futuro.

Percibiendo que se estaba adentrando en un terreno peligroso se apartó de él echándose hacia atrás, como si con ello pudiera proteger a su corazón de la soledad y la desilusión que en esos instantes comenzaba a sentir.

Se dijo que debía tener cuidado con ese hombre que le hacía sentir cosas que creía olvidadas, pues podría poner en riesgo la vida que tanto le había costado formar en ese lugar.

—No hay nada interesante que contar. Solo soy una mujer que se quedó viuda demasiado joven y tuvo que luchar para abrirse paso —optó por decirle para así tratar de quitarle importancia a su pasado.

—¿Es así como llegó a Baslow? ¿Buscando un lugar donde empezar de cero una nueva vida?

—Así es.

—Entonces, ¿por qué se resiste a encontrar eso que venía buscando?

Sorprendida ante su pregunta se le quedó mirando, pues al escucharle le dio la sensación de que podía mirar en su interior.

—¿A qué se refiere? —terminó diciéndole, haciéndose la distraída.

—Usted venía buscando una nueva oportunidad para empezar de cero y ser feliz, pero parece ser que no consigue superar el pasado.

—Usted no sabe nada de mí —le soltó furiosa mientras se ponía en pie, pues se había acercado demasiado a la verdad—. ¿Se cree que por hablar conmigo un par de veces ya me conoce? ¿Que puede venir a darme consejos como si no fuéramos desconocidos? Usted no sabe nada, señor Jones. ¡Nada!

Viéndola tan enfadada lamentó sus palabras, ya que jamás habría imaginado que reaccionaría de semejante manera. Sabía que estaban tratando un tema muy delicado, pero tenía tantas ganas de conocerla que no había pensado en las consecuencias.

Consternado al no querer estropear la velada se incorporó para quedar frente a ella, esperando que una disculpa pudiera ser suficiente para no perder ese nivel de proximidad que hasta hacía unos minutos estaban sintiendo.

—Le pido perdón si la he ofendido. Usted tiene toda la razón, no debí inmiscuirme en sus asuntos.

Notando la necesidad de volver a sentir su cercanía le cogió una mano, como si con ello pudiera conseguir que ese halo que les había envuelto permaneciera intacto.

—¿Podrá usted perdonarme?

Mirándole confusa, Amy no sabía qué hacer ni qué pensar, ya que él había estado tan cerca de la verdad que se había asustado. Lo cierto es que nunca habría imaginado que un desconocido pudiera intuir tantas cosas sobre ella, y menos un hombre con el que a simple vista no parecía tener mucho en común.

Pero sobre todo le dolía que hubiera percibido la causa de su dolor, pues eso le hacía más vulnerable ante su presencia. Al pensar en ello reflexionó sobre la soledad que había en su interior y que nunca antes había advertido como algo oscuro y peligroso, haciendo que se planteara si le había despertado emociones que la cambiarían para siempre.

Pensó en su negativa a olvidar el pasado, en su deseo oculto de volver a enamorarse, y en todas esas cosas que durante cinco años habían permanecido dormidas, comprendiendo que algo había comenzado a cambiar desde que él había llegado a su vida.

Se preguntó si él sería capaz de hacerla feliz y de conseguir que dejara atrás el pasado, pero sobre todo no supo si sería capaz de confiar lo suficiente en él para contarle sus secretos. Llena de dudas y temores se planteó si él podría aceptarla tal y como era, pues no todo el mundo miraría bien a una mujer que se había quedado embarazada estando soltera.

Pensar que él podría dejar de mirarla con admiración hizo que recapacitara, del mismo modo que se dijo que jamás podría soportar que comenzara a ver a Michael como un bastardo, por mucho que ahora fuera la señora Ashton.

Se dijo que prefería ser prudente y callarse, pues era evidente que no se sentía preparada para comentarle sobre su vida y que él la menospreciara por ello.

—No debe disculparse, señor Jones. Yo tampoco debí dejarme llevar por mi enfado y reprocharle sus palabras.

—Entonces, ¿seguimos siendo amigos? —le preguntó con tanto anhelo en su voz que no le quedó más remedio que sonreír.

—Sí, seguimos siendo amigos.

Pero a pesar de sus palabras a ambos les resultó evidente que algo había cambiado entre ellos, como si una cortina densa y pesada se hubiera instalado entre ambos manteniéndolos separados.

Para Rick fue más que evidente que ella no volvería a abrirse en lo que quedaba de picnic, pues su mirada y hasta sus gestos habían cambiado volviéndose más fríos y estudiados.

Suspirando se reprochó por haber perdido una oportunidad única para ganarse su confianza, aunque este pequeño contratiempo no implicaba que se rendiría, ya que estaba más que dispuesto a que confiara en él y poco a poco, si así lo quería la providencia, llegara a enamorarla.

—Si me permite, le prometí a Michael que le ayudaría a cazar ranas. Aunque si no quiere quedarse a solas puedo dejar mi ofrecimiento para otro día —le dijo al percibir que solo alejándose podrían relajarse.

—No se preocupe por mí, seguro que a Michael le encantará pasar un rato con usted.

—Iba a proponerle que nos acompañara. Así me demostraría lo buena que es con esta actividad —le respondió con una sonrisa en los labios tan seductora que a Amy le costó resistirse, pues una parte de él quería hacerla comprender que no se rendiría en su afán por seducirla.

—Lamento denegar su ofrecimiento, pero no creo que esté vestida apropiadamente para ello —afirmó con una leve sonrisa.

Nada más escucharla Rick observó el sencillo pero elegante vestido de muselina de color pistacho que, aunque no era provocativo, lograba elevar sus encantos hasta transformarla en una especie de ninfa del bosque.

Deseoso de poder decirle que le resultaba adorable, excitante y única se le acercó un paso, pero al ver cómo ella retrocedía hacia atrás para mantener la distancia, se lo pensó mejor y simplemente se dio por vencido.

—Usted gana, señora Ashton. Tendremos que posponer nuestro reto para otro día —su comentario, dicho con doble intención, no cayó en saco roto, pues por la manera en que ella apartó su mirada Rick supo que había entendido que no se daría por vencido.

Sin más por decir entre ambos Rick se alejó dejando a una Amy confusa por sus emociones, pues quería que se alejara y se olvidara de ella, del mismo modo que anhelaba que la abrazara como si no existiera un mañana.

Con solo ver cómo su hijo lo recibía con una sonrisa supo que ese hombre traería cambios a su vida, y de ella dependía si los aceptaba o seguía encerrada en el refugio que le brindaba su coraza.

Viendo que Lucy se le acercaba tuvo que mostrar una sonrisa que en realidad no sentía, pues por nada del mundo quería que notara los estragos que ese hombre le había causado durante su charla.

—¿No le parece que el señor Jones es toda una caja de sorpresas? —Le preguntó divertida Lucy cuando llegó a su lado, mientras ambas contemplaban los esfuerzos de Rick por seguir las instrucciones del niño, el cual no paraba de gritar y de reír como hacía tiempo que no hacía.

—Así es —afirmó apenas en un susurro, ya que al observarle no podía dejar de pensar que desde que le había conocido no había día que no la hubiera sorprendido.

Era a la vez un seductor, un adulator y un embaucador, pero sobre todo era un hombre que lograba hacerle olvidar los peligros

que conllevaba su compañía.

Y eso era algo que requería ser meditado, pues no estaba dispuesta a dejarse llevar otra vez por sus deseos.

CAPÍTULO 10



La risa burlona de Emily acompañaba cada uno de los pasos de Amy, mientras esta se preguntaba durante cuánto tiempo tendría que soportar las burlas de sus amigas, así como los intentos casamenteros de las señoras Powell y Sherman.

Llevaba tres semanas recibiendo toda clase de invitaciones donde, supuestamente por casualidad, se encontraba el señor Jones, a la par que las señoras alababan tanto al caballero como a la institución del matrimonio.

Si no hubiera sido porque ella era la afectada seguramente en ese momento también se estaría riendo de lo que acababa de llegar a sus oídos, pero al ser ella la que tenía que sufrir las miradas y especulaciones de medio pueblo ya no le hacía tanta gracia.

—Vamos Amy, debes admitir que es muy gracioso —le dijo Emily tratando de contener la risa, mientras Ruth disimulaba de forma pésima su risa tras su abanico.

—Pues a mí no me lo parece. A ver, ¿qué tiene de gracioso que el señor Adams haya apostado su mejor vaca a que termino casada en menos de un mes? Es una falta de respeto hacia el señor Jones y hacia mí, por no decir que una forma estúpida de tirar el dinero —le respondió seria, ya que desde que se había enterado de que los hombres apostaban por ese asunto su enfado solo había aumentado.

—Yo no estaría tan segura de que pierda la apuesta. Conozco al señor Adams de toda la vida y jamás le he visto apostar a Dorothy sin estar seguro de que iba a ganar. Ahora, si hubiera apostado a su mejor ganso, entonces...

Ante ese comentario, totalmente malicioso, Amy no pudo evitar sonreír, a pesar de saber que con ello les daría pie para que siguieran con sus bromas. Solo la tos de Ruth consiguió que las tres mujeres se detuvieran para tratar de ayudarla.

—Mira lo que has hecho, al final la pobre Ruth va a acabar con hipo —le dijo mientras le daba golpecitos en la espalda hasta que se calmara.

—Oh, vamos, Amy, sabes que solo estaba bromeando. Hace tanto que no ocurría algo interesante en Baslow que es normal que se comente sobre vosotros.

—Debes admitirlo, Amy —continuó diciéndole Ruth más calmada — Mi pobre madre se moría de aburrimiento al no tener otra noticia que el callo de la señora Piperman.

Las risas de las tres volvieron a resonar a su alrededor, mientras el puñado de viandantes que también se encontraban en la calle mayor las miraban y sonreían, por lo que Amy no pudo evitar rendirse ante el buen humor de sus amigas.

—Está bien, admito que el señor Jones atraiga comentarios al ser un miembro nuevo de la comunidad, pero ¿por qué tienen que emparejarlo conmigo? ¿Acaso no hay más muchachas en Baslow?

—Pero ninguna está a tu altura ni queda tan bien al lado del señor Jones.

—Eso es cierto. Tendrías que veros, los dos tan guapos y elegantes. Sin duda sois la pareja perfecta.

—Tonterías, no somos perfectos y mucho menos pareja — aunque una vocecita en su interior le aseguró que esa idea le gustaba.

—Hablando de emparejar, debemos resolver cómo le devolvemos el jarrón a la señora Sherman sin que se entere —les dijo Ruth, que quería deshacerse de esa cosa cuanto antes, ya que no se sentía cómoda teniéndola escondida en su casa.

—Lo que sí me parece un misterio es que no se haya comentado nada del asunto. A estas alturas, y conociendo lo cotilla que es la señora Sherman, todo el pueblo ya debería saber que en la fiesta alguien le robó el jarrón.

—Quizá aún no lo sepa —propuso Amy intentando quitar hierro al asunto, pues la cara cada vez más asustada de Ruth no presagiaba nada bueno.

—Imposible. A estas alturas la criada ya habrá tenido que entrar en la habitación para hacer limpieza y habrá echado en falta el jarrón —le contestó Emily sin percatarse de la cara cada vez más pálida de su amiga.

—A lo mejor no ha dicho nada por temor a que la culparan.

—No había pensado en eso —afirmó Emily un tanto pensativa.

—No podemos permitir que culpen a una chica inocente por nuestra culpa. Debemos entregarnos y sufrir las consecuencias —les interrumpió Ruth mientras estrujaba el abanico que tenía entre sus manos.

—Pues yo no pienso hacer nada semejante —aseguró Emily—. Solo tenemos que acercarnos por la noche a la casa y dejar el jarrón en la puerta principal.

—¿Así sin más? —le preguntó Amy.

—Los planes sencillos son los mejores —les aseguró.

—En todo caso podríamos acompañarlo de una nota para que no culparan a nadie.

—¿Y qué pondrías en la nota? “Lo sentimos, señora Sherman, no queríamos llevarnos su jarrón pero fue absolutamente necesario. Por cierto, no se lo llevó la criada”.

—Bueno, podríamos poner que el jarrón... —Se quedó pensativa sin que se le ocurriera nada.

—¿El qué? ¿Que quiso venir por propia voluntad?

—¡Dios mío! Tenemos que escondernos. ¡Ahora! —soltó alterada Amy sobresaltando a sus amigas.

—¿Qué sucede? —le preguntó Emily mirando a su alrededor sin ver nada, hasta que Amy la cogió de la mano para que la siguiera al interior de la tienda más cercana.

—¿No será la señora Sherman? ¿Nos ha escuchado? —preguntó asustada Ruth al mismo tiempo que las seguía y daba la sensación de que deseaba que la tierra se la tragase.

Sin perder ni un segundo más las tres mujeres entraron en tropel en la primera tienda que encontraron, sin tener en cuenta que en su

interior se vendían artículos de caballero y que el tendero, un tipo bajito y regordete llamado Colson, las miraba extrañado.

El único pensamiento en la mente de ellas era esconderse cuanto antes, aunque dos de ellas ni siquiera sabían de quién se ocultaban. A causa de las prisas no se percataron del ruido que estaban haciendo al entrar ni de lo ridículas que parecían cuando las tres al unísono se agacharon tras el escaparate.

—¿Se puede saber de quién nos escondemos? —no pudo resistirse a preguntar en un susurro Emily, mientras se esforzaba en sonreír ante el ceño fruncido del señor Colson, el cual no dejaba de observarlas.

Ninguna de las tres se percató de la pose poco apropiada que estaban ofreciendo, puesto que no era decoroso que una dama tuviera semejante comportamiento. Más aún cuando cada una de ellas era conocida por su elegancia y refinamiento, así como por pertenecer a familias de renombre.

Y es que en ese momento ninguna de las tres recordó ninguna norma de protocolo y simplemente se mantuvieron agachadas y acurrucadas como si su vida dependiera de no ser descubiertas.

Pero la escasa paciencia de Emily no soportaba permanecer mucho tiempo sin saber qué sucedía, por lo que no tardó en volver a preguntar:

—Amy, ¿vas a contestarme o no?

El problema era que Amy estaba demasiado ocupada intentando ver a través del cristal como para prestarle atención, pues ni escuchó su pregunta ni los rezos de Ruth que no dejaba de repetir el Padre nuestro como si fuera un mantra.

Solo cuando Emily iba a insistir Amy se volvió mostrando un rostro asustado, para un segundo después mirarle a la cara y gritarle:

—¡Nos ha descubierto!

El aullido que soltó Ruth consiguió que todos se volvieran para mirarla, mientras ella ajena se levantaba y salía corriendo hacia el interior de la tienda como si le persiguiera el mismísimo demonio.

—¡¿Se puede saber...?! —el tirón de Amy la hizo callar en el acto y sin saber cómo se encontró alejándose a la carrera de la

puerta.

Como si fueran un par de ratones escondiéndose de un gato, corrían y se chocaban olvidando que el tendero las contemplaba absorto, mientras desesperadas no encontraban un escondite.

Solo la visión de Ruth agazapada detrás de un maniquí de hombre consiguió que Amy se detuviera por un momento, hasta que escuchó la campanilla de la puerta y se quedó paralizada entre dos estanterías repletas de sombreros.

Si bien tuvo el arrojo suficiente para mirar a su alrededor no consiguió ver dónde se había metido Emily, pero al escuchar cómo el tendero saludaba a un caballero y este le correspondía supo que estaba perdida.

Sabía que si se movía podía atraer la atención del hombre que acababa de entrar, por lo que prefirió no arriesgarse y permanecer quieta hasta que estuviera segura de que el caballero se había ido.

Con la respiración a mil por hora y el pulso acelerado intentó serenarse para poder escuchar alguna pisada o ruido, pero el corazón le latía tan aprisa que prácticamente tapaba los demás sonidos.

De pie en mitad de un pasillo en una tienda de caballeros se sintió una estúpida y lamentó su mala suerte, pues por mucho que intentara evitarlo siempre acababa metiéndose en líos.

Era una suerte que en el pueblo todos la creyeran una mujer respetable, aunque conforme iban las cosas podría acabar siendo el hazmerreír de todo el vecindario.

—Buenos días, señora Ashton —escuchó tras ella y supo sin ninguna duda que sus temores se habían hecho realidad.

El señor Jones estaba detrás de ella.

Por unos segundos deseó desaparecer o salir corriendo, pues estaba convencida de que si él había entrado en la tienda era porque la había visto y le había seguido. Ahora que lo pensaba decidió que había sido una tonta al haber reaccionado así cuando lo vio acercarse por la acera, pero no se sintió preparada para tenerlo frente a ella, y menos aún al saber que se pondría a temblar como un flan mientras todos los observaban.

Por ese motivo había reaccionado de forma impulsiva y se había dejado llevar por el pánico, actuando como una niña en vez de como una mujer adulta.

El carraspeo de Rick le indicó que no se marcharía hasta que le hubiera saludado, y ella no tenía ninguna excusa para decir que no le había visto. Aun así su cerebro no actuó con rapidez y, tras girarse despacio, solo se le ocurrió decirle con una sonrisa en los labios.

—¡Oh! Señor Jones, ¿es usted? —le dijo fingiendo sorpresa, aunque al ver cómo este le sonreía supo que no había conseguido engañarle.

—Qué inesperado placer, señora Ashton —le respondió ofreciéndole su mejor reverencia, como si estuvieran en la sala de un palacio rodeados de la más selecta aristocracia en vez de en una tienda—. ¿Quién iba a imaginarse que la encontraría en un lugar tan... encantador?

Completamente avergonzada, buena prueba de ello eran sus mejillas escarlatas, y sin saber qué hacer para salir de la difícil situación en la que se encontraba, Amy optó por disimular cogiendo la primera prenda que había delante de ella.

El problema era que estaba tan nerviosa que apenas se percataba de lo que hacía, por lo que no fue consciente de que el artículo que había escogido era un bombín. Con las manos ya ocupadas y sin querer mirar en su dirección, Amy comenzó a girarlo de un lado a otro fingiendo interés.

Pero lo que estaba ofreciendo era un espectáculo de lo más gracioso, pues Rick había visto perfectamente cómo ella le había descubierto acercándose y cómo había reaccionado a toda prisa refugiándose en la tienda.

Durante unos instantes había dudado si hacerle un favor y pasar de largo, pero su parte juguetona había tirado de él hacia el interior del comercio con la intención de provocarla. Una práctica que cada vez le gustaba más, pues tenerla ante él con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas la convertía en toda una tentación.

Incapaz de resistirse y teniendo que contener su sonrisa, había visto cómo después ella se había asomado desde el cristal del

escaparate, seguramente pensando que había sido lo suficientemente rápida para no ser descubierta. Fue una auténtica delicia provocar un encuentro al decidir entrar, aunque nunca se habría imaginado el revuelo de faldas que se originó cuando irrumpió en el establecimiento.

Incrédulo ante lo que veía por unos segundos se quedó paralizado, mientras observaba cómo las tres damas corrían de un lado a otro como gallinas sin cabeza. Teniendo que resistirse a soltar una carcajada las dejó que buscaran un lugar donde ocultarse, mientras no podía dejar de observar a la perfecta señora Ashton revoloteando de un lado a otro.

En ese momento le habría gustado acercarse a ella y atraparla entre sus brazos, como castigo por la osadía de esconderse de él como si fuera una niña. Se dio cuenta entonces de que a pesar de ser madre y de su viudez seguía siendo una muchacha ante los avances de un hombre, pues como tal se comportaba cada vez que lo tenía delante.

Un ligero roce, una insinuación o incluso una simple mirada hacían que ella se ruborizara y se pusiera nerviosa, como lo haría una joven dama que apenas había visto mundo. Se preguntó qué secretos podría esconder una mujer tan apasionante, dulce e ingenua, pero sobre todo quiso saber por qué se empeñaba tanto en demostrar que era una mujer diestra en la vida cuando en realidad apenas la conocía.

Decidido más que nunca a conocerla se adentró en la tienda, dejando al amigo que le acompañaba en el exterior, esperándole tras haberle dado una excusa.

No tuvo que esforzarse mucho para encontrarla refugiada al fondo del pasillo, mientras trataba de hacerse la distraída cogiendo un bombín de la estantería más cercana para comenzar a observarlo. Dispuesto a no dejar pasar la oportunidad de comprometerla se le acercó, y usando un tono casual comenzó a hablarle.

—¡Qué sorpresa encontrarla en este lugar! Precisamente venía pensando en el tiempo que hacía que no la veía —toda una mentira pues solo hacía dos días desde su último encuentro.

A juzgar por su ceño fruncido, supo que ella también recordaba la última vez que se habían visto y cómo su comentario era absolutamente exagerado.

Lo cierto era que durante las últimas semanas había tenido la suerte de ser convidado a los mismos actos que ella, todo ello gracias a las damas de Baslow que no dejaban de agasajarlo con cenas y téis donde era el invitado de honor. Al parecer las matronas del pequeño pueblo habían decidido que hacían buena pareja y, para su disfrute, no hacían nada más que juntarlos en actos que ellas mismas organizaban.

En otras circunstancias el juego de buscarle una pareja le habría enfurecido, pero al tratarse de la señora Ashton le había resultado perfecto. De hecho, él mismo había provocado varios encuentros al acercarse a Rose's House con cualquier excusa, como llevarle a Michael una cometa o unos soldados de plomo que había encontrado en la buhardilla.

Por suerte para él, la educación de Amy le impidió que le contestara indicándole que sus palabras eran mentira, por lo que decidió aprovechar su silencio para continuar con su charla.

—Espero que todos estén bien en Rose's House —optó por comenzar con una conversación convencional.

—Así es, señor Jones, estamos todos bien —su respuesta fría y formal no le desanimó, sobre todo porque resultaba evidente que se debía a su nerviosismo y no a que le desagradara su compañía.

Divertido por cómo reaccionaba cuando estaba delante, la observó detenidamente, fijándose mejor en el sombrero que sostenía entre sus manos como si fuera un escudo.

—Cuánto me alegro. Yo también me encuentro bien, por si le interesa saberlo, —esto se lo dijo inclinándose para acercarse más, como si quisiera asegurarse de que solo ella le escuchara—. De hecho, había pensado hacerle una visita esta misma tarde.

—Yo... Como puede ver estoy ocupada en Baslow y no le habría podido atender.

—Ya me he percatado de que ha organizado una tarde de compras.

—Así es, necesitaba con urgencia algunas cosas.

A Rick le habría gustado preguntarle si era el bombón uno de esos objetos que tanto necesitaba, pero decidió callarse al haber comenzado una conversación.

Sabía que debía de sentirse agobiada por la insistencia de todos en juntarlos, pero desde su primer encuentro en el camino tuvo la certeza que era la mujer que había estado buscando y no quería que nada se interpusiera.

Pensando en sus encuentros se percató de que había sido mientras bailaban en la velada de los Sherman cuando algo entre ellos había cambiado. Había sido al mirarla de cerca mientras la tenía entre sus brazos cuando tuvo la certeza de que se había enamorado profundamente de ella.

Era consciente de que Amy no sentía lo mismo, pero estaba dispuesto a conquistarla costara lo que costase, al ser algo maravilloso encontrar a la mujer perfecta después de toda una vida de búsqueda.

—Entonces no la interrumpo más —le dijo tras decidir marcharse, pues era evidente que estaba nerviosa. Además, no sería apropiado alargar el encuentro, sobre todo cuando a él le esperaban en la calle y ella había venido acompañada de sus amigas.

Aun así, lamentaba tener que alejarse de ella, pues cada vez necesitaba con más urgencia saber si tenía una oportunidad a su lado o si jamás tendría cabida en su corazón.

—¿Ya se marcha? ¿Creía que había entrado a hacer algunas compras?

—No, solo la vi entrando en la tienda y decidí acercarme a saludarla.

Por unos instantes Rick pensó que el sonrojo que había transformado sus mejillas no era normal, temiendo incluso que estas comenzaran a arder ante la intensidad que mostraban. Pero fueron sus ojos como platos y la forma de estrujar el bombón entre sus manos lo que le indicó que simplemente se trataba de vergüenza, al saber que había sido descubierta escondiéndose de él.

Por suerte la educación de Amy le indicó cómo salir del aprieto y solo tuvo que seguir sus instintos.

—Le agradezco el detalle. Tal vez nos veamos en otra ocasión y podamos conversar durante más tiempo.

Aunque en un principio sus palabras fueron dichas como muestra de respeto, se sorprendió a sí misma al descubrir que verdaderamente así lo deseaba.

—Eso espero —le contestó mirándola directamente a los ojos para que viera que él también hablaba en serio.

Sin más por decir ambos se inclinaron a modo de despedida, pero antes de retirarse Rick sintió la necesidad de volver a provocarla. Por ello, y viendo cómo sujetaba con fuerza el bombín, no dudó en decirle:

—¿Sabe? No creo que ese sombrero le favorezca —le indicó señalándole el bombín—. De hecho, si me lo permite, le aconsejaría este otro que tiene ante usted.

Durante unos segundos Amy se le quedó mirando como si se hubiera vuelto loco, al decirle que un sombrero de caballero le sentaría bien a su rostro. Tuvieron que pasar tres segundos enteros para que su cabeza se percatara de aquello que sostenía entre sus manos, y solo entonces supo el ridículo que estaba haciendo y lo alejó de su regazo sin saber qué hacer con él.

De buena gana hubiera dejado el malogrado bombín en la estantería junto a los demás sombreros, pero al mirarle a la cara y ver cómo este sonreía con malicia, se negaba a admitir que estaba haciendo el ridículo. Sabía que estaba quedando como una tonta al no saber cómo salir de ese atolladero, pero en lo único que podía pensar era en que sucediera un milagro y la tierra se la tragara.

Mientras tanto a Rick le hubiera gustado reírse al ver cómo Amy observaba incrédula el bombín, como si por primera vez advirtiera lo que estaba haciendo. Luego, tras descubrir que esa prenda era de caballero no se le ocurrió otra cosa más que apartarla de ella como si quemara, pareciendo más perdida y avergonzada que nunca.

Teniendo que hacer grandes esfuerzos para no soltar una carcajada, no pudo resistirse al verla tan azorada, por lo que trató de serenarse para poder hablar usando un tono calmado.

—Confíe en mí. Yo tengo un sombrero igual al que le he indicado y es mucho más favorecedor —pero justo cuando iba a marcharse

recordó algo—. Por cierto, salude también a sus amigas de mi parte. Me temo que ahora están ocupadas y no quiero importunarlas.

Y así, sin más, desapareció de su vista con una sonrisa triunfal, quedando Amy paralizada y detestando a ese hombre por haberla dejado en ridículo.

Al ver cómo se reunía con otro caballero se dio cuenta por primera vez de que no había estado solo, por lo que, además del tendero que la miraba esbozando una sonrisa de oreja a oreja, había tenido otro espectador.

En ese instante le habría encantado poder gritar y tirarle el bombín a la cara, pero no era tan ingenua como para no saber que la culpable de esta situación había sido ella al haberse escondido.

—¿Qué te ha dicho?

La voz de Emily a sus espaldas hizo que Amy diera un respingo, al haber estado tan absorta mirando cómo se alejaban que no había advertido su presencia.

—Nada, solo quería saludarme.

—No sé cómo te escondes de un hombre así. Yo desde luego no lo haría.

—Es una historia muy larga —le aseguró, aunque en realidad ni ella misma sabía la respuesta.

—En fin, no quiero entrometerme donde no me llaman, pero creo que te estás equivocando —la respuesta de Emily le pilló tan de sorpresa que no pudo evitar preguntarle:

—¿A qué te refieres?

—Creo que lo que te impulsa a esconderte de él y a negar que te atrae es porque tienes miedo.

—No seas ridícula Emily, ¿por qué iba a temer al señor Jones?

—Yo no he dicho que temas al señor Jones.

Las palabras de Emily le hicieron pensar, pero sobre todo preguntarse si estaba en lo cierto y su negativa a enamorarse sería solo una excusa. A su cabeza le vino el recuerdo de los días pasados junto a su primer amor, y cómo este le había roto el corazón al dejarla por su hermana.

Luego, recordó las sensaciones que el señor Jones le hacía sentir, y un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar que de forma

automática se había negado a abrirse a él, quizá por miedo a que volvieran a dañarla.

Había montado todo su mundo alrededor de la imagen de una mujer fuerte, independiente y segura, pero en ocasiones veía cómo esta se derrumbaba y volvía a sentirse como esa muchacha ingenua a la que le habían destrozado las ilusiones.

Era en esos momentos de debilidad cuando echaba de menos tener a alguien a su lado y cuando se preguntaba si el señor Jones sería diferente. Estando junto a él se sentía una mujer distinta, quizá porque le hacía enfrentarse a sensaciones que nunca antes había experimentado.

Y esto, sin lugar a dudas, era lo que más le asustaba, por lo que en seguida quiso dejarle claro a Emily que estaba equivocada.

—Entre el señor Jones y yo no hay nada, por mucho que insista todo el mundo.

—Pues es una lástima. Se le ve muy interesado en ti. Además, no creo que el señor Jones sea de los que juegan abiertamente con una dama respetable para luego dejarla sin más. Estoy convencida de que sus intenciones son serias.

Tras escucharla se dio cuenta de que ella también lo creía, siendo lo más probable que por ese motivo se sintiera tan asustada. Advirtió que ahora que pensaba en esos días futuros de soledad ya no le parecían tan perfectos, pues por culpa del señor Jones algo dentro de ella había cambiado.

Aun así, después de cinco años de secretos, recuerdos y de un dolor que mantenía bien escondido, se negaba a reconocer que ya nada volvería a ser igual, aunque hacía días que sabía que todo ello eran simplemente excusas para no enfrentarse a la verdad.

—No sé si estoy preparada para volver a casarme.

—Entonces piensa si estás preparada para sentir algo por el señor Jones. Si es así, sería un principio, y por lo demás no te preocupes, el tiempo y tu corazón te dirán cuál es el siguiente paso.

Y sin más se alejó de ella para sacar a Ruth de su absurdo escondite, mientras sin saberlo dejaba a Amy sumida en sus pensamientos y en sentir cómo una bilis amarga le subía por la garganta.

¿Sería tan sencillo tener una respuesta? ¿Podría dejar atrás el pasado sin temer las repercusiones?

Sin saber la solución a estas y otras muchas preguntas, solo le quedó suspirar y pedirle al cielo la valentía necesaria para mirar dentro de su corazón.

CAPÍTULO 11



Tras el bochorno del día anterior, Amy se había jurado que nunca más volvería a comportarse de manera tan impulsiva y humillante, pues solo había conseguido quedar en ridículo al dejarse llevar por el pánico.

Un acto que le traería consecuencias cuando el cotilleo se extendiera por todo Baslow, aunque lo peor de todo era saber que ante los ojos del señor Jones había quedado como una tonta.

Aun así, desde lo sucedido curiosamente lo que menos ocupaba sus pensamientos era la convicción de que el señor Colson no tardaría en relatar lo acontecido en su tienda, sino más bien la posibilidad de que las palabras de Emily fueran ciertas.

Durante toda la noche no había podido dejar de pensar en el señor Jones y en si era verdad que sentía algo por él y, cuando recapacitó sobre su comportamiento y sus emociones, supo que Emily estaba en lo cierto.

Solo entonces se percató de que, desde que conocía al señor Jones, le había resultado más cómodo negar sus emociones que enfrentarse a lo que de verdad sentía y darle una nueva oportunidad al amor. Fue entonces cuando comenzó a pensar que quizá se había dejado llevar por el miedo y el resentimiento, negándose a ver que no todos los caballeros eran iguales.

De hecho, si lo pensaba seriamente, el señor Jones y Ashley apenas tenían nada en común y sin embargo ella los había catalogado del mismo modo por el único motivo de ser hombres.

Suspirando se dijo que tal vez había sido muy dura con el señor Jones al haberle prejuzgado, pero sobre todo había sido muy injusta consigo misma, al negarse durante años una felicidad que podría haber aplacado su soledad.

Decidida a dejar de reprimir sus sentimientos se dijo que la próxima vez que lo viera le daría una nueva oportunidad, aunque no podía asegurar que sus miedos no volvieran a dominarla y a hacerla retraerse en su escudo.

Una vez tomada esta decisión comenzó a sentirse más tranquila, por lo que presurosa llamó a la puerta de la vicaría para terminar cuanto antes con sus obligaciones.

En esa ocasión Amy estaba a punto de llevar a cabo su compromiso con los más necesitados, al llevar como cada sábado una cesta cargada de alimentos a casa del párroco de Baslow.

Esta era una práctica que muchas otras damas de la vecindad también realizaban, para que tras la misa del domingo el pastor Jemison junto a su esposa Catherine pudieran repartirlo entre los más pobres de la comunidad.

—Señora Ashton, ¡qué placer verla de nuevo! Me imagino que ha venido a dejarnos los donativos de esta semana —señaló el pastor como hacía cada sábado, pues, a pesar de ser un magnífico orador en el púlpito, en lo cotidiano distaba mucho de ser original.

Aun así, la sonrisa cordial que enmarcó su joven rostro le indicó que en verdad se alegraba de verla, por lo que Amy no tardó en devolverle la sonrisa. Más aún cuando el señor Jemison se había ganado el cariño de todos con su buena disposición y su humildad, al haber demostrado que, además de devoto, era una buena persona que se preocupaba sinceramente por el prójimo.

Agradecida de que le cogiera la pesada cesta Amy ensanchó su sonrisa y, tras una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo, le contestó:

—Así es, señor Jemison. Aunque hoy le traigo mermelada de fresa para la pequeña Nancy.

—Bendita sea usted. La pobre niña ha estado tan enferma esta semana que seguro que apreciará con gusto este detalle tan

exquisito —señaló profundamente conmovido, pues era un hombre dado al sentimentalismo.

—Lo sé. Usted lo comentó el domingo pasado tras el sermón, y la señora Miller y yo decidimos que un poco de azúcar a esa niña le animaría a ingerir alimento.

—Tienen ustedes toda la razón y personalmente me ocuparé de que Nancy lo reciba en su nombre.

—¿Quién es, querido? —se escuchó preguntar a Catherine.

—Es la señora Ashton. Ha tenido la gentileza de traer mermelada de fresa para la pobre Nancy —le contestó el señor Jemison cuando esta se asomó por el quicio de la puerta para ver quién había llegado.

—¡Qué maravilla! Es todo un detalle, querida —repuso Catherine mientras se les acercaba y Amy entraba en el hall.

Como solía ser habitual Amy se percató de lo cómodo que resultaba estar ante el matrimonio, pues además de ser unas personas cariñosas, eran también de apariencia sencilla, sonrisa fácil y caras agradecidas.

Por no mencionar que su estatura pequeña, así como su complexión delicada y su forma de vestir recatada, les hacían parecer más cercanos.

—No es nada, señora Jemison, solo he pensado que sería de utilidad para la recuperación de la pequeña.

—Claro que lo es, y es todo un detalle por su parte —indicó Catherine, aunque por el brillo de sus ojos Amy intuyó que había algo más.

Y no se había equivocado al creerlo, pues una vez dentro de la casa Catherine la cogió de la mano como si temiera que escapara, y comenzó a hablar sin apartar la vista de su cara para no perderse su reacción.

—Precisamente estaba comentándole al señor Jones sobre su generosidad, y cómo cada sábado sobre esta hora usted suele aparecer con su encantador donativo.

Ante la mención del nombre del hombre que tanto la perturbaba, el corazón de Amy comenzó a latir con fuerza, pues jamás habría imaginado que le encontraría visitando a los señores Jemison.

Aunque, gracias a la cháchara incesante de Catherine, estaba a punto de enterarse de hasta el más mínimo detalle de su visita.

—Al parecer el señor Jones también quiere participar de los donativos y se ha unido a la entrega de cestas de los sábados. ¿No cree que es algo encantador?

Teniendo en cuenta que para la señora Jemison todo era encantador y que se había quedado sin habla, lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

—Un joven muy amable el señor Jones —comentó el señor Jemison, mientras la miraba como si buscara una señal de que fuera reservando el domingo para celebrar una boda.

—Y además soltero —le susurró Catherine como si ese detalle no se lo recordaran todos los días.

—Parece ser que dispone de una renta de cincuenta mil libras anuales procedentes de sus negocios —continuó comentando el señor Jemison entre susurros para ver si eso animaba más a Amy.

—También me han contado que tiene una maravillosa mansión en Londres y un birlocho^[6] —soltó mientras le daba palmaditas en la mano a Amy, como si esto la convenciera de salir corriendo a por el vestido de novia.

—Si yo fuera usted no le dejaría escapar —le indicó el señor Jemison y Amy pensó que sería divertido ver algo semejante.

—Entremos al salón donde nos está esperando y no se preocupe usted por nada. Mi esposo y yo nos encargaremos de todo.

Temiendo en qué embrollo la meterían, Amy trató de poner una excusa, pues ya se había metido en demasiados líos.

—No sé si estaré presentable, apenas me he arreglado ya que no pensaba que tuvieran visita —dijo casi de inmediato, aunque no pudo detener a una decidida Catherine que tiraba de ella por el pequeño pasillo.

—No debe preocuparse, está usted perfecta con ese vestido —le confesó el señor Jemison tan decidido que Amy estuvo a punto de creer que en verdad apreciaba el diseño y la forma del vestido blanco con grandes estampados florales.

Sin más por alegar se dejó llevar, entrando en un pequeño salón tapizado en azul que estaba adornado con buen gusto y sencillez. En su interior podía verse un conjunto de tres piezas de cómodos sillones frente a una chimenea y, frente a una de las dos ventanas de las que disponía la sala, se encontraba una mesa con su debido conjunto de sillas.

Era justo en ese lugar donde se encontraba el señor Jones, que, tras verla aparecer por la puerta, se levantó mostrando primero sorpresa y después alegría.

—Mire lo que le traemos, señor Jones. Ya le dije cuando le dejé solo que le traería una grata sorpresa —le dijo Catherine mientras seguía sosteniendo a Amy de la mano.

—Y debo confesar que así ha sido.

Después de su comentario tanto el señor Jones como Amy se saludaron con una inclinación de cabeza y unas palabras de cortesía, mientras se reponían tras el vuelco que sintieron en su pecho nada más verse.

Una vez restablecida, lo primero que Amy sintió fue el deseo de salir corriendo, hasta que se recordó que había decidido que no volvería a comportarse como una chiquilla. Fue entonces cuando se dijo que debía afrontar las emociones que su presencia le hacía sentir, y tal vez de esa manera consiguiera averiguar si sus temblores, sudores y palpitaciones se debían a la atracción o a algo más profundo.

—Espero que no le importe que le hayamos contado a la señora Ashton que usted se ha unido a la entrega de cestas del sábado —intervino Catherine rompiendo el silencio incómodo que se había instalado en el salón.

Durante esta embarazosa pausa las damas se habían sentado en el sillón más grande, mientras el señor Jones lo había hecho en uno de los más pequeños y el señor Jemison se acercaba a la chimenea.

—Por supuesto que no. De todas formas, no creo que en Baslow dure mucho tiempo cualquier secreto, y más este que ni siquiera puede considerarse como tal.

—Veo que ya empieza a conocernos, señor Jones. Como usted bien dice, Baslow es una comunidad tan pequeña que apenas hay cabida para la intimidad, aunque diré a nuestro favor que acogemos de buena voluntad a los forasteros —le indicó Catherine mientras preparaba una taza de té a Amy.

—Puede preguntar por ello a la señora Ashton. Al fin y al cabo, lleva con nosotros cinco años. ¿No es así, señora Ashton? —le preguntó el párroco, provocando que Amy estuviera a punto de atragantarse.

—¿Solo lleva cinco años en Baslow, señora Ashton? —inquirió Rick deseoso.

Dejando la taza en la mesita para impedir que se le cayera de las manos Amy se dispuso a contestarles, aunque no le había agradado que se hubiera enterado de algo de su vida que solo le incumbía a ella.

Pero a pesar de su malestar por esa indiscreción del señor Jemison, Amy no se mostró esquiva, ya que lo extraño era suponer que el señor Ashton no se hubiera enterado de ese dato, algo que le extrañó sinceramente cuanto más lo pensaba, y se dijo que tal vez le preguntara por ello para complacer al matrimonio.

De todos modos, decidió que era un dato sin relevancia que no le perjudicaría que él supiera.

—Así es, señor Jones. Vivo en Baslow desde relativamente poco tiempo y le aseguro que desde el primer instante en que llegué me sentí como en casa.

—Me alegra saberlo, al fin y al cabo debió de ser duro quedarse viuda y con un hijo, por no mencionar el tener que empezar de cero.

La mirada profunda y escrutadora que le dedicó hizo que ella se pusiera a temblar, pues era como si pudiera ver en su interior y descubrir que había algo más que no contaba a nadie. Pensar en ello le dio miedo, ya que se había esforzado mucho durante estos años para montar una farsa, y por nada del mundo podía permitir que todo se arruinara por una imprudencia.

Aun así, al notar la influencia de su mirada sobre ella se preguntó qué tendría ese hombre que nada en él le resultaba indiferente, y además era el único que podía hacerla estremecer.

Observando su rostro mantuvo la cabeza en alto para no mostrar debilidad o temor y, decidida a no dejarse amedrentar por su mirada, le contestó calmadamente:

—Fue duro al principio, pero por suerte los malos momentos se acaban superando.

—La vida siempre vence a la muerte —le indicó alegando a su viudedad.

—La vida siempre vence, señor Jones.

La sonrisa que él le demostró terminó de desarmarla y, si no hubiera sido por el ruido de la taza de té de Catherine, a Amy le habría costado dejar de contemplarle.

—La señora Ashton es todo un ejemplo de rectitud y civismo, además de ser una madre excepcional. Buena prueba de ello es la buena educación de su hijo Michael —repuso la señora Jemison, como si tuviera que convencer a Rick que ante él tenía a una mujer excepcional.

—Doy buena fe de ello —repuso este con un brillo malicioso en su mirada, como si en esos momentos estuviera recordando a Amy escondiéndose de él en la tienda del señor Colson, o a su hijo dando saltos tras un saltamontes.

Por el rubor que cubrió las mejillas de Amy fue más que evidente que ella también recordaba algunos de sus cuestionables modales frente a él, pero se negó a concederle el placer de agachar la cabeza. Una actitud que agradó a Rick al ver en ello una prueba de su determinación y carácter, aunque en ocasiones se dejara llevar por sus impulsos más cobardes y acabara metida en problemas.

—Siento tener que dejar esta charla tan agradable, pero debo regresar ya a Rose's House —intervino Amy al no poder seguir fingiendo una serenidad que no sentía.

—¡Qué lástima! Con lo bien que lo estábamos pasando —soltó Catherine, consiguiendo como respuesta que Amy alzara una ceja incrédula de que eso hubiera sido así en su caso.

Pero Amy aún no había tenido el placer, o el disgusto, de conocer el ingenio del matrimonio Jemison, por lo que le pilló de sorpresa el comentario de este cuando todos se hubieron levantado de sus asientos.

—Es una suerte que el señor Jones y usted vayan en la misma dirección, así no tendrá que regresar sola a Rose's House.

La parálisis que sintió Amy en sus piernas, justo cuando comenzaba a caminar provocó que Catherine casi chocara con ella, pero por suerte los reflejos de la mujer eran buenos y pudo frenar a tiempo.

—No quisiera obligar al señor Jones a acompañarme. Tal vez tenga otros asuntos pendientes y no tenía pensado regresar todavía a Covington Park.

Durante unos instantes se imaginó cómo sería tener que caminar a su lado sintiendo las piernas de gelatina y la boca seca, pero se dijo que quizá con un poco de suerte, ella tendría razón y él todavía no tenía pensado regresar a su mansión.

—Para mí será un placer acompañarla, ya que por nada del mundo renunciaría a ese privilegio.

Y entonces Amy supo que la suerte no estaba de su lado ese día. Aun así, cuando en silencio los cuatro se dirigieron a la salida y, tras una respetuosa despedida, comenzaron a caminar en dirección a Rose's House, Amy se preguntó si en verdad era tan mala suerte que un hombre como el señor Jones la acompañara.

Cogida de su brazo y con paso lento se fueron alejando sin ni siquiera mirarse, al temer que un simple vistazo a su acompañante les revelara más de lo que quisieran saber.

Mientras, desde el umbral de su casa, los Jemison les contemplaban sonrientes, al recordar esos primeros días en que ambos se conocieron y un sentimiento profundo empezó a nacer entre ellos.

Colocándose tras su esposa, el señor Jemison la abrazó, esperanzado al pensar que quizá esa tarde había puesto su granito de arena para unir a esas dos almas solitarias.

CAPÍTULO 12



Caminando junto a ese hombre, que tanto la perturbaba con su presencia, advirtió sorprendida que poco a poco comenzaba a tranquilizarse. Algo completamente nuevo en ella, pues desde su infortunio con Ashley había desconfiado de cada hombre que se le había acercado.

Pero más inquietante era pensar que, aunque el señor Jones le hacía estremecer, también era cierto que había algo en él que le hacía sentirse a salvo.

Era como si algo en él le asegurara que la defendería de cualquier peligro, quizá debido a la fuerza que emanaba del brazo del que se sujetaba. Notarlo tan masculino y orgulloso a su lado le hizo sentirse afortunada, a pesar de saber que él acabaría marchándose y ella se volvería a quedar sola.

Era ese extraño cúmulo de sensaciones lo que le hacía permanecer en silencio y, mientras se alejaban de la casa de los Jemison, sin saber cómo, algo en ella iba creciendo hasta apoderarse de su corazón.

Quizá él solo fuera una ilusión que con el tiempo se desvanecería, o tal vez siempre perduraría en su interior, pero lo cierto era que mientras durase podría volver a soñar con una vida diferente.

Fue justo ahí, al pasar el cruce que conducía hacia la escuela, cuando tomó la decisión de dejarse llevar por ese momento, disponiendo que fuera el destino el que decidiera lo que pasaría a continuación entre ambos.

—Espero que no le moleste que la acompañe a su hogar — rompió Rick el silencio que se había impuesto cómodamente entre ellos.

—Claro que no, señor Jones. La verdad es que agradezco tener a alguien con quien conversar mientras camino.

—Entonces estoy siendo un terrible compañero, ya que he permanecido en silencio hasta ahora.

La sonrisa en sus labios le hizo ver a Amy que estaba bromeando, con lo que le correspondió de la misma forma.

—Un fallo del que también debo inculparme —indicó cada vez más relajada a su lado.

—En ese caso permítame hacerle una pregunta. ¿Suele venir usted sola al pueblo?

—¿Se refiere a si me salto las normas sociales y voy de un lado a otro sin dama de compañía?

—¡Oh, no! Mi pregunta no pretendía ser una reprimenda. Es solo que me extraña que una dama no tema caminar sola por un sendero poco transitado.

La risa sincera de ella le sorprendió, pues últimamente no la había visto tan relajada a su lado, y eso le dio pie a querer acercarse más a ella.

—Señor Jones, no soy ninguna chiquilla temerosa que recela de que haya un asaltante en cada árbol. Es simplemente que Baslow es un pequeño pueblo tranquilo donde todos nos conocemos, por lo que considero innecesario tomar precauciones por algo que nunca ha ocurrido.

—Entonces, ¿estoy ante una mujer decidida y valiente que no necesitaría de mis servicios para que la protegiera?

—Así es, señor Jones. Me temo que en Baslow no tenemos dragones ni malhechores que puedan atentar contra las damas.

—En ese caso me relajaré y disfrutaré de las vistas.

Dicho esto, la miró sin miedo a ser descubierto o a que se le malinterpretara, por lo que Amy supo sin ninguna duda que esas palabras iban destinadas a ella con una doble intención.

Sintiendo la necesidad de mantener su mente ocupada para no pensar en el deseo que su intensa mirada le provocaba, le preguntó

lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Cómo acabó en Baslow, señor Jones?

—Por mediación de lady Scarlett Seymor. Ella me habló de este lugar y de Covington Park, por lo que sentí la necesidad de conocerlo.

Los celos que notó al escucharle la sorprendieron, pues era más que evidente que el señor Jones no era alguien que le perteneciera o que no pudiera tener más conocidas. No obstante, aunque su mente lógica le repetía una y otra vez que no era suyo, un malestar se había instalado en su pecho al imaginarle en los brazos de otra.

La necesidad de preguntarle por esa mujer, y sobre todo de saber la importancia que tenía en su vida, estuvo a punto de hacerle cometer una imprudencia, ya que, si no fuera porque él se le adelantó al verla tan perturbada, le habría pedido explicaciones respecto a esa extraña.

—En realidad es una amiga de la familia. La conozco desde hace años y la veo más como una madre que como una amiga — terminó diciendo, pues quería dejarle claro que su corazón estaba libre para ella.

El suspiro que Amy dio al escucharle fue tan espontáneo que ni siquiera supo si había sido audible, pero fue tanto el alivio que sintió que no pudo evitarlo.

Fue entonces cuando advirtió la importancia que había tenido saber si había alguien en su vida, ya que eso solo podía significar que, aunque no quisiera admitirlo, el señor Jones se estaba haciendo con su cariño y probablemente con algo más que aún se negaba a admitir.

Pero fueron las palabras que siguieron las que más le perturbaron por lo mucho que podían significar.

—En cuanto regrese pienso darle las gracias ante su insistencia en que conociera estas tierras. De no ser así jamás habría tenido el placer de conocer a unas personas tan especiales.

Sonrojada supo con total certeza que se estaba refiriendo a ella, a pesar de no haberle mirado a los ojos cuando lo decía. Pero había sido tan evidente por la cadencia de su tono y la dulzura con que

fueron dichas sus palabras, que solo una ingenua no se habría percatado de ello.

—Me alegro de que le guste este lugar. Yo me enamoré de él y de sus gentes nada más conocerlo.

No mencionó nada sobre el comentario de él, ya que sabía que les conduciría a un tema muy peligroso.

—¿A usted también se lo recomendaron?

—Sí, mi tía abuela. Ella vivió aquí durante muchos años y me habló de este lugar cuando estaba buscando un sitio donde instalarme.

Nada más terminar de hablar se percató de que debía tener cuidado con lo que decía, ya que no podía mostrarle mucha información si quería que no descubriera su secreto.

Supo entonces que sería prudente callar que la propietaria de Covington Park era su tía abuela paterna Evelyn Owens, de soltera lady Barness, pues de lo contrario podría ir atando cabos y averiguar que ella era la hija del conde de Barness.

De pronto un miedo le sacudió por dentro, al pensar que quizá podría conocer a su tía abuela Evelyn. Solo así podía justificarse que le hablaran de ese lugar y que hubiera acabado allí.

Pero el sentido común le devolvió a la realidad y le hizo reprocharse sus continuos miedos a ser descubierta, pues no era ningún secreto que lady Owens tenía una propiedad llamada Covington Park.

Incluso a ella le sonaba el nombre de lady Scarlett Seymor, aunque en este momento no podía recordar de qué podría conocerla, por lo que no era de extrañar que el señor Jones o su amiga también pudieran conocer a su tía abuela Evelyn.

Pensar en ello la tranquilizó en el acto y se recriminó por creer siempre lo peor, hasta que la pregunta del señor Jones la volvió a poner en tensión.

—¿Buscaba un sitio donde empezar de nuevo después de quedar viuda?

Ante su silencio Rick interpretó que a ella le seguía doliendo recordar el pasado y, por la forma en que agachó la cabeza y se

entristeció, comprendió que aún permanecía en su corazón el recuerdo de un antiguo amor.

Darse cuenta de ello le enfureció, pues ella era una mujer joven que no debía vivir bajo el recuerdo de algo que nunca más volvería, cuando tenía toda una vida por delante.

Pero creer que el corazón de ella aún sangraba por su amor perdido le hizo callar sus reproches, y solo pudo disculparse ante su falta de tacto al hacerle evocar algo tan doloroso.

—Disculpe si la he hecho rememorar esos acontecimientos. No pretendía hacerlo.

Sin poder evitarlo Amy le miró ante el dolor que se apreciaba en sus palabras, descubriendo unos ojos que la contemplaban con tristeza.

Perdida en esa mirada de pesar se preguntó si esta era a causa de haber creído que su pregunta le había traído recuerdos dolorosos, o por creer que ella aún amaba a su esposo tras cinco años de viuda.

Sintiendo la necesidad de aclararle que su corazón no sufría por nadie, no tardó en responderle, sin advertir que con ello le estaba brindando la oportunidad de acercarse a ella.

—No tiene porqué disculparse. La verdad es que hace tiempo que decidí dejar atrás el pasado para que dejara de dañarme.

—Espero no ofenderla si le aseguro que fue una solución muy inteligente. Al fin y al cabo, por mucho que se quiera, el tiempo nunca retrocede y solo nos queda seguir adelante.

A Amy le hubiera gustado decir «Gracias a Dios», pero se contuvo y simplemente asintió, aunque fue más que evidente que el brillo de sus ojos había cesado.

De pronto, quizá al hallarse tan sumida en sus pensamientos, Amy no vio una raíz que sobresalía en el camino, con la mala suerte de que tropezó con ella y estuvo a punto de caerse por su culpa. Solo gracias a sus reflejos pudo aferrarse con fuerza al brazo de Rick, impidiendo así que cayera al suelo en un aparatoso revuelo de faldas.

Pero fue sin duda la premura de Rick al agarrarla de la cintura lo que la salvó de la caída, ya que este sin pensarlo la apresó con fuerza acercándola a su cuerpo. En solo unos segundos ambos

quedaron abrazados y con la respiración acelerada, sin darse cuenta de que la cercanía de sus cuerpos era lo que les estaba provocando la agitación que sentían.

Como si fuera un reclamo al unísono unieron sus miradas, siendo conscientes por primera vez de los escasos centímetros que les separaban. Sentir la proximidad que tanto anhelaban les hizo permanecer quietos durante unos segundos, mientras sin poder ni querer evitarlo percibían el calor que emanaba de la unión de sus cuerpos.

Con la mente nublada por la pasión ninguno de los dos supo si debían dejarse llevar por sus deseos y besarse, o si por el contrario debían responder a la lógica y separarse antes de que fuera demasiado tarde.

Pero el tiempo de las dudas terminó cuando Amy se mordió el labio inferior, pues este simple acto desató el ansia de posesión que Rick estaba tratando de controlar.

En solo un instante, y con sus bocas a escasos centímetros, ambos se acercaron para apenas depositar los labios en los del otro, con la sensación de estar a punto de alcanzar el paraíso que hasta entonces les estaba prohibido.

Con suavidad, como si fuera más un ruego que la desesperación de un deseo ampliamente anhelado, sus labios se fueron posando como alas de mariposa, mientras sus corazones se paralizaban a causa del sabor de sus bocas.

Fue ese sabor lo que les hizo perder la poca cordura que aún les quedaba y, como si fuera una coreografía ampliamente ensayada, ambos se dejaron llevar profundizando el beso.

Calor, estremecimiento y locura fueron algunas de las sensaciones que experimentaron, hasta que perdidos en la pasión no se percataron de que sus brazos habían tomado vida propia y se habían abrazado.

Con la fuerza de un huracán y el fuego que reverberaba de sus sentidos, ambos se olvidaron de todo lo que no fuera ellos y lo que estaban sintiendo. Ninguno de los dos supo durante cuánto tiempo se hallaron perdidos en ese dulce tormento, hasta que la

profundidad de esta sensación despertó a Amy del dulce letargo de la pasión.

Solo reuniendo toda su fuerza de voluntad consiguió interrumpir el beso y volver a la realidad, aunque nada más separar sus labios se maldijo por ser tan prudente.

Confusos y excitados ambos lograron mirarse a los ojos para intentar descubrir en el otro la respuesta de su deseo, al haber sentido por primera vez en sus vidas una sensación de pertenencia tan intensa que llegó a impresionarles.

Necesitando con urgencia separarse de él, pues de lo contrario estaba segura de que volvería a caer en sus brazos, Amy fue la primera en retroceder unos pasos. Fue entonces cuando el dolor del tobillo le recordó que había tropezado con una raíz y, sin poder evitarlo quizá por causa de la sorpresa, soltó un quejido.

Ni un segundo después Rick ya se encontraba a su lado dispuesto a ayudarla y, sin pedir permiso ni comprobar si era necesario ser tan precavido, la cogió en brazos para impedir que siguiera caminando.

Muda ante semejante muestra de preocupación solo pudo pasarle el brazo por su cuello para agarrarse a él, mientras sentía cómo el corazón le latía a mil por hora y su boca le gritaba en silencio que le besara.

Ajeno a las emociones de Amy, Rick solo supo que debía cuidarla y tras cogerla en brazos la condujo hasta un lado del camino.

Sabía que no era apropiado proceder sin pedirle permiso a la dama, pero debía reconocer que estando con esa mujer toda lógica y educación dejaba de tener sentido, sobre todo cuando lo que más deseaba era volver a tenerla junto a él.

Solo cuando la dejó sentada en una piedra que se hallaba ante el refugio de un enorme árbol pudo mirarla a los ojos. Fue ver el regocijo y la gratitud en ellos lo que hizo que cayera a sus pies, aunque lo disimuló al hacerla creer que se había agachado para procurarle su ayuda.

—No se preocupe, ha sido solo un calambre —se apresuró a decirle cuando lo vio postrado justo delante de ella con una rodilla

en el suelo.

—¿Me permite palparle el pie para saber cuál ha sido el daño?

Aturdida ante su visión solo pudo asentir, a pesar de tener la certeza de que sus ojos le estaban pidiendo mucho más que un simple permiso.

Solo cuando notó el roce de sus dedos sobre su piel se percató de su error, pues si antes con su cercanía había ardido, ahora con su toque se estaba consumiendo entre oleadas de fuego.

Mientras tanto Rick, al ver cómo ella se estremecía ante el placer de sentir su piel sobre la suya se sintió poderoso, pues estaba consiguiendo derribar las barreras que ella le había mostrado desde el primer día que se habían conocido.

Unas barreras que le impedían conocerla como un hombre desea conocer a una mujer y como un alma anhela descubrir a quien ha estado esperando toda una vida.

Sabiendo que su deseo aumentaba como la espuma del mar crece frente a la tempestad apartó su mirada, al ser incapaz de soportar verla disfrutar de sus caricias sin poder hacer nada al respecto.

Deseaba tanto hacerla suya, entregarse a ella y fundirse en un solo ser, que sin darse cuenta comenzó a ascender su mano sobre la pantorrilla. Perdido en la tersura de aquello que tocaba se imaginó cómo sería sentir su piel suave hasta llegar a su sexo, para después visualizarla desnuda en su cama y con él encima.

Creyéndose dentro de ella comenzó a subir aún más la mano por su muslo, como buscando aquello que en su mente ya poseía al estar creyendo que la hacía suya. Solo el gemido que salió de su boca fue capaz de devolverle a la realidad, antes de que reaccionara a su excitación y terminara lanzándose sobre ella para poseerla ahí mismo.

Con sus cinco sentidos ya puestos en lo que estaba haciendo advirtió que su mano estaba más allá de su rodilla, y durante unos eternos segundos dudó si debía continuar con su locura, como así lo deseaba, o de lo contrario comportarse como un caballero.

Jamás en toda su vida odió tanto su buena educación, pues sabía que no sería apropiado sobrepasarse a pesar de desearlo con

urgencia. Menos aún cuando conocía lo rápido que ella cambiaba de parecer, ya que por nada del mundo quería que pensara lo peor de él y volviera a alejarse.

Sintiendo su entrepierna dura por el deseo solo le quedó retroceder hasta volver al tobillo, a pesar de que habría dado todo lo que poseía por haber seguido acariciando su piel de seda.

Temeroso de que ella se percatara del bulto que crecía en sus pantalones, Rick continuó revisando su tobillo, mientras intentaba descubrir la manera de cesar con ese dulce tormento.

—No parece que sea nada grave —consiguió decir en un intento por aparentar normalidad, a pesar de sentir la boca seca y las manos hormigueándole en señal de anhelo por seguir subiendo por su pierna.

—Ya le dije que solo fue un calambre —pero su voz rasposa también le aseguró que sus caricias no le habían sido indiferentes.

Reuniendo todo su aplomo Rick tuvo el valor de buscar su mirada, pues necesitaba saber si ella también le deseaba de la misma manera. Y es ahí, al descubrir un brillo especial en su mirada, con sus mejillas coloradas, su boca entreabierta y su respiración acelerada, cuando advirtió que la mujer que hasta entonces se negaba a abrirse a él, también había experimentado esa misma excitación.

Darse cuenta de ello le produjo una profunda sensación de triunfo, al creer que su sueño de conseguir que le dejara acercarse podría hacerse realidad. Saber que era posible ser el dueño de su corazón le dio alas y, tras percatarse de que estaba de rodillas frente a la mujer que tan profundamente se había clavado en su alma, una idea comenzó a rondarle.

—Estaba pensando...

Calló un momento al no saber qué palabras exactas escoger, pues no quería desaprovechar la oportunidad de mostrarle sus sentimientos, de la misma manera que no quería asustarla y estropear el momento de acercamiento que estaban viviendo.

Pero no había que ser muy perspicaz para notar el cambio que él estaba experimentando, ya que era más que evidente que algo le estaba poniendo nervioso. Quizá fue el ligero temblor en su voz o

cómo la estaba mirando lo que puso en alerta a Amy, pero no pudo evitar percibir ese giro que todo estaba tomando.

Aun así, no se atrevió a decir o hacer algo, ya que necesitaba unos minutos para reponerse de la sensación de sentir el roce de su mano sobre su piel, más aún cuando todavía podía apreciar en su aliento el sabor de su beso.

Tal vez por ese motivo las siguientes palabras del señor Jones la dejaron sin aliento:

—De rodillas ante usted y tratándose de una mujer con tantos encantos, ¿se imagina que le pidiera en matrimonio?

El respingo de ella al escucharle no le dio muchas esperanzas, menos aún cuando exasperada le empujó para apartarlo mientras le gritaba:

—¿Es que se ha vuelto loco?

Ante su estallido Rick se asustó, no solo porque se hubiera tomado tan mal su pregunta, sino porque ante su reacción exagerada temió perderla. Por eso, en un arranque de lucidez, se le ocurrió la idea de quitarle importancia al asunto tratándolo como un simple juego, aunque en el fondo le habría gustado que se hubiera sentido complacida, ya que le habría dado pie a que él profundizara en sus sentimientos.

—No era necesario ponerse así, solo se trataba de un juego —le aseguró tratando de mostrar su mejor sonrisa—, es solo que la vi tensa y al estar de rodillas se me ocurrió esa idea.

—Pues no debería jugar con esas cosas. Imagínese que le hubiera dicho que sí, ¿qué habría hecho entonces?

—En ese caso, como buen caballero que soy, la habría tenido que aceptar a pesar de sus defectos —afirmó con la mano en el pecho para que así fuera evidente que estaba bromeando, aunque por dentro le hubiera gustado decirle que habría estado encantado de hacerla su esposa.

—No es un tema con el que se pueda bromear, señor Jones. Además, ¿qué habría pasado si alguien llega a vernos? Seguro que habría pensado lo peor y pronto seríamos la comidilla de todo el pueblo.

—Podrían creer que estamos descansando.

—¿Estando usted de rodillas? —le preguntó alzando una ceja por lo que Rick solo pudo darle la razón.

—Está bien, admito que ante los ojos de un desconocido puede dar a entender que le estaba pidiendo en matrimonio. Pero ¿y si fuera así? ¿Y si en verdad fuera una proposición? ¿Qué me respondería?

La incomodidad de ella fue más que evidente, ya que solo hacía falta mirarla para saber que si no hubiera sido por el dolor de su pie habría salido corriendo. Un hecho que golpeó su orgullo pues no creía que fuera para tanto.

Y es que era cierto que la primera reacción de Amy había sido escapar como solía hacer cada vez que se sentía en peligro, habiéndose convertido en una costumbre cuando lo tenía cerca. Pero por suerte antes de dejarse llevar por sus impulsos recordó que se había prometido que nunca más volvería a hacerlo, por lo que decidida a enfrentarlo suspiró y comenzó a pensar qué le diría.

—Si todo fuera un juego y mi respuesta no tuviera consecuencias...

—¿Me diría que sí? —le preguntó esperanzado.

Tratando de ser sincera consigo misma comenzó a pensar en los pros y los contras de aceptarle en su vida hasta que, después de imaginarse entre sus brazos y con la felicidad a su alcance, recordó lo ingenua que estaba siendo al creer que un hombre tan íntegro como él la aceptaría si descubriera su pasado.

Se dijo que por mucho que quisiera abrirse a él y volver a enamorarse, las múltiples mentiras que había soltado desde que le había conocido acabarían separándolos, del mismo modo que lo haría el miedo a perder toda la seguridad que había conseguido durante esos años.

Pensar en todo esto le abrió los ojos respecto a sus sentimientos, pues advirtió que a pesar de tener todo en su contra había comenzado a amarle. Sabía que en otras circunstancias habría estado encantada de tener estos sentimientos tan hermosos, pero había demasiadas cosas en juego como para dejarse llevar por su corazón.

Por ello, y a pesar de saber que acabaría arrepintiéndose durante el resto de su solitaria vida, se recordó que fue ella la que decidió que así la viviría por mucho que eso doliera, y ahora tenía que ser consecuente con su destino.

Por lo que su respuesta solo podía ser una.

—Le diría que no, señor Jones. En mi vida no hay cabida para otro hombre.

Sus palabras le causaron el mismo daño que un puñal clavado en su pecho, pues el dolor que sintió debió ser parecido a cuando te desgarran el corazón y empieza a sangrar por dentro.

Quizá no habría sido tan doloroso si él no hubiera creído que su rechazo era a causa de que no podía olvidar a su primer amor, ya que tener como oponente a un fantasma del pasado le daba pocas posibilidades para ganarse su amor.

Sintiéndose vencido, solo le quedó incorporarse dejando su alma aún derrotada en el suelo, intentando demostrar que no le acababan de negar aquello que más ansiaba en el mundo.

—Será mejor que nos marchemos antes de que anochezca.

Por la frialdad de su voz Amy supo que su respuesta le había dañado, pero a pesar de desear explicarse y sobre todo consolarle, decidió que sería mejor callarse para no darle falsas esperanzas.

Y aunque todavía faltaban unas horas para que el sol se retirara, algo en el ambiente se había oscurecido, pues daba la sensación de que toda la luz y la belleza del día se habían desvanecido, mostrando ahora un camino que ante ellos se les presentaba lúgubre y solitario.

En silencio y con ella cogida de su brazo para ayudarse a caminar, comenzaron a andar sabiendo que dejaban atrás un momento que pudo marcar un comienzo.

Durante el resto del trayecto el pesar de su corazón impidió que Rick hablara, pues el golpe que había sufrido había sido demasiado duro. Solo cuando llegaron a Rose's House tuvo las fuerzas necesarias para despedirse, por lo que, tras hacerle una reverencia formal, se aferró a sus años de buena educación para ofrecerle una despedida.

—Espero que su molestia en el pie se cure satisfactoriamente.

—Gracias, señor Jones —le aseguró Amy con total sinceridad.

—Señora Ashton —y sin más se disponía a marcharse cuando ella sin poder resistirse le señaló:

—Señor Jones, lamento si mis palabras le ofendieron. No era ese mi propósito.

Sin ni siquiera mirarla a los ojos, pues no podía soportar ver compasión en ellos, Rick negó con la cabeza y dejó escapar su dolor.

—No tiene porqué excusar su sinceridad, al fin y al cabo fui yo el ingenuo. Pero no tema, señora Ashton, no volverá a suceder.

Y sin más se marchó dejando a Amy sin palabras. De hecho, era la primera vez que Rick se acercaba a Rose's House y al marcharse no se despedía de Michael, por lo que Amy supo que el daño que le había causado era incluso mayor de lo que se había imaginado.

Viéndole alejarse se preguntó qué habría sucedido si le hubiera mostrado interés, pero se dio cuenta de que tener esos pensamientos le dañaba el corazón. Quizá fue por cobardía o tal vez por precaución, pero tomó la decisión de desechar la posibilidad de una vida a su lado, al creer que aún no estaba preparada para dar ese paso.

Un engaño que ni ella misma creyó, pero que por cobardía asumió como verdadero para poder continuar con su rutina. Pero a pesar de sus intentos por olvidarlo todo, sabía que en un futuro sus recuerdos le devolverían a ese día en que su suerte pudo haber cambiado y, sin embargo, por culpa de sus miedos, no se atrevió a alcanzarlo.

CAPÍTULO 13



Aún sumida en sus pensamientos entró en la gran casa que desde hacía cinco años era su hogar, pero que por primera vez se le hacía oscura y fría.

Por el silencio que reinaba en ella era evidente que Michael no se encontraba dentro, por lo que se imaginó que todavía andaría con Lucy en el jardín o dando un paseo.

Quizá fue este el motivo por el que la casa se le hacía más grande que de costumbre, aunque una vocecita en su interior le decía que esa sensación de tristeza y soledad era debida al rechazo que había lanzado al señor Jones.

Queriendo mantener la mente ocupada, pero sobre todo sintiendo la necesidad de estar con alguien, se dirigió a la cocina donde sabía que encontraría a Nana.

—¡Vaya! ¿Ya ha llegado usted? Estaba a punto de comenzar a hacer la cena —no tardó en comentarle la señora Miller en cuanto la vio, mostrándose sorprendida por verla aparecer en la cocina, cuando siempre que tomaba el té con los Jemison llegaba tarde.

—No se preocupe, Nana. Hoy he llegado antes de lo normal y no pretendo que tenga la cena ya terminada.

—Bueno, la verdad es que me ha extrañado que los Jemison no la entretuvieran, ¿no estará la señora Catherine enferma?

—No. No debe alarmarse. Es solo que el señor Jones estaba de visita cuando llegué, y aproveché que regresaba a Covington Park para acompañarle.

La señora Miller paró en seco de sacar un bol de la encimera para volverse a escucharla, ya que era la primera vez que había

buscado la compañía de un caballero para volver a casa.

—Si le inquieta venir sola debería decirle a mi marido que la acompañe. No creo que sea peligroso ese camino, pero si así está más tranquila seguro que él no pondrá ningún reparo.

—¡Oh, no! No acompañé al señor Jones porque tuviera miedo, solo que... —por unos instantes no supo qué decirle para que no sospechara nada y no le hiciera más preguntas—... Bueno, como él tenía que tomar mi misma dirección, pensé que así podría hacerme compañía. Eso es todo.

Esto último lo añadió al alzar la vista y encontrarse a la señora Miller mirándola fijamente y con la ceja alzada, como si no creyera nada de lo que le estaba diciendo. Algo que entendía, pues ni a ella misma le convencía el discurso que acababa de darle para explicar algo que en un principio parecía sencillo.

Pero tras ver cómo Nana se encogía de hombros y seguía con lo suyo, pudo volver a respirar tranquila y, sin darle más importancia, cogió unas zanahorias que tenía frente a ella.

Fue cuando la señora Miller se acercó a la mesa con un puñado de patatas cuando se quedó verdaderamente sorprendida, pues no era normal que su señora le ayudara con la cena. Sobre todo porque siempre estaba demasiado ocupada en el jardín, o con sus cuentas, cartas o visitas.

Pero cuando la escuchó suspirar por tercera vez en un minuto y la vio cortando la zanahoria con la parsimonia de un caracol, fue cuando se percató de que aquella tarde había pasado algo más que un simple paseo en compañía de su vecino.

Y cómo no, siendo Nana de naturaleza curiosa y viendo una posibilidad de conseguir que su señora se abriera a ella, comenzó a hablar para intentar descubrir qué era lo que había sucedido en ese precipitado paseo.

—¿Le conté que ayer me encontré con el señor Mayer? El pobre debe de ser un santo para soportar a tanto muchacho.

—Bueno, es el maestro del pueblo, debe soportar estar rodeado de niños si su trabajo es enseñarles.

—Supongo que tiene razón, pero no por eso deja de ser un santo. El caso es que lo vi frente a la sastrería y me comentó que el

señor Jones ha donado a la escuela un buen puñado de libros — como advirtió que su señora se mantenía en silencio continuó hablando—. Claro que con todo el dinero de que dispone para él unos cuantos libros no deben de suponer nada. Pero el hecho es que tampoco tenía ninguna obligación de donarlos, ¿no cree?

Ante su mutismo, Nana alzó la vista encontrándose con su señora sumida en sus propios pensamientos mientras sostenía el cuchillo en una mano y en la otra la misma zanahoria de hacía quince minutos.

Fue esta forma de actuar la que le dio la pista definitiva, pues ante esa actitud estaba convencida de que algo había sucedido en su paseo con el señor Jones y por eso había entrado en su cocina.

Pensó que quizá ni ella misma se había percatado de que había ido en su búsqueda, pero lo cierto era que con solo verla resultaba más que evidente que ocultaba algo que la tenía abstraída. Fue advertir esto último lo que le indicó que no podía quedarse de brazos cruzados, por lo que se propuso hacerla hablar del asunto, costara lo que costase.

—Debe de ser algo nuevo para él encontrarse en un ambiente tan rural. Después de todo se supone que estará acostumbrado al ajetreo de Londres, por lo que Baslow debe de resultarle muy aburrido.

Un nuevo suspiro de Amy le aseguró que se estaba acercando, por lo que decidió que iba por buen camino y no pararía aunque le llevara toda la noche.

—Claro que, con una compañía como la suya, estoy segura de que no echaría de menos nada de Londres. ¿No cree?

Tuvo que acompañar su pregunta con el sonido de una cuchara chocando adrede contra el bol, pues solo así su señora salió de su ensoñación y alzó la cabeza para mirarla.

—Perdón, ¿me decía algo?

—Le estaba preguntando que qué tal le fue el paseo con el señor Jones —terminó por decirle al empezar a perder la paciencia.

—Bien. Estuvimos hablando y luego me tropecé —dijo sin más, como si fuera algo normal que se fuera cayendo por el camino.

—¿Y se hizo daño? —le preguntó la señora Miller preocupada mientras se limpiaba las manos en un paño.

—No fue nada, un simple resbalón. Por suerte el señor Jones reaccionó a tiempo y me cogió en brazos.

Ante esta información Nana paró en seco y fue al mirar a su señora y ver el sonrojo en sus mejillas cuando advirtió que le había contado algo íntimo sin darse cuenta.

—Pues fue una suerte que él estuviera ahí —simplemente le contestó para que siguiera hablando.

Amy recordó entonces cómo se sintió entre sus brazos, así como ese beso que la había dejado sin aliento y su posterior proposición, y no pudo continuar por más tiempo con la agonía de no contarle a nadie lo que estaba sintiendo.

—Pasó algo en el camino que... —tuvo que callar, pues no sabía cómo explicarle lo que había sucedido.

Pero lo que Amy no imaginó es que ante su silencio Nana se pensara lo peor.

—¿El señor Jones se propasó con usted?

—No —le aseguró a pesar de recordar sus labios junto a los suyos—. No se trata de eso.

Al ver que su señora no se decidía y sabiendo que necesitaba desahogarse, se le acercó despacio para después quitarle el cuchillo y la zanahoria y así poder cogerle de las manos.

—Puede confiar en mí, le prometo que lo que me cuente no saldrá de esta cocina.

Al mirarla detenidamente Amy supo que le estaba diciendo la verdad y, sin poder resistirse por más tiempo, le abrió su corazón.

—Él me besó y me dio a entender que sentía algo por mí. De hecho, me preguntó si me casaría con él.

Ante el asombro de Nana se apresuró a aclararle lo sucedido.

—No es que exactamente me lo pidiera, tan solo me lo preguntó como si se tratara de un juego.

—En mis tiempos no enredábamos con estas cosas. El matrimonio es algo sagrado con lo que no se debe jugar, y si un hombre te pide la mano entonces te lo tomas en serio y le contestas sí o no.

La indignación era tan evidente que en otras circunstancias a Amy le habría hecho gracia, pero en esta ocasión necesitaba demasiado un consejo como para perder el tiempo con risas.

—En realidad, no creo que fuera exactamente un juego. O por lo menos ahora que pienso en ello dudo de que empezara siéndolo.

Al ver cómo su confusión se iba transformando en desesperación, Nana, con sus años de experiencia, la calmó dándole una palmadita en la mano y le dijo mientras la conducía a un asiento:

—Será mejor que nos sentemos y me lo explique todo.

Haciéndole caso Amy la siguió hasta una de las sillas de la mesa de la cocina y ambas se sentaron frente a frente sin separar sus manos.

—Cuénteme otra vez lo de esa proposición.

—Más que una proposición creo que me estaba tanteando. Como le conté, había tropezado y me llevó a un lado del camino donde se encontraba una gran piedra. Una vez ahí me sentó en ella y se puso de rodillas para inspeccionar el tobillo herido, pero de pronto...

—¿Le pidió en matrimonio con usted en esas circunstancias? —inquirió incrédula.

—Me dijo que cuál sería mi respuesta si él me preguntara que si quería casarme con él. Luego, yo me puse nerviosa y creo recordar que le grité algo así como que se había vuelto loco, por lo que enseguida se puso tenso y me aseguró que solo era un juego.

—¿Y lo era? —la pregunta hizo que se parara a pensar detenidamente su respuesta.

Tratando de repasar todo lo que recordaba de ese encuentro, llegó a la conclusión de que en realidad no sabía lo que él pensaba de todo ese asunto, pues con su rotunda negativa no le había dejado la posibilidad de explicarse.

Se reprendió por haber sido tan impulsiva, ya que estaba segura de que ahora se pasaría toda la noche pensando si le había hablado en serio o si todo había sido una broma. Por lo que, siendo honesta, solo pudo admitir:

—La verdad es que no lo sé.

—¿Y qué le respondió?

La tensión volvió a ella y se puso seria.

—Le dije que no. ¿Qué otra cosa iba a decirle?

—Podría haberle dicho que sí.

La mirada de asombro que le devolvió le dejó bien claro a Nana lo que pensaba de ese asunto, pero por si le quedaba alguna duda sus siguientes palabras se lo dejaron aún más cristalino.

—Pero si apenas nos conocemos. Además, él terminará marchándose a la ciudad y yo tendré que quedarme aquí con Michael.

—No tiene porqué. Podría acompañarle a Londres. Y respecto a Michael, sería bueno que dejara de ponerlo como excusa. El niño estará bien allá donde vaya su madre.

Sintiendo como si la estuviera insultando Amy se soltó de su mano, pues estaba mostrándole un camino que a ella le costaba admitir. Y es que a pesar de saber que Nana tenía razón le costaba asimilarlo, ya que eso representaba tener que arriesgar su corazón de nuevo.

Pero lo peor era saber que si de verdad le amaba debía dejarlo todo por él, del mismo modo que debía exponerse a contarle su pasado. Y todavía no se sentía preparada para dar ese paso.

—Usted no lo entiende, no puedo decirle que sí. Hay demasiadas cosas a tener en cuenta y es todo demasiado complicado —acabó diciendo, pues en el fondo era más fácil poner excusas que enfrentarse a la verdad.

—En realidad es usted la que lo está complicando todo. Que yo sepa la cosa es tan sencilla como saber si le quiere o no.

—Pero...

—¿Le quiere? —su pregunta las dejó por unos segundos en un tenso silencio, mientras Amy recordaba sus caricias.

—Creo que sí.

—¿Y está dispuesta a sacrificar ese amor por dejar Baslow?

Amy se preguntaba cómo una cuestión tan sencilla podía tener tantas connotaciones y respuestas.

Por un lado, sabía que Baslow representaba la seguridad, al no haber nadie en ese lugar que supiera quién era en realidad. Para

ellos solo era una viuda con dinero que se había retirado a un lugar tranquilo para cuidar de su hijo, sin saber que detrás de todo ello se encontraba el encubrimiento de un escándalo.

Una ventaja que perdería en Londres, ya que ahí sería más probable que alguien la reconociera o se cruzara con la familia. Todo ello sin tener en cuenta los conocidos del señor Jones pues, a pesar de no ser noble, su fortuna sin duda le habría abierto algunas puertas y reportado alguna que otra amistad entre la aristocracia.

Se encontraba frente a un dilema difícil de resolver, pues debía elegir entre la tranquilidad y el peligro.

Pero Nana tenía sus propias dudas, ya que al ver la vacilación en los ojos de su señora y tras esperar una contestación que no llegaba, no tardó en tomar las riendas y decidirse por la opción que tomaría todo inglés.

—Esta conversación se merece una buena taza de té —y sin más se levantó para prepararla mientras Amy, abstraída, permanecía en silencio.

Pros y contras entre una vida de soledad y un amor a su alcance que podría volver su vida del revés. Una decisión demasiado complicada para tomarla a la ligera, más aún cuando todavía sentía en su piel y en su corazón los recuerdos de la cercanía del señor Jones.

Pero, inevitablemente, su mente no podía dejar de valorar cada posibilidad y después de excavar en su corazón, de revisar sus sentimientos y de analizar su comportamiento cada vez que estaban juntos, no le llevó mucho descubrir que le amaba y que nada volvería a ser lo mismo sin él.

Llegar a esa conclusión hizo que algo dentro de ella cambiara y comenzara a notar cómo un placentero calor se extendía por todo su cuerpo. Sentirlo de una forma tan intensa le hizo plantearse si había estado bien su rechazo, pues a pesar de estar segura de que apenas le conocía, estaba convencida de que solo en sus manos encontraría la felicidad.

Además, sabía que Michael le adoraba y aceptaría de buena gana su decisión, por lo que sería una estúpida si no aprovechaba la oportunidad de ser feliz junto al hombre que amaba.

Con esa idea resonando en su cabeza se dijo que debía ser ella la que diera el siguiente paso, ya que, al recordar la penosa separación de esa tarde, no le quedó ninguna duda de que él no volvería a acercarse a ella.

De no hacerlo estaba convencida de que él acabaría marchándose sin saber nada sobre sus sentimientos y, si de algo podía estar segura a esas alturas de la tarde, era de que jamás se perdonaría si llegaba a perderlo.

Decidida a pedirle una oportunidad se levantó justo cuando Nana le llevaba una taza de té humeante, y dispuesta a enfrentarse al mundo entero si hacía falta le dijo con absoluta convicción:

—Guárdemela para más tarde. Ahora tengo algo importante que hacer —y sin una palabra más, y dejando perpleja a la señora Miller, Amy salió de la cocina decidida a enfrentarse a la verdad de sus sentimientos.

Suspirando Nana solo pudo desearle suerte, y tras coger la taza de té para bebérselo, la observó alejarse dejando a un lado su pasividad, su pesimismo y por lo visto su cojera.

CAPÍTULO 14



Alentada por la esperanza de un nuevo futuro se encaminó decidida hacia Covington Park, sin importarle la larga milla que tenía ante ella ni lo avanzado de la tarde.

En su mente resonaba sin descanso su determinación de darle otra oportunidad al amor, antes de que fuera demasiado tarde, pero sobre todo volvía una y otra vez la pregunta que Nana le había formulado, consiguiendo que se replanteara lo que hasta el momento había considerado importante:

«¿Le quería?»

Una cuestión que lo cambiaba todo, pues cuanto más avanzaba por el camino más segura estaba de que su respuesta era un sí rotundo.

Sin ser consciente del tiempo que transcurría aceleró el paso, hasta que a lo lejos vio alzarse majestuosa la vieja mansión. Desde que siendo una niña visitó Covington Park, Amy había sentido predilección por esa propiedad. Por desgracia solo estuvo en ella una única vez, pero el cariño de su tía abuela Evelyn había conseguido que ese sitio siempre ocupara un lugar especial en sus recuerdos.

Un motivo más que justificado para que eligiera ese lugar para empezar de nuevo, pues sabía que solo en ese sitio tendría las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Quizá por eso ahora, al contemplar ante ella la vieja construcción, le pareció el lugar perfecto para volver a abrir su corazón. De hecho, si lo pensaba detenidamente, solo en Covington Park hubiera podido cumplir el anhelo de un nuevo comienzo, pues

quizá estaba ante el único lugar de la faz de la tierra con suficiente magia como para conseguirlo.

Erguida en el centro de un prado, con sus magníficos jardines, su arboleda de robles y un espectacular laberinto que se extendía por la parte sur de la propiedad, la visión era simplemente espectacular.

Amy sabía que la mansión era una de las más hermosas de la comarca, a pesar de haber estado deshabitada durante años y por consiguiente de sufrir un cierto grado de abandono.

Su dejadez comenzó tras enviudar tía Evelyn, ya que al haber quedado sola y sin hijos el majestuoso edificio se le hizo enorme. Fue por ese motivo por lo que decidió marcharse a Londres en busca de distracciones y, aunque en un principio solo había considerado alejarse por unos meses, jamás regresó a ese lugar donde los recuerdos de su esposo fallecido la apenaban.

Desde entonces Covington Park había permanecido cerrado a la espera de una dueña que se resistía a regresar, aunque ahora el destino volvía a traer vida a ese rincón donde la tristeza hacía años que se había instalado.

Avanzando campo a través Amy llegó hasta el laberinto y, sin miedo a perderse en su interior, no tuvo ningún reparo en adentrarse en él. Rodeada de enormes setos siguió caminando por un estrecho sendero, donde el silencio solo era interrumpido por el sonido del agua de las fuentes y donde la sensación de paz se instalaba a cada paso. Pero fue el eco de unas voces de hombre lo que la hizo detenerse, pues sin lugar a dudas había reconocido una de ellas.

Sigilosa al no querer ser descubierta, Amy avanzó despacio, sin tener la intención de escuchar una conversación que evidentemente era privada. Pero fue al oír su nombre cuando su curiosidad tomó el mando, ya que no podía pasar por alto que dos caballeros estuvieran hablando de ella, más aún cuando uno de ellos era el señor Jones.

—Y aunque estoy de acuerdo en que la señora Ashton es muy hermosa, no me negarás que una pueblerina como ella desentonaría en Londres.

Aunque no reconoció la voz del caballero, Amy se imaginó que se trataba del amigo del señor Jones que había llegado hacía pocos días, y que solía acompañarlo en sus paseos por Baslow. Un hombre que no la conocía al no haber sido presentados, pero que a pesar de ello la juzgaba sin ningún reparo.

Sintiendo curiosidad por la réplica del señor Jones, Amy se acercó un poco más teniendo cuidado de no ser descubierta. Por suerte uno de los setos del laberinto era lo suficientemente alto como para permanecer cerca sin ser vista.

—No todos tenemos la suerte de ser tan sofisticados como tú, amigo Tom —reconoció claramente la voz del señor Jones y, aunque no le dio la razón a su interlocutor, tampoco le agradó la respuesta que le había ofrecido.

—En eso te doy la razón. Aun así, no te negaré que la viuda posee todos los encantos necesarios para entretenerte durante tus vacaciones, pero más allá de eso no me resulta interesante.

—Te puedo asegurar que la viuda, como tú la llamas, es más que entretenida. De todas formas, te agradezco tus consejos, aunque te recuerdo que soy capaz de juzgar por mí mismo con quién me distraigo.

Tanto las palabras que escuchó como las carcajadas del amigo fueron como un jarro de agua fría para Amy, pues el señor Jones acababa de admitir que ella solo había sido un entretenimiento. Sin embargo, aún le quedaba lo peor por escuchar.

—Eso no lo dudo, al fin y al cabo siempre se te han dado bien las mujeres y nunca has tenido problemas para sacar provecho de su compañía. Aunque, como en esta ocasión has tenido tan poco donde elegir, temía que te hubieras conformado con una mujer que no estaba a tu altura.

—Puede que la señora Ashton no sea la dama refinada a la que estamos acostumbrados, pero te puedo asegurar que es lo suficientemente apetecible como para mantener mi interés.

—En ese aspecto tendré que confiar en tu criterio, aunque debo reconocer que no me hubiera importado pasar un rato en su compañía.

—Como noto cierto tono de envidia en tus palabras, será mejor que acabemos con esta conversación antes de que tu malestar empeore —la voz burlona del señor Jones fue la puntilla que hizo que Amy estallara, y sin poder contenerse se adelantó unos pasos dispuesta a hacerse notar y plantarles cara.

Se sentía tan insultada que no le importó aparecer ante ellos sin presentarse y, con el arrojo de quien ha sido insultado y quiere vengarse se irguió, cerró con fuerza los puños y alzando la voz les dijo:

—Esta viuda tiene algo que decirles.

En el acto los dos hombres se volvieron desconcertados y, para su regocijo, Amy pudo ver con total claridad cuándo el señor Jones la reconoció y cuándo sus ojos se agrandaron al entender que les había escuchado.

Por su parte el otro caballero tuvo la decencia de sonrojarse al haber sido descubierto y, tras quedarse sin habla y mostrarse más tieso que una estatua, se quedó ahí parado a la espera de sus reproches.

Lo que Amy desconocía era que el invitado del señor Jones era un viejo amigo de este llamado Tom Gilbert, el cual procedía de una buena familia de Londres y estaba acostumbrado a las chanzas entre ellos. Había llegado hacía unos días a Covington Park para acompañar a su amigo en su retiro, al estar preocupado por el cambio que este había experimentado desde hacía unos meses.

No sabía muy bien cuál era el motivo de ello o de su partida de Londres, pero cuando se enteró de que se había marchado por una temporada a un lugar apartado en el campo, no había perdido la oportunidad de ir a visitarle para ofrecerle su compañía.

En ningún momento su intención había sido desacreditarle delante de alguna de sus vecinas, y menos aún ante la mujer de la que no dejaba de hablar desde que había llegado. Había notado un interés sincero por esa dama, por lo que había comenzado a burlarse de ello sin saber que sus comentarios podían ser escuchados y malinterpretados.

Reconocía que había sido el culpable del problema en que ahora su amigo se veía inmerso, por lo que decidió permanecer callado a

la espera de que Rick solucionara su metedura de pata.

Pero Rick se sentía demasiado sorprendido y asustado para hablar, sobre todo al darse cuenta de que ante él tenía a una mujer que le miraba cargada de rencor, pero también de suma tristeza.

—Lamento decirle, señor Jones, que esta viuda no piensa ofrecerle más juego. A partir de ahora tendrá que sacarle más provecho a otra compañía.

Por el tono amargo de su voz Rick supo que su relación con ella estaba en serias dificultades, por lo que sintió el fuerte deseo de solucionarlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

—Amy... —fue lo único que fue capaz de decir antes de ser interrumpido por ella.

—Solo espero que se marche pronto de Baslow. No nos gusta que unos pretenciosos nos acusen de pueblerinos cuando solo hemos sido amables con ellos. Del mismo modo, lamento que se haya aprovechado de mi buena predisposición para utilizarme como distracción, aunque le aseguro que ese error no volverá a repetirse —les soltó cansada de sufrir los abusos de los hombres y de que le rompieran el corazón con engaños.

—Señora Ashton —comenzó a decir Rick—, no sé lo que ha escuchado, pero puedo asegurarle que no es lo que parece.

—¿¡Ah, no!? ¿Acaso no me han comparado con un juguete ni me han llamado pueblerina? Porque al escucharle me ha quedado muy claro que usted ha estado aprovechándose de mi amistad.

—Mi amigo Gilbert y yo manteníamos una conversación informal tras unas copas de más y temo que haya malinterpretado nuestras palabras. Le pido disculpas en su nombre y en el mío y le puedo asegurar que jamás me atrevería a rebajarla u ofenderla...

—Sé lo que he escuchado, señor Jones, —le volvió a interrumpir al no soportar por más tiempo oírle decir mentiras—, y ni su amigo ni usted están borrachos, ni había forma de malinterpretar sus insultos. Es más, ha sido usted el que más me ha ofendido al haber estado jugando con mi persona desde su llegada. Y eso, señor Jones, es algo que jamás le perdonaré.

Sin poder soportar por un segundo más ese tormento Amy se giró dispuesta a marcharse, hasta que sin previo aviso notó cómo

algo la agarraba del brazo y la giraba con fuerza, pero sin hacerle daño.

Ante ella se encontró con unos ojos que la miraban suplicantes, pero se sentía demasiado herida como para tomarse en serio los ruegos silenciosos de unos ojos mentirosos.

Tal vez si hubiera visto el dolor que emanaba del interior de Rick, esta se habría replanteado su ruptura, pero se encontraba demasiado sumida en sus reproches para no ver nada que no fuera un engaño.

Desesperado a Rick solo le había quedado el recurso de detenerla agarrándola del brazo, ya que no podía perder a la única mujer que había significado algo en su vida. Sabía que sus comentarios habían sido completamente despreciables e injustos, pero habían sido dichos tras una conversación de chanzas y burlas.

Aun así, reconocía que debió haberle parado los pies a su amigo cuando había empezado a desacreditarla, pero no quería que viese lo profundo que había llegado su amor. Por eso en un último intento la había detenido, y ahora frente a ella solo le quedaba pedirle disculpas con el deseo de que las aceptara.

—Si ha habido algo que le haya ofendido le pido perdón, le aseguro que no fue mi intención ofenderla.

—Lo que no fue su intención es que le escuchara y se le acabara la diversión —y bajando la voz continuó diciendo—: Le creí, como una estúpida confié en usted y usted a cambio ha pisoteado mi confianza.

Escucharle decir aquello con total frialdad le causó un dolor lacerante, pues le dio pocas esperanzas de que todo pudiera solucionarse con un simple perdón. Aun así, sabía que no podía rendirse sin antes luchar, por lo que, decidido a convencerla de que había sido un malentendido, le cogió de la mano, dispuesto a usar todas sus armas para persuadirla.

—Le puedo asegurar que no he estado jugando con usted. Hace tiempo que deseo conocerla y jamás se me ocurriría poner en peligro sus sentimientos. Menos aún cuando los valoro tanto —terminó diciéndole con voz ronca y en apenas un susurro.

Pero Amy estaba demasiado enfadada para dejarse seducir por sus encantos y vio su intento de persuadirla como una última burla a su inteligencia, por lo que retirando su mano con fuerza le contestó altanera:

—Por mis sentimientos no debe preocuparse, soy muy capaz de ocuparme de ellos sin su ayuda —y girándose comenzó a caminar ante la triste mirada de Rick.

Pero solo se había alejado unos pasos cuando algo que él había dicho hizo mella en su mente y, con la duda consumiéndole las entrañas, se volvió para preguntarle:

—Ha dicho que hacía tiempo que deseaba conocerme. ¿Desde cuándo exactamente?

Al no haberse esperado que ella le hiciera esta pregunta Rick se quedó callado, a la vez que no podía dejar de observarla y de preguntarse si debía decirle la verdad. Era consciente de que en las condiciones en las que ella se encontraba cabía la posibilidad de perderla para siempre, por lo que decidió permanecer en silencio antes de agravar su mala suerte.

Mientras tanto ante su mutismo Amy empezó a temerse lo peor, pues cada vez se le hacía más evidente que él ocultaba algo de vital importancia que tenía que ver con ella. Cansada de que todos la engañaran, la utilizaran y la ridiculizaran, se le acercó unos pasos, pues estaba más decidida que nunca a no volver a ser una víctima, aunque para ello tuviera que renunciar a su corazón.

—Respóndame, señor Jones. ¿Desde cuándo quería conocerme? Que yo sepa nos vimos por primera vez el día que llego a Baslow y nos encontramos por el camino. ¿O no es así?

El insistente silencio de Rick hizo que se acrecentaran sus temores, pues eso solo podía significar que escondía algo demasiado perturbador como para que ella se enterara.

En un intento de descubrir de qué podría tratarse Amy se le quedó mirando fijamente, pero no encontró en sus ojos nada que le diera alguna pista.

De pronto una idea le pasó por la cabeza, al pensar que quizá fuera un conocido de Ashley y este le hubiera hablado de ella. Tal vez en una reunión de caballeros Ashley se había vanagloriado de

su fácil conquista, y apostó con el señor Jones delante de todos los presentes si él también la seduciría con la misma habilidad.

Solo el hecho de imaginarse que esto fuera posible le hizo sentir arcadas, por lo que se negó a pensar que pudiera ser cierto al tratarse de un pensamiento demasiado enrevesado. De todas formas, la duda de un engaño se aferró con fuerza a su corazón, por lo que dejó de tener importancia todo lo que tuviera que ver con el señor Jones.

Devastada por todo lo que estaba sucediendo descubrió que su dolor era mil veces más intenso que el sufrido por Ashley y, con el único deseo de marcharse de ese lugar que había creído mágico, se propuso poner fin al dulce recuerdo de esos días y de ese hombre.

—No vuelva a acercarse a mí ni a mi familia. Desde este preciso instante usted no es nada para mí —fue lo único capaz de decir antes de volverse y salir corriendo, pues su pobre corazón no soportaba ni un segundo más de ese sufrimiento.

Mientras se alejaba de ese lugar se dio cuenta de que había estado viviendo un engaño y, sintiéndose como una estúpida, dejó que la pena se desbordara inundando su pecho. A cada zancada que daba más hondo se le hacía el dolor, llegando a ser casi insoportable cuando vio aparecer ante ella Rose's House.

Con su mente y su alma destrozadas regresaron a ella los viejos sentimientos de menosprecio, angustia y pesar, sin imaginarse que estaba dejando atrás mucho más que una esperanza rota.

Por su parte Rick no soportaba verla tan desconsolada, sobre todo cuando pudo ver su mirada herida antes de que se marchara corriendo. Dejar que se alejara había sido lo más duro y perturbador que había hecho en su vida, pero sabía que no podía hacer otra cosa al ser inaceptable el retenerla a su lado contra su voluntad.

Sabía que cabía la posibilidad de que ella jamás regresara a su lado, pues era evidente que le había causado un daño que podría ser irreparable, pero se negaba a perder la esperanza de que todo se acabara solucionando.

—Lo siento amigo, no sabía que nos estaba escuchando —le dijo su amigo Tom apenado, pues se culpaba de que ahora estuviera en ese estado de abatimiento.

—Tú no tienes la culpa. No debí haberte seguido el juego ni haberle faltado al respeto.

—Tal vez cuando esté más calmada puedas hablar con ella y contarle que estábamos bromeando. Que es normal entre nosotros hablar de mujeres y de conquistas, pero que no lo hacemos con la intención de molestar a nadie.

Durante unos instantes Rick permaneció callado, hasta que por fin tras meditarlo le contestó consternado:

—Quizá estés en lo cierto, pero me temo que es demasiado orgullosa y no sea sencillo convencerla.

Sin nada más que decir ambos hombres se quedaron por unos segundos en silencio, hasta que Tom comprendió que su amigo necesitaba soledad. Solo entonces se despidió de él con una palmada en el hombro y le dejó solo con sus pensamientos y con el temor de haber roto mucho más que su pobre corazón.

Y es que Rick no podía quitarse de la cabeza la amenaza de Amy de nunca más querer saber nada de él, pues eso significaba que desde ese mismo instante su vida había dejado de tener sentido.

Tenía la certeza de que la amaba, del mismo modo que estaba convencido de que a ella le costaría perdonarlo algún día. Al conocerla había visto la pena en sus ojos, pero ahora había en ellos algo más que le asustaba al ser más intenso. Aun así, se repetía una y otra vez que no debía perder la esperanza, pues quizá su amigo Tom tuviera razón y pasados unos días ella estuviera más calmada y pudieran hablar.

Sumido en esos pensamientos no se percató del pasar del tiempo y, solo cuando la oscuridad cubrió los campos y le impidió ver el camino por donde ella se había alejado, volvió a la realidad de dónde se encontraba y de cómo su pecho le dolía a cada respiración.

«Quizá mañana tenga una oportunidad» se dijo cuando comenzó a caminar hacia la mansión al resistirse a creer que todo había acabado entre ellos.

De pronto una idea le sobrevino devolviéndole la esperanza, pues pensó que ella debía de amarlo cuando le había dolido tanto

su supuesto engaño. Aferrándose a ello comenzó a pensar en un nuevo reencuentro, pues si ella había ido a Covington Park a esas horas era por un motivo que estaba decidido a descubrir.

Con el anhelo de una oportunidad de perdón se adentró en la vieja mansión, convencido de que la recuperaría de la misma manera que sabía que la necesitaba tanto como respirar, al ser su todo, su alma y su ser.

CAPÍTULO 15



Ocho días después.

Todo parecía diferente desde que la ilusión de un nuevo mañana se había desvanecido como la bruma.

Desde aquella triste tarde en que sus sueños se disiparon por unos estúpidos comentarios, Amy se había negado a verle a pesar de sentir una fuerte opresión en el pecho cada vez que le observaba marcharse.

Aun así, se repetía una y otra vez que tenía que ser fuerte en su decisión de no perdonarle, al saber que no podría soportar de nuevo otra decepción. Así y todo, no podía negar lo mucho que le agradaba su insistencia, ya que verle aparecer frente a su casa sin rendirse por sus continuas negativas hacía que su ego herido se recompusiera al saber que no se daba por vencido.

Y es que cada tarde, justo a la hora del té, el señor Jones se presentaba en Rose's House armado con un ramo de flores y sus mejores intenciones, creyendo que ese día lograría llegar al corazón de Amy y ella accedería a escucharle. Por desgracia en cada ocasión se había tenido que volver desilusionado, al no haber conseguido su objetivo y por lo tanto ver más lejano su perdón.

Pero lo que nadie sabía es que la negativa a verle no se debía solamente a las palabras que la habían ofendido, ya que no era tan obtusa y reconocía que en ocasiones se decían cosas que uno en realidad no sentía.

El verdadero problema era que todo esto había desenterrado las viejas dudas y temores de Amy, al verse otra vez humillada y utilizada por un hombre.

El miedo a volver a confiar y que la dañaran era tan grande, que como una cobarde se había aprovechado de la conversación que había escuchado para romper con el señor Jones y así no tener que arriesgarse a otro nuevo rechazo cuando él se cansara de ella.

Algo de lo que estaba segura, ya que daba por hecho que un hombre como él no podría amar de verdad a una mujer sin familia, sin pasado, y lo que era peor, sin futuro.

Lo había sabido cuando escuchó a su amigo, el señor Gilbert, llamarla pueblerina y remarcar cómo ella desentonaría entre sus amistades en Londres. De hecho, siempre se había creído diferente a las demás damas de la nobleza, sintiéndose feliz en un pequeño pueblo donde cada uno se forjaba su propio destino sin importar su linaje.

Lo peor de todo es que se había dejado llevar por la quimera de que tal vez el amor no le estuviera prohibido, pero debía ser precavida y recordarse que a las mujeres como ella, con un pasado que la marcaba como ramera, nunca se les estaría permitido amar sin condiciones.

Por eso cada día hacía todo lo posible para continuar con su rutina como si nada hubiera sucedido, cuando en realidad no se sentía con ánimos suficientes ni para levantarse de la cama.

Aun así, por el bien de su cordura soportaba las miradas de censura de todo aquel que la rodeaba, teniendo que escuchar las incesantes charlas sobre el perdón y la buena voluntad del señor Jones.

Se sentía tan cansada al tener que fingir que estaba hecha de hielo, que no creía poder soportar por más tiempo su máscara de indiferencia. Una máscara que le volvía a traer soledad y le hacía sentirse miserable.

Suspirando se volvió a asomar por la ventana por donde podría aparecer el señor Jones en cualquier momento, a pesar de que el día anterior le había rechazado diciéndole que nunca más volviera a molestarla.

Aun así, una pequeña luz de esperanza se negaba a abandonarla, y como una boba no dejaba de esperarle como si una

parte de ella necesitara creer que a pesar de los rechazos él siempre volvería.

—No sé para qué mira si luego se niega a recibirle.

La voz cargada de censura de Nana la sobresaltó, más aún al sorprenderla de nuevo asomada a la ventana.

—Estaba buscando a Michael —le contestó a la defensiva, aunque por la forma en que Nana alzó una ceja fue más que evidente que no la había creído.

—En ese caso le aconsejo que mire en la parte trasera. Como sabe a estas horas suele ayudar a Lucy.

Sabiendo que no le había engañado Amy se dispuso a marcharse para empezar con su costura, hasta que el ruido de un carruaje acercándose la dejó paralizada.

—Ahí lo tiene —soltó Nana mientras se alejaba en dirección a la cocina—. La dejo sola para que le rechace sin testigos.

Dividida entre el entusiasmo y el temor ante la perspectiva de volver a verle, Amy no supo qué hacer por unos segundos. Se sentía tan cansada tanto física como mentalmente, que no creía tener las fuerzas necesarias para encontrarse con su mirada suplicante. Sobre todo cuando le había echado tanto de menos que incluso las lágrimas le habían parecido insuficientes para mostrar el dolor profundo que residía en su pecho.

Sin embargo, sabía que tenía que enfrentarse a ello, por lo que temblorosa se acercó despacio a la puerta colocando una mano en el pomo. Con la respiración entrecortada permaneció quieta, hasta que el sonido del carruaje frenando le advirtió de que el tiempo para las dudas se le había acabado.

Solo entonces se atrevió a abrir la puerta a pesar de haber dado cualquier cosa por evitarlo, para encontrarse con la visión de una mujer lujosamente vestida bajando del carruaje.

La sorpresa fue tal que le impidió reconocer de quién se trataba, más aún cuando la opulencia del transporte y de los ropajes le indicaban que no podía ser nadie de Baslow.

Solo en el momento en que la desconocida alzó su rostro y la contempló con su eterna mirada de desdén pudo reconocerla, ya

que jamás podría olvidar esos ojos que siempre la habían censurado y la habían ridiculizado hasta hacerle sentir insignificante.

—Veo que has cambiado mucho en estos cinco años, hermana —al escuchar su voz pudo reaccionar y regresar al presente, pues por un momento no había sabido si estaba soñando o si realmente Rosemary estaba ante ella.

—Tú también estás muy cambiada —la mueca en la cara de su hermana le indicó que su comentario no le había agradado, por lo que secretamente se alegró de habérselo dicho.

—Debo reconocer que el matrimonio me sienta bien, aunque claro, con un marido como Ashley cualquiera sería feliz, ¿no crees? —tras decir esto giró levemente la cabeza hacia atrás, como si hubiera alguien más a sus espaldas, indicándole que en el interior del carruaje había alguien que también pertenecía a su pasado y al que se había jurado no volver a ver jamás.

—¿A qué has venido, Rosemary? —le preguntó irritada aún en la puerta, no solo por verla aparecer tan arrogante y dispuesta a humillarla, sino porque sus chanzas la estaban dañando como hacían en el pasado.

—¿Así tratas a tu hermana? Con tu falta de respeto no me extraña que hayas acabado en un pueblucho como este. Si te viera madre...

—No me importa lo que diría madre, dime a qué has venido antes de que pierda la paciencia y te eche de mi propiedad —soltó cada vez más exasperada, pues no soportaba que a pesar de los años y la distancia volviera a tratarla como si fuera una niña.

—¿Ni siquiera vas a dejarme entrar en tu... casa? —el desdén con que lo dijo hirió el orgullo de Amy, ya que consideraba a Rose's House como una muestra de haber sabido reponerse y salir adelante, por lo que significaba mucho para ella.

—Sabes que después de lo pasado no eres bienvenida, así que dime aquello a lo que has venido y márchate.

Reconocía que estaba siendo maleducada con ella, pero lo cierto es que había aparecido en el peor momento posible y además no quería que entrara, al sentir que con su presencia perturbaría la paz de su hogar. Por eso no le importó si ante ella quedaba como una

desagradecida, al serle completamente indiferente lo que su hermana pensara de ella.

Una verdad que le sorprendió y le agradó, pues eso le indicaba que su presencia, aunque seguía dañándola con su menosprecio, había perdido el poder de someterla como hacía años.

Decidida a acabar cuanto antes con esa farsa de visita, se dispuso a despacharla, hasta que el comentario cruel de Rosemary la dejó sin habla durante unos segundos.

—Me parece increíble que me culpes de lo que pasó, cuando fuiste tú la que te comportaste como una ramera. Pero, en fin, ¿qué se puede esperar de una mujer sin principios?

—Estás haciendo que pierda la paciencia —le contestó apretando los puños con fuerza para tratar de controlarse, pues su arrogancia y sus insultos estaban consiguiendo que llegara a su límite.

—Está bien —le dijo para después suspirar, como si tuviera que resignarse ante su falta de educación—. Si no vas a dejarme entrar te lo diré aquí mismo.

Decidida a no dejarse manipular Amy se quedó mirándola, como retándola a que se atreviera a entrar en su hogar o a seguir ofendiéndola. Algo que su hermana no hizo, aunque fue evidente por la furia que emanaba de sus ojos que estaba enfadada por su falta de respeto, ya que una condesa de su categoría no podía ser tratada de semejante manera.

—He venido a hacerte una oferta que no podrás rechazar —la petulancia con la que habló le indicó que debía desconfiar de ella.

Y es que Amy la conocía demasiado bien como para creer que le traería algo bueno, con más razón cuando su padre la había repudiado hacía años y ella no había movido ni un solo dedo para ayudarla.

—La familia sabe que vives como una viuda en este lugar criando a tu hijo sola. Entendemos que no tengas otro sitio adonde ir, pero no creemos que sea idóneo para el niño.

Tensa ante lo que acababa de oír no supo cómo reaccionar, pues en un principio su familia la había echado de casa nada más

enterarse de su embarazo y ella nunca les había informado de que había tenido un hijo.

Ese dato la puso sobre aviso, al saber que solo algo grave les habría hecho investigar dónde se encontraba y si al final se había quedado con el niño.

—¿Y desde cuándo os importa lo que es bueno o no para mi hijo?

—Es lógico, es mitad Barnes y mitad Rolswell.

—Te recuerdo que la última vez que nos vimos solo era un bastardo.

—Eso era antes de que sucedieran ciertos... asuntos.

Nada más escucharle, una voz de alerta sonó en su cabeza, pues conocía demasiado bien a su familia y sabía que solo se moverían si tenían algo que ganar. Por ello se tensó como si se preparara para una batalla, ya que en esta ocasión no estaba dispuesta a agacharse a la espera de que la golpearan, como habían hecho en el pasado.

—No sé lo que os traéis entre manos, pero no quiero saber nada de vosotros —le aseguró a la defensiva, pues estaba determinada a no ponerles las cosas fáciles.

Al parecer Rosemary no se había imaginado que Amy se opusiera a sus requerimientos, pues su semblante cambió de amable a altanera en cuestión de segundos, dejando al descubierto su verdadera personalidad.

—Pues tendrás que hacerlo, ¿O acaso te crees que vendría a este estercolero si no fuera absolutamente necesario?

Siendo evidente que el asunto estaba tomando un cariz serio se asustó, pues, aunque en la casa se encontraban cuatro personas adultas, en realidad estaba sola ante una familia tan poderosa como los Barnes.

Aun así, al escuchar cómo se abría la puerta de su hogar y salía el matrimonio Miller para respaldarla, se sintió más segura, pues le hizo comprender que pasara lo que pasase todos juntos lucharían para defenderla.

Con algo más de valor y llegado un punto en que ya no le importaba que los Miller se enteraran del secreto que durante años

les había ocultado, Amy se adelantó unos pasos dispuesta a no amedrentarse frente a Rosemary.

—Dime para qué has venido y márchate —y dicho esto la retó con la mirada a que permaneciera más de lo necesario en su propiedad.

—Como quieras. Ashley y yo hemos decidido adoptar a tu hijo — a pesar del asombro de Amy su hermana continuó hablando—: Al fin y al cabo, la familia no puede permitir que el niño se críe en este lugar cuando es hijo y nieto de un conde.

—Han pasado cinco años sin importarnos nada de él y seguirá así hasta que sea mayor y él mismo decida qué hacer con su vida.

Como si no la hubiera escuchado Rosemary continuó hablando, pues cualquier cosa que le dijera en realidad no le interesaba.

—Ahora tiene una edad en la que debe aprender cuál es su lugar en el mundo y Hertford Hall es a donde pertenece.

—Su lugar está junto a su madre, y si crees que voy a permitir que te lo lleves es que no me conoces.

—Él también es el hijo de Ashley y está en su derecho a tenerlo a su lado.

—¿Cuándo ni siquiera sabe cómo se llama?

—Y eso qué más da, ahora solo es el hijo bastardo de una repudiada o un huérfano sin padre. Con nosotros tendrá un apellido que es lo verdaderamente importante.

—Aquí también tiene un apellido —repuso cada vez más asustada, pues era evidente que había aparecido con la intención de llevarse a su hijo y oponerse a los deseos de su familia siempre tenía un precio.

—¿Ese que te inventaste? —le soltó con menosprecio—. Yo le ofrezco uno real.

—¿Por qué después de cinco años? —le preguntó intentando cambiar el rumbo de la conversación para así intentar averiguar qué opciones le quedaban.

Pero cuando su hermana permaneció en silencio mirándola con prepotencia, comenzó a perder la paciencia.

—Dime por qué quieres llevártelo —terminó gritando— ¿Por qué ahora?

—Estamos en nuestro derecho y no tengo porqué darte explicaciones —le respondió también alzando la voz.

—Claro que sí, ¿o acaso crees que puedes venir a mi casa para quitármelo sin más?

Al ver cómo su hermana sonreía con malicia comprendió que eso era precisamente lo que había pensado. La idea de que la creyera tan rastrera como para darle a su hijo sin oponerse la enfureció, llegando a un punto en que, si Nana no la hubiera sujetado por el brazo, se habría lanzado contra Rosemary sin importarle las consecuencias.

Solo al sentir a Nana a su lado pudo serenarse lo suficiente para destensarse un poco, aunque su cercanía no espantó todos sus temores. Y es que cientos de preguntas se acumulaban en su mente tras escuchar a su hermana, pero sobre todo no podía dejar de preguntarse por qué ahora tenía interés en criar a su hijo, cuando nunca antes se había preocupado por ninguno de ellos.

Y entonces lo supo y sus mayores temores se hicieron realidad.

—No puedes tener hijos —no fue una pregunta sino una afirmación, y por la palidez del rostro de Rosemary supo que había acertado— ¿Por eso quieres quitarme a mi hijo, porque eres estéril?

—No te consiento que me hables así y menos delante del servicio —le ordenó con desprecio, pero Amy ignoró sus palabras y continuó hablando.

—Es por eso, ¿verdad?

—Tú no sabes nada —le volvió a gritar perdiendo su altanería al transformarse en rabia.

—Sé que no habrías venido hasta aquí si no fuera por algo importante.

—¿Y si así lo fuera? El niño es tan hijo de Ashley como tuyo y tiene todo el derecho a llevárselo.

—¿Y a que seas tú su madre? Antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver —le aseguró acercándose unos pasos para tratar de intimidarla.

—No te pongas melodramática. Puedo ser tan buena madre como cualquiera —le respondió con una sonrisa tan sarcástica, que

le dejó claro que ni la propia Rosemary se creía sus propias palabras.

—No te vas a llevar a mi hijo —le volvió a repetir esta vez con una voz tan fría que le borró la sonrisa a su hermana en el acto.

Retrocediendo unos pasos y tragando saliva Rosemary se hizo la distraída, como si no le importara lo que Amy le dijera, cuando en realidad le estaba sorprendiendo que se enfrentara a ella con tanta vehemencia. Por ello, en un intento por aparentar indiferencia, continuó hablando con tono calmado.

—Hemos estado hablando con un abogado y la ley está a nuestro favor. Diremos que te casaste en Italia y que acabas de enviudar, por lo que has decidido que lo mejor para el pequeño es que permanezca con nosotros. De esa manera el niño se criará en Hertford Hall sin levantar sospechas y pasado un tiempo prudencial diremos que nos hemos encariñado y hemos decidido adoptarle.

—No me importa lo que diga la ley o lo que vosotros consideréis mejor, no puedes hacerme esto. ¿Es que acaso no tienes corazón?

Sin ni siquiera dignarse a escucharla Rosemary continuó hablando.

—Tienes seis días para despedirte de él. Mientras tanto nosotros iremos a Londres para arreglar los papeles e iremos comentando sobre tu reciente viudez y tu deseo de que acojamos a tu hijo. —Y tras acercarse con provocación al saberse ganadora, le siguió diciendo—: Te aconsejo que firmes la renuncia a su custodia cuando regresemos, si no quieres que aleguemos locura y acabes en Bedlam^[7].

Ante la cara de espanto de Amy su hermana se sintió victoriosa al saber que, por mucho que lo intentara, una mujer sola y sin recursos jamás podría hacer nada para impedir que le quitaran a su hijo. Verla de nuevo sumida en un dolor que ella misma le había producido la llenó de satisfacción, más aún tras haber cultivado su odio durante años.

Le desconcertaba saber que vivía plácidamente en una casa de campo con su hijo mientras era considerada como una viuda respetable. No era lo que había creído que le sucedería, pues

pensaba que a esas alturas de su vida sería una vulgar cortesana que se ganaba el poco sustento vendiendo su cuerpo.

Sin embargo, ahora tenía otra oportunidad para dañarla, pues su odio se había acrecentado al tener que soportar a un marido infiel que ni la tocaba y además la humillaba acusándola de ser estéril.

Ver las lágrimas correr por las mejillas de Amy la llenó de satisfacción y, sin más por hacer en ese lugar, se dio la vuelta dispuesta a regresar en el plazo acordado para llevarse al bastardo.

—No puedes hacerme esto. No puedes —escuchó cómo le gritaba mientras subía al carruaje.

Desesperada Amy no pudo soportar la idea de perder a su hijo y, en un intento desesperado por impedirlo, se acercó al vehículo.

—Por favor, Ashley, no me hagas esto —le suplicó a la sombra que se escondía en su interior y se negaba a mirarla.

Amy sabía perfectamente que se trataba de Ashley, a pesar de no poder verle con claridad y de que sus súplicas le fueran indiferentes. Fue al comprender que para él no significaban nada, cuando su dolor se acrecentó, al entender que le eran tan insignificantes que ni siquiera se había dignado a bajar del carruaje para conocer a su hijo.

El daño que esto le causó le dejó claro que aún no había superado su pasado, al sentir cómo este regresaba para dañarla de la forma más cruel. Quizá este dolor que emergía de ella y que tan bien recordaba era un castigo por no haberlo olvidado y haber centrado toda su existencia en recordar lo que cada uno de ellos le había hecho.

Al ver que el carruaje comenzaba a moverse y ella seguía aferrándose a su puerta, el señor Miller tuvo que agarrarla para impedir que la llevaran a rastras, como si a los distinguidos ocupantes no les importara que las enormes y pesadas ruedas pudieran matarla.

Abatida a Amy solo le quedó contemplar cómo se alejaban por el camino, sabiendo que en seis días le arrebatarían lo que más amaba en la vida.

—Señora Ashton, ¿se encuentra bien? —le preguntó preocupada Nana mientras su marido aún la mantenía entre sus

brazos.

—Quieren quitarme a mi hijo —susurró entre sollozos al mismo tiempo que se repetía una y otra vez que debía haber una manera de pararlo todo.

—No lo permitiremos. Esas personas tan horribles no podrán llevárselo sin más, ¿verdad, Sean? —Le preguntó Nana a su marido. Pero su pregunta no obtuvo respuesta al ser evidente que eso no sería posible.

—¡Mamá, mamá! —la voz asustada de Michael devolvió a Amy a la realidad y, sin pensárselo dos veces, se separó de los brazos de Sean para ir al encuentro de su hijo y abrazarlo.

Solo entonces Amy consiguió sosegar, pero el temor a perderlo era tan fuerte, que tuvo que aferrarlo con fuerza para asegurarse de que no se lo quitarían.

Sabía que tenía el tiempo en su contra para buscar una solución y por el momento la idea de empaquetarlo todo y marcharse era la que más le convencía. Aun así, era consciente de que tenía que pensar muy bien cuál sería su siguiente movimiento, ya que la seguridad de su hijo era lo primero y cada paso debía ser previamente estudiado.

Alzando la mirada observó la casa que hasta entonces había sido su hogar, para después contemplar a la familia Miller que la miraba devastada.

Había llegado el momento de decidir si plantarles cara y dejar atrás para siempre los miedos del pasado o, de lo contrario, hacer las maletas para tratar de esconderse, arrastrando consigo los miedos durante el resto de su vida.

—¿Qué es lo que vamos a hacer, señora? —la dulce pero asustada voz de Lucy la sacó de sus cavilaciones y, tras levantarse y coger de la mano a su hijo, los miró a todos a la cara para después decirles convencida:

—Luchar, Lucy. Luchar.

CAPÍTULO 16



Llevaba buena parte de la semana intentando escribir una carta que se le resistía, pues solo conseguía pensar en ella.

Y es que desde que la había visto alejarse de él enfadada y dolida, todo su mundo se había centrado en recuperarla, pero por mucho que lo anhelaba no lograba romper el muro que había levantado entre ellos. Una separación que cada día se hacía más angustiosa, pues significaba que la estaba perdiendo, a la vez que le hacía sentirse defraudado por no haber conseguido que le amara.

Se sentía tan confuso ante lo que estaba viviendo que no sabía cómo actuar, pues cuanto más se acercaba más se apartaba ella. Pero sin lugar a dudas lo peor fue verla volver a su rutina con tanta normalidad, pues eso le hacía plantearse si en algún momento había sentido algo por él o si todo había sido un engaño de su mente.

La duda de no saber si había significado algo le estaba destrozando, del mismo modo que le estaba consumiendo sentirse dividido entre su amor y su orgullo herido. Era tal su confusión que, tras pasar la noche en vela, se le había ocurrido pedir consejo a una vieja amiga, pues creía que solo una mujer podría ayudarle a solucionar el problema.

Por eso era muy importante que acabara cuanto antes con su misiva, pues podía ser la última esperanza que le quedaba para recuperarla.

Por ese motivo, nada más terminar de desayunar, se había propuesto centrarse en ese asunto, pero tras quince minutos de

contemplar la hoja en blanco estaba a punto de volver a darse por vencido.

Durante toda su vida las emociones y las mujeres habían sido algo en lo que nunca había pensado. Quizá por eso ahora le estaba costando tanto plasmar en papel lo que sentía, o simplemente se negaba a dejar por escrito una prueba de su amor y su negligencia para confesarle sus sentimientos.

Se percató de que, a pesar de su edad, su experiencia y su seguridad, no se consideraba preparado para enfrentarse a los sentimientos que experimentaba acerca de la señora Ashton. Reconocía que por una parte quería abrazarla y olvidarlo todo, mientras que por otra prefería verla suplicar por su perdón tras haberse dado cuenta de lo injusto de su castigo.

Con la pluma en la mano y el desconcierto en su corazón, Rick suspiró a la vez que maldecía por su mala suerte en el amor.

Fue justo en ese momento cuando el sonido de una conversación en el hall le sobresaltó, pues desde que se alojaba en Covington Park eran muy pocas las mañanas en las que alguien había ido a visitarle.

Curioso pudo escuchar con claridad la voz de una mujer hablando con su mayordomo, el señor Walsh, por lo que se preparó para que en cualquier momento este apareciera por la puerta.

—Señor Jones, hay una dama que quiere verle.

—¿Le ha dicho su nombre? —le preguntó intrigado, aunque el nudo que se le estaba formando en el pecho le indicaba quién podría ser.

—Se trata de la señora Ashton.

Un silencio pesado se apoderó de la estancia tras haber oído su nombre. Nervioso ante la perspectiva de verla, y más aún de saber el motivo de su visita, se levantó de la silla que ocupaba tras el escritorio dispuesto a aparentar una calma que estaba lejos de sentir.

—Hágala pasar, Walsh —le dijo mientras su mente trataba de encontrar un motivo por el que ella se encontrase en Covington Park esa mañana.

Sin más el mayordomo se apresuró a seguir su orden, aunque solo tuvo que apartarse para dejar paso a una Amy visiblemente alterada.

Verla aparecer ante él nerviosa y sonrojada lo puso en alerta, pues solo algo verdaderamente importante la habría llevado a presentarse sola en su casa, teniendo en cuenta que eran unas horas tan poco apropiadas para una visita.

—Señora Ashton, es un placer volver a verla —le saludó acompañando sus palabras con una ligera inclinación de cabeza.

—Disculpe que me presente de esta manera en su residencia, pero tengo que hablar con usted de un asunto muy importante.

—No debe disculparse, estaré encantado de ofrecerle mis servicios —al ver que ella se mantenía en silencio al otro lado del escritorio, optó por ser él quien empezara—. ¿En qué puedo ayudarla?

Como respuesta ella solo le ofreció su silencio, por lo que Rick tuvo que contenerse para no colocarse a su lado y preguntarle más dulcemente qué le había ocurrido.

Pero lo que Rick no sabía era que Amy estaba luchando contra su sentido común, pues por el camino hacia Covington Park la idea que se le había estado formando durante toda la noche no le había parecido tan disparatada.

Sin embargo, ahora delante de él no estaba tan segura de estar haciendo lo correcto, a pesar de saber que contaba con pocas opciones para salir del aprieto en el que su hermana la había metido.

Aun así, al volver a ver sus ojos, los recuerdos de todo lo vivido con él volvieron a su mente, haciéndola sentir más pequeña de lo que se había sentido frente a Rosemary, pues solo él era capaz de desconcertarla con solo su presencia.

Cansada tras horas de insomnio, de dudas respecto a qué hacer y tras saber que no le quedaban más alternativas, decidió olvidar la prudencia y simplemente pedir aquello que podía sacarla del aprieto en el que se encontraba.

—Señor Jones, he venido a preguntarle si quiere casarse conmigo.

En otras circunstancias Rick se habría reído ante la broma, aunque esta en realidad fuera de mal gusto, pero al contemplar su rostro serio y cómo se retorció las manos a causa sin duda del nerviosismo, todo rastro de risa desapareció en el acto.

—¿Es esto un juego? —le preguntó al no haber otra explicación para su petición sin sentido.

—Puedo asegurarle que no es ningún juego —pero al ver que permanecía la duda en su mirada, siguió diciendo—: Le estoy hablando en serio, señor Jones.

—¿Me está pidiendo que me case con usted? —continuó sin poder creerla, ya que apenas unos días atrás él mismo le había hablado de matrimonio y ella se había negado, por no mencionar las veces que le había cerrado la puerta en las narices.

—Así es.

Su seguridad volvió a dejarle desconcertado, pues jamás habría imaginado que la señora Ashton se presentaría ante él para hacerle una proposición semejante.

Sin embargo, sentía curiosidad por saber qué le había llevado a esa locura y decidió seguirle el juego hasta que pudiera averiguar qué estaba pasando.

—¿Y para cuándo tiene previsto esta unión? —le preguntó con ironía dejando claro que no se lo tomaba en serio.

—Antes de seis días.

El escalofrío que sintió en su nuca le indicó a Rick que no estaba soñando, a pesar de haber escuchado algo que debía de ser del todo imposible.

Atónito ante su inusual petición y ante esa mujer que le estaba mirando con la cabeza bien alta, aunque en su mirada había más de súplica que de altivez, Rick solo pudo mirarla fijamente para intentar descubrir si no se había vuelto loca.

Solo entonces se percató de sus ojeras mal disimuladas, su rictus en los labios y un nerviosismo que iba más allá de un simple estremecimiento, todo ello indicativo de que tras este asunto se escondía un buen motivo.

Decidido a aclarar toda esta cuestión y a enterarse de porqué había recurrido a él, le preguntó procurando sonar como si su

petición no le hubiera sobrecogido.

—Está hablando completamente en serio, ¿no es cierto?

—Le puedo asegurar que jamás tomaría algo así en broma.

—¿Y se puede saber a qué es debido este cambio? Porque le recuerdo que hace pocos días usted se negaba a volver a contraer matrimonio, por no hablar de las veces que se ha negado a recibirme.

Reconocía que estaba mal aprovechar ese momento para echarle en cara el desdén de los días anteriores, pero al fin y al cabo era humano y no pudo evitar recordarle su falta de interés en perdonarle.

Por su parte Amy estaba tan alterada al saber que había tanto en juego que solo deseaba que ese tormento acabara cuanto antes. Y es que, desde que había entrado en la biblioteca, su fortaleza se había desvanecido, pues con solo verle su corazón se había parado en seco.

Sabía que el señor Jones era un hombre que le hacía perder la cabeza, pero en las circunstancias bajo las que se encontraba prefería mantener la mente alejada del recuerdo de su cercanía para no desplomarse.

Por ese motivo intentó con todas sus fuerzas que él no notara la turbación que sentía y, tras dudar entre si mentirle o contarle la verdad, decidió que merecía saber a qué se enfrentaba si la aceptaba como esposa.

—Necesito un marido lo antes posible.

—Bueno, me siento alagado de que haya pensado en mí, ¿O acaso no soy su primera opción? —la seriedad de su tono contrastaba con el sarcasmo de su pregunta.

—Es mi primera y única opción. Si usted se niega...

—¿Qué sucedería? —le preguntó cuando Amy se mantuvo en silencio.

—Deberé dejar Inglaterra —le respondió con total seguridad y rotundidad, pues era una posibilidad que llevaba meditando toda la noche.

Asustado ante su contestación Rick cambió completamente de actitud. Solo ahora se daba cuenta de lo serio que debía de ser el

problema si estaba dispuesta a llegar tan lejos, por lo que, decidido a informarse de todo, se le acercó y le preguntó en un tono más suave:

—¿Qué es lo que ha pasado?

Sin poder contenerse por más tiempo Amy comenzó a llorar, pues el miedo a perder a su hijo era cada vez más grande. Pero además, por algún motivo tenerle cerca y notar el grado de preocupación en su voz hizo que todas sus defensas cedieran, quedando tan solo una madre destrozada que necesitaba el consuelo del único hombre que había conseguido colarse en su pétreo corazón.

Preocupado al verla llorar Rick no pudo mantener por más tiempo su semblante de hombre duro, pues ante la visión de sus lágrimas lo único que deseaba era poder consolarla. Por ello no dudó ni un segundo en cobijarla entre sus brazos y, solo cuando la sintió algo más calmada, le preguntó sin apartarla de sus brazos.

—Tranquila, puede contármelo todo. Le prometo que su secreto estará a salvo conmigo y procuraré ayudarla en lo que pueda.

Con la voz tomada por la congoja y todavía bajo el refugio de sus brazos, Amy se abrió a él sin que el temor a que supiera la verdad de su pasado la detuviera.

—Es mi familia, me ha encontrado y quieren quitarme a Michael.

—Pero eso no es posible —repuso indignado al no creer que algo así pudiera suceder.

—Ellos pueden hacer lo que quieran. —Comentó con el rostro aún apoyado en su pecho y, sabiendo que había llegado el momento, le confesó su mayor secreto—. Engañé a todos, señor Jones. Llevo años viviendo una mentira, ya que nunca llegué a casarme. Cuando mi familia me repudió creí más conveniente hacerme pasar por una viuda, por lo que decidí cambiar el apellido y tratar de vivir sin levantar sospechas.

Por unos instantes Amy sintió cómo todo a su alrededor se detenía, del mismo modo que se había parado su corazón mientras permanecía a la espera de una respuesta que no llegaba.

Completamente desamparada solo podía escuchar los latidos acelerados del señor Jones, al mismo tiempo que se preguntaba

cómo había logrado el valor necesario para desenmascararse ante él, a pesar de saber que todo podría cambiar entre ellos.

De hecho, en más de una ocasión se había imaginado la escena de ella contándole toda la verdad, y en cada una de ellas él había actuado de forma diferente. Quizá por ese motivo se encontraba tan perdida respecto a su respuesta, ya que su silencio no le auguraba nada bueno.

Sabía que muchas personas no dudarían a la hora de juzgarla por su comportamiento lascivo, aunque esperaba que el hombre que aún la sostenía entre sus brazos no fuera uno de ellos. Aun así, temía que en cualquier momento él la apartara de su lado y la mirara con desprecio.

—Será mejor que nos sentemos.

Al oír la frialdad de su voz y al sentir cómo sus brazos la apartaban de su lado, Amy creyó que no conseguiría sostenerse en pie, pues era evidente que él ya la había juzgado como años atrás su familia lo había hecho.

Dolida se apartó con cuidado sin atreverse a mirarle, pues estaba absolutamente convencida de que no podría soportar ver la censura y el reproche en sus ojos. Algo así le haría el mismo daño que escuchar de su boca cómo la llamaba ramera, por lo que decidió que, si tenía que seguir adelante con todo, no podría hacerlo bajo su odio.

Dejándose caer en el asiento logró volver a respirar, pues no estaba segura de que sus piernas la sostuvieran por más tiempo. Después, resignada a contarle toda la verdad, se enjuagó las lágrimas y, tras advertir cómo él se sentaba en el sillón que estaba a su lado, comenzó con la explicación que le debía.

—Tuve que mentir para tratar de darle una vida normal a mi hijo. No podía permitir que se criara siendo insultado por su condición de bastardo, cuando él no había tenido la culpa de nada.

—No tiene por qué darme explicaciones —su respuesta la sorprendió pues había creído que sería lo primero que le pediría.

—Sí debo. Le he pedido que sea mi esposo y lo menos que puedo hacer por usted es informarle de todo.

Necesitando unos segundos para reponerse y continuar hablando, aprovechó para secarse las lágrimas y así no demostrarle lo mucho que le costaba abrirse a él. Después, se armó de valor y continuó hablando.

—Mi verdadero nombre es Amy Clarence Barness y soy la segunda hija del conde de Barness. A los diecisiete años me enamoré como una tonta de mi vecino y...

—Como le he dicho, no tiene porqué seguir con su historia. Además, no deseo escucharla —la detuvo por culpa de los celos que empezaba a sentir por su relación con ese hombre.

Sin embargo, Amy solo pudo percibir la frialdad con que le contestó, quedándose paralizada al no haberse esperado que la juzgara tan rápido y que la sentenciara sin ni siquiera oírla.

El dolor que le causó su desprecio, pues así se lo tomó, fue más duro que cuando tuvo que enfrentarse al prejuicio de su familia, pues les conocía demasiado bien y de ellos se esperaba cualquier cosa. Sin embargo, del señor Jones jamás se hubiera imaginado esta reacción, más aún cuando días atrás habían hablado de matrimonio, por no mencionar el beso que ambos habían compartido y que ella consideró íntimo.

Fue entonces cuando Amy comprendió que quizá él nunca había tomado su relación tan en serio como ella, e incluso era posible que sus continuas peticiones de perdón fueran parte de su malestar al haberla herido.

Al darse cuenta de ello supo que estaba completamente sola y desamparada, por lo que decidió que no se avergonzaría por más tiempo ante él y recogería sus cosas para intentar empezar de nuevo. Al fin y al cabo, le quedaba su hijo Michael y en ese momento lo más importante era pensar en él.

—Lamento haberle hecho perder el tiempo —le indicó intentando mostrarse digna, mientras se levantaba de su asiento y sentía cómo las piernas apenas la sostenían.

En un esfuerzo por demostrarle que no iba a marcharse avergonzada alzó la cabeza, al no estar dispuesta a sentirse humillada por haber cometido un error en su adolescencia.

Pero solo había dado dos pasos cuando el señor Jones la volvió a sorprender, pues con su voz profunda y quizá algo menos fría se dirigió a ella.

—Me imagino que usted necesita un esposo para que este adopte a su hijo y no puedan quitárselo. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es —solo pudo decirle al sentirle tras ella.

—Entonces lo demás sobra.

Al escucharle creyó entender que él le estaba dando una explicación ante su falta de interés por su historia, pero al no estar segura sintió la necesidad de asegurarse de que así era.

—¿No desea saber cómo llegué a Baslow? —le preguntó sin atreverse a girarse para no tener que enfrentarse a su mirada.

—Quizá en otro momento, ya que, si como dice solo disponemos de seis días, no podemos perder el tiempo con el relato de su pasado.

Por un instante se alegró de no haberse girado para tenerle frente a ella, pues el desdén de su contestación volvió a dañarla, a pesar de que el señor Jones se había ofrecido a ayudarla.

Sabía que estaba siendo una ingenua al desear que le hubiera cogido de la mano y la hubiera consolado después de escucharla, pero había pasado tanto tiempo sola, que lo único que anhelaba era tener a alguien a su lado para que la protegiera. Una utopía que en ocasiones había creído alcanzar entre sus brazos, pero que hoy quedaba claro que había sido un sueño.

Fue entonces cuando Amy se percató de que esa mañana había conseguido un marido, pero que tendría que sufrir el pago de su indiferencia.

Quizá por eso no le impresionó la falta de entusiasmo en sus siguientes palabras, pues a esas alturas de la conversación ya le había quedado claro que de él solo conseguiría un matrimonio desinteresado.

—Esta misma tarde partiré hacia Londres para pedir una licencia especial. Después me reuniré con mis abogados para que preparen los documentos de la adopción, y espero estar de vuelta antes de que finalice el plazo.

—Gracias, señor Jones. Siempre estaré en deuda con usted por su ayuda —indicó tras girarse para mirarle a los ojos, a pesar de saber que el precio de esta unión sería su propio corazón.

—Lo sé —la rotundidad de su afirmación la dejó confundida, al mismo tiempo que se preguntaba qué le pediría a cambio de este favor—. Ahora regrese a casa y procure descansar, ya que deberá tenerlo todo organizado para cuando regrese.

—Así lo haré, hablaré con el señor Jemison para que nos case en la iglesia.

—Asegúrese de que la boda sea algo íntimo y esté todo preparado en cinco días —y, tras hacer un paréntesis para mirarla fijamente, continuó diciendo —: Tenga presente que si para entonces no estoy aquí tendrá que marcharse de Baslow, por lo que le aconsejo que sea precavida y haga también las maletas.

Temblando ante lo que se le avecinaba solo pudo asentir, pues tenía la sensación de que todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Por otra parte, la intensidad de su mirada la había dejado sin defensas, por lo que tuvo que apartar la suya antes de que él notara lo mucho que sus ojos verdes la perturbaban.

Agradecida por que la conversación hubiera acabado comenzó a caminar hacia la salida, notando de inmediato la mano de él en su espalda para guiarla. Tal vez en otras circunstancias ese roce la habría quemado o quizá le habría hecho sonrojar, pero tras lo que había sucedido estaba segura de que el señor Jones lo único que pretendía era deshacerse de ella cuanto antes.

A pesar de saberse un estorbo no pudo remediar decir la última palabra, al sentir la necesidad de asegurarle que no se arrepentiría de su ayuda, aunque ni ella misma estuviera convencida.

Por ello, justo en el umbral de la puerta se detuvo en seco y tras tomar aire se giró encontrándole ante ella con su mirada escrutadora, aunque estaba tan decidida a que la escuchara que no consiguió hacerla callar.

—Lamento haberle metido en este aprieto. Le juro que haré todo lo que esté a mi alcance para ser una buena esposa.

Como respuesta Amy solo obtuvo una mirada que se clavaba fijamente en la suya, haciéndole desear gritar de frustración ante un

hombre al que cada vez entendía menos. Quería exigirle que le dijera si él también haría todo lo posible por sacar adelante el matrimonio o si simplemente la olvidaría tras la ceremonia, pero se sintió demasiado cobarde al temer que no le gustaría su respuesta.

Solo cuando se dio cuenta de que él contemplaba detenidamente sus labios pensó que se había equivocado en todo, al intuir su deseo de probar sus labios y quizá de desear en alguna parte de él ese matrimonio.

Pero la esperanza de un futuro menos oscuro murió en el instante en el que él retrocedió unos pasos y apartó su mirada, dejándola perdida ante el anhelo de conseguir una felicidad que siempre se le escapaba entre los dedos.

—Hasta pronto, señora Ashton —el tono indiferente de su voz la devolvió a la realidad, asegurándole que él no le perdonaría los pecados de su pasado.

—Hasta dentro de cinco días, señor Jones —le respondió con la desilusión marcando cada sílaba, y sin más cruzó el umbral de la puerta sintiendo que dejaba atrás la ilusión de un amor por descubrir.

Pero no fue hasta que escuchó cómo él cerraba la puerta cuando algo dentro de ella le hizo temer que nunca más volvería a verle, al tener la certeza de que, además de esas puertas, se había cerrado el corazón del señor Jones, y este jamás regresaría para hacerla su esposa.

CAPÍTULO 17



Vestida de novia y resignada, Amy se preguntó cómo era posible que el tiempo pasara tan deprisa cuando más se necesitaba que fuera despacio y, sin embargo, en ocasiones como el momento en el que se encontraba, se detuviera de pronto en lo que parecía una agónica espera.

Y es que, si bien los días habían transcurrido con total rapidez desde su despedida en Covington Park, ahora que necesitaba que fuera deprisa se había vuelto insoportablemente lento.

Lo había sentido así desde que a primeras horas de la mañana había llegado a la parroquia para contraer matrimonio y, tras esperar lo que le había parecido una eternidad, el señor Jones no se había presentado.

La decepción que sintió había sido tan grande que pronto olvidó la ilusión con que había acogido al nuevo amanecer. Había tenido el anhelo de que en breve el señor Jones pondría fin a la agonía de saber que perdería a su hijo y, en vez de eso, lo único que encontró fue la humillación de saberse abandonada. Por no mencionar que había tenido que soportar durante horas las miradas de lástima de los asistentes a la boda.

Había sido tan doloroso enfrentarse a eso que solo le quedó admitir que él no llegaría y, tras tirar su ramo de novia a la basura, había regresado a Rose's House con el corazón destrozado y un futuro que se le presentaba cada vez más oscuro.

Desde entonces había permanecido encerrada en su cuarto sin querer hablar con nadie y negándose a comer, mientras trataba de

aferrarse a la esperanza de que por algún milagro la vida dejara de castigarla.

Pero el malicioso tic tac de algún reloj sonando de fondo le recordaba que el tiempo estaba en su contra, pues pronto tendría que tomar una decisión que cobardemente no se atrevía a asumir.

Dejando atrás este perturbador pensamiento y con el recuerdo confuso de los últimos días, Amy volvió a contemplar el exterior a través de la ventana, como si la visión del camino vacío que se extendía delante de ella le diera alguna clase de consuelo.

Revivió sin proponérselo todas las horas que se pasó sumida en los preparativos del enlace, sabiendo que se había volcado en ellos para dejar atrás la sensación de que algo terrible iba a suceder.

Y es que, de entre todos los recuerdos, el que más la perturbaba era el de la frialdad del señor Jones y cómo sus ojos la habían mirado con lo que le había parecido reproche.

Negándose a seguir pensando en él se centró en recordar algunos momentos, como la sorpresa de los Miller cuando les dio la noticia o la cara de felicidad de Michael cuando supo que iba a tener un padre.

De pronto en su cabeza se coló el momento en que la Señora Sherman se había enterado y cómo se había extendido la noticia entre los habitantes de Baslow, a pesar de haberse esforzado por mantenerlo en secreto.

El problema había sido que en un descuido Amy y la esposa del párroco habían comenzado a hablar, sin percatarse de la presencia de la señora Sherman, y en cuanto esta se enteró fue imposible convencerla para que no lo contara.

Desde entonces todo había sido un caos, al tener que preparar miles de detalles como el vestido de novia adecuado o una recepción para todo el pueblo, pues como no podía ser de otra manera nadie quiso perderse lo que se consideró el acontecimiento del año.

Durante los días de espera la intranquilidad de Amy permaneció controlada gracias al agotamiento en el que caía cada noche, pero ahora, siendo las cinco de la tarde del quinto día, tenía pocas esperanzas de que el señor Jones se presentara, por lo que solo le

quedó encerrarse en su cuarto, pues no soportaba que nadie viera su desilusión.

A pesar del desencanto, de la humillación y del agotamiento que sentía, no podía reprocharle su comportamiento, pues era lógico que un hombre de su posición y fortuna pensara en su propia conveniencia, antes de aceptar a una mujer marcada y madre de un bastardo.

En su interior había sabido esta verdad desde que había salido de la biblioteca de Covington Park, por lo que debía abrir de una vez los ojos y enfrentarse a la realidad de su destino.

Mirando hacia el rincón de su cuarto observó los dos baúles donde se hallaban guardadas todas sus pertenencias, pues como le había aconsejado el señor Jones, había preparado su equipaje por si él no acudía y debía marcharse de Baslow antes de que acabara el quinto día.

El problema era que con cada minuto que pasaba menos se decidía a dar ese paso, al haber una parte de su corazón que se resistía a rendirse y abandonarlo todo.

Sintiendo un pánico cada vez más creciente Amy tuvo que apartar la mirada de sus pertenencias, mientras angustiada se retorció las manos y se repetía una vez más hasta cuándo esperaría su llegada.

Sabía que tenía que tomar esa decisión cuanto antes, pues una vez que anocheciera le resultaría imposible emprender el viaje con su hijo. Aun así, no se decidía a hacerlo, pues sabía lo doloroso que sería dejar atrás a la familia Miller y una vida a la que se había acostumbrado.

También sabía que le costaría explicarle a su hijo porqué habían tenido que abandonarlo todo de forma tan repentina, pues en esta ocasión él ya era lo suficientemente grande como para darse cuenta de las cosas. Algo completamente diferente en relación con la última vez que huyó.

Mirando de nuevo por la ventana contempló cómo el sol caminaba imparable por el cielo, dejándole bien claro que solo tenía una opción y debía asumirla cuanto antes.

Su sueño de casarse con el señor Jones para tener a salvo a su hijo había llegado a su fin y, cuanto antes emprendiera la marcha, más lejos estaría para cuando Rosemary llegara al día siguiente.

Resignada se apartó de la ventana preguntándose cómo habrían sido las cosas si ella no hubiera rechazado al señor Jones o si su pasado no la hubiera marcado de por vida como una cualquiera.

Recordó a esa chiquilla ingenua que había amado sin condiciones a un sinvergüenza que la había utilizado, dándose cuenta de que su mala suerte en el amor no había cambiado tanto, al haber vuelto a confiar en un hombre que le había dado también la espalda cuando ella más le necesitaba.

Siendo evidente que no podía posponer por más tiempo su partida, se acercó a su mesita de noche para coger su Biblia, cuando el ruido de los cascos de un caballo consiguió paralizar su corazón.

Sin pensárselo dos veces Amy se apresuró de nuevo a la ventana, algo temerosa de lo que pudiera encontrarse, pues podría tratarse tanto del señor Jones como de un mensajero o, lo que era peor, de alguien enviado por su hermana para asegurarse de que no se escapara.

Con las piernas temblando llegó en el mismo momento en el que el chico de los Doves desmontaba del caballo, y pudo ver cómo este se acercaba al señor Miller, que había salido a recibirle.

Durante unos instantes permanecieron hablando, siendo evidente el nerviosismo de Sean a cada segundo que pasaba. A su vez el muchacho estaba tan sofocado que parecía que en vez de haber llegado a caballo hubiera venido corriendo. Todo ello estaba consiguiendo que Amy se impacientara cada vez más al temerse lo peor, por lo que tuvo que apartarse de la ventana antes de perder los estribos.

Sabía que tanto el matrimonio Miller como Lucy estaban en la casa intentando aparentar normalidad por el bien de Michael, por lo que estaba convencida de que en breve alguien se acercaría a su habitación para avisarla de la repentina llegada.

Sin embargo, estaba tan nerviosa que no podía soportar por más tiempo la espera, por lo que se secó las lágrimas de sus mejillas y

se recompuso lo mejor que pudo para dirigirse a la puerta.

Nada más abrirla se encontró con Nana alterada, que presurosa venía a avisarla de la llegada del jinete.

—Señora, acaba de llegar el chico de los Dowes —le dijo como si no fuera evidente que todos en la casa sabían de su presencia.

—¿Sabe a qué ha venido?

—Aún no, señora, pero seguro que mi esposo no tardará en ponerla al corriente.

Como si alguien hubiera gritado fuego las dos mujeres bajaron por las escaleras que conducían a la planta baja y, una vez frente a la puerta, vieron cómo Sean entraba apresurado.

—Señora, el muchacho de los Dowes ha venido a informarle de que el señor Jones la espera en la parroquia.

Durante un eterno segundo Amy se quedó petrificada mientras intentaba asimilar la noticia, pues le costaba creer que sus oídos no la estaban engañando.

Dudando de su audición se quedó mirando a Sean por unos segundos, hasta que fue capaz de pronunciar algo que tuviera sentido.

—¿El señor Jones está en Baslow?

—Así es, señora, en la iglesia.

Observando cómo Sean retorció su gorra de los domingos Amy no supo cómo reaccionar, pues había estado tan convencida de que él no vendría que ahora su mente se negaba a aceptar la realidad.

A pesar de saber sobre su pasado y de haber hecho y dicho cosas que no todo el mundo perdonaría, él había regresado, pero además era evidente que aceptaba el casamiento al estar esperándola para contraer matrimonio.

De pronto se percató de lo que significaba su presencia, ya que eso quería decir que había arreglado los papeles, no solo para su boda sino para adoptar a Michael. La impresión que le causó saber que no le quitarían a su hijo hizo que estuviera a punto de caer al suelo, del mismo modo que no pudo evitar llorar a causa del alivio que sentía.

Sacando fuerzas de donde no las tenía Amy tuvo que contener la profundidad de sus emociones para no abrazarse a Nana, ya que

sabía que si se dejaba llevar le costaría volver a reponerse.

—Señora, ¿no cree que deberíamos regresar a la parroquia? — la voz de Nana la sacó del letargo que su mente estaba sufriendo y, sin más dilación, se secó las mejillas con el pañuelo en un intento de aparentar fortaleza.

—Tiene razón, señora Miller, prepárelo todo para partir cuanto antes.

Como si hubiera sonado el disparo de salida de una carrera de galgos, Nana desapareció a toda prisa, mientras su esposo volvía a salir de la casa para enganchar los caballos y decirle al muchacho que regresara al pueblo y anunciara su inminente llegada.

De todas formas, Amy estaba demasiado ocupada recuperándose del sobresalto para prestarle atención, ya que había sido una sorpresa que, justo cuando creía que todo había acabado, hubiera aparecido un mensajero devolviéndole las esperanzas.

Fue entonces cuando recordó que en el momento de la llegada del emisario había cogido la Biblia que siempre colocaba sobre su mesita, viendo en ello una señal de que Dios estaba con ella y no debía preocuparse.

Conteniendo las ganas de llorar Amy miró al cielo para agradecerle que no la hubiera abandonado, a pesar de su infinidad de defectos y de un pasado que la marginaba como pecadora. Solo el ruido de unos pasos presurosos la sacó de su recogimiento, pues supo que el momento de la verdad había llegado.

Alisándose su vestido de novia color malva agradeció no habérselo quitado y, con la primera sonrisa sincera en días, se volvió para encontrarse a su hijo Michael y a Lucy que venían de la cocina.

—Mi madre vendrá en unos segundos —le aseguró una Lucy que también sonreía mientras llevaba de la mano a Michael.

Solo con mirarle a la cara era evidente que estaba al corriente de la noticia y se alegraba por ella. Un gesto que Amy agradeció, pues después de haberse sentido como si se rompiera en mil pedazos, necesitaba de todas las sonrisas de las que pudiera rodearse.

Suspirando y con el alivio marcando cada latido de su corazón Amy se puso la capa, agradecida por no tener que huir con su hijo

como si fuera una vulgar ladrona. La llegada del señor Jones le había dado la seguridad de su protección frente a su familia, del mismo modo que debía asumir que una parte de ella se alegraba de que no la hubiera abandonado.

También debía reconocer que había sido injusta con él al haberlo juzgado severamente, cuando él había demostrado que era un hombre en el que se podía confiar. En ese mismo momento decidió que le daría una oportunidad a su matrimonio, aunque no sabía cómo podría mirarle a la cara después de lo injusta que había sido.

Con un escalofrío recorriendo su cuerpo Amy no quiso perder más tiempo sumida en sus pensamientos, por lo que cogió de la mano a su hijo para dirigirse al exterior. Fue curioso percatarse de que de nuevo el tiempo volvía a correr a toda prisa, dejando atrás el lento tic tac de hacía unos minutos.

—¿Es ahora cuando tengo que ser bueno, mamá? —le preguntó Michael mientras caminaba a su lado vestido como todo un caballero.

A Amy no le sorprendió el comentario de su hijo, pues desde que le había comunicado que tendría un nuevo padre después de la ceremonia, tanto ella como la familia Miller le habían insistido que ese día debía demostrar a todos lo bueno que era.

—Así es, Michael —le contestó con dulzura—. Ahora iremos a la parroquia y deberás estar al lado de Lucy calladito.

—¿Y estará ahí el señor Jones para ser mi papá? —siguió interrogándola mientras esperaban el carruaje que los llevaría a Baslow.

Escuchar a su hijo llamar papá al señor Jones pudo con sus emociones y tuvo que agacharse para abrazar a su hijo pues necesitaba con desesperación su cercanía.

—Sí, mi pequeño, a partir de hoy será tu papá.

Sintiendo la garganta cerrada Amy solo pudo permanecer en silencio aferrada a su hijo hasta que escuchó aproximarse el carruaje que los llevaría al pueblo. Solo entonces tuvo las fuerzas necesarias para continuar adelante y, tras sonreír a Michael, observó cómo su transporte se colocaba ante ellos.

A partir de entonces todo fue un caos de confusión y prisas, pues nada más acomodarse junto a su hijo apareció una sofocada Nana con su hija y ambas se sentaron frente a ella.

Sabía que a su ama de llaves no le había convencido su decisión de compartir el carruaje, pero ella los tenía en alta estima y no encontraba nada incorrecto en que la acompañaran. Al fin y al cabo, solo era una viuda sin familia y sin grandes pretensiones, por no mencionar que no tenían otro transporte que las llevara al pueblo.

Y así, con el pecho a punto de estallarle, los nervios consumiéndola y un Michael que preguntaba por todo, consiguieron llegar al pueblo en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO 18



Había algo especial en Baslow esa tarde. Era una sensación que se palpaba en el ambiente a pesar de que no se pudiera ver, como tampoco se escuchaba nada extraño más allá del repiquetear de los cascos del caballo y el ruido de las ruedas al girar.

Era algo que Amy había percibido incluso antes de llegar al pueblo y la había hecho estremecerse. Tenía la sensación de que con cada segundo que pasaba más se aproximaba a algo perturbador que la estaba esperando, teniendo que poner sus cinco sentidos para tratar de calmarse y respirar con normalidad.

Y es que conforme el carruaje se iba acercando a Baslow a Amy empezó a faltarle el aire, a pesar de haber estado deseosa de llegar para terminar cuanto antes con ese día.

El problema había sido que con cada bache del camino su cuerpo más se había agitado, no por el pequeño salto del que venía acompañado, sino porque lo notaba como un recordatorio de que el señor Jones la estaba esperando frente al altar.

Con solo pensar en ello notaba cómo la vista se le nublaba, las manos le sudaban y la garganta se le cerraba, hasta llegar al punto de estar ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. Ni la voz jubilosa de Michael, que no paraba de hablar, ni las miradas recelosas de Lucy y Nana consiguieron que volviera a la realidad hasta que el coche de caballos se detuvo y, como en un baile sincronizado, su corazón también se paró.

—Ya hemos llegado —logró escuchar a pesar de su ataque de pánico, pues, aunque se había sentido preparada para esta unión, ahora se notaba sin fuerzas para dar un solo paso.

Solo al advertir cómo Nana le cogía de la mano pudo relajarse un poco, aunque con el mero hecho de contemplar la inquietud de su rostro resultaba evidente que necesitaba unos minutos más para tranquilizarse.

Mirando por la ventanilla observó a los habitantes del pueblo corriendo hacia la iglesia como si estuviera San Pedro repartiendo las llaves del paraíso o como si ninguno de ellos quisiera perderse el encuentro entre ella y el señor Jones.

Al pensar en ello se percató de que ese era el motivo de su recelo, al no saber si él la estaría esperando con una sonrisa o con el ceño fruncido. Sentada en el carruaje trató de respirar y de tener presente que estaba haciendo lo correcto, a la vez que se repetía que, aunque él no la quisiera, ella haría todo lo posible por ganarse su respeto, su cariño y quizá con el tiempo su corazón.

Rememoró las veces que se habían visto y cómo le hacía sentir, así como ese beso en el camino que lo había cambiado todo.

—No se preocupe señora, el señor Jones es un buen hombre y cuidará de usted —la voz segura de Nana logró que suspirara un poco más aliviada.

—Estoy siendo una tonta, ¿verdad?

—No señora, es normal que una novia esté nerviosa el día de su boda.

Alzando la cabeza Amy la miró a la cara, como si buscara la confirmación de lo que significaban esas palabras.

—¿Usted también se puso nerviosa?

—Temblaba como un flan. Mi madre incluso se temió que me desplomara en medio del pasillo y quedara en ridículo completamente despatarrada —al escucharla no pudo evitar sonreír y sentirse un poco mejor.

—Espero no hacer lo mismo.

La carcajada de Nana la volvió a hacer sonreír.

—No lo creo, señora. Usted es de la clase de personas que cogen al toro por los cuernos.

Algo dentro de Amy se abrió al escucharla, pues el percatarse de que la consideraba una mujer fuerte cuando en realidad se sentía como una cobarde, le hizo encontrar el arrojo que necesitaba.

Quizá estuviera asustada por tener que casarse con un hombre al que apenas conocía, perdiendo así su ansiada libertad, pero era cierto que jamás habría pensado en el señor Jones como marido si no supiera que podría ser feliz a su lado.

Ya más segura apretó con fuerza la mano de Nana, dándose cuenta por primera vez de que ambas estaban solas en el interior del carruaje, lo que significaba que, en algún momento en medio de su ataque de pánico, Lucy había sacado a Michael de la cabina, quizá para que no viera a su madre en esas condiciones y se asustara.

—Gracias, Nana —le agradeció llamándola cariñosamente por su apodo como muestra de cariño, dejando así claro que le agradecía por los años que había permanecido a su lado.

—Gracias a usted por hacernos formar parte de su familia.

Sin más ambas mujeres se fundieron en un abrazo, mientras notaban cómo las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas.

—Será mejor que salgamos antes de que alguien se pregunte si estamos pensando en escapar corriendo.

Aún emocionadas se secaron las lágrimas y, tras comprobar que tanto el vestido como el peinado estaban perfectos, ambas salieron del carruaje con una sonrisa y con la certeza de saber que, pasara lo que pasase, siempre podrían contar la una con la otra.

Nada más salir del carruaje, Amy se encontró con que había un pequeño grupo de damas que la estaban esperando ante la puerta de la iglesia, encontrándose entre ellas su amiga Ruth junto a su madre, así como la señora Sherman acompañada de otras mujeres de la asociación de damas de la costura de Baslow. Aunque su mirada primero se centró en Lucy y en cómo esta, tras verla salir del carruaje, conducía a Michael al interior del edificio.

Fue justo en ese instante que agradeció la pequeña charla con la señora Miller, pues de lo contrario ante lo que le esperaba habría salido corriendo calle arriba. Sin embargo, ahora se sentía con las fuerzas necesarias para enfrentarse a cualquier cosa y decidida comenzó a caminar hacia ellas.

Mientras se acercaba a ellas Amy pudo apreciar la riqueza de algunos de los trajes, como el de la señora Sherman, aunque para su gusto prefería otros menos recargados que también brillaban por su buen gusto. Un detalle del que apenas se había percatado esa misma mañana, cuando algunas de ellas habían permanecido a su lado en la iglesia a la espera del señor Jones.

Justo cuando estaba a escasos pasos pudo escuchar un comentario que la detuvo en el acto, pues este había sido dicho por la delicada y encantadora señorita Piper, la cual tenía el defecto de hablar sin pensar lo que decía. Una desgracia que la señorita Piper contrarrestaba con la belleza de su rostro y su mirada ingenua.

—No debe usted preocuparse. Hemos estado custodiando la puerta de la iglesia para que el señor Jones no se escape.

Fue más que evidente el empujón que le dio la señora Sherman, pues le hizo perder el equilibrio por unos instantes. Y es que la mujer estaba decidida a que en esta ocasión nada saliera mal, por lo que pronto se dispuso a dar una explicación ante las palabras inapropiadas, pero ciertas, de la señorita Piper.

—No le haga caso, señora Ashton —comenzó a decir la señora Sherman mientras se le acercaba con una sonrisa que trataba de hacerla creer que había sido una broma—. La señorita Piper es famosa por sus ocurrencias, pero, aunque a veces estén fuera de lugar, lo único que pretende es agradar a las presentes.

—En ese caso le agradezco su esfuerzo por amenizar la espera, aunque... —y acercándose a la señorita Piper que estaba cabizbaja le dijo en un susurro—...también le agradezco que haya mirado por mis intereses.

Las disimuladas risitas de las presentes deshicieron la tensión que se había formado en el grupo y, ya más tranquilas, se dispusieron a decirle aquello para lo que le estaban esperando.

Tras un ligero carraspeo la señora Sherman llamó la atención de las mujeres y, tras asegurarse de que la miraban, comenzó a recitar el discurso que apresuradamente se había preparado.

—Como presidenta de la distinguida asociación de damas de la costura de Baslow, de la cual usted es miembro desde hace cuatro años, le otorgamos el distintivo de dama casada. Una insignia que

lleva generaciones ofreciéndose a aquellas mujeres de la asociación que han contraído matrimonio, y que consiste en la flor de un tulipán de color azul —nada más decirlo le colocó el distintivo en el lado izquierdo de su pecho, mientras las demás damas aplaudían con sus manos enguantadas.

Como no podía ser de otra manera la señorita Piper volvió a intervenir sin que nadie se lo pidiera, al pretender resarcirse de su anterior metedura de pata, algo que por supuesto no consiguió, pues volvió a decir algo fuera de lugar.

—Hemos pensado que sería mejor entregársela antes de que entrara en la iglesia, ya que, al tratarse de una boda tan singular, quizá después podría desaparecer junto al señor Jones.

Como en la vez anterior volvió a ganarse otro empujón de la señora Sherman, aunque esta vez estuvo a punto de tirarla al suelo, además de las miradas de censura de las demás damas.

—Lo que la señorita Piper quiere decir, y parece que hoy no acierta con las palabras, es que hemos decidido por mayoría entregarle el presente antes de lo que solemos hacer, pues tal vez ustedes tras la boda partan hacia Londres al residir allí el señor Jones.

Nada más escucharla Amy palideció, pues en ningún momento se le había ocurrido que algo así sucediera. Había creído que por lo menos permanecerían en Baslow unos días, hasta que fuera acostumbrándose a la idea de estar casados. Pero lo cierto es que ahora que lo pensaba la posibilidad de que eso sucediera era más que evidente y se preguntó si estaría preparada para enfrentarse a todos esos cambios en tan poco tiempo.

—¿Creen que va a desmayarse o quizás es más probable que salga corriendo?

—¿¡Quiere alguien llevarse de aquí a la señorita Piper!?! —Soltó exasperada la señora Sherman tras haber vuelto a escuchar otro comentario fuera de lugar de esa señorita.

—Amy, ¿estás bien? —le preguntó su amiga Ruth que se había adelantado abriéndose paso entre las distinguidas damas de la asociación de costura de Baslow.

—Tranquila, estoy bien. Es solo que no había pensado en la posibilidad de que nos fuéramos a Londres tan pronto —le dijo en voz baja, mientras dos señoras se llevaban a la señorita Piper y las otras trataban de agudizar el oído.

—Seguro que el señor Jones querrá pasar aquí la noche para descansar del viaje. Y mañana puedes hablar con él y decirle que necesitarás unos días para empaquetarlo todo.

La sonrisa que Amy le ofreció le hizo ver a Ruth que sus palabras habían conseguido calmarla, por lo que ella también pudo relajarse. Reconocía que en los últimos cinco días había estado muy preocupada por ella, pues sabía que tenía demasiadas cosas en las que pensar y debía sentirse agobiada ante tantos cambios.

Pero cuando Amy pensó que por fin podría entrar en la iglesia antes de que el novio saliera a buscarla desesperado, la madre de Ruth se colocó al lado de esta y, con todo el disimulo que fue capaz de mostrar, le entregó algo a su hija.

Solo entonces se percató del ramo de flores que esta había estado sosteniendo, recordando en ese mismo instante que por la mañana había tirado a la basura su ramo de novia y con todo lo sucedido desde entonces, no se había acordado de recoger más flores.

—Mi madre y yo queremos regalarte el ramo de novia. —Le dijo mostrando el precioso ramo de rosas blancas—. Nos dimos cuenta de que perdiste el tuyo y pensamos que necesitarías uno.

Amy no sabía si agradecer más el detalle de regalarle el ramo de rosas o el hecho de que fuera tan discreta y no mencionara que en vez de perderlo lo había tirado. Pero de lo que sí estaba segura era de estar orgullosa de la maravillosa gente de Baslow, pues toda ella siempre se había comportado de forma extraordinaria. Sobre todo, sus amigas Ruth y Emily.

De pronto, mientras sostenía el ramo entre sus manos y las demás mujeres se secaban las lágrimas que en toda boda debían aparecer, se dio cuenta de que aún no había visto a su amiga Emily. Pensó que quizá estaría en el interior atosigando como siempre a su señor Mayer, por lo que no le dio más importancia.

Sin querer perder más tiempo Amy se dispuso a entrar en la iglesia tras un retraso considerable, hasta que la madre de Ruth, la señora Powell, la detuvo cogiéndola del brazo.

—Aún no puede entrar, falta la señora Whiteside.

Por un momento Amy se quedó pensativa tratando de recordar quién era esa señora y por qué no podía casarse sin que ella apareciera, hasta que la visión de dos mujeres tirando de una tercera le aclararon las dudas.

La viuda Whiteside era una mujer de unos cincuenta años, de complexión delgada y cara seria, que, además de estar siempre regañando a los niños por hacer demasiado ruido, era la encargada de tocar el órgano de la iglesia. Sin lugar a dudas era un honor que se había ganado desde hacía casi treinta años, a pesar de que ahora tuviera una prominente ceguera y fuera propensa a quedarse dormida en la homilía.

Quizá en otras circunstancias ver aparecer a la pobre mujer arrastrada como si fuera un saco de patatas la habría espantado, pero conforme se estaba desarrollando el día, estaba convencida de que ya nada le sorprendería.

—Ya estamos aquí —señaló una de las mujeres que acompañaba a la señora Whiteside sin percatarse de que la pobre mujer, con las prisas, en vez de coger un sombrero negro a juego con su indumentaria, se había puesto otro de color escarlata.

Si solo se hubiera quedado ahí la anécdota, Amy estaba convencida de que las risas no habrían surgido del grupo de mujeres, pero cuando fue evidente que además el sombrero estaba del revés y la gran pluma de ganso caía delante de la cara de la señora Whiteside como si fuera una caña de pescar, fue imposible esconder las indiscretas carcajadas.

Ajena a su peculiar apariencia la señora Whiteside pasó presurosa entre las damas distinguidas, sin percatarse de que estas ahora lloraban a causa de las risas contenidas.

—Ya voy, ya voy —dijo la señora Whiteside entrando en la iglesia, mientras la pluma de ganso oscilaba justo enfrente de su nariz, como si fuera un capote que llamaba a un toro bravo.

—Creo que ahora sí que podemos entrar —soltó la señora Miller, que había permanecido tras ella en silencio, aunque le había costado un gran esfuerzo no reírse ante la apariencia de la singular dama.

Sin más tiempo que perder el grupo de mujeres comenzó a entrar, dejando en último lugar a la novia y a Nana.

—¡Espera! —escuchó la voz alterada de una mujer que le gritaba.

Sorprendida Amy se giró, encontrándose a Emily que presurosa se le acercaba corriendo.

—Creía que no llegaría a tiempo.

—Has llegado en el minuto exacto —le indicó Nana.

—Lo siento, no me enteré de la llegada del señor Jones hasta que vi a la señora Whiteside corriendo por mi calle con ese espantoso sombrero escarlata.

—Lo importante es que has llegado —le contestó Amy con una sonrisa en los labios.

—¿Sigue en pie que sea una de tus damas de honor?

—Por supuesto que sí. —Le aseguró cogiéndola de la mano—. Te quiero a mi lado cuando camine hacia el altar. Además, Ruth debe de estar dentro preocupada por tu retraso.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —soltó una risueña Emily, ya más tranquila al saber que no se había perdido la boda de su amiga.

Sin más por decir las dos mujeres comenzaron a caminar hacia las puertas de la iglesia, donde Nana las estaba esperando con los ojos vidriosos por la emoción.

Amy sabía que una vez atravesadas esas puertas toda su vida cambiaría para siempre, pero se dijo que lo desconocido no siempre podía ser algo malo, sino toda una aventura.

Con las puertas abiertas de par en par frente a ella, respiró profundamente mientras esperaba que todos se colocaran en su sitio. Recordaba que tenía que darle tiempo a Nana para que llegara a las primeras filas, donde la estaban esperando sentados su marido Sean, Lucy y el pequeño Michael, el cual había estado correteando junto a otros niños y ahora el pañuelo de su cuello no estaba impecable.

Sabiendo que el momento había llegado les indicó a sus amigas que dieran la señal acordada y, tras unos breves segundos, la señora Whiteside comenzó a tocar El canon en D de Johann Pachelbel^[8].

Como si todos los presentes estuvieran sincronizados, al escuchar la melodía^[9] se giraron y, tras contemplar que la bella novia comenzaba a avanzar detrás de las damas de honor, algunos de ellos lloraron, otros suspiraron y otros se miraron el reloj como si la estuvieran recriminando por la larga espera.

Sin embargo, Amy apenas era consciente de nada de ello, pues solo podía pensar que con cada paso que daba más se adentraba en una nueva vida.

Una vida que compartiría con el imponente hombre que la contemplaba con deleite desde el altar, y al que parecía no importarle su tardanza. Pero lo que de verdad impresionó a Amy fue la intensidad con que la observó y cómo sus miradas quedaron atrapadas en el mismo instante en que se unieron.

Como si fuera empujada hacia él, Amy caminó despacio sin ser consciente de nada a su alrededor, como tampoco notó la cara de felicidad de su hijo cuando por fin pudo verla.

Era tal la influencia del señor Jones que se preguntó si alguna vez dejaría de sentir miles de mariposas en el estómago cuando lo tuviera cerca. Una sensación que se iba acrecentando conforme se aproximaba hasta empezar a sentir debilidad en las piernas.

Sin querer reconocer que todo a su alrededor había desaparecido quedando tan solo ellos, no tuvo más que perderse en su mirada y en esa sensación que le aseguraba que estaba haciendo lo correcto. Pero sobre todo lo que más le impactó fue encontrarse con unos ojos sin recelos ni frialdad, que le provocaban hormigueo y le hacían preguntarse si podrían empezar de cero.

Fuera como fuese ahora se encontraba frente a él y, aunque escuchaba el sonido de la voz del señor Jemison, solo podía atender a la idea de que desde ese instante pertenecería en cuerpo y alma a un hombre al que apenas conocía, pero que se había marcado a fuego en su pecho.

CAPÍTULO 19



Cuando había entrado a caballo en Baslow, hacía ya unas horas, le había parecido que una parte de él volvía a cobrar vida.

Era como si todo lo vivido en ese pueblo le hubiera marcado para siempre y, por mucho que se alejara, jamás dejaría de sentir que había dejado un pedazo de su corazón en ese lugar.

Si había tenido alguna duda al respecto, la había despejado la visión de la señora Ashton caminando hacia él por el pasillo de la iglesia, pues nada más verla aparecer todo a su alrededor había desaparecido quedando solo ella.

El deseo de acercarse, de besarla con todo el ardor que sentía y de decirle que si ella lo quisiera le regalaría el mundo entero, no fue nada comparado con lo que experimentó cuando sus miradas se unieron.

La sensación de pertenecerse había sido tan grande que, si no se hubiera quedado clavado en el sitio, habría ido a su encuentro para abrazarla con fuerza y jamás soltarla.

Sin embargo ahora, ante la puerta de su recámara, tras una boda de la que solo recordaba su rostro y tras una recepción que se le hizo eterna, ya que los invitados los mantuvieron separados con conversaciones banales, se preguntaba si sería bien recibido en su propia noche de bodas.

Habían sucedido tantas cosas entre ellos y había callado tantos sentimientos que ahora se preguntaba si sería mejor que simplemente le diera las buenas noches y se marchara, o si debía ejercer su derecho de marido y hacerla suya como tanto ansiaba.

Pero el recuerdo de su rechazo y de cómo no quiso perdonarle pudo más que su anhelo y suspirando decidió que esa noche más que un marido sería un caballero al darle el espacio que necesitaba.

Al fin y al cabo, por mucho que le doliera sabía que ella no se había casado por amor, pues había sido la necesidad de un esposo lo que les había llevado a la situación en la que se encontraban.

Por otro lado, tampoco debía olvidar que esa noche su esposa debía de estar muy asustada, no por los motivos que toda novia tiene ante los placeres ocultos del matrimonio, pues era evidente que ella ya los conocía, sino porque al día siguiente tendría que enfrentarse a su hermana para que no le arrebataran a Michael.

Fue el convencimiento de saber que estaría asustada y podría necesitarle lo que le movió a atravesar su puerta y, tras llamar a esta con los nudillos, por primera vez en su vida se adentró en un juego del que desconocía las reglas.



Tras su matrimonio con el señor Jones por fin había conseguido la seguridad que tanto necesitaba y sin embargo Amy no se sentía tranquila.

Era imposible sentirse así, al no saber qué iba a suceder esa noche. Si por lo menos el señor Jones le hubiera mencionado cómo iba a funcionar su matrimonio, se habría preparado para ello en vez de estar caminando de un lado a otro de su nuevo cuarto.

Pero el no estar segura de si esa noche la reclamaría como su esposa le había hecho temer el momento en el que se encontraba, al no saber cómo prepararse para algo que quizá nunca sucediera.

Imaginar sus manos sobre su cuerpo y el sabor de sus labios en su boca la estaba desarmando, pues a pesar de no haber querido ese matrimonio en más de una ocasión, no podía negar que deseaba al señor Jones del mismo modo que temía su amor.

Y es que una parte de ella aún esperaba que él la abandonara o la utilizara como habían hecho en el pasado, tal vez porque le

costaba confiar en las personas y a él le conocía desde hacía poco tiempo. Pero esa noche no quería revivir los viejos temores que siempre la acompañaban, aunque a cada segundo que pasaba se le hiciera más pesada la incertidumbre de no saber qué sucedería ahora.

Era posible que a su lado se curaran las heridas de su pasado y, en su nueva vida como señora Jones, aprendiera que el amor no era algo traicionero. Quizá haber conocido al señor Jones había sido lo mejor que le pudo suceder, o tal vez fuera otra condena que debía asumir como pago por sus pecados.

Aun así, dentro de ella aún reinaba la inseguridad y, aunque se repetía una y otra vez que dejara de tener miedo y confiara, le preocupaba la sensación de que algo más fuerte que ella le estaba esperando tras su puerta.

Sobre todo porque había demasiados temores en su interior, como qué pasaría esa noche si hicieran el amor tras años de no estar con nadie. ¿Sería como volver a perder su virginidad? ¿Recordaría lo que era la pasión en sus brazos? ¿Sabría cómo complacerle? Pero había una duda que la estaba consumiendo y nada tenía que ver con estar entre sus brazos, y era saber si él la deseaba.

Porque, ¿y si él se había casado con ella por caballerosidad y ahora la apartaba de su vida? Pensar en esa posibilidad la estaba martirizando más que cualquier otra duda, pues verse a sí misma nerviosa por la espera no era nada comparado con que él no se presentara.

De ser así no estaba segura de qué iba a hacer, al no saber cómo soportaría pasar toda la vida junto a un hombre por el que se sentía atraída y con el que jamás podría compartir sus deseos.

De pronto el ruido de unas pisadas la alertaron, pues tras la pequeña recepción de su boda en los jardines traseros de la iglesia, el matrimonio se había marchado solo a Covington Park.

Los Jemison habían insistido en que esa noche ellos se ocuparían de Michael y tanto a Rick como a Amy les había parecido una buena idea. Se habían percatado de que sin proponérselo la pareja les había ofrecido un refugio para Michael, pues de esa

manera podían mantener apartado al niño del encuentro que tendrían a la mañana siguiente con Rosemary.

De esta forma tan sencilla habían conseguido un escondite para Michael en caso de que todo saliera mal, pues Amy estaba segura de que Rosemary no les pondría las cosas fáciles. También la conocía lo suficiente para saber que no buscaría a su sobrino por todo el pueblo, y menos aún acudiría a buscarlo a casa del párroco al saber que lo tendría en su contra.

Tener la certeza de que por el momento Michael estaba a salvo le había dado cierta seguridad, aunque no tardó en perderla cuanto tras la recepción habían partido a Covington Park y su nuevo esposo le había informado de que durante la noche nadie les molestaría.

Por eso sabía que las pisadas que escuchaba solo podían pertenecerle a él, ya que le había quedado claro tanto por el comentario de Rick como por el comportamiento de los sirvientes, que esa noche todos en la mansión se retirarían pronto para darles privacidad.

De ahí la certeza de que esas pisadas eran de su esposo, pero por si le había quedado alguna duda, estas se habían resuelto cuando se detuvieron al otro lado de la puerta.

Durante unos instantes se mantuvo a la espera, mientras su corazón se aceleraba y su cabeza no dejaba de elucubrar, al no saber si prefería que él entrara o que se alejara. Una duda que a cada segundo se le hacía más insoportable, pues a ello se le unía la sensación de haberle utilizado para retener a Michael a su lado.

Por suerte no tuvo que esperar mucho tiempo para saber qué sucedería, pues al observar girar el pomo de la puerta, le quedó claro que antes de acostarse sabría si su marido también la deseaba, o por el contrario solo le daba las buenas noches y se alejaba de ella en todos los sentidos.

Poco a poco la puerta se fue abriendo hasta que quedó ante ella la figura de su nuevo esposo, que nada más verla ante él vestida de raso blanco y con el cabello suelto, no solo se quedó petrificado, sino que fue más que evidente que también la deseaba.

—Venía a ver si necesitabas algo —le dijo con voz ronca y sin poder apartar los ojos de ella.

—Todo está perfecto, señor Jones.

Amy no pudo evitar sentirse turbada al mantener las formalidades delante de su esposo, sobre todo cuando se encontraba en la recámara vestida con un conjunto semitransparente. Un salto de cama que le habían regalado entre risitas sus amigas y que ahora deseaba cubrir con un chal al comprobar cómo su marido la contemplaba.

Sin lugar a dudas saber que él la estaba recorriendo con la mirada le hacía sentirse insegura, como también conseguía que se quedara paralizada al encontrarse ante una situación que nunca antes había vivido.

Por un momento Amy estuvo tentada de contarle que para ella también era su primera noche de bodas, pero no tuvo ocasión de hacerlo al ser interrumpida.

—Me alegro. Quisiera que te sintieras a gusto en Covington Park, pero sobre todo me parece que ha llegado el momento de que me llames por mi nombre.

Durante unos segundos ambos se miraron, mientras Amy intentaba descifrar qué pretendía conseguir con este acercamiento. Quizá le estaba ofreciendo la oportunidad de sentirse cómoda para empezar de cero en su matrimonio o, en el peor de los casos, solo estaba tratando de aligerar la tensión entre ambos.

De cualquier forma a Amy le agradó que él quisiera destensar su relación, por lo que encantada solo pudo contestar de forma afirmativa.

—Me parece bien, Richard.

Sintiendo como si una especie de barrera cayera ante ellos, ambos se relajaron, aunque cuando le vio avanzar sin apartar la mirada de sus ojos, supo que algo decisivo entre ambos estaba a punto de suceder.

—Prefiero que en privado me llames Rick —prácticamente le susurró cuando estuvo frente a ella, consiguiendo que la temperatura de la habitación subiera como la espuma.

Con la boca seca, el cuerpo acalorado y la mente completamente en blanco, a Amy solo le quedó asentir mientras seguía perdida en su mirada y, como si fuera un conjuro, dejaba escapar su nombre entre los labios.

—Rick.

Por su parte Rick tuvo que contenerse para no abrazarla y hacerla suya en ese instante, al recordar a tiempo que había decidido que esa noche no consumaría su matrimonio.

No es que no la deseara, pues el abultamiento de su entrepierna dejaba bien claro qué era lo que sentía, sino que no podía olvidar que su casamiento había sido solo fruto de un acuerdo. De él solo se requería que se hubiera casado con ella y que al día siguiente impidiera que su hermana se llevara a Michael, y después de eso no había quedado muy claro qué sería de ellos.

De haber sabido que sería tan duro refrenarse quizá no lo habría aceptado, pero cada vez que recordaba la desesperación con que había acudido a él, tragándose su orgullo, le daba la fortaleza necesaria para retroceder y recordarse que solo le quería para que la ayudara.

Sus negativas a perdonarle y a dejar de ver en él otra cosa que no fuera a un conquistador sin principios, le habían dejado bien claro que no había logrado llegar a su corazón. Por eso le había costado tanto atravesar la puerta que les separaba para acercarse a ella, pues sabía que la desearía como nunca y sin embargo jamás podría hacerla suya.

Sin posibilidad de tenerla entre sus brazos y, lo que era peor, de que le creyera si le contaba que había aceptado ser su esposo movido por sus sentimientos, solo le quedaba ganarse su amistad, aunque con ello se estuviera condenando a una vida de frustración.

Aun así, ante la posibilidad de estar un segundo más en su compañía, solo le quedó contenerse y, aunque tuvo que cerrar con fuerza los puños para no tocarla, decidió que el dolor de su cuerpo y de su alma valía la pena con tal de poder permanecer a su lado.

Después de todo, quizá al día siguiente las cosas volverían a ser como antes, pues una vez que el problema con Rosemary estuviera resuelto él ya no sería necesario. Aun así, jamás podría olvidar la

visión de ella semidesnuda y expectante, como jamás olvidaría el brillo de sus ojos o el sabor de su boca.

Estaba convencido de que esos recuerdos lo perseguirían durante todas las noches de su vida, como una muestra de lo que pudo tener y nunca pudo haber sido. Pero ahora tenía la oportunidad de ganarse su confianza y quizá con el tiempo y un poco de suerte lograra llegar de nuevo a ella.

Con ese propósito Rick pensó en tranquilizarla, pues solo hacía falta observarla para descubrir que se sentía nerviosa, algo completamente lógico que debía remediar.

—No debes preocuparte. No olvido que nuestro matrimonio solo es un acuerdo para que Michael esté a salvo. Y aunque sé que no mencionaste que nunca se consumaría, soy consciente de que no puedo obligarte a hacer algo que no desees.

Al escucharle Amy supo que Rick había malinterpretado su nerviosismo, pues lo más seguro es que hubiera creído que se negaba a cumplir con sus funciones de esposa. Algo que no era cierto, aunque reconocía que esa noche estaría demasiado preocupada por Michael como para ser complaciente.

Sabiendo que le debía la verdad se propuso contestarle, aunque tuvo que bajar la mirada al sentirse avergonzada.

—Rick, sé cuáles son mis obligaciones como esposa y estoy preparada para cumplirlas.

Al escucharla Rick no pudo evitar estremecerse, no a causa del deseo, sino porque le repudiaba la idea de que se sacrificara entre sus brazos por obligación.

Quería que si algún día llegaba a ofrecerse lo hiciera movida por el deseo y no por culpa de unos votos hechos en una iglesia. Pretendiendo dejar las cosas claras no dudó en acercarse más y, tras colocar su índice bajo su barbilla, alzó despacio su cabeza hasta conseguir que esos preciosos ojos verdes le miraran.

—El problema es que no quiero que sea una obligación. Me gustaría que vinieras a mí porque así lo desees y no porque debas sacrificarte por tu hijo.

Extrañada por lo que acababa de decirle, Amy frunció el ceño, pues no había imaginado que él quisiera su aceptación. Había

estado convenciéndose a sí misma de que no la deseaba, pero todo indicaba que estaba equivocada.

Sus palabras le acababan de dejar bien claro que no quería tenerla entre sus brazos si en ella no anidaba el deseo. Además, por si le cabía alguna duda, solo tenía que mirarle a los ojos para comprobar que él la anhelaba, consiguiendo que una parte de ella se alegrara al no serle indiferente.

Aun así, esa noche Amy sabía que no se sentía preparada para ofrecerse, al estar demasiado preocupada para relajarse y entregarse a él. Por ello cobardemente se aferró a su caballerosidad y simplemente asintió, aunque una débil vocecita le insinuara que algún día se arrepentiría de su decisión.

Una voz que tal vez Rick también escuchó pues continuó diciendo:

—Además, sé que esta noche estás demasiado intranquila al no saber qué sucederá mañana, por lo que no pretendo que lo olvides todo y te entregues a mí. —Y acercándose más a ella le susurró—: Pues si de algo puedes estar segura es de que, si algún día te entregas, te exigiré que me lo des todo.

Perdido en su mirada Rick observó cómo tras escucharle sus pupilas se agrandaron, al empezar a comprender que ese matrimonio no sería una mentira. No sabía si sus palabras la habían asustado o no, pero no iba a permitir que se refugiara en un matrimonio fingido.

Lo supo cuando la contempló tan hermosa y etérea ante él, al entender que su anhelo por ella era demasiado grande como para estar por mucho tiempo sin hacerla suya.

Lo que Rick no habría imaginado ni en cien años era que su comentario había conmovido a Amy de muchas formas, no solo porque la había excitado, sino porque le había hecho entender que, a pesar de lo precipitado de su unión, entre ellos podía haber algo que merecía la pena salvarse.

Se había dado cuenta de que la sensación de seguridad que había sentido en la iglesia no había sido algo pasajero, pues por lo que acababa de decirle, este tenía la intención de permanecer a su lado pasara lo que pasase al día siguiente.

Teniendo la certeza de que un tema importante se acababa de solucionar, Amy pudo respirar un poco más tranquila, a pesar de saber que el momento decisivo estaba por llegar cuando apareciera su hermana.

Aun así, saber que no estaría sola le dio esperanzas y suspirando bajó sus defensas por primera vez en años.

No estaba muy segura de qué fue lo que Rick percibió cuando se produjo ese cambio en ella, pero algo debió de notar pues no tardó en acercarse cuando más lo necesitaba.

Y es que Rick había advertido cómo todo su cuerpo se destensaba, para después aparecer en su mirada una fragilidad que nunca antes había visto. Un hecho que le había impactado y que le hizo percatarse de que se estaba mostrando ante él sin reticencias.

Saberlo le había conmovido, por lo que quiso que le viera como un aliado con el que pudiera contar cuando necesitara consuelo, pues él siempre estaría más que dispuesto a ofrecérselo.

En ese momento sobraban las palabras. Rick extendió sus brazos ofreciéndole su refugio y seguridad, y sin dudarle un segundo, Amy se cobijó en ellos como si los hubiera estado esperando toda la vida.

Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada, pues ambos se sentían perdidos en el calor que se aportaban. Solo Rick fue lo suficientemente valiente para enfrentarse al silencio, acallando así los miedos que les rondaban.

—Sé que esta noche será muy dura para ti porque no sabes qué pasará mañana, y por eso es mejor que dejemos el tema de cómo será nuestro matrimonio a un lado. Pero puedo asegurarte que pase lo que pase jamás volverás a estar sola.

—Gracias, Rick, estoy tan preocupada por Michael que sé que esta noche no está siendo lo que esperabas, pero te prometo que seré una buena esposa —le aseguró con la voz entrecortada.

—Lo sé, preciosa, y no debes preocuparte por nada. Ahora me tienes a mí y no permitiré que separen a mi familia.

Conmovida Amy no dudó en abrazarlo con más fuerza, pues era muy importante para ella que Rick aceptara a Michael. Le había dado muestras de su cariño desde el primer momento en que le

había conocido, pero le agradecía que justo en ese instante de necesidad, le confirmara lo que su corazón creía.

Suspirando de alivio Amy cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho, mientras los latidos del corazón de Rick le daban reposo. Se sentía feliz y no quería que eso acabara. Quizá por ello no pensó en lo que le decía, pero lo cierto es que por un momento se dejó llevar por lo que más deseaba y le pidió con inocencia:

—¿Puedes quedarte conmigo esta noche?

Rick no pudo evitar tensarse al escucharla, al no saber muy bien qué era lo que le estaba pidiendo. No quería dejarse llevar por sus deseos y creer que se sentía preparada para entregarse, pues si se equivocaba no solo perdería su corazón sino también su cordura.

Por eso cuando ella continuó hablando solo pudo escucharla utilizando sus cinco sentidos, ya que no podía permitirse cometer errores que pudieran estropearlo todo.

—Sé que no debo pedirte algo así cuando no vamos a consumir nuestro matrimonio, pero no quiero estar sola esta noche —le pidió mirándole a los ojos con tanta necesidad que no pudo negarse.

A pesar de ello Rick se atrevió a ir un poco más lejos y le aseguró convencido:

—Me quedaré contigo toda la noche, pero debemos intentar dormir.

Pensativa Amy le contempló en silencio sin entenderle, hasta que él le señaló la cama.

—Acuéstate en un lado y yo me tumbaré en el otro. Te prometo que no te tocaré si así lo quieres.

Aunque en un principio se sintió recelosa, luego Amy aceptó, pues no veía en sus ojos nada oscuro o sucio. Además, había sido ella la que le había pedido que permaneciera a su lado y, si lo pensaba, era lógico que intentaran descansar para estar despejados al día siguiente.

Más tranquila Amy le dio la espalda y se dirigió a la cama para después quitarse la bata y meterse en ella con toda la rapidez que sus brazos pudieron darle.

En otras circunstancias quizá se hubiera reído ante su reticencia a que él la viera, pero le costaba permanecer bajo la mirada de unos

ojos que le hacían desear experiencias que le eran imposibles de aceptar.

Una vez tumbada y mirando hacia la ventana solo le quedó escuchar, descubriendo que podía ser muy excitante intentar averiguar qué podría estar haciendo Rick por los ruidos que provenían de su lado. Toda una aventura que la mantuvo en alerta, sobre todo cuando intentó poner en imágenes todo aquello que escuchaba.

Sin embargo lo que más le sobresaltó fue notar cómo Rick se acercaba por detrás despacio y se sentaba en la cama, pues le hizo pensar qué hubiera sucedido a continuación si no hubieran acordado que esa noche no habría consumación.

Miles de deseos y de sensaciones se empezaron a acumular en su cabeza, hasta que notó que se tumbaba a su lado despacio, como si no quisiera asustarla. Fue entonces cuando su estómago y su deseo se revolucionaron, pero tuvo mucho cuidado de mantenerse quieta para que él no percibiera todo lo que su cercanía le hacía sentir.

Escuchar su respiración en su nuca, sentir el calor de su cuerpo, aunque no se tocaran, y saber que solo con girarse podría encerrarse entre sus brazos, la hizo estar a punto de olvidarse de todo. Pero sobre todo lo mejor fue saber que él estaba ahí para velar por sus sueños y para darle la seguridad que tanto necesitaba.

Sabía que para ambos sería una prueba muy dura permanecer tan juntos en la cama y no llegar a acariciarse, por lo que se sintió en deuda por este favor que no todos los hombres le habrían ofrecido.

Algo grande, hermoso y nuevo comenzó a surgir de su pecho, mientras poco a poco se iba extendiendo por su cuerpo, como una especie de capa protectora que solo podría sentir si le tenía cerca.

Esta nueva sensación de seguridad, junto al deseo de pagar el favor de casarse con ella, le hizo que se planteara abrirse a él, pues le parecía injusto que le estuviera utilizando en todos los sentidos sin ofrecerle nada a cambio. Al fin y al cabo, se estaba portando muy bien con Michael y con ella, por lo que se merecía que confiara en él.

Además, al ser ahora su esposa sabía que debía contarle toda la verdad de su pasado, ya que le había jurado respetarle y amarle y solo podría conseguirlo siendo libre.

Lo único que le estaba deteniendo era creer que una vez supiera quién era ella lo perdería para siempre, pues le conocía lo suficiente para saber que era un hombre que no toleraba el engaño. Había dado muestras de ello en más de una ocasión, pero sobre todo le había dejado claro que era una persona orgullosa con amigos influyentes.

Una situación que podría volverse en su contra si en algún momento llegaba a saberse la verdad de su desliz. Si esto sucedía no había ninguna duda de que se convertiría en el hazmerreír de la alta sociedad, al haberse casado engañado con una cualquiera que le había utilizado.

Con el temor de perderle pensó en cómo sería su vida si seguía manteniendo su mentira, hasta que se dio cuenta de que había llegado a un punto en el que debía tomar una decisión. De no ser así tendría que guardarlo para siempre y eso no la dejaría ser feliz en su nueva vida.

Además, cabía la posibilidad de que Rosemary le contara lo ocurrido para hacerle daño y, si se enteraba de la verdad por boca de esa víbora, lo más seguro es que fuera demasiado tarde para mostrarle su versión.

Por todo ello no cabía ninguna duda de que nunca tendría una ocasión mejor, pues si las cosas entre ellos se arreglaban encontrando la felicidad, jamás se perdonaría si pasados los años él se enteraba por otros y acababa perdiéndole.

Resuelta a dejar atrás el pasado para tener un futuro sin miedos, Amy le preparó su corazón, al mismo tiempo que evocaba los recuerdos de otra vida que volvía una vez más para atormentarla.

—Tengo que contarte algo —le dijo casi en un susurro, marcando el comienzo de un nuevo principio o el final de una historia que pudo haber sido.

CAPÍTULO 20



Lincolnshire, Inglaterra.

Cinco años atrás.

Tras quedar claro en el jardín que su relación con Ashley había acabado y que en cuanto amaneciera su hermana le contaría a sus padres que estaba embarazada de su prometido, solo le quedaba esperar a que todos despertaran para que la echaran a la calle.

Amy no tenía ninguna duda al respecto, aunque fueran su familia, por lo que no le quedó más remedio que ser lista a la vez que rápida si no quería verse sin nada antes del mediodía.

Por ello no perdió más tiempo en lamentarse y se centró en buscar una salida. Lo primero que tuvo claro fue que bajo ningún concepto se desharía de su hijo, ya fuese abortando o dándolo en adopción, por lo que solo le quedaba la opción de ser madre soltera.

Sabía que esta decisión la apartaría para siempre de la buena sociedad y viviría bajo el peso de la humillación, pero estaba convencida de que desde ese mismo instante lo primero siempre iba a ser su hijo. Estaba tan convencida de ello que no le importaba si para conseguirlo tenía que mendigar por las calles de la mismísima Londres, aunque esa posibilidad le daba auténtico terror.

Fue al imaginarse su futuro junto a su pequeño cuando comenzó a pensar qué sería de ellos. Reconocía que no sabía nada del mundo y mucho menos de cómo salir adelante, pero por suerte una idea le indicó cómo podría conseguir ayuda.

Recordó que hacía poco su tía abuela lady Evelyn Owens le había escrito anunciándole que estaría por las cercanías, aprovechando que iba a visitar a una buena amiga, una dama muy respetada tanto por la alta sociedad como por el vecindario, pero que por algún motivo que Amy desconocía no era del agrado de su familia.

Por esa razón los Barness no dudaban en darle la espalda de la misma manera que lo hacían con su tía abuela Evelyn, y ahora Amy podía aprovecharse de este desplante pues estaba convencida de que sus padres no sabían que Evelyn estaba a escasas millas.

Estaba segura de que su tía abuela la ayudaría en todo lo que pudiera, ya que ambas se habían profesado desde siempre un cariño muy especial. Sobre todo desde que Evelyn se enterara de las humillaciones que sufría y, tras recriminárselo a sus padres, fuera vetada de Hertford Hall.

Un hecho que no impidió que ambas se vieran a escondidas cuando esta se encontraba cerca y que mantuvieran una correspondencia secreta a través de una criada de confianza.

Fue gracias a ello, y a una compensación más que generosa a la criada, que Amy pudo escribirle una nota sin problemas, contándole que tenía serias dificultades y la necesitaba con urgencia en Hertford Hall. Amy sabía que Evelyn jamás desoiría una petición de auxilio de su parte, pero se temía que quizá la sirvienta no encontrara la forma de llegar a tiempo a su destino.

Durante más de una hora Amy rogó al cielo para que le diera alas y, justo cuando la espera se le hacía más angustiosa y estaba a punto de salir a su encuentro, Evelyn se presentó en su recámara escondida bajo una gran capa que ocultaba su rostro.

—¡Ya estoy aquí, mi niña!

El abrazo que ambas se dieron nada más verse fue el consuelo que Amy tanto necesitaba y solo entonces se dejó llevar por toda la ansiedad que había sufrido durante horas. Como si se abriera una compuerta, un torrente de agua comenzó a cubrir sus mejillas, hasta que los amorosos brazos de su tía abuela lograron calmarla.

—Ven, sentémonos y cuéntame qué es lo que ha sucedido —le dijo Evelyn con dulzura, pues a pesar de ser una Barness no poseía

su comportamiento frío.

—Yo...Yo... —el hipo y la vergüenza le impedían hablar.

—Tranquila, niña. Tú empieza por el principio mientras me quito la capa y descanso. Esa criada tuya me ha traído en volandas por todo el camino, dejándome apenas unos minutos para quitarme el camisón. Incluso me ha hecho subir en volandas por las escaleras del servicio por miedo a que nos descubrieran y la despidieran.

Por primera vez Amy se fijó en su apariencia y, aunque aún era visible la belleza de su juventud, así como su elegancia, también era más que evidente su desaliño. Sentada junto a ella en la cama se fijó en cómo su cabello estaba recogido en un sencillo moño, que luchaba por mantenerse erguido, mientras su lujoso vestido perdía todo su glamour al estar completamente arrugado.

Pero lo que más lamentó Amy fue su cara de cansancio y de preocupación, ya que era evidente que estaba inquieta por mucho que tratara de disimularlo.

—Lamento haberte metido en todo este asunto, pero no sabía a quién más acudir.

—Y has hecho muy bien en mandarme a buscar. De no haber sido así me habrías enfadado —le aseguró mientras la señalaba con su dedo índice como si la estuviera amenazando.

Tras una discreta sonrisa Amy le agradeció sus palabras cogiéndola de la mano y, agachando la cabeza, contempló su mano blanca y suave junto a la ligeramente arrugada de Evelyn.

—Estoy segura de que mis padres me van a echar de casa.

—¿Tan grave es?

Amy solo pudo asentir mientras notaba cómo las lágrimas volvían a humedecer su mejilla.

—Entonces será mejor que empieces cuanto antes. Según recuerdo tus padres suelen levantarse al medio día y todavía nos queda mucho por hablar.

Como si fuera lo más natural del mundo Evelyn le entregó su pañuelo y se acomodó en la cama, mientras escuchaba la historia completa de lo que había sucedido en los últimos días.

En silencio oyó cómo su adorada Amy le contaba el engaño a la que había sido sometida, y cómo le aseguraba que su familia la

echaría a la calle.

—Está claro que Frederick no te perdonará que hayas deshonrado a la familia y menos aún que te hayas quedado embarazada de ese mequetrefe. En cuanto a tu madre, ambas sabemos que pondrá los intereses de tu hermana por encima de los tuyos, por lo que no puedes contar con ella.

—De eso estoy convencida, por eso no sé qué hacer. Ashley me ha dado la espalda a menos que sea su amante y mi familia no tardará en repudiarme.

—En ese caso solo te queda una salida —afirmó con tanta seguridad que Amy se le quedó mirando fijamente con un claro destello de esperanza en sus ojos—. Conviértete en mi heredera.

Durante unos segundos Amy se quedó en silencio al no saber muy bien a que se refería. Tuvo que ser Evelyn la que con una sonrisa la devolviera a la realidad y, tras darle una palmadita en la mano, continuara explicándole su idea.

—Como sabes, al ser viuda y no tener hijos puedo dejarle mi fortuna a quien quiera. Además, hace años que vengo pensando en esta posibilidad, ya que además de quererte como a una nieta, preferiría distribuir toda mi fortuna entre mis gatos antes de que Frederick se hiciera con ella. Por lo que no veo ningún inconveniente en que no tengas que esperar a que fallezca para que pase a ser tuya.

—Pero no puedes hacer algo así. Como te he contado pienso tener a mi hijo y si alguien se entera de tu ayuda también serás marcada.

—Ya soy demasiado mayor para que eso me importe. Además, mi fortuna no es tan grande como para formar mucho revuelo.

—No. Me niego rotundamente a que tengas que pasar por ello. De todas formas, no podré vivir en Londres y mucho menos compartir tu mansión —Calló al sentir un nudo en la garganta—. Sé que si aparezco por la ciudad mi hijo será marcado como bastardo y no quiero algo así para él. Además, no podría pasarme el resto de la vida encerrada, como tampoco soportaría tener que convivir con los desplantes y la humillación de todos.

Un silencio doloroso cayó sobre ellas, pues resultaba más que evidente que Amy jamás sería bien recibida en la capital, como en ningún otro lugar donde fuera conocida.

Debían tener en cuenta que tarde o temprano los rumores de que algo había sucedido correrían como la espuma, pues no solo iba a ser repudiada por su familia y quedar a merced de otros parientes, sino que en cuestión de meses su embarazo desvelaría toda la historia.

Si querían que la vida de Amy no fuera un tormento tenían que buscar una solución cuanto antes.

—Entonces tendrás que empezar de cero lejos de aquí.

Levantándose Evelyn se puso a caminar de un lado para otro del cuarto, mientras iba perfilando una idea que se le acababa de ocurrir. Sabía que había cierto riesgo a que fueran descubiertas en los meses que quedaban de gestación, pero si eran listas podrían ingeniárselas para conseguir lo que querían.

—Lo primero que tienes que hacer es cambiar de apellidos. Después tengo el lugar perfecto para ti, pero tendrás que decir que eres viuda para que nadie tache a tu hijo de bastardo.

Amy no supo qué decir, pues un ligero brote de esperanza comenzó a nacer en su pecho dejándola sin habla, por lo que solo pudo asentir.

—No sé si recuerdas la casa de la viuda en mi propiedad de Covington Park. Eras muy pequeña y quizá ni llegaste a verla.

—¿Te refieres a ese gran edificio que siempre estaba rodeado de rosas? —le preguntó, mientras reconstruía en su cabeza aquella preciosa casa que había visto de pequeña. Un lugar que siempre consideró mágico, sobre todo al creer que era una mansión construida por las hadas.

—Veo que la recuerdas.

—Solo la vi una vez, pero me pareció tan hermosa que no he podido olvidarla —le contestó empezando a comprender lo que se proponía.

Al ver el cambio en el semblante de Amy, Evelyn sonrió, pues sabía que no podría negarse a empezar de cero en un paraje donde había sido feliz.

Intuía que ese lugar no solo le daría la seguridad que tanto necesitaba, sino que además con el tiempo le ayudaría a curar sus heridas y a salir adelante. Cuanto más lo pensaba más convencida estaba de ello, pues habían pasado tantos años desde su visita y había cambiado tanto, que estaba segura de que nadie la reconocería.

Por no mencionar que en Rose's House vivía la familia Miller y ellos se ocuparían de que estuviera bien cuidada.

—Podría ser el sitio perfecto para empezar de cero. Diremos que acabas de quedarte viuda y buscabas un lugar tranquilo para criar a tu hijo. Conozco a la gente de la vecindad y nadie sospechará que hayas comprado una casa para retirarte a una vida tranquila. Pero lo que nadie sabrá es que en realidad Rose's House será parte de tu herencia, junto a una pensión que te permita vivir con soltura.

—¡Pero no puedo aceptar tanta generosidad!

—Concédele este deseo a esta pobre anciana. Al fin y al cabo, tú eres lo más cercano que tendré a una nieta y me complace poder ayudarte.

Emocionada por la bondad y generosidad de Evelyn solo pudo abrazarla con fuerza, sabiendo que si no hubiera sido por ella en estos momentos estaría desesperada.

Solo imaginarse frente a sus padres, deshonrada y sola, le provocaba escalofríos, más aún cuando estaba segura de que ninguno de ellos le mostraría clemencia.

De todas formas, no podía evitar sentir dolor por la falta de amor de su familia, y se dijo convencida que haría todo lo necesario para que su hijo jamás sintiera lo que era la falta de cariño y apego.

—En ese caso será un placer aceptar tu ofrecimiento —confesó, con la certeza de que gracias a Evelyn tendría una posibilidad de salir adelante, y por ello le estaría eternamente agradecida.

—Así me gusta. De todos modos, antes de entregarte la propiedad tienes que asegurarme un par de requisitos —le indicó mientras le sostenía la cara entre sus manos y la miraba con ternura.

—Por supuesto.

—El primero es que me permitas acompañarte cuando tengas que reunirte con tus padres. Quiero estar presente cuando les comuniqués que no los necesitas y te marches de casa.

Con solo pensar en ello Amy se estremeció, pues al imaginarse enfrentándose a sus padres la bilis se le subía a la garganta y le temblaba todo el cuerpo. Sin embargo, también experimentó algo parecido al orgullo al darse cuenta de que, a pesar de su juventud, tomaba el rumbo de su vida como una mujer adulta y no como una chiquilla.

Este último pensamiento le hizo relajarse y lucir una ligera sonrisa en los labios, pues le gustaba la idea de plantarles cara en vez de agachar la cabeza como siempre había hecho. Esta vez no tenía que enfrentarse a ellos sola: tenía a su lado a una mujer que la contagiaba con su fortaleza.

Además, por la sonrisa pícaro de Evelyn sabía que también ella deseaba ver cómo se enfrentaba a ellos, quizá porque estaba cansada de que el prestigioso y aristocrático Frederick Barnes siempre se saliera con la suya.

—¿Y cuáles son las otras condiciones? —le preguntó Amy menos tensa.

—Me gustaría que le pusieras a tu hijo el nombre de Michael —y como si fuera necesaria una explicación le confesó con voz emocionada—: Siempre deseé llamar a mi primer hijo Michael y me alegraría que fueras tú la que hiciera realidad mi sueño.

Conmovida ante su petición Amy no dudó en abrazarla, al haber llegado su propuesta hasta el fondo de su alma. Desde que era pequeña Evelyn siempre había sido alguien muy especial, pero ahora, al tener la certeza de su apoyo y de su amor, se convertía en una especie de madre a la que siempre llevaría en su corazón.

Sobre todo, porque al mirarla también había visto en sus ojos el reflejo de la soledad, al igual que los destellos de una viudez cargada de recuerdos y anhelos rotos. Le habría gustado pagar su cariño diciéndole que siempre podría contar con ella, pero sabía que sus destinos les llevarían por caminos diferentes. Una para empezar de cero con su hijo, mientras que la otra tendría a sus amistades y una vida llena de pequeños detalles.

Pero Evelyn aún tenía que decirle algo muy importante, por lo que se propuso encerrar sus lágrimas, a pesar de que estas le inundaban los ojos. Por eso tras separarse de ella y carraspear para disimular su turbación, continuó advirtiéndole:

—Pero, por encima de todo, debes prometerme que siempre tendrás cuidado. Recuerda que nadie debe saber jamás quién eres en realidad, o toda tu coartada caerá como si fuera un castillo de naipes. Además, ten presente que tu familia es muy rencorosa y no puedes fiarte de ellos, por no mencionar que les vas a poner en evidencia cuando desaparezcas y nunca te lo perdonarán.

Por desgracia, cuando se disponía a responderle, llamaron a la puerta provocando que ambas se quedaran paralizadas. Era más que evidente que su tiempo de espera había acabado, pues la voz imperturbable del mayordomo les comunicó aquello que de antemano sabían que iba a suceder.

—Lady Amy Clarence, su familia la está esperando en la biblioteca.

Nada más escucharle Amy palideció, mientras Evelyn se apresuraba a apretarle la mano con fuerza para así indicarle que no estaba sola.

—Enseguida bajo, señor Holder —consiguió decirle Amy sin que su voz mostrara su preocupación.

Los pasos del mayordomo alejándose les indicó que le había escuchado, y que posiblemente este regresaría a la biblioteca para informar de su pronta llegada.

Si Amy hubiera tenido que decir qué era lo que sentía en ese momento no habría podido contestar, pues era tan grande el cúmulo de sensaciones que en realidad se sentía aturdida.

—Ha llegado el momento —comentó Evelyn para intentar sacarla de su estado, aunque solo hizo falta una mirada para ser testigo de la expresión de miedo que empezaba a formarse en su rostro.

Por ello Evelyn no esperó ni un minuto a que el pánico se apoderara de su querida Amy y, decidida, le levantó la barbilla para mirarla a los ojos e infundirle confianza. Al fin y al cabo, no podía

olvidarse de que en realidad era una niña que había tenido que crecer en apenas unos días.

—No tienes por qué tenerles miedo, solo vamos a presentarnos ante ellos para decirles que te vas y que no les necesitas.

—¿Y si no me dejan? ¿Y si me encierran hasta que tenga a mi hijo y luego se lo llevan?

—Eso nunca sucederá porque no pienso permitirlo. Michael tendrá una larga y feliz vida junto a su madre como yo me llamo lady Evelyn Owens. —Y mostrándole una genuina sonrisa le siguió comentando—: Además, ya avisé a mi querida amiga lady Scarlett para que, en caso de no regresar antes del almuerzo, envíe refuerzos para que pongan patas arriba Hertford Hall.

Agradecida solo pudo sonreír ante la brillantez de Evelyn, pues no solo le estaba dando la fortaleza que tanto necesitaba en ese momento, sino que le hacía sentirse orgullosa de tener a su lado a una mujer inteligente que no se dejaba amedrentar por nadie.

Por ello Amy no dudó en abrazarla de nuevo, percibiendo cómo ante su cobijo las agallas volvían a instalarse en su pecho.

—¿Qué habría hecho sin ti?

—En primer lugar, presentarte llorosa y sin colorete ante la arpía de tu madre —le respondió mostrándole una gran sonrisa.

Sin perder más tiempo Evelyn la condujo con decisión ante el tocador para, una vez frente al espejo, sentarla ante él y decirle mientras le acercaba los polvos de arroz:

—Ahora cúbrete las ojeras y las lágrimas mientras te busco un vestido apropiado para la ocasión.

—¡Pero nos están esperando!

—Y tendrán que esperar más si no te das prisa —le indicó mostrando por primera vez su genio, mientras sacaba un vestido de color celeste del armario—. No voy a permitir que te presentes ante ellos con aspecto de derrotada.

Y sin más dejó el vestido sobre la cama para después acercarse al espejo y retocarse el peinado. Al fin y al cabo, ella tampoco iba a darles el placer de verla con la guardia baja, pues estaba decidida a que esa mañana saldrían de esa casa con la cabeza bien alta.



—¿Qué pasó después?

La pregunta de Rick la devolvió a la realidad.

Por unos instantes los recuerdos de todo lo acontecido habían sido tan nítidos que había creído revivirlos de nuevo. De hecho, aún podía escuchar el sonido de sus pisadas sobre el mármol, al permanecer una parte de ella en ese instante donde todo había cambiado.

Solo cuando parpadeó un par de veces se percató de que se encontraba tumbada en la cama en su noche de bodas y de que su marido estaba detrás de ella oyendo su relato.

Lo primero que sintió al volver en sí fue vergüenza, pues ahora Rick conocía su secreto y no sabía cómo iba a reaccionar ante ello. Como esposo y dueño tenía todo el derecho a repudiarla por haberle ocultado que era madre soltera, pudiendo incluso deshacer el matrimonio y recayendo sobre ella todas las culpas.

Se reprochó no haber sido más lista y haber pospuesto su relato para otra ocasión, en lugar de hacerlo antes de que llegara su hermana y se resolviera su problema. Sin embargo, lo que más le perturbaba era saber si volvería a mirarla con ternura y admiración, ahora que sabía que todo su mundo había sido construido sobre una mentira.

Al pensar en ello se percató de que no soportaría ver el reproche o el asco en sus ojos, pues, aunque lo había soportado en su familia, no se sentía preparada para percibirlo en su mirada. Aun así sabía que después de todo lo que había hecho por ella se merecía saber lo sucedido, por lo que por mucho que le avergonzara se dispuso a continuar su relato.

Solo que la impaciencia y la preocupación de Rick impidió que esto sucediera, pues al ver que ella permanecía demasiado tiempo callada decidió romper el silencio.

—Si no quieres contármelo lo entenderé.

Fue entonces cuando Amy aprovechó para continuar con su relato por donde lo había dejado.

—Mis padres y mi hermana estaban esperándonos en la biblioteca. Recuerdo que nada más entrar ya percibí su hostilidad y su desprecio, consiguiendo que por unos instantes perdiera mi fortaleza. Me resulta difícil explicarte qué fue lo que sentí, pero notar la frialdad de su mirada me dejó claro que estaban al tanto de todo y ya me habían juzgado y condenado. Pero lo que más me sorprendió fue que supieran que Evelyn se encontraba en Hertford Hall, ya que no se sorprendieron al verla.

—Me imagino que alguien del servicio tuvo que avisarles.

—Estoy convencida de ello y no puedo reprochárselo, ya que mi madre es su señora y le deben obediencia.

—¿Crees que tu hermana cumplió su amenaza y se lo contó todo? —le preguntó, cambiando de tema.

—Solo pudo ser ella y, por la forma en que me miraba y sonreía, estoy segura de que disfrutó con mi deshonor. Pero si te soy sincera ni me sorprendió, ni me importó. La conozco demasiado bien y sé que les contó su propia versión de la historia, pero como no volví a verlos después de ese encuentro y en ningún momento mostraron interés en escucharme, nunca sabrán la verdad.

Había querido mostrarse fuerte ante Rick mientras le relataba lo sucedido, pero no pudo evitar volver a sentir el dolor que le causó el desplante de sus padres.

Durante años supo que ellos la mantenían apartada como si fuera algo inaceptable en su mundo perfecto, pero descubrir hasta qué punto no les interesaba, fue más de lo que cualquier hija podía soportar.

—Además, conozco a mis padres y no creo que necesitaran mucho para repudiarme.

—No puedes decir algo así, los padres siempre tratan de proteger a sus hijos.

El recuerdo de cómo su padre la observó con desprecio nada más entrar en la biblioteca le hizo llorar, por mucho que tratara de contener sus lágrimas. Había creído que ese recuerdo ya no podía dañarla, pero quizá los nervios por su próximo encuentro con

Rosemary hicieron que se abrieran viejas heridas que creía cerradas.

Unas heridas que volvieron a sangrar, cuando recordó cómo su padre le había dicho que su lascivia los había llevado a la deshonra, y era la razón por la que ella misma se había ganado su destierro.

Recordaba el dolor de cada una de sus palabras y cómo cada insulto se había clavado en su alma, hasta que Evelyn le hizo callar para después cogerla por la cintura y darle consuelo. Solo entonces, al sentir su seguridad pudo levantar la cabeza y, tratando de demostrar que no se sentía deshecha, les plantó cara y afirmó que no les necesitaba.

Que ellos le respondieran con insultos tampoco le sorprendió, aunque no le gustó cómo le aseguraron a Evelyn que Amy acabaría mancillando su casa y su nombre, y pronto se desharía de ella.

Resignada ante su desprecio Amy supo que nada más le quedaba por hacer en ese lugar y, tras contemplar el rostro severo de su padre que la miraba con asco, solo le quedó alejarse de Hertford Hall para siempre.

Jamás olvidaría la mirada maliciosa y sonriente de Rosemary ante cada insulto que se le dijo, y cómo se carcajeó cuando Evelyn les aseguró que ella le ayudaría a comenzar de nuevo.

Por suerte fueron lo suficientemente listas para no decirles que la había nombrado su heredera, como tampoco les contaron que le daría una propiedad y una asignación para que viviera con su hijo. Después de cómo había sido tratada fue todo un acierto, pues sin duda de haberlo sabido habrían hecho cualquier cosa para hacerla infeliz.

Pero lo peor de todo fue que ni siquiera tuvo el consuelo de una última mirada de despedida por parte de su madre, pues esta se había negado a mirarla mientras permanecía altiva en un asiento. Amy la conocía muy bien y estaba al corriente de su orgullo, pero había pensado que al ser su hija pequeña mostraría una pizca de clemencia.

Pero nunca la tuvo y, tras el paso de los años, supo que jamás la obtendría.

Esa fue la última vez que los vio y la primera que se juró que nunca más volvería a abrir su corazón a alguien. Aunque debía reconocer que al final había flaqueado al haberse enamorado de Rick.

—En realidad siempre supe que mis padres no me querían, ya que me lo dejaron muy claro durante años.

El silencio tras sus palabras demostró que aún seguían doliéndole las heridas de su rechazo. Unas heridas que el tiempo no cicatrizaba y le habían hecho sentirse insegura.

Al ser testigo de cómo Amy admitía esta falta de amor, como si fuera natural o culpa suya que sus padres no la hubieran querido, Rick sintió nacer una rabia que pocas veces había experimentado.

La conocía lo suficiente como para saber que llevaba arrastrando este peso desde hacía años, aunque tratara de engañarse a sí misma diciendo que no le importaba que no la amaran. Por ello no perdió ni un segundo más girándola para colocarla frente a él y, mirándola a los ojos mientras permanecían tumbados en el lecho, le dijo con absoluta convicción:

—Entonces no se merecen ni uno solo de tus llantos —y tras hacer una pausa para cogerle una lágrima de su mejilla, continuó diciendo—: Tienes a Michael, unos buenos amigos que te quieren y ahora también me tienes a mí. No les necesitas para nada.

Al verle tan decidido a defenderla estuvo tentada de preguntarle si también la amaba, pero se contuvo al saber que esa noche no soportaría escuchar su negativa.

Prefería imaginarse un futuro donde podría ganarse su amor con el paso de los días, en vez de vivir engañada por unas palabras que podrían ser dichas para consolarla.

De todas formas, él tenía razón, ya que nunca más volvería a estar sola, pues, aunque no sabía dónde vivirían a partir de ahora, comprendió que podía contar con que Rick permanecería siempre a su lado. Por no mencionar que estaba convencida de que siempre tendría un lugar al que acudir en Baslow.

Aun así, el recuerdo de cómo su familia la había rechazado le seguía doliendo, por lo que, en un arrebato de debilidad, tuvo el

valor de pedirle algo que en otro momento y lugar nunca se habría atrevido.

—Sé que nuestro matrimonio es solo un acuerdo, pero, ¿podrías abrazarme?

El dolor que emanaba de su petición dejó a Rick paralizado, pues si sus lágrimas le habían impactado, así como escuchar su relato, ser testigo de su sufrimiento le había roto el corazón en mil pedazos.

Sin pensárselo dos veces Rick la refugió entre sus brazos como le había pedido, pues, aunque no quería admitir ante ella que la amaba, tampoco podía negarle algo que ambos necesitaban.

Quizá fuera la oscuridad de la noche, las emociones contenidas o el calor que emanaba de sus cuerpos, lo que provocó que ambos se relajaran y se dejaran llevar. Solo así se explicaba que poco a poco se fueran olvidando del dolor, así como de la incertidumbre y la tristeza.

En ese momento de intimidad compartida solo fueron un hombre y una mujer que se necesitaban, del mismo modo que necesitaban respirar o sentir una caricia cuando se sentían solos.

Pero para Amy fue mucho más que una simple muestra de cariño, pues estar entre sus brazos le hizo desear una vida que siempre había creído imposible. Rodeada de su calor, con su aliento cerca de su frente y una respiración que acompasaba los latidos de su corazón, se dio cuenta de que había tenido la suerte de encontrar a un hombre maravilloso, que a pesar de todo el daño que le había causado, la estaba cobijando en su cama, en su hogar y bajo su nombre.

Percatarse de ello hizo que un nuevo remordimiento naciera en su pecho, pues, si las cosas con su hermana salían mal, Rick tendría que pagar un alto precio, como caer en el ostracismo social y su posible ruina. Estaba convencida de ello pues conocía muy bien la maldad de su familia y cómo destruían a todo aquel que se pusiera en su camino.

Pero el cansancio pronto se apoderó de ella y, tras acomodarse entre sus brazos buscando una seguridad que solo él podía darle,

comenzó a sentir cómo cada músculo de su cuerpo se quedaba laxo.

A Rick sin embargo su cercanía le hizo sentir un deseo mucho más carnal, pues no pudo evitar que su erección creciera al imaginarse sobre ella. Sabía que esa noche tenía todo el derecho de hacerla suya, pero, al verla tan relajada entre sus brazos después de todo lo que estaba sucediendo, no tuvo el valor de imponer su deseo a su necesidad de descansar.

Suspirando se recordó que tenía toda una vida para hacer el amor, pues estaba absolutamente decidido a conseguir que ese matrimonio funcionara. Por lo que, tras asegurarse de que la respiración de ella se acompasaba, solo le quedó conformarse con pasar toda la noche protegiendo sus sueños.

Tras besar su frente, Rick la abrazó con más fuerza y, tras comprobar cómo lo aceptaba al acercarse más a él, solo le quedó sonreír y dejar que cayera en el reino de Morfeo.

—Ya no estás sola, mi pequeña. Ahora me tienes a tu lado y jamás permitiré que nadie te haga daño.

Y aunque esas palabras fueron dichas al viento, Amy las escuchó justo antes de caer en un sueño profundo. Aun así, antes se aseguró de guardarlas en su corazón mientras Rick velaba por ella.

CAPÍTULO 21



A pesar de haber descansado durante gran parte de la noche, gracias a la seguridad que le ofrecía el abrazo de Rick, Amy despertó intranquila e incapaz de comer nada mientras esperaba la llegada de su hermana.

Hecha un manojo de nervios, la había estado esperando desde primera hora de la mañana, aunque según recordaba de sus costumbres sabía que no llegaría hasta bien entrado el medio día.

Aun así, le fue imposible mantenerse a la espera durante tantas horas, por lo que se pasaba todo el rato deambulando de un lado para otro. Su preocupación era tan evidente que no tardó en contagiarse por todo Covington Park, e incluso el mayordomo, el inalterable y serio señor Walsh, mostraba un ceño fruncido a la espera de recibir a la molesta visita.

—Debes tranquilizarte o el señor Walsh acabará sufriendo un ataque al corazón. Además, no es aconsejable que te presentes ante ella en ese estado —le indicó Rick al verla caminar por la sala, mientras él fingía que leía el periódico cuando en realidad era incapaz de descifrar ni una sola línea.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Si no llega pronto estoy por coger un caballo y salir a su encuentro —le respondió mientras se giraba y volvía a dirigirse a la ventana.

Debía reconocer que Rick le estaba sorprendiendo con su comportamiento, pues no se había conformado con darle consuelo durante la noche, sino que ahora había ido a su encuentro para tratar de calmarla. Algo que parecía inútil, a menos que estuviera pensando en atarla a un mueble o en sedarla con cloroformo.

—¿Tienes preparados los papeles de la adopción? —volvió a preguntarle por cuarta vez en media hora.

—Sí, y los de la boda y la dirección de mi abogado por si quiere entrevistarse con él.

—Estoy comportándome como una tonta, ¿verdad? —le preguntó sintiéndose otra vez como esa niña que temblaba cada vez que tenía que enfrentarse a sus padres o cada vez que sabía que su hermana le reprendería.

—No, solo como una madre preocupada.

Su respuesta, acompañada de una sonrisa que pretendía darle seguridad, hizo que sintiera el deseo de ser más fuerte. Se percató de que con ese comportamiento no iba a conseguir nada, pero había tanto en juego y tenía tan aferrados sus temores, que era como luchar contra un dragón de dos cabezas.

Aun así, era consciente de que debía serenarse por el bien de todos, pues solo si se mantenía tranquila podría enfrentarse a Rosemary. Pero, cuando se disponía a relajarse con una taza de té, el sonido de la puerta echó por tierra su propósito, al darse cuenta de que el momento del encuentro con su pasado había llegado.

Paralizada escuchó voces en el hall y los pasos del señor Walsh aproximándose hacia donde ellos se encontraban, consiguiendo que un escalofrío recorriera su cuerpo y la dejara en estado de shock.

—Los condes de Rolswell les esperan en el hall, como me indicaron —le pareció escuchar la voz del señor Walsh a lo lejos.

De pronto su mente comenzó a pensar a toda velocidad, pues si había entendido bien, habían anunciado a su hermana como los condes de Rolswell. ¿Acaso había regresado Rosemary acompañada de Ashley? ¿Habrían muerto los padres de Ashley y ahora eran los nuevos condes de Rolswell? Y si era así, ¿podrían enfrentarse a unos condes sin salir perjudicados?

Con la sensación de que su cabeza podía estallar en cualquier momento, quiso detener el tiempo, hasta que sintió cómo una mano grande y fuerte cogía una de las suyas.

Ese gesto logró que su mente se detuviera y la sacó de su colapso, devolviéndola a una realidad donde Rick estaba a su lado. Sentir su tacto cálido y fuerte le dio la confianza que tanto

necesitaba, pues solo fue preciso que se viera en sus ojos para saber que él lucharía por ella.

Deseaba con desesperación agradecerle todo lo que estaba haciendo, pues a pesar de la frialdad con que había aceptado el matrimonio y de no haberla hecho suya en la noche de bodas, le estaba demostrando que era un hombre con una gran capacidad para amar.

Por todo ello le apretó la mano y, decidida a plantarles cara, se irguió con el propósito de demostrarle a Rosemary y a ella misma que ya no la volvería a asustar con sus enfrentamientos, por muy duros que estos fueran.

Al ver cómo Amy se controlaba y asumía un porte brioso, Rick se sintió orgulloso ante esa mujer que cada día le sorprendía, del mismo modo que le demostraba que dentro de ella había auténtico fuego.

Notando que estaba preparada para el encuentro, Rick decidió que ya había llegado el momento que habían esperado. Por eso, y sin dejar de mirarla para que viera que él no titubeaba, le dijo al mayordomo con voz firme:

—Dígales que vamos enseguida. Y, señor Walsh, que permanezcan en el hall mientras nos esperan. No queremos que los condes se sientan bien recibidos en Covington Park.

Al escuchar esa orden Amy se emocionó e incluso estuvo tentada de lanzarse a sus brazos para besarle agradecida. Percatarse de que por primera vez alguien la apoyaba abiertamente le había parecido un detalle maravilloso, consiguiendo que se preguntara qué más sorpresas le guardaba ese hombre al que apenas conocía.

Sintiéndose más tranquila le ofreció una sonrisa sincera, con la intención de demostrarle lo mucho que apreciaba toda la ayuda que le estaba ofreciendo.

—¿Estás preparada? —le preguntó devolviéndole la sonrisa.

—Terminemos cuanto antes con esto —le respondió sin soltarle de la mano, pues algo le decía que su determinación nacía de sentir la fortaleza que manaba de ese vínculo.

Sin más ambos salieron al encuentro de los condes de Rolswell con la cabeza bien alta, a pesar de saber que después de ese encuentro quedarían al descubierto muchas heridas que Amy había mantenido escondidas.

Con paso decidido ambos entraron en el hall, encontrándose ante ellos a su hermana Rosemary, elegantemente vestida y con pose altiva, que iba acompañada de un caballero al que Amy reconoció en el acto.

Tener ante ella a Ashley fue una dura prueba, a pesar de los años transcurridos, pues avivó el dolor que aún guardaba en su pecho. Pero lo peor de todo fue que su presencia hizo que los recuerdos de su último encuentro se recreasen en su cabeza, al volver a escuchar cómo la humillaba diciéndole que solo podría aspirar a ser su amante.

En ese instante le habría gustado colocarse ante él para decirle que había salido a delante sin necesitar ni de él ni de nadie, aunque al ver cómo rehuía su mirada se percató de que no solo lo sabía, sino que además temía que ella se lo echara en cara.

Fue entonces cuando se fijó mejor en los detalles, descubriendo a un Ashley que empezaba a sufrir el paso del tiempo. Observó cómo su pelo suave y rubio había comenzado a caerse, del mismo modo que se había incrementado su barriga.

Se notaba que los años de excesos con la comida y la bebida habían iniciado un cambio en su cuerpo, pues ante ella se encontraba el comienzo del deterioro del hombre más perfecto que jamás había conocido.

Pero lo que más le impresionó fue descubrir que ya no albergaba ningún sentimiento por Ashley, a pesar de haberle considerado el amor de su vida.

Descubrirle tan cambiado había provocado que dejara de verle como algo inalcanzable, más aún cuando miró a su hermana y también detectó sombras bajo sus ojos y un cutis que ya no era tan perfecto.

Tenerles ante ella tan cambiados solo le hizo sentir pena, pues por culpa de años de abusos se les veía más envejecidos y miserables. Quizá en cualquier otro momento habría creído que era

una justa venganza por todo el daño que le habían causado, pero verlos tan desmejorados no le devolvió la falta de cariño que había sufrido durante su infancia.

—¿A qué viene todo esto, Amy? ¿Crees que por hacerme venir a casa de tu amante de turno me vas a impedir que me lleve al niño? —la voz chillona de su hermana la sacó de la minuciosa observación a la que les estaba sometiendo.

—Le pido que no insulte a mi esposa en su propia casa y ante mi presencia.

La voz profunda y enfadada de Rick sorprendió a Amy, aunque más le asombró la furia que emanaba de su mirada. Pero lo que más le impresionó fue que tanto Ashley como Rosemary se sintieron confundidos, hasta que su hermana se adelantó orgullosa dispuesta a presentar batalla.

—¿Su esposa? —le preguntó con aire irónico y burlón—. ¿De verdad se ha casado con ella?

La carcajada que soltó tras sus palabras solo consiguió que Amy se crispara y, a juzgar por cómo Rick le apretaba la mano, se diera cuenta de que, si Rosemary no fuera una mujer, ya la habría tumbado en el suelo de un puñetazo.

—¿Cómo lo has conseguido hermanita? ¿Te has callado que eres una puta o es que no le importa mientras te abras de piernas?

No hizo falta mirar a Rick para advertir que había perdido la paciencia, pues se soltó de su mano y avanzó unos pasos. No había que ser muy listo para saber que su hermana estaba en serios problemas, aunque por la forma fanfarrona en que los miraba, Amy supo que Rosemary no se había percatado de que estaba a punto de ser echada a patadas.

Fue entonces cuando decidió que sería ella la que luchara sus propias batallas, en vez de quedarse callada en un rincón como una cobarde. Había llegado el momento de demostrar que era una mujer fuerte a la que no podrían volver a manipular, pues no estaba dispuesta a dejarse pisotear por nadie.

—Todos sabemos que la única que se abre de piernas por dinero eres tú, Rosemary, ¿o acaso no te casaste con Ashley por sus tierras?

—¿Cómo te atreves? —le contestó para después mirarla indignada, con los labios apretados y con la cara de color carmesí.

—Solo digo la verdad. Así que no vengas ahora a mi casa con aires de grandeza, cuando en ti no hay ni una pizca de nobleza.

—¡No te consiento que me hables así! Y menos tú, una mujerzuela que fue repudiada por su familia al quedarse embarazada. ¿Acaso sabe eso tu marido? —soltó maliciosa, pues pensaba que para conseguir el matrimonio Amy había engañado a su esposo diciendo que era una viuda respetada. Una noticia que había descubierto cuando supo que era estéril y comenzó a buscarla para quedarse con su hijo.

Justo cuando Amy iba a responderle, Rick se le adelantó, pues, colocándose a su lado y tras mirarla con cariño para tranquilizarla, le respondió a Rosemary:

—No solo sé todo lo referente a su pasado, sino que también sé la clase de arpía que eres.

Indignada, pero sobre todo furiosa al ver cómo ese hombre respaldaba a su hermana, se volvió para mirar a Ashley y reprocharle que él permaneciera en silencio en vez de defenderla.

—¿Piensas quedarte ahí parado como un pasmarote mientras insultan a tu esposa?

—Eras tú la que querías venir. Además, siempre has sido una experta en insultar, por lo que no creo que necesites mi ayuda.

—¡¿Cómo te atreves?! Eres un inútil desagradecido que no sirve para nada.

—Yo por lo menos sé dejar preñada a una mujer, no como tú, que estás seca y no eres capaz de engendrar.

Nada más escucharle, Rosemary palideció, quedándose a la vez muda ante la humillación que acababa de sufrir. Por primera vez en su vida Amy vio dolor en la cara de su hermana, y por primera vez fue testigo de cómo los desprecios conseguían debilitar la voluntad de una persona.

Ser testigo de su discusión entristeció a Amy, pues era más que evidente que Ashley despreciaba a Rosemary casi tanto como ella le despreciaba a él.

Solo hacía falta mirarle para descubrir el alto precio que Ashley había pagado por unir ambas propiedades, ya que con su unión no solo había conseguido más dinero, sino también una esposa que le hacía la vida imposible.

Por un instante Amy sintió pena al mirarle, pues ella sabía lo que era estar sometida bajo la voluntad de su hermana. Pero al comprobar cómo Ashley la miraba con lascivia se dio cuenta de que él mismo se había ganado su castigo, ya que a él nadie le había obligado a aceptar un matrimonio con una mujer a la que no quería.

—Diles que te traigan al crío y vámonos de una vez —soltó Ashley con desprecio mientras miraba a Amy de arriba a abajo, consiguiendo que cualquier rastro de pena se consumiera en el acto.

—Lamento comunicarles que, como tutor legal de Michael, no consiento que se lo lleven de esta casa y mucho menos que lo aparten de sus padres.

—Usted no es su padre —soltó alterada Rosemary ya repuesta y dispuesta a presentar batalla.

—Legalmente sí lo soy. Si quieren ver los papeles de la adopción puedo enseñárselos gustoso.

—No puede adoptar a mi hijo —afirmó categórico Ashley mientras apretaba los puños y observaba a Rick con altanería, como si fuera imposible que alguien le hiciera frente negándole sus deseos.

—Le recuerdo que Michael no está registrado en ningún lugar como su hijo legítimo, mientras que sí lo está como mi hijo y de mi esposa.

Tanto Rosemary como Ashley se quedaron en silencio al no haberse esperado algo así, aunque Rosemary no tardó mucho en mostrar su genio volviendo al ataque.

—No vas a salirte con la tuya. Todos sabemos que ese hijo es de Ashley y como padre puede llevárselo cuando quiera —le soltó Rosemary a Amy visiblemente alterada.

—No puedes demostrarlo —le respondió Amy mientras se le acercaba encarándose a ella—. Michael es mío y ni tú ni tu título podréis quitármelo.

Con la furia marcando su rostro Rosemary se pegó a Amy, para después agarrarla con fuerza del brazo y susurrarle al oído.

—En eso te equivocas, querida. Ya te quité una vez lo que más querías y puedo volver a hacerlo. Además, ahora soy condesa y tengo el dinero y la influencia necesaria para conseguir lo que desee.

Al ver la duda en los ojos de Amy, Rosemary se envalentonó, al haber descubierto un punto débil por donde atacarla.

—¿Acaso crees que esos documentos que tiene tu marido valen más que la palabra de un noble? —Y, tras reírse y mirarla con desprecio, continuó diciendo—: Que te hayas casado con él solo demuestra lo estúpida que eres. Un hombre sin título y marido de una cualquiera solo conseguirá que todos se rían en su cara. Serás su ruina y no tardará en despreciarte.

Amy creyó sentir cómo el suelo se desvanecía bajo sus pies, pues jamás había creído que su casamiento con Rick le perjudicaría. De hecho, de haber tenido la más mínima noción de que algo así sucedería no le habría pedido en matrimonio, pues no podía soportar que por su culpa lo perdiera todo.

Comenzó a reprocharse que hubiera sido tan ingenua, al no reconocer que su destino era estar sola para no dañar a nadie. Pero, sobre todo, para no perjudicar a las personas que amaba, pues si de algo estaba segura desde esa misma mañana, era que sentía un amor intenso por ese hombre que tanto le ofrecía.

—Él no tiene nada que ver con todo esto —afirmó intentando demostrar una seguridad que en realidad no sentía.

—Entonces no lo metas de por medio. Dame al niño y te dejaremos en paz con tu maridito.

Durante un solo segundo de desesperación Amy se permitió pensar en la propuesta de Rosemary, hasta que comprendió que estaba entre la espada y la pared.

Por un lado, jamás le entregaría a su hijo por mucho que la amenazara, pero tampoco podía dañar al hombre que había conseguido adueñarse de su corazón.

Sabía que estaba metida en una situación difícil que solo le traería desgracias, y que debía buscar una solución rápida que no

perjudicara ni a Rick ni a Michael. Una solución que ya había tomado en el pasado y que al parecer debía volver a tomar.

Por su parte, aunque Rick había estado cerca de las dos mujeres, no había podido escuchar sus últimas palabras, pronunciadas entre susurros, pero sí pudo escuchar su nombre y apreciar el evidente cambio en el semblante de Amy.

De hecho, su palidez era tan visible que logró asustarle, al estar convencido de que nada bueno la podía haber causado. Sintiendo una rabia visceral por Rosemary decidió poner punto final a ese encuentro, pero antes quiso intervenir para demostrarle a Amy que no ejercían ningún poder sobre ellos.

—Los condes de Rolswell no están por encima de la ley.

—Pero sí que estamos por encima de ti. —Y mostrando todo el desprecio que pudo, siguió diciéndole mientras le miraba como si fuera un insecto molesto—. ¿Tú qué eres: comerciante, banquero? Si quiero puedo dejarte en la ruina con solo un chasquido, así que tráeme a ese mocoso y apártate de mi camino.

Rick conocía muy bien a la gente de su calaña, ya que había tenido que enfrentarse a ellos durante años. Sabía que si te veían retroceder te atacaban con más fuerza, por lo que se dispuso a enfrentarse a ellos con más determinación.

—El que va a chasquear los dedos soy yo para echarla de mi casa. Y, es más, si les vuelvo a ver por aquí yo mismo me ocuparé de que les traten como los vulgares ladrones que son.

Al ver que no podía engañarlo con falsas amenazas Rosemary retrocedió, pues reconocía que sin unos documentos que acreditaran la paternidad del niño no podían hacer nada.

Había creído que se encontraría a su hermana sola y desvalida, por lo que le resultaría fácil salirse con la suya y quitarle al pequeño. Sin embargo, se había encontrado con una mujer con más fortaleza de la que recordaba, pero sobre todo con un marido que la protegía con uñas y dientes.

Verla ante ella hermosa y confiada la enfureció, pues a pesar de ser una madre soltera sin futuro, había conseguido tener un hijo y un marido que la quería. Algo que ella ansiaba desde hacía años y mucho se temía que nunca conseguiría.

—No lograrán salirse con la suya. Tendrán noticias nuestras en breve y ya veremos quién ríe el último —le aseguró Rosemary guardando un odio profundo en su corazón, ya que sabía que a pesar de sus amenazas jamás podrían regresar y mucho menos llevarse al niño.

Sabiendo que el niño nunca podría ser su heredero al no estar desprotegido solo le quedó dar media vuelta y marcharse, aunque por nada del mundo les iba a demostrar que la habían vencido.

Por eso, con la cabeza altiva y la mirada al frente salió de Covington Park sin mirar atrás, y sin ver cómo Ashley miraba por última vez a Amy antes de seguirla, quizá recriminándose haber elegido a la hermana equivocada.

Pero verlos alejarse no calmó a Amy, que no podía quitarse de la cabeza las amenazas de su hermana. Debía reconocer que jamás se perdonaría que por su culpa Rick lo perdiera todo, al saber lo duro que debía de haber trabajado para lograr el éxito que había conseguido.

Sin embargo, Rick, al ver cómo se marchaban arrogantes pero vencidos, se giró para celebrar su triunfo, aunque, al descubrir la tristeza de su rostro, temió que alguna de las cosas que se dijeron la hubiera dañado.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber acercándose más a ella.

Solo cuando se percató de las lágrimas en sus ojos se reprendió por no haberles echado antes, ya que era indudable que su encuentro la había perturbado.

Le habría gustado poder abrazarla para consolarla, pero tuvo que conformarse con quedarse ante ella a la espera de que le necesitara.

—¿Crees que volverán? —la preocupación en su voz era más que evidente, consiguiendo que la rabia de Rick creciera.

—No lo creo —le respondió convencido, pues sabía que la ley estaba de su parte, así como su gran fortuna y contactos.

—Pero ¿y si lo hacen? ¿Y si terminan llevándose a Michael? —se calló que también podrían arruinarle al desconocer que Rick era una persona influyente y con recursos.

—No pueden, porque legalmente es nuestro hijo —le aseguró acariciando su rostro para transmitirle que siempre estaría a su lado, pasara lo que pasase. Algo que Amy no solo percibió, sino que la entristeció más al saber que se preocupaba por ella.

Deseaba con desesperación poder contarle todos sus temores y dudas, pero sabía que él le quitaría importancia y trataría de arreglar las cosas a escondidas para no preocuparla.

El problema era que Amy había creído durante años las mentiras de Rosemary, provocando que su mente se cerrara a la posibilidad de que la estuviera engañando. Pero, sobre todo, también estaba el miedo a reconocer que su amor no era bueno para Rick, y que solo podía protegerlo si se mantenía apartada de él.

Pero el cambio que se produjo en Amy no le pasó desapercibido a Rick por lo que trató de tranquilizarla, aunque sin imaginarse el alcance de sus miedos y lo que ello desencadenaría.

—Amy, al echarle de casa y negarle el apellido a Michael no solo te marcaban como madre soltera, sino que no lo reconocían como hijo legítimo. Ahora ellos solo tienen su palabra para demostrarlo.

—Pero ellos son condes y tienen mucho dinero.

—Los Rolswell están arruinados, por eso deseaban tanto el matrimonio de su hijo con la heredera de los Barness.

—¿Cómo? —no pudo evitar preguntarle, pues para ella era impensable esa posibilidad.

—Me imagino que no te enteraste al haberte mantenido oculta durante estos años, pero el tema del matrimonio fue un engaño. Los Rolswell mantuvieron su ruina en secreto hasta después de la boda para que tu padre no se echara atrás. De hecho, se rumorea que tu padre ha estado pasándole una pensión a tu hermana, pero para que se queden con la propiedad necesitan un heredero varón o a la muerte de tu padre lo perderán todo.

—Pero mi hermana siempre dijo que ella era la heredera —cuestionó extrañada.

—Al ser mujer ella solo puede heredar el dinero que no esté vinculado al título. Sin embargo, un hijo varón lo heredaría todo y si están tan interesados en conseguir un heredero es porque deben de

haber descubierto que la fortuna de tu padre no es tan grande como ellos pensaban.

Al entender lo que eso significaba, Amy sintió cómo su temor aumentaba, pues acababa de comprender que su hijo era la clave para que su hermana consiguiera hacerse con todo. Debía reconocer que no se había creído que Rosemary hubiera sentido la necesidad de ser madre, ya que conocía su corazón y este jamás podría amar a cualquiera que no fuera ella misma, pero le costaba imaginarse a alguien con tan pocos escrúpulos.

—¡Dios mío! Ellos necesitan a un hijo varón antes de que muera mi padre para no quedarse sin nada. Y eso solo significa que no pararán hasta que me quiten a Michael —susurró aterrada, mientras desesperada se llevaba las manos al pecho.

—No, Amy. —La llamó Rick cariñosamente mientras se le acercaba—. Eso significa que deben conseguir a un niño cuanto antes, y lo más conveniente para ellos es hacerse con uno de un hospicio.

—Te equivocas, conozco a mi hermana y jamás adoptará a un niño de la calle. Ella quiere a uno que sea de su misma sangre y no parará hasta conseguir a Michael. Además, ellos son condes y pueden tener lo que deseen —afirmó al mismo tiempo que le miraba con desesperación.

—Pueden intentarlo si quieren, pero no les resultará fácil adoptar a un niño que ya tiene padres y se niegan a entregárselo —y secando sus lágrimas con suaves caricias continuó diciéndole con voz suave—: Confía en mí, jamás permitiré que se lleven a Michael.

Pero eso era precisamente lo que más asustaba a Amy, al saber que él siempre la apoyaría, aunque al hacerlo lo perdiera todo. Durante un instante se permitió el lujo de mirarle fijamente, viendo en su mirada la determinación y un destello de algo más intenso que el cariño.

Sin querer reconocer lo que sus ojos le mostraban apartó la mirada, pues no podía soportar permanecer ante él cuando tenía claro lo que debía hacer. Lo había decidido desde que su hermana la había amenazado, pero ahora que había visto que él podría amarla, tenía claro que solo podía salvarle si se marchaba.

Decidida Amy buscó una excusa, a pesar de no estar segura de llegar a convencerle o de poder salirse con la suya sin ser descubierta.

—Si me permites, necesito descansar un poco.

Y sin más se marchó, dejando a Rick intrigado, pues era evidente que algo pretendía y estaba convencido de que no iba a gustarle.

CAPÍTULO 22



Con la sensación de que el corazón se le salía del pecho, Amy entró en su habitación, reconociendo que las palpitaciones que sentía no eran solo por haber subido a toda prisa por las escaleras.

Sabía que parte de ese dolor se debía a lo que estaba a punto de hacer, ya que si quería proteger a Rick debía alejarse lo antes posible de su lado. El problema era que cuanto más lo pensaba más se atormentaba con la idea y se le hacía insoportable una vida sin él.

Con el rostro surcado por las lágrimas intentó inútilmente controlarse, puesto que no podía quitarse de la cabeza que estaba a punto de perder a su gran amor. Con esa certeza y con el tiempo corriendo en su contra abrió el armario y, tras encontrar la misma bolsa de viaje que había guardado el día anterior, se puso a empacar algunas de sus pertenencias.

Sin embargo, su mente seguía jugándole malas pasadas, recordándole lo tonta que había sido al pensar que podría ser feliz, al haber olvidado que la vida nunca había sido generosa con ella.

Se sentía tan aturdida al tener que dejarlo todo cuando en realidad quería quedarse, que no se percató de lo que significaría su marcha, ni advirtió que le sería imposible esconderse de un hombre como el señor Jones. Una persona decidida, orgullosa y con recursos, que además la había hecho temblar como nadie antes lo había conseguido.

Pero en estos momentos no podía permitirse el lujo de pensar en lo que sentía por su esposo, o lo que sería su vida sabiendo que lo

había abandonado el día después de la boda. Estaba convencida de que él no comprendería los motivos de su partida y acabaría odiándola, por lo que tendría que llevar en su corazón otra carga que la haría desgraciada.

Con ese pensamiento atormentándola continuó guardando algunas prendas en la bolsa de viaje, sintiendo cómo a cada segundo que pasaba se le hacía más insoportable la idea de dejarle.

Estaba tan sumida en su llanto que no se enteró de que Rick había entrado en la habitación. Al principio le había costado creer lo que sus ojos le mostraban, pues se negaba a creer que lo fuera a abandonar ahora que todo se había solucionado.

Observándola en silencio intentó encontrar una explicación, mientras trataba de contenerse para no exigirle una respuesta. Sin embargo, solo tuvo que escuchar su llanto para saber que su huida era fruto de la desesperación y no del deseo de alejarse de él, quizá al haber creído las mentiras de su hermana.

Intentando comprenderla recordó todo aquello por lo que había pasado por culpa de su familia, y decidió que sería paciente hasta que ella entendiera que el pasado nunca más regresaría.

—¿Te vas a alguna parte? —le preguntó con voz firme, consiguiendo que Amy se sobresaltara y retrocediera al verle.

—Rick, yo... —no supo qué contestarle, pues no se sentía preparada para ese encuentro.

—No hace falta que me expliques nada. Al fin y al cabo, es bastante evidente lo que pretendes hacer —le comentó mirando hacia la bolsa de viaje que estaba sobre la cama—. Lo que sí me gustaría que me dijeras es cómo pensabas dejar Covington Park sin que me enterara.

Durante unos segundos ambos se miraron en silencio, hasta que Amy no aguantó más y su llanto se volvió desesperado.

Era tal su impotencia ante todo lo que estaba sucediendo que simplemente se rindió. En apenas unos días había soportado la humillación de pedirle en matrimonio, de esperarle en la iglesia durante horas sin saber si llegaría, de no saber qué sentía por ella, de la posibilidad de perder a su hijo y de tener que abandonar el único hogar donde había sido feliz. Pero sobre todo había tenido

que enfrentarse a su pasado, a su familia, al hombre que había sido su amor y a un futuro de felicidad que se le escapaba de entre las manos.

Todos esos desafíos la habían dejado agotada y confusa, por lo que en este momento se sentía incapaz de mirar a Rick y reconocer que por su culpa podía perder lo que le había costado tantos años de trabajo.

Era tal el daño que este pensamiento le producía, que tuvo que girarse para no encontrarse con su mirada. Por ello le dio la espalda y se tapó la cara con las manos avergonzada, para después dejarse llevar por la agonía de sentir cómo su corazón se despedazaba en su pecho.

Mientras tanto Rick la contemplaba expectante, sin poder asimilar todavía que esa mujer a la que creía fuerte se dejara vencer tan fácilmente por su hermana. Menos aún cuando hacía unos minutos se había mostrado ante ella tan decidida, consiguiendo que se sintiera orgulloso por el valor que estaba demostrando.

Pero lo que nunca imaginó fue que la vería derrumbarse ante él y que sentiría como propio todo el dolor que Amy mostraba con su llanto.

Sin perder ni un segundo se dirigió hacia donde ella estaba para girarla con cuidado, haciendo falta una sola mirada a su rostro para que solo quedara el anhelo de consolarla. Con la necesidad de ser su refugio, Rick la abrazó con todas sus fuerzas, consiguiendo que ella se quedara paralizada al no haberse esperado esa reacción.

Sin embargo, al sentirse entre sus brazos, parte de su dolor comenzó a apaciguarse y, sin pensárselo dos veces, se abrazó a él hundiendo su cara en su cuello al mismo tiempo que lloraba.

—Tranquila, pequeña —la consoló mientras la abrazaba y besaba su rostro.

—Lo s-s-siento-o-o —consiguió decir con la voz entrecortada por el llanto.

—No tienes porqué disculparte, es lógico que te sientas así después de todo aquello por lo que has pasado.

Al ver que Amy estaba un poco más calmada, Rick le apartó unos mechones de la cara y la miró fijamente, encontrando unos

ojos que le observaban expectantes como temiendo que en cualquier momento él fuera a reprenderla.

Sin embargo, lo que Amy encontró al contemplarle no fue ninguna actitud de reproche o enfado, sino unos ojos que la observaban con la misma intensidad con que la habían contemplado tras el beso furtivo en el camino.

Atreviéndose a profundizar su mirada deseó encontrar en sus ojos una muestra de cuáles eran sus sentimientos, pero lo que detectó fue algo tan intenso y profundo que no supo cómo denominarlo.

—Ahora que pareces más tranquila, ¿crees que podrías explicarme lo que pretendías hacer? —su pregunta la devolvió a la realidad.

Aún aturdida agachó la cabeza para evitar que la viera tan desolada. Reconocía que el miedo le había impulsado a precipitarse, pero estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto para no perjudicarlo.

—Sé que piensas que puedes protegerme de mi familia, pero temo que para conseguirlo tengas que pagar un alto precio.

—No es como tú crees. Tu familia no es tan poderosa como siempre te han hecho creer —la interrumpió al tener claro cuáles eran sus intenciones.

Pero Amy no iba a ponérselo fácil y, alejándose de él unos pasos, prosiguió con su alegato.

—Los conozco. No importa si no tienen dinero, siguen siendo influyentes y podrían mover los hilos para arruinarte.

—Estaré preparado por si lo intentan —resolvió Rick en el acto, dado que no estaba dispuesto a darse por vencido y renunciar a ella.

Desesperada al ver que no le entendía, alzó la mirada, descubriendo en él una determinación que le aseguraba que jamás renunciaría a ella. Aun así, debía intentar explicarle por última vez que su amor solo le traería sufrimiento.

—No lo entiendes, no puedo permitir que lo pierdas todo por mi culpa. No podría soportarlo —le aseguró con el corazón en un puño.

—¿Por qué? —le preguntó mientras se le acercaba despacio, al querer provocarla con su cercanía para que le dijera aquello que sus ojos le gritaban, pero su boca se negaba a dejar escapar.

—No me preguntes eso, por favor —le suplicó intentando volverse para ocultar sus lágrimas, pero Rick ya estaba lo suficientemente cerca para impedirselo.

—Dímelo. Explícame por qué no soportas la idea de que me hagan daño.

Y tras buscarse con la mirada se quedaron un instante en silencio, a la espera de una confesión que podría cambiarlo todo.

—Porque te amo —acabó revelando Amy para regocijo de Rick.

Al ver que él no le contestaba se enfadó, ya que le había abierto su corazón y él a cambio se había quedado callado. Una sensación de vacío se apoderó de su cuerpo, al comprender que no sentía lo mismo por ella a pesar de lo que mostraban sus ojos.

Asqueada por la mentira que veía en su mirada Amy intentó soltarse con la intención de marcharse, pero Rick no se lo permitió agarrándola con más fuerza.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó al mismo tiempo que la acercaba más a él y ella comenzaba a forcejear con más fuerza.

—¡Déjame! —le soltó ella enfadada, pero sobre todo sintiéndose destrozada al darse cuenta de que él no la amaba.

—¿Quieres que te deje marchar sin más después de decirme que me amas?

—Sí. Y te ordeno que olvides todo lo que te he dicho —afirmó categórica mientras comenzaba a golpear su pecho.

Amy estaba tan centrada en escapar de sus brazos y de la vergüenza que sentía, que no se percató de la sonrisa que empezó a formarse en la boca de Rick, del mismo modo que no se dio cuenta de cómo se iluminaron sus ojos.

En solo un segundo Amy se vio rodeada por los brazos fuertes de Rick que le impedían moverse, para otro segundo después encontrarse con su boca que invadía la suya con el propósito de robarle un beso.

Sintiéndose confusa ante lo que estaba sucediendo dejó de forcejear, hasta que notó cómo él le exigía que abriera la boca para

recibirlo.

Notar su sabor, la dulzura de su toque en contraste con la dureza de su agarre, y sobre todo sentir cómo sus cuerpos se entregaban sin que las palabras fueran necesarias, fue más de lo que pudo soportar. Aun así, en su mente todavía flotaba la duda de lo que ese hombre sentía por ella, pues tan pronto la reclamaba con una pasión que la dejaba sin aliento, como levantaba barreras que les separaban.

Lo sabía, pues ya se lo había hecho en la biblioteca cuando le pidió que se casara con ella, así como en la boda y durante la noche pasada. Sin embargo, sus besos y sus ojos decían algo completamente diferente, y estaba empezando a temer que jamás lograría entender qué era lo que de verdad él sentía por ella.

Más aun cuando sus labios se separaron y en vez de proclamar sus sentimientos le dijo:

—No debes preocuparte por nada, yo estaré a tu lado para protegerte.

Aunque las palabras fueron dichas con ternura no eran las que Amy se esperaba, por lo que sintiéndose una estúpida al haber esperado una confesión de amor solo pudo asentir, aunque no muy convencida.

Rick se dio cuenta de ello y supo que debía dejar claras las cosas antes de que fuera demasiado tarde, ya que estaba convencido de que en cualquier momento se marcharía para ponerlo a salvo.

—Amy, te juro que no te miento cuando te digo que tu familia no puede dañarme. Sé que piensas que soy un simple comerciante, pero la verdad es que poseo una gran fortuna y en el mundo en que vivimos el dinero lo es todo. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

Por unos instantes ella se quedó en silencio, intentando entender que el dinero pudiera más que un título. Desde que tenía uso de razón le habían enseñado que su posición le otorgaba unos privilegios que solo unos pocos poseían, y por ello debía estar agradecida de la sangre que corría por sus venas.

Pero a pesar de tener ese convencimiento bien aprendido empezó a comprender que las enseñanzas de sus padres habían

sido formadas desde sus propias conveniencias, pues a pesar de no haber conocido mucho mundo, su independencia le había mostrado que las palabras de Rick eran ciertas y el dinero es lo que siempre prevalecía.

—¿Confías en mí?

Al escucharle, algo dentro de ella se encendió y comenzó a recordar las veces que había oído los rumores sobre nobles que se habían empobrecido y poco a poco habían sido excluidos de los círculos más selectos de la sociedad.

Con las ideas recomponiéndose en su cabeza, Amy lo volvió a mirar, encontrándose con el hombre decidido y arrogante que había logrado ganarse su corazón. Sabía que lo que le estaba pidiendo iba más allá de que creyera en sus palabras: le pedía que antepusiera lo que él le decía a todas las enseñanzas que le habían sido inculcadas desde niña.

Se percató de que había llegado el momento de marcar un punto final y dejar de creer que ella siempre sería inferior al resto de su familia. Habían pasado cinco años desde entonces y la vida le había enseñado nuevas lecciones, así como a conocerse mejor y saber que dentro de ella había agallas.

Suspirando se fijó en cómo Rick la miraba detenidamente, percatándose de que él no solo no la dejaría marchar, sino que lucharía por ella con uñas y dientes al ser un individuo que se había formado a sí mismo y sabía cómo defenderse.

Fue entonces cuando decidió que prefería enfrentarse a las adversidades de la vida a su lado, antes que pasarse el resto de su existencia escondida y temiendo su destino.

—Confío en ti —le dijo convencida, provocando en Rick una felicidad tan solo comparable a cuando le había dicho que le amaba.

A pesar de todo, aún necesitaba dejar claro un tema importante, y por ello no perdió ni un segundo más para asegurarse de que jamás la perdería.

—Si te lo pido, ¿me jurarás que pase lo que pase nunca te darás por vencida y te marcharás?

—Te lo juro —le aseguró, mientras se proponía que nunca más se dejaría llevar por el miedo y confiaría en él.

Completamente complacido, Rick no perdió más tiempo y volvió a besarla, con más razón ahora que sabía que le había prometido que siempre permanecería a su lado.

Se daba cuenta de que había llegado el momento de abrirse a ella y de contarle toda la verdad de porqué había ido a Baslow. Solo deseaba no haber esperado demasiado para contárselo, pues por nada del mundo quería que ella dudara otra vez de él y perdiera la confianza que tanto le había costado ganarse.

Por ello escondió su temor y la besó con la intención de demostrarle con sus labios todo aquello que había callado y que ahora se proponía desvelarle.

Con todo su ser la abrazó para sentirla más cerca y, solo cuando la tuvo rendida ante su beso, supo que estaba preparado para lo que sucediera. Por ello, apartó el miedo de su corazón y comenzó su historia.

—Debo confesarte algo importante. Espero que entiendas que mi propósito no fue vivir una aventura, sino que buscaba respuestas que solo podía averiguar si te conocía en persona.

Confusa Amy se le quedó mirando, sin saber si su turbación era debida al beso que aún notaba en sus labios o a las palabras que él acababa de pronunciar.

—¿Recuerdas la primera vez que nos encontramos en el camino?

Ella asintió con un movimiento de cabeza, ya que su garganta se le había cerrado a causa del temor que se había instalado en su pecho.

—Aunque fue la primera vez que te vi, ya estaba enamorado de ti.

El impacto de su declaración no se hizo esperar. Tratando de descubrir algún rastro de mentira o burla en su rostro Amy se le quedó mirando, pero al ser testigo de cómo sus ojos le confirmaban su declaración, solo le quedó creerse que había sido cierta.

Una sensación de regocijo comenzó a nacer en su vientre, extendiéndose por todo el cuerpo como si fuera una ola de calor que la reconfortaba. Aunque debía reconocer que lo mejor de todo había

sido tener la certeza de que su corazón no había sido el único en arriesgarse.

Solo cuando hubieron pasado unos segundos y su cabeza volvió a serenarse, se percató de algo importante, por lo que aprovechó el silencio que se había instalado entre ambos para pedirle que se lo aclarara.

—¿Cómo que ya estabas enamorado de mí? Si no sabías ni que existía.

En realidad, no hacía falta una explicación para reconocer que le había estado engañando desde el primer momento, pero necesitaba escuchar de su boca que no la había utilizado.

Por ello se alejó unos pasos y con voz trémula le preguntó aquello que más temía saber.

—Ya me conocías, ¿verdad?

Rick simplemente asintió, sin percatarse del daño que con ello le causaba.

Con la voz entrecortada, las manos temblando y el cuerpo a punto de derrumbarse a causa de la impresión, Amy logró encontrar las fuerzas necesarias para mirarle a la cara y preguntarle:

—¿Qué ha sido, una apuesta? ¿Tenías que seducir a la pobre viuda? ¿O quizá oíste hablar de la desvergonzada hija menor de los condes de Barness y te propusiste seducirme?

—Basta ya, Amy —la interrumpió Rick enfadado—. No fue nada de eso y tú lo sabes.

—Entonces, ¿qué fue? Porque te puedo asegurar que desconozco qué está pasando.

La verdad era que Rick jamás habría imaginado que ella pensara algo semejante y se reprochó no haber sido más directo con su relato causándole este daño.

Verla ante él con la pena marcando su rostro le causó un dolor irreparable, por lo que se le acercó decidido a poner fin a la idea que ella se había formado de todo este asunto.

—Me fui enamorando de ti poco a poco, y cuando me di cuenta de ello supe que tenía que conocerte —le susurró mientras abarcaba su rostro con ambas manos y la miraba con el brillo del amor en sus ojos—. Ese es mi gran secreto, Amy.

—Pero no lo entiendo. ¿Cómo podías estar enamorado de mí si no me conocías? —le preguntó con la esperanza marcando su voz al sentirse más tranquila tras saber que no había sido fruto de un juego.

—Si esa cabecita tuya deja de imaginarse cosas raras, con mucho gusto te contaré toda la historia.

El momento de la verdad había llegado y por ello Rick estaba nervioso. Sabía que toda su felicidad dependía de que ella le creyera, por lo que se propuso ser paciente a la par que honesto al contárselo todo.

Con ese fin la guio hacia la cama y, tras indicarle que se sentara en ella para que estuviera más cómoda, empezó su relato.

—Será mejor que empiece desde el principio. ¿Recuerdas que te hablé de una amiga llamada lady Scarlett Seymor?

—Sí, la conozco. También es amiga de mi tía abuela Evelyn. Es más, en cierto modo estoy en deuda con ella, pues cuando mis padres me repudiaron Evelyn la estaba visitando y gracias a ello pudo estar a mi lado.

Al darse cuenta de que Amy sabía exactamente de quién se trataba, siguió adelante. Sin embargo, no pudo evitar reparar en que Amy le había contestado sin enfado ni desconfianza, por lo que comenzó a sentirse más optimista.

—Así es, lady Seymor es amiga íntima de lady Evelyn Owen y la que me habló de Covington Park. Pero lo más importante es que hace un par de años me presentó a tu tía abuela Evelyn.

En ese instante a Amy le habría gustado hacerle mil preguntas, pero prefirió permanecer en silencio en cuanto escuchó el nombre de su tía abuela. Y es que conocía demasiado bien a esa mujer y empezaba a comprender qué era lo que había sucedido.

—Por esas fechas solía frecuentar la ópera, cuando una noche me encontré con ellas e insistieron en que las acompañara. Durante toda la actuación no dejaron de hablarme de ti y, aunque debo reconocer que en un principio no les presté mucha atención, poco a poco me fui interesando por lo que me estaban contando.

» Fue tal la curiosidad que despertaron en mí que después las acompañé, para que así pudieran seguir hablando de esa muchacha

alegre y vivaz que a pesar de su cuna trataba a todos con respeto. Pero sobre todo me llamó la atención que, a pesar de sentirse desplazada por su familia, nunca se dejó influenciar por ellos. Prefirió ser firme a su forma de ser, aunque con ello se ganara su desprecio.

—No tiene ningún mérito ser como eres.

—En eso te equivocas. Muchas personas se esconden fingiendo ser diferentes con el propósito de ser aceptadas. Lo prefieren antes que plantarle cara a la sociedad y que esta les repudie.

—Yo no podría fingir ser quien no soy —le comentó Amy en voz baja, como si se excusara por ser alguien que iba en contra de lo que marcaban los demás.

—Y por eso te admiro tanto.

La rotunda afirmación de Rick la dejó paralizada, teniendo que mirarle a los ojos para cerciorarse de que le decía la verdad. Jamás se habría imaginado que Rick le confesara algo semejante, por lo que solo pudo permanecer en silencio mientras su corazón gritaba de alegría.

—Después de eso quedé intrigado por saber más de ti y, tras insistir a mi amiga lady Seymour para coincidir de nuevo con lady Owen, acabó invitándome a pasar un fin de semana en el campo con un grupo de amigos entre los que ella también asistiría. Fue ahí cuando más me contó sobre ti y donde empecé a enamorarme. También fue donde me contó cómo fuiste engañada por tu familia y cómo a pesar de tu corta edad estuviste dispuesta a perderlo todo con tal de salvar a tu hijo.

—¿Sabías que había sido repudiada? —le preguntó incrédula, pues jamás habría imaginado que él lo supiera.

Avergonzado recordó las veces que había ido a visitarla callándose que sabía que era madre soltera, y las veces que la había llamado por un nombre que él sabía que era falso.

Se preguntó si vería bien que hubiera asumido su papel de viuda por el bien de ella y de su hijo, o si por el contrario la acusaría de buscar una salida fácil viviendo una vida basada en la mentira.

—Así es, lo supe todo desde el principio —le contestó sin reproche en su voz, por lo que supo que no la había juzgado.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —le preguntó, aunque una parte de ella seguía temiendo su respuesta.

—No podía acercarme a ti sin más y decirte que conocía tu secreto. Además, quería ganarme tu confianza y tu amor antes de confesártelo. Sabía que te mostrabas recelosa con los hombres y que durante cinco años habías permanecido sola, por lo que estaba convencido de que debía ir con cuidado —Al darse cuenta de que se sentía molesta y quizás engañada se le acercó despacio—. Sé que fui un cobarde, pero no soportaba la idea de perderte si me precipitaba.

Deseoso de complacerla no dudó en acercarse para así preguntarle mientras la miraba a los ojos:

—¿Vas a apartarme de tu lado?

—¿Ahora que te amo más que a mi propia vida? No, señor Jones, ahora tendrás que conformarte con una esposa que te ama con locura y que a veces se comporta como una tonta.

Al escuchar su confesión Rick sintió deseos de saltar de alegría, ya que eso solo podía significar que no había puesto en peligro su matrimonio. Solo entonces se percató de lo nervioso que había estado ante su reacción, al saber que no solo estaba arriesgando su corazón, sino toda una vida de felicidad a su lado.

Sonriendo solo le quedó abrirse a ella, para así demostrarle que nunca se arrepentiría de haberle confiado su amor. Un amor que él guardaría como su mayor tesoro y que pretendía hacer crecer día a día.

—En ese caso, permíteme que te ame como te mereces y que desde este preciso instante te convierta en mi esposa.

—Pero ya soy tu esposa —afirmó ella algo contrariada, aunque encantada con la mirada jubilosa y pícara de su marido.

—En realidad aún falta un pequeño detalle que pretendo solucionar ahora mismo.

Nada más terminar de decírselo tiró de ella, para una vez entre sus brazos comenzar a besarla como se merecía. Con todo su amor, su voluntad y su pasión.

Apoderándose de su boca Rick la obligó a abrir más sus labios, hasta que se sintió complacido por cómo ella le respondía. Con el

ritmo lento de su lengua la fue saboreando despacio, hasta conseguir que todo su cuerpo se rindiera a él. Solo entonces sintió la necesidad de hacerla suya de inmediato, esperando que Amy también anhelara la misma necesidad.

Por su parte Amy al principio no supo cómo reaccionar, hasta que la profundidad del beso la dejó sin aliento. Solo entonces comprendió las intenciones de Rick de hacerla suya, dándole como única respuesta su aceptación.

En algún momento entre el anhelo de querer más y el placer que sentía al besarle, quiso demostrarle que ella también era capaz de provocarle, por lo que le rodeó el cuello y se dejó llevar por todo lo que estaba sintiendo.

Aunque la última vez que estuvo con un hombre fue con Ashley, y de eso hacía ya cinco años, aún recordaba lo que se sentía al dejarse llevar por el deseo. Había creído que hacer el amor sería igual, siempre y cuando tuviera sentimientos por el caballero, pero jamás se habría imaginado que notara algo tan intenso como lo que estaba sintiendo junto a Rick.

Con él era como si cada centímetro de su piel lo llamara a gritos y como si él se hubiera propuesto enloquecerla de placer antes de consumir su matrimonio. Nada que ver con los encuentros efusivos y rápidos con Ashley, donde las prisas por temor a ser pillados le robaban el erotismo que ahora estaba experimentando.

De pronto se percató de lo inapropiado que era estar pensando en otro hombre en ese instante y sintiéndose culpable se propuso apartar de una vez por todas a Ashley de su mente.

Había llegado el momento de olvidarle, dejando atrás todo lo bueno y lo malo que había vivido con él. De ahora en adelante en su corazón solo estaría su marido, del mismo modo que estarían todas las personas que como Rick le habían ayudado a alcanzar sus sueños.

Un nuevo futuro que se veía prometedor, al poder contar con alguien que le había enseñado que el amor todo lo puede.

Se encontraba tan sumida en sus pensamientos que no advirtió cómo Rick la había estado desnudando, al haberse dejado llevar por sus caricias y sus besos. Solo cuando notó cómo el bajaba por su

clavícula hacia su pecho se percató de que tenía los senos al descubierto y, para su sorpresa, no se avergonzó de encontrarse casi desnuda entre sus brazos.

De hecho, le encantó sentir cómo saboreaba sus pechos, por lo que solo le quedó arquearse y gemir de placer consiguiendo que Rick se excitara aún más.

Con el cuerpo cálido y musculoso de su esposo pegado al suyo se estremeció, al sentir el contraste de su piel delicada y sensible frente a la de él firme y ligeramente áspera.

Vagamente consciente de todo lo que la rodeaba se percató de la dureza del miembro de Rick, que palpitante entre sus muslos reclamaba adentrarse en ella hasta colmar su apetito. Notar cómo se encendía su pasión le hizo sentir el dolor del deseo, pues ella también estaba llegando a un punto en que anhelaba con desesperación sentirse suya.

Plenamente consciente de su necesidad solo le quedó separarse de ella, para después cogerla en brazos y sin esperar ni un segundo llevarla al lecho.

Había soñado tantas noches con tenerla en su cama que a Rick le costaba creer que su sueño se hubiera hecho realidad. Quizá por eso se la quedó mirando justo después de colocarse sobre ella, como a la espera de que en cualquier momento se desvaneciera.

Notando su cuerpo desnudo, sus ojos color ámbar brillantes de excitación y la respiración entrecortada, Rick se sintió el hombre más afortunado por haber conseguido el amor de la mujer que amaba.

Una mujer que ahora le reclamaba para que la hiciera suya y que le pedía que la besara al relamerse los labios con picardía.

—Eres realmente preciosa —le susurró mientras se perdía en su mirada y, tras ver el destello de placer que sintió al escucharle, no le quedó más remedio que rendirse ante ella.

Con todo su corazón la besó como se besa al ser amado, entregándose a ella hasta que el destino o la vejez la apartaran de su lado. Y así, con un amor que les rodeaba y les marcaba el deseo, se dejaron llevar y tras innumerables caricias y palabras tiernas Rick la penetró.

Había creído que sentirse dentro de ella solo sería comparable a estar en el paraíso, pero jamás se imaginó que pudiera ser algo tan inmensamente placentero. Con cada movimiento de sus embestidas la excitación aumentaba tanto que por un instante Rick creyó que moriría en ese mismo momento.

Pero nada fue comparable a derramarse dentro de ella, pues el escuchar cómo gemía y se tensaba dejándose llevar por el placer, para después gritar su nombre y relajarse, fue la experiencia más erótica y placentera de su vida.

Con el miembro profundamente en su interior y la satisfacción de saber que la había conducido hasta el éxtasis, se dejó llevar vertiendo en ella no solo su semilla, sino también un amor tan grande que hasta las estrellas del firmamento brillaron solo para ellos.

Jadeantes y satisfechos permanecieron quietos y en silencio, mientras sus ojos hablaban por sí solos de todo lo que estaban sintiendo.

Con un dulce beso Rick selló ambos labios, jurándose que nunca más callaría sus sentimientos. Y menos ahora que sabía que ella también le amaba y necesitaría escuchar cada día que era el dueño de su corazón.

—Te quiero —le confesó estremeciéndola con la misma intensidad con que había sentido el orgasmo.

Con sus ojos fijos en él, Amy le observó hasta que, sin poder contenerse, comenzó a acariciarle con la yema de los dedos el perfil de su rostro.

Sabía que después de lo experimentado juntos era más que evidente el amor que había entre ellos, pero le encantó escucharlo de su boca del mismo modo que le complacía verlo en sus ojos.

No sabía muy bien cuándo le había entregado su corazón, pero era más que evidente que en ese preciso instante este le pertenecía a él de forma total y verdadera.

—Yo también te quiero —le confesó regalándole una sonrisa, sabiendo que desde ahora y hasta siempre cada mañana se levantaría con la felicidad marcando su rostro.

Pero, aunque solo necesitaba mirarla a los ojos para saber que su confesión había sido auténtica, anhelaba más, por lo que se incorporó apoyando un codo en el colchón para poder observarla.

Solo cuanto tuvo la certeza de que tenía su atención se atrevió a ir más allá y, usando un tono juguetón, le hizo una pregunta que podría marcar sus destinos.

—¿Lo prometes?

Con el reflejo de sus sentimientos puestos en sus ojos Amy le contempló y, abriéndole su corazón sin miedos ni dudas, le confesó:

—Te prometo que te quiero.

EPÍLOGO



*Baslow, condado de Derbyshire
Veinte meses después.*

Sentada en el patio trasero de la iglesia, Amy sostenía una fresca limonada mientras observaba todo a su alrededor.

A unos metros de ella podía ver a su hijo Michael sonriendo a Rick, al tiempo que este le enseñaba a jugar al críquet. Rodeados de otros niños con sus padres, se les veía integrados, sin importar que no compartieran la misma sangre. Y es que en el transcurso de los meses pasados se notaba que Rick le había cogido mucho cariño a Michael, pero sin lugar a dudas era el niño el que más se había volcado en el amor a su nuevo padre.

Para él tener un papá era un sueño hecho realidad y, aunque en ocasiones a Rick le resultaba agobiante tener a un chiquillo que le seguía a todas partes, pronto se estableció un vínculo entre los dos que iba creciendo día a día.

Orgullosa de sus hombres los observó complacida, preguntándose cómo había sido posible que no se diera cuenta antes de la necesidad de su hijo por tener una figura paterna.

Suspirando se llevó la mano a su hinchado vientre, feliz de traer un nuevo miembro a la familia. Todo un acontecimiento que les había hecho inmensamente dichosos, si bien tenía el inconveniente de verse sobreprotegida.

Aunque se encontraba de seis meses, la tía abuela Evelyn se había mudado a Rose's House para ayudarla en el parto, consiguiendo entre ella y Nana que Amy estuviera a punto de perder la paciencia.

No es que la mimaran y la cuidaran como hacían Rick y su hijo, sino que la mantenían en una continua vigilancia. Como si ella no supiera lo que tenía que hacer, o fuera a coger un saco de patatas y ponerse a correr con él a hombros alrededor de la mansión.

Por suerte había encontrado en Lucy y en el mayordomo a unos aliados que procuraban mantener a la pareja de mujeres ocupadas. Solo de esa manera podía respirar tranquila durante unos instantes, antes de que estas volvieran a insistir en que descansara.

—No sé cómo soportas el calor en tu estado, yo estoy derritiéndome —le comentó su amiga Ruth.

—No es para tanto —le aseguró Amy mientras le sonreía y daba un largo trago a su limonada fresquita—. Prefiero pasar un poco de calor que estar aburrida en mi casa con las piernas en alto.

La sonrisa de Ruth le aseguró a Amy que había entendido sus palabras.

—¿Tan malo es que te cuiden?

—Ya me lo dirás cuando tu madre y tu marido no te dejen tranquila ni para ir al baño —al escucharla los ojos de Ruth se agrandaron, mientras su rostro comenzaba a mostrar los indicios del pánico.

Hacía ya un buen rato que ambas se habían sentado a la sombra de unos árboles, junto a un pequeño grupo de mujeres que charlaban o simplemente se reían de las travesuras de los más pequeños.

Sentirse una más de la comunidad era un placer que cada vez le gustaba más, sobre todo desde que había dejado de temer a su familia y había dejado de ocultar que era una Barnes.

Sabía que quitarse ese peso de encima le había dado tranquilidad, pues, aunque aún mantenía la charada de que había sido viuda para que Michael no fuera considerado bastardo, ya no tenía que esconderse por miedo a ser estigmatizada.

De hecho, había sido su propia familia la que había ocultado toda la verdad desde el principio. Según pudo averiguar Rick, después de marcharse de Hertford Hall repudiada y con el fin de no formar un escándalo, su madre había empezado a decir que se había casado en el extranjero. Después solo tuvo que inventarse la

historia de que se había quedado viuda y había decidido regresar a Inglaterra para criar a su hijo.

Que se mantuviera apartada de la familia no le extrañó a nadie, al dar a entender que su matrimonio no fue del agrado de sus padres y ahora prefería permanecer apartada.

De haber sabido todo esto se habría ahorrado las noches que pasó en vela por miedo a que alguien descubriera su secreto, aunque debía agradecer que toda esa historia hubiese llevado a Rick a interesarse por conocerla.

Volviendo a mirar a Rick y a Michael pensó en todas las cosas que habían cambiado desde su matrimonio, ya que no solo había conseguido un marido que la adoraba o un padre para su hijo, sino que también había dejado atrás sus miedos e inseguridades.

Además, habían comenzado su nueva vida con otros cambios, al haber tomado la decisión de permanecer en Baslow convirtiendo Covington Park en su hogar.

Pero no solo ella trajo novedades al pueblo, sino que sus amigas también aportaron su granito de arena.

En el caso de Ruth les había sorprendido a todos al enamorarse de un empresario llamado Adam Blunt, que se había instalado en el pueblo causando la consternación de su padre y el alivio de su madre, al ver en él a un futuro pretendiente.

La frustración del señor Powell era debida a que el señor Blunt había montado una tienda haciéndole competencia, robándole no solo a sus clientes sino el cariño de su hija. Por suerte el señor Powell siempre había sido un hombre avisado y pronto comprendió que el matrimonio de su hija con ese caballero le podía solucionar todos sus problemas.

De esa manera el señor Powell aceptó el cortejo, ganando con ello no solo un yerno sino también un socio. Sabiendo que su hija y sus intereses estarían bien cuidados, el señor Powell pudo retirarse para dedicarse a pasar el día dormitando y yendo de pesca.

Mientras, su hija hacía realidad su sueño junto a su marido, al haber encontrado a un hombre que la adoraba. Pero su felicidad no se quedó solo ahí, pues con solo un par de meses de casada Ruth había conseguido quedarse embarazada.

Quizá por ese motivo con sus cuatro meses de gestación se la veía radiante de felicidad, sin importarle que las más cotillas del pueblo hicieran especulaciones de si el niño nacería a los nueve meses o a los ocho.

Pero quizá la que más sorprendió a todos fue Emily. Y es que un día sin más se cansó de esperar a que el maestro se decidiera a cortejarla, por lo que se armó de valor y se presentó en medio de la clase pidiéndole en matrimonio.

Como era de esperar su declaración dejó al pobre señor Mayer completamente colorado, y este tardó unos minutos en componerse y echar a todos los alumnos de la clase.

Lo que sucedió después en la escuela nadie lo sabe, por mucho que se insistió en averiguarlo. Lo único cierto es que cuando una hora después salieron cogidos de la mano y con una gran sonrisa, declararon que estaban comprometidos mientras ambos mostraban sus rostros ruborizados.

De eso hacía tan solo dos meses, y por eso se encontraba prácticamente todo el pueblo en el patio trasero de la iglesia, pues ese día de primavera se había celebrado la esperada boda.

—Parece ser que los novios se han vuelto a perder —soltó Ruth risueña, pues parecía que la pareja había cogido la costumbre de escabullirse de vez en cuando, a veces durante unos minutos y otras veces durante más de media hora.

—Me parece que al final vais a terminar las tres embarazadas —les aseguró la señora Powell, que al estar al lado de su hija le había escuchado.

—En mis tiempos las parejas eran más discretas —les aseguró la señora Sherman, que no perdía la oportunidad de opinar sobre cualquier tema.

—En sus tiempos aún se vivía en las cavernas —susurró la tía abuela Evelyn a Amy, consiguiendo que esta tuviera que esconder su sonrisa tras su abanico.

—No creo que sea tan malo que unos recién casados desaparezcan —repuso Nana, que se encontraba sentada cerca de ellas.

De buenas a primeras las mujeres comenzaron a opinar sobre el asunto, divididas entre lo que se debía hacer y lo que se quería. El revuelo que se originó pronto captó la atención de todos, ya que acabó en una discusión entre las más puritanas y las más liberales.

Queriendo apartarse de ello, Amy y Ruth se levantaron de sus asientos y empezaron a caminar decididas a darse un paseo por las cercanías.

Sin más ambas se cogieron del brazo y emprendieron la marcha a paso lento, para así poder disfrutar de la suave brisa que se había levantado y del sol que se filtraba por los árboles del sendero.

—Ahora que nadie puede oírnos, se me olvidó decirte que por fin solucioné el problema del jarrón, como acordamos —le susurró Ruth, tras asegurarse de que nadie les escuchaba.

—¿Conseguiste dejarlo en su casa? —le preguntó Amy, también entre susurros.

—Así es, Adam me ayudó a colarme y se lo dejé envuelto como regalo en la mesita del hall. Así, cuando entren esta noche lo verán nada más pasar.

—Me encantaría ver su cara cuando lo abra.

—Lleva unas semanas tan ensimismada con la boda, que seguro que no sospecha nada.

Sin poder remediarlo ambas amigas se rieron, al imaginarse la sorpresa de Emily cuando viera el jarrón que se habían llevado de la casa de la señora Sherman. Habían pasado tantos meses de ello que seguro que ni siquiera recordaría que en esa velada organizada por la alcaldesa en honor del señor Jones, Ruth había acabado borracha y siendo arrastrada por sus amigas al exterior de la casa.

De hecho, desde entonces ninguna se había atrevido a devolverlo, por lo que Ruth había tenido que guardarlo en su casa todo ese tiempo. Incluso tras su boda se lo había llevado a su nuevo hogar, por miedo a que su madre o la criada lo descubrieran y le preguntaran qué hacía un hermoso jarrón escondido al fondo del armario.

—¿Crees que le contará algo a Andrew? —le preguntó Ruth mientras se encaminaban hacia el puente que demarcaba el fin del pueblo.

—No lo sé. Sabiendo lo tímido que es, es posible que le dé un ataque si se entera de todo. Aunque últimamente se nota que Emily le ha espabilado —soltó consiguiendo que ambas se rieran al recordar las veces que habían vuelto de sus escapadas, presuntamente secretas, con el pelo revuelto y el rostro colorado.

Estaban tan ensimismadas en su conversación que no escucharon unas pisadas que se les acercaban. Solo cuando vieron a unos caballeros que se colocaban frente a ellas se percataron de su presencia y, encantadas con la sorpresa, les dedicaron una sonrisa.

—Señoras, ¿nos permiten acompañarlas? —les preguntó Rick a ambas, aunque la mirada estaba fija en su esposa.

Tanto Rick como Adam se habían percatado de la marcha de sus mujeres y como buenos maridos decidieron aprovechar la oportunidad que se les ofrecía de pasar un rato a solas con ellas.

Por su parte tanto Amy como Ruth se sintieron encantadas con su propuesta y, sin más dilación, se agarraron del brazo de su correspondiente marido.

Con paso lento las dos parejas emprendieron de nuevo la caminata, adelantándose los señores Blunt para así tener más intimidad entre ellos.

—Me alegra que me acompañes. Hace mucho que no paseábamos juntos —le indicó Amy feliz de pasar ese rato a solas con él.

—¿Cómo iba a desaprovechar la oportunidad de acompañar a una hermosa dama? —Le aseguró Rick para después guiñarle un ojo—. Además, yo también echaba de menos pasear a tu lado.

Ambos sabían que por culpa de su embarazo no les quedaba mucha intimidad fuera del dormitorio, por lo que procuraban aprovechar cualquier oportunidad que se les presentaba para estar juntos.

De pronto Rick se detuvo en medio del camino, sin que la otra pareja se diera cuenta, o quizá porque entendían que quisieran tener más intimidad.

—Aquí fue donde te besé por primera vez —dijo Rick mientras observaba todo a su alrededor.

En el acto Amy reconoció el lugar, pues también recordaba ese encuentro cada vez que pasaba por ahí. Había sido el día en que Rick le había preguntado qué le contestaría si le pidiera en matrimonio, y como una tonta se había asustado y se había negado a reconocer sus sentimientos.

Sabía que en esa ocasión había perdido una oportunidad de oro para ser feliz, pero por suerte el destino les tenía una sorpresa reservada al haberlos juntado después de tener tantas cosas en contra.

—Recuerdo cada una de tus palabras del mismo modo que recuerdo lo tonta que fui.

—No fuiste tonta, pequeña. Solo te mostraste precavida frente a un granuja que te había robado un beso. Además, reconozco que me merecía cada una de tus palabras, ya que por entonces era demasiado orgulloso.

—¿Y ahora ya no lo eres? —le preguntó divertida y encantada de que él reviviera ese encuentro con tanto cariño.

—Ahora mi amor por ti es tan grande que no hay cabida para nada más en mi corazón.

Y sin más la besó con la intención de demostrarle la profundidad de sus sentimientos. Por un instante ambos perdieron la noción del tiempo, quedando en medio del camino abrazados y entregados a ese beso.

—Jamás estaré lo suficientemente agradecido al destino por haberme unido a ti —le susurró Rick con su boca aún cerca de la suya, para después volver a besarla.

Perdida en ese beso ella también agradeció al destino todo lo que le estaba dando, pero sobre todo el haber sido tan generoso como para ofrecerle una felicidad mucho mayor de lo que jamás habría imaginado.

Reconociendo que había sido muy afortunada por encontrar un amor como el suyo, se propuso cuidarlo, viviendo cada día como si fuera una auténtica aventura.

—¿Sabes?, Emily me comentó que un poco más adelante hay un sitio excelente para perderse —le insinuó con picardía.

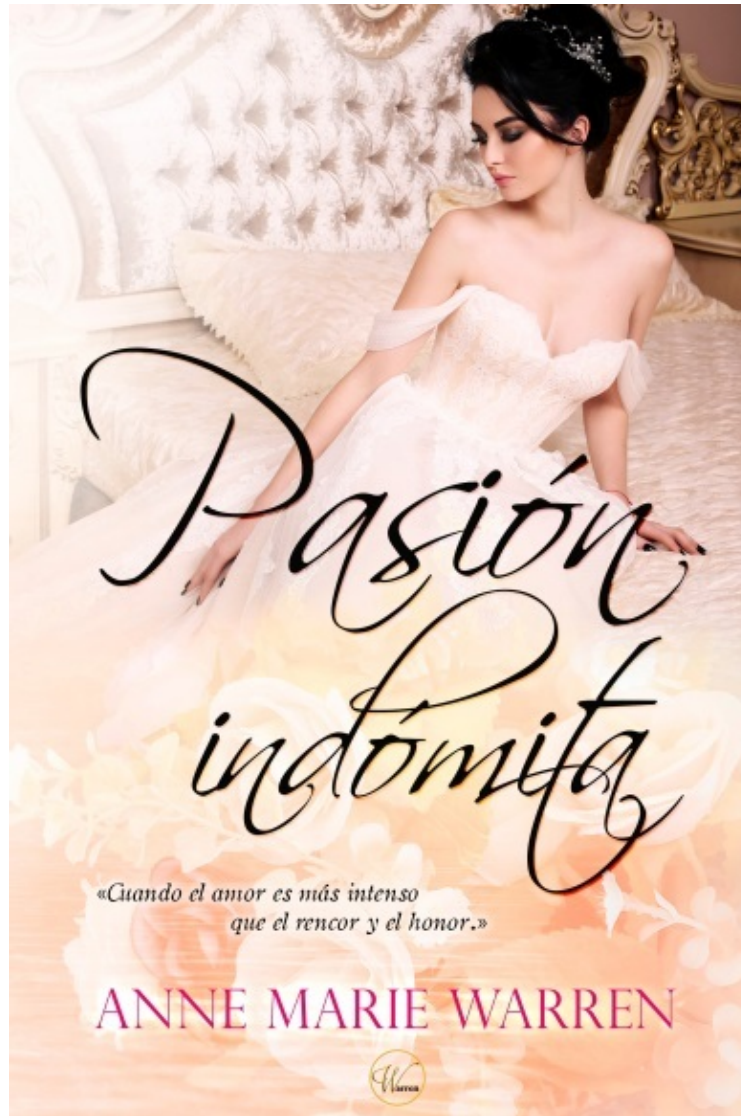
—¿Eso te comentó Emily? —le preguntó sin poder ocultar su sonrisa por mucho que quiso disimularla.

Y sin necesidad de más palabras ambos salieron del camino entre carcajadas para adentrarse por la pradera en busca de unos arbustos que les cobijaran de las posibles miradas indiscretas y de una hierba fresca que les sirviera de lecho.

Habían recibido un maravilloso regalo al haberse enamorado y ser correspondidos, por lo que siempre mantendrían su promesa de amor y sus deseos de vivir cada día como si fuera único.

Fin

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



Pasión indómita

Imaginaos la iglesia de Saint James de Londres, y dentro de ella, a toda la nobleza ataviada con sus mejores galas mientras espera a una novia que se retrasa. Dicha novia, angustiada ante un matrimonio dispuesto por su madre con un viejo licenciado, se encuentra escapando por una de las ventanas de dicha iglesia. Gracias a la ayuda de su tía Henrietta y de su buena amiga Jane, lady Madison puede huir con la esperanza de conseguir una nueva oportunidad para ser feliz, y de hallar el amor que durante años ha anhelado.

Pero como eso solo sería un buen comienzo, imaginaos además que al fugarse se confunde de barco, y acaba embarcando en uno que va rumbo a América y no a su destino en Irlanda.

Esta historia en sí ya sería interesante si no se enredara cada vez más, y resultara que tanto el barco como el camarote donde se esconde pertenecen a Aron Sheldon, un rico comerciante que detesta a la nobleza de la que no ha recibido más que desplantes. A pesar de su reserva Aron se verá atraído por esa condesita, que ha conseguido cautivar a todo el mundo con su espíritu desafiante.

Una huida, un encuentro, un viaje de negocios convertido en una aventura, y una mujer decidida a encontrar su propio destino, son algunos de los elementos que podréis descubrir en esta novela. Pero sobre todo, es una historia que nos cuenta como dos personas opuestas pueden llegar a sentir una pasión tan intensa, que les hará olvidar todas sus diferencias.

The book cover features a dramatic landscape with a sword and a red banner. The sword is planted in a large rock in the foreground, with a long red banner draped over its hilt. The background shows rolling green hills and mountains under a sky with scattered clouds and a bright light source, possibly the sun, creating a golden glow. The title is written in a large, black, serif font, and the author's name is at the bottom in a smaller, white, serif font.

LA LEYENDA
DEL
HIGHLANDER

SERIE MEDIEVAL. I

ANNE MARIE WARREN



LA LEYENDA DEL HIGHLANDER

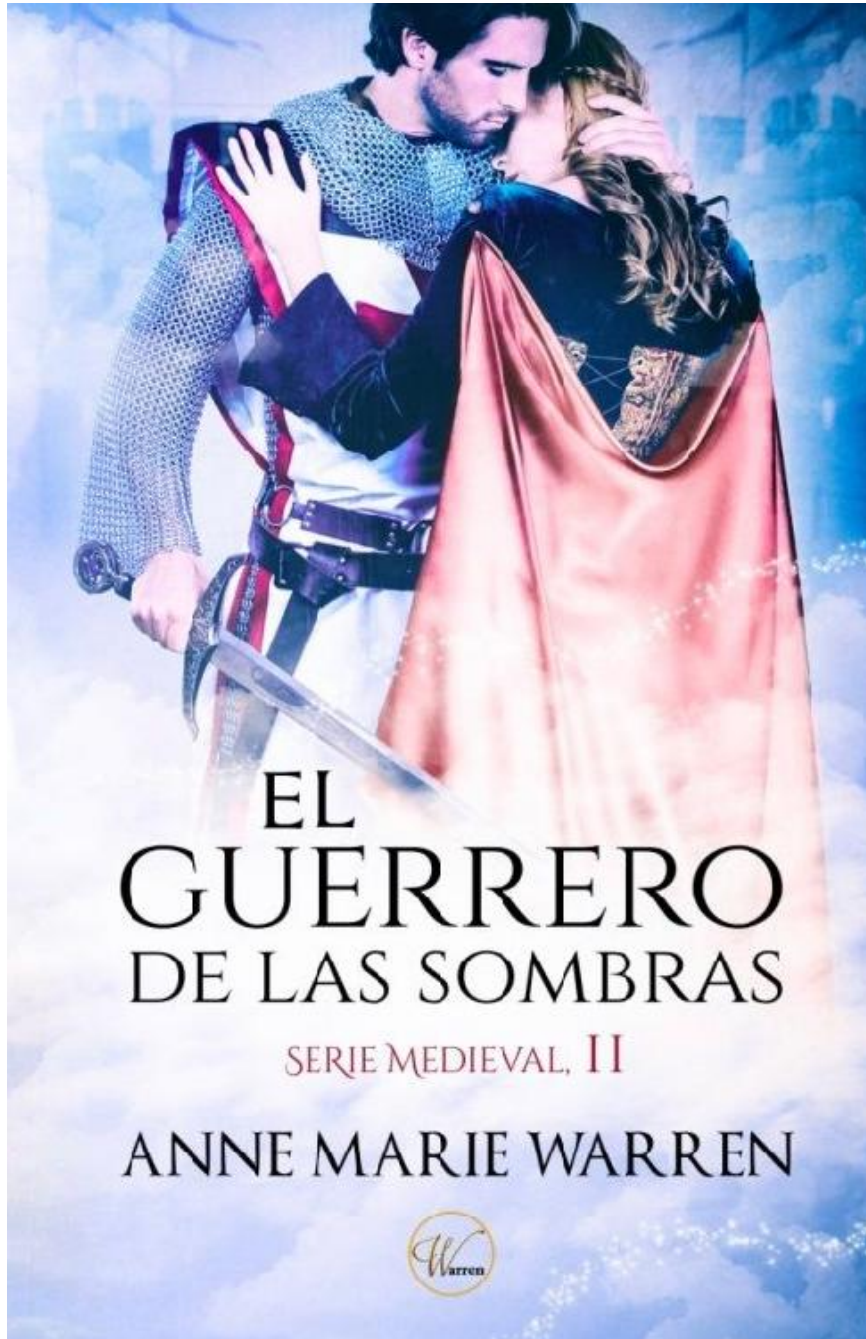
SERIE MEDIEVAL, I

En una Escocia medieval donde todo es posible y el amor es eterno, dos amantes tendrán que enfrentarse al poder de una profecía que pretende separarles.

Kennan MacKenzie jamás hubiera imaginado que una extraña mujer cautivara su solitario corazón, pero su amor le fuera prohibido al ser la prometida de un hombre misterioso.

Una novela de fantasía, romance y aventura, donde dos amantes son obligados a permanecer unidos pero sin poder amarse, y donde lo irracional es su única esperanza.

Aunque este libro pertenece a una serie se puede leer de forma independiente, ya que cada tomo contará una historia diferente ambientada en la escocia medieval.



EL
GUERRERO
DE LAS SOMBRAS

SERIE MEDIEVAL, II

ANNE MARIE WARREN



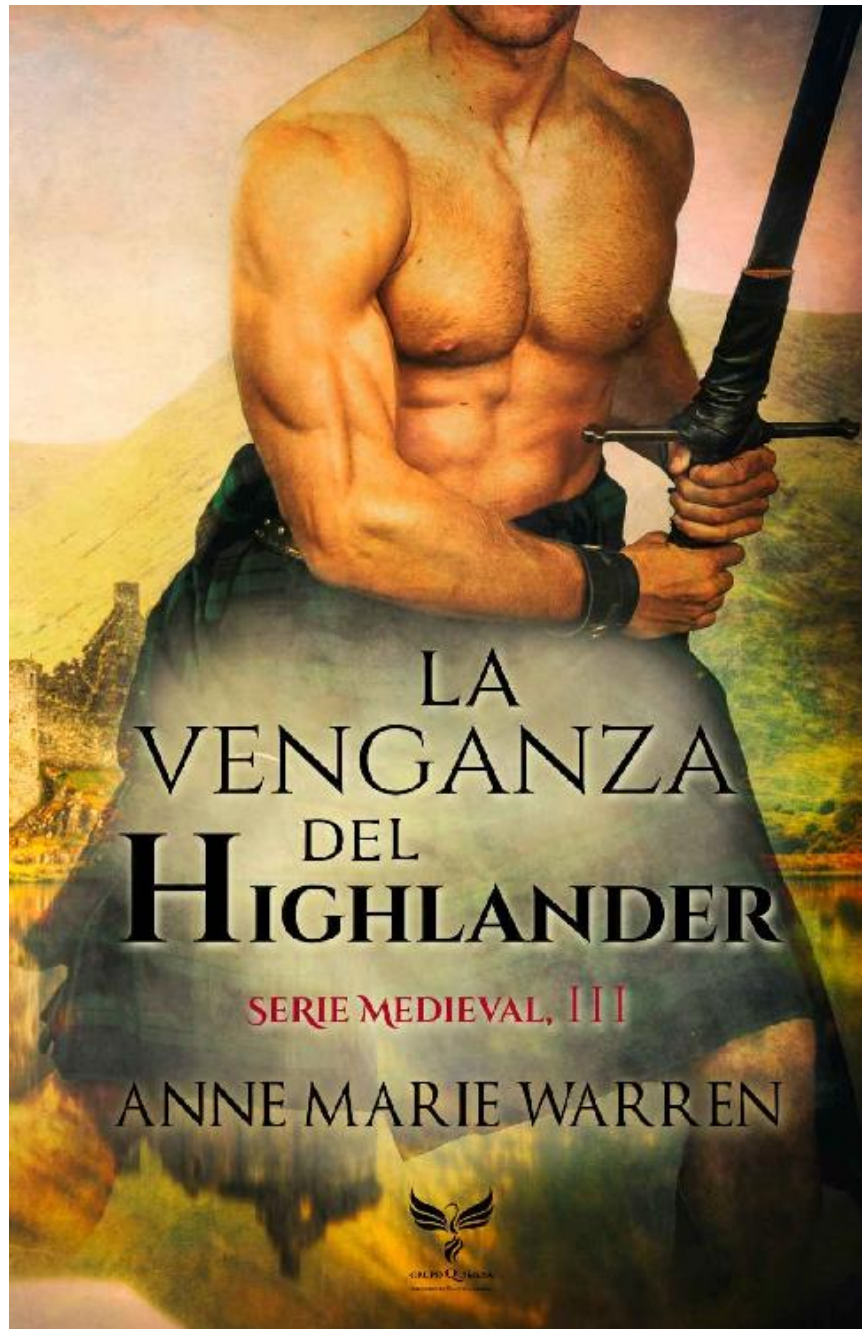
EL GUERRERO DE LAS SOMBRAS

SERIE MEDIEVAL, II

Tras la muerte de su padre, el laird de los MacLead, a manos del clan vecino y con un traidor entre sus muros, a Maisie solo le quedaba recibir la ayuda de un impresionante inglés llegado de las cruzadas, cuya presencia no sería bien recibida por su clan al creer que se trataba de un demonio llegado del infierno.

Rohan Glaymore estaba acostumbrado a que todo el mundo le temiera, al haber nacido con el rostro marcado, y ser considerado una aberración. Una marca que solo le había traído soledad y tristeza, hasta que una valerosa escocesa lo miró directamente a la cara sin mostrar temor, desafiando con cada mirada a que su corazón la amara.

Traición, romance, aventura y todo un mundo de supersticiones, en esta segunda entrega de esta serie medieval.



LA
VENGANZA
DEL
HIGHLANDER

SERIE MEDIEVAL, III

ANNE MARIE WARREN



GRUP O

LA VENGANZA DEL HIGHLANDER

SERIE MEDIEVAL, III

SINOPSIS

Una pasión más poderosa que el odio entre dos clanes.

Atormentado por la muerte violenta de su familia a manos de su enemigo Gordon MacDougall, el nuevo laird Malcom Campbell, se propone vengarse no solo con la muerte del asesino, sino con hacer prisionera a su joven viuda.

Pero en el momento en que Malcom pone los ojos en la altiva belleza pelirroja no puede dejar de pensar en ella, y decide cambiar sus planes forzándola a contraer matrimonio.

Lady Sheena MacDougall lleva soportando los malos tratos de su esposo desde su precipitado casamiento, y ahora que por fin es libre, el laird de los Campbell aparece ante las puertas de su castillo para hacerla su prisionera, obligándola a casarse con un extraño que quiere usarla como venganza.

Un asesino, dos almas heridas y un solo destino, ¿podrá su amor salvarles?

PRÓXIMAMENTE



Más allá del tiempo

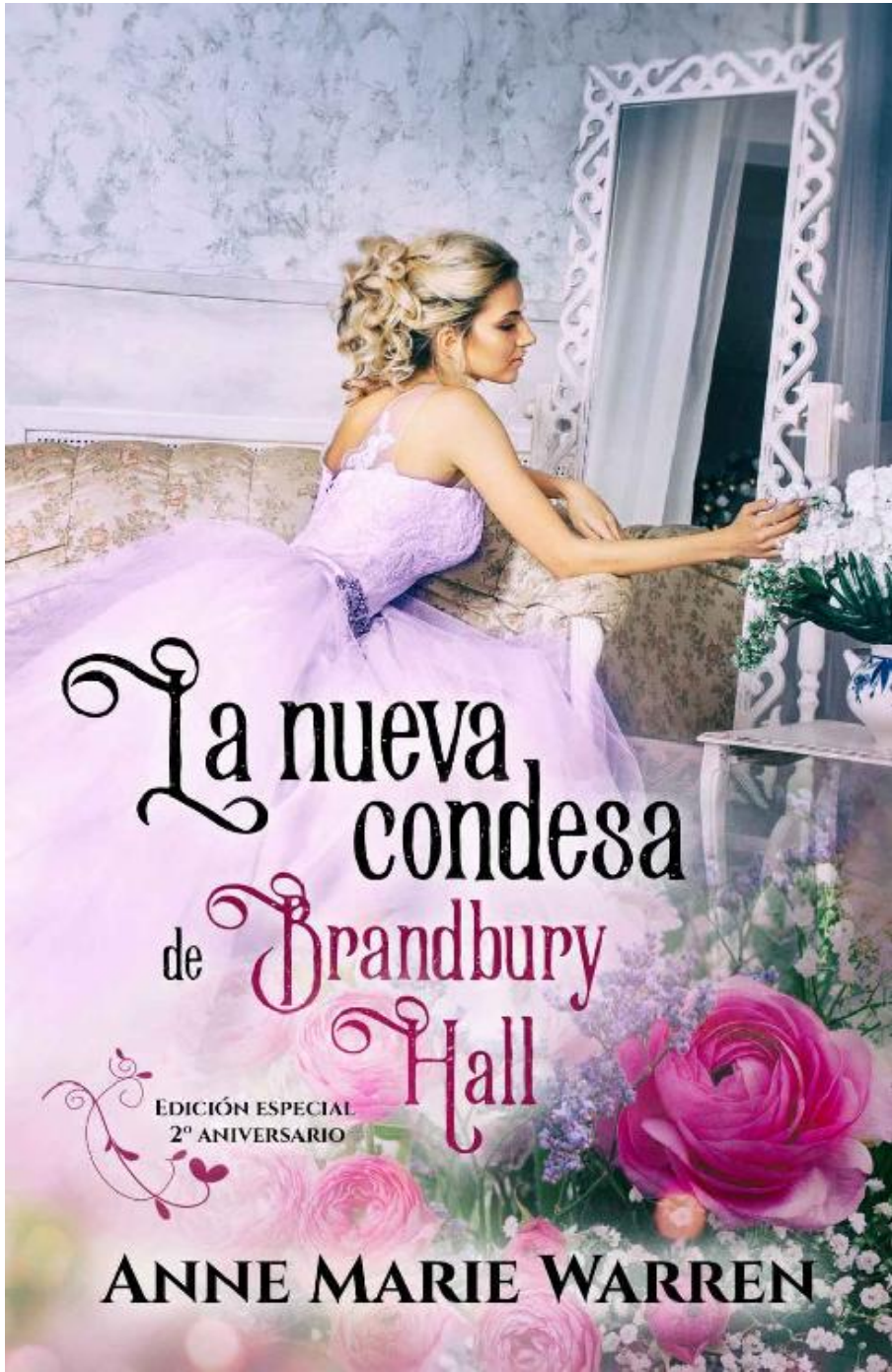
¿Qué pasaría si perdieras al amor de tu vida en un accidente de tráfico?

¿Qué darías por volver a tenerlo a tu lado? Aunque la pregunta más importante sería, ¿renunciarías al cielo por amor?

Christine es una mujer que sabe lo que es sentirse sola, ya que de niña sufrió el abandono de sus padres y tuvo que ser criada por su abuela. Por eso, cuando de una forma inesperada el amor llama a su puerta se entrega a él en cuerpo y alma, dispuesta a todo por salvar al hombre que ama, aunque para ello tenga que retroceder en el tiempo y poner en riesgo su propia vida.

Pero con el paso de los años la tragedia vuelve a alcanzarla, y esta vez llegará hasta lo imposible por salvar de la muerte al dueño de su corazón.

Vive de la mano de Christine y Brian una apasionante historia de amor donde la ternura, el deseo, y lo paranormal se unen para dar paso una novela cargada de esperanza y romanticismo.



La nueva
condesa
de Brandbury
Hall

EDICIÓN ESPECIAL
2º ANIVERSARIO

ANNE MARIE WARREN

La nueva
condesa
de Brandbury
Hall

EDICIÓN ESPECIAL
2º ANIVERSARIO

¿Podrá la nueva condesa hacer realidad sus sueños?

Jane es una rica heredera que desea casarse por amor y desconoce lo que es el sufrimiento y el engaño. Lord Brandbury es un conde obligado a elegir entre su amor por Charlotte o casarse por dinero.

Cuando Jane se enamora de él nada más verlo, Lord Brandbury aprovecha la oportunidad para hacerla su condesa y salvarse de la ruina, aunque para ello tenga que renunciar a su amor verdadero. Pero nada es lo que parece, y poco a poco Jane se irá ganando su corazón mientras Charlotte se resiste a perderle.

Un triángulo amoroso donde los engaños, el orgullo, y los sentimientos enfrentados se entremezclan con el amor y la pasión de un corazón puro.

Club 5 Estrellas

¿Te gusta leer?

¿Quieres ayudar a promocionar a nuestras escritoras?

APÚNTATE AL CLUB 5 ESTRELLAS

¿Qué tendrás que hacer?

Si quieres inscribirte mándanos un correo electrónico y nos pondremos en contacto contigo.

Pero, ¿en qué consiste?

La iniciativa se basa en que leas cualquier libro de Grupo Romance y publiques tu opinión en tus redes sociales.

De hecho se llama Club 5 Estrellas pensando en que tengas 5 redes sociales donde publicarlas, como Facebook, Twitter, Instagram, además de en un blog, etc. Aunque puedes participar si solo tienes una.

Cada vez que publiques tu opinión conseguirás un punto y cuando llegues a los 75, tienes la opción de elegir un libro gratuito de nuestra editorial como agradecimiento por tu ayuda.

Podrás escoger entre un libro ya publicado u otro que vayamos a publicar en los próximos dos meses.

Este regalo es opcional, ya que podrás decidir si deseas canjear los puntos por un libro o no, pues el principal propósito del Club 5 Estrellas no es regalar libros a cambio de tus opiniones, sino fomentar la lectura y ayudar a nuestras escritoras.

Además todas tus opiniones deberán ser hechas sin coacción y lo más sinceras posible.

Si estás interesada mándanos un correo a:

grpromoción@mail.com

No te pierdas esta oportunidad de formar parte del

Club 5 Estrellas

**Y ayuda a Grupo Romance a fomentar
La novela romántica.**

*Al inscribirme en el Club 5 Estrellas, acepto los Términos de la editorial así como la Política de privacidad.

NOTAS

[1] Se llama casaca a una prenda exterior ceñida que se utilizó desde finales del siglo XVII hasta principios del XIX. En 1817 se va haciendo más estrecha al cuerpo y las mangas y el cuello subiendo.

[2] Reconocido pintor renacentista cuya obra se caracteriza por el uso del color, vívido y luminoso, así como por la belleza de sus retratos.

[3] Gretna Green es un pueblo del sur de Escocia, famoso porque ofrecía la posibilidad de casarse, sin el consentimiento de sus padres, a las parejas menores de edad.

[4] El mayorazgo era un sistema de reparto de bienes que beneficiaba al mayor de los hijos, de forma que el grueso del patrimonio de una familia no se pudiera perder.

[5] Lady Godiva es un personaje de un mito medieval inglés que, según la leyenda, paseó desnuda por las calles de Coventry como apuesta para que su marido bajara los impuestos.

[6] Birlocho es un vehículo tirado por caballos, formado por un armazón de madera o hierro y montado sobre ruedas para transportar personas.

[7] Fundada en 1247, se considera la primera institución especializada en enfermos mentales. En la actualidad es un hospital vanguardista, aunque parte de su historia es conocida por su crueldad y trato inhumano.

[8] Fue originalmente compuesta en 1680 como música de cámara para tres violines y bajo continuo;

[9] Como nota informativa, la tradición de escuchar la marcha nupcial de Mendelssohn en las bodas se remonta al 25 de enero de 1858, cuando tuvo lugar la boda de la princesa Victoria de Inglaterra, hija de la Reina Victoria, con el príncipe Federico III de Alemania.